

Ada Cruz

LA IRA DE LA

TIERRA

CAZADORES DE BRUJAS II

Resumen.

Angelica pertenece al Aquelarre Oscuro; un grupo de hechiceras que adoran a la Diosa oscura o la anciana, uno de los aspectos de la triple diosa. Aunque la anciana representa el poder de la muerte y la regeneración, las brujas del aquelarre oscuro se corrompieron apartándose de esa visión e iniciando una guerra contra el aquelarre blanco hasta casi exterminarlo, lo cual, provocó un desequilibrio en la magia. En la actualidad, buscan a todo resquicio del Aquelarre Blanco para que nunca pueda retar el poder de la diosa de la luna negra. Sin embargo, los brujos y brujas del Aquelarre Oscuro, a su vez, son perseguidos y destruidos por los cazadores de brujas; un grupo de guerreros inmortales que, durante siglos, han luchado contra cualquier signo de brujería.

Angelica fue invocada por las ancianas, título que sostienen aquellas brujas del Aquelarre Oscuro elegidas por su diosa para que le sirvan en la oscuridad más profunda, y le ordenaron que, en contra de los deseos de la reina del Aquelarre oscuro, protegiera a una bruja que aún no había sido consagrada a la magia y que no pertenecía al Aquelarre Oscuro, posiblemente tampoco al Blanco, poniéndose así en evidencia ante los cazadores de brujas, y arriesgándose a que los suyos crean que es una traidora.

Angelica huye para que uno de los cazadores, el Inquisidor Negro no siga su pista sin saber que la caza ya ha comenzado, pero el cazador es otro.

Capítulo 1

Aren observaba el calmado mar desde el drakar, bastante tranquilo como para que el trayecto se le antojara aburrido, pero no lo suficiente como para no avanzar. Llevaba su cabello rubio, casi blanquecino, anudado tras la nuca. Lo adornaban múltiples trenzas, que su hermana le había hecho hace días ya, antes de que se hiciera a la mar. Acarició suavemente el hacha de guerra que llevaba consigo, la cual era desproporcionadamente grande, aunque acorde a su fuerza. Tenía grabadas runas en su mango para protegerlo de las desventuras que el destino le quisiera arrojar. Se giró dejando a su espalda el mar y contempló a los hombres que remaban en el drakar, un ejercicio necesario debido a la quietud de las mareas. Parecían tan aburridos como él, y tan solo Bjorn, el godi y sacerdote de Odín, parecía entretenido arrojando al suelo una serie de huesos y runas. Aren se fijó en el rostro del hombre, parecía que algo le perturbara, lo cual, era inquietante antes de un saqueo. Las consecuencias de sus actos no era algo que Aren pensara durante una contienda, quizás debido a su condición de berseker. Era un elegido de Odín, uno de sus seguidores al que el dios le había proveído con una fuerza inusual. Cuando Aren entraba en trance en un combate, se dejaba llevar por una furia ciega hasta el punto en el que no reconocía amigos de enemigos. Él, en sí mismo, era un arma mortífera que aseguraba la victoria en un combate. No requería armadura alguna, podía ir desnudo a la batalla tan solo envuelto por pieles de osos, motivo por el que algunos creían que podían transformarse en uno, pero él, no necesitaba tomar la forma de ningún animal para atravesar un ejército de lado a lado, dejando tras de sí una montaña de cadáveres con los que deleitar a las valkirias, y si moría en una de esas lides, las mismas valkirias le escoltarían al Valhalla, junto al resto de los que hubiera dado muerte. Al contrario que muchos otros berseker que se les consideraban locos, Aren gozaba de un gran respeto debido en parte por pertenecer a la nobleza, familia del rey danés, y por otro lado, era un gran líder, al menos hasta que perdía el sentido de la realidad cuando entraba en el fragor de la batalla, pero entonces, sus hombres sabían que debían dejarle hacer mella en las huestes enemigas, y ellos aguardar para seguir su estela de sangre y muerte, manteniéndose prudentemente lejos de él.

Aren dejó el hacha a un lado y se acercó a Bjorn cuando este le hizo un gesto para que se aproximara, se acuclilló para ver mejor al sacerdote que estaba sentado ante un grupo de huesos y runas. El hombre tenía una edad

respetable, pero no tanta que no le permitiera embarcarse en una campaña de saqueos en la costa inglesa. Sus escasos cabellos caían grises y grasientos por su rostro y su leve sonrisa esbozaba una dentadura con dientes podridos o inexistentes, lo cual dificultaba un poco entender cuanto hablaba. Bjorn, a pesar de que le había llamado, parecía no prestarle atención sumido en el estudio de los huesos, a pesar de ello, Aren no se movió, simplemente se acomodó mejor sobre sus pies para poder contemplar desde mejor ángulo mientras aguardaba. El sacerdote se hizo esperar un rato antes de decidirse a hablar con una voz ajada y en un tono difícil de entender debido a su falta de dientes.

—No me gusta lo que los dioses han dispuesto —sentenció rozando el último hueso que aún estudiaba detenidamente.

Aren no contestó, tan solo hizo un gesto de impotencia ante lo que creía que no podía controlar, pero los que no estaban remando se aglutinaron para escuchar al godi.

—¿Qué han dispuesto? —pregunto uno de ellos en vez de Aren, el cual, parecía poco ansioso por saber más.

—He visto a las valkirias cabalgar —dijo el viejo haciendo una larga pausa.

—Bueno, es lo normal cuando entras en combate, alguno tendrá la suerte de ir al Valhalla —aclaró Aren refiriéndose a la muerte y al lugar donde son llevados los guerreros que mueren en combate.

—La mayoría de los que mueran, en esta ocasión, no irán al Valhalla —discrepó el sacerdote omitiendo decir más.

—No es momento para expresar esas visiones —dijo Aren molesto tratando de dar un manotazo sobre los huesos para moverlo, y de esta forma, desconjurar lo que decía el godi, pero Bjorn interceptó hábilmente la mano del vikingo.

—Hay mucho más, Aren, que debes escuchar quieras o no —dijo haciendo una leve pausa mientras el vikingo apartaba la mano de las runas ante el leve murmullo de los hombres.

—Has seguido elegido por la diosa Freya para cumplir una misión que irá más allá de la muerte de todos nosotros, pero no de la tuya.

—¿Y cuál es esa misión? —preguntó con un tono de curiosidad ajeno al disimulo.

—La diosa te marcará el camino en su debido momento, pero te puedo decir que te ha favorecido, encontrarás una esposa elegida para ti por la

misma Freya. Ella compartirá tu alma y tú la de ella. Serás su protector.

—¿Eso me encomienda Freya? —preguntó con un leve tono divertido, mientras el resto se reía casi como si el sacerdote les tomara el pelo hasta contagiar a todos los que navegaban en el drakar.

—¿Aren va a encontrar una esposa de la que se enamore perdidamente? —puntualizó incrédulo otro de los vikingos debido a la fama de Aren al respecto con las mujeres, porque le gustaban mucho, pero no era capaz de pasar más de unas horas con una de ella, al poco tiempo ya ni la recordaba.

—Sí, así es. No sé cuándo, ni en qué forma, pero ella aparecerá y estará ligada a la misión que los dioses le han encomendado realizar.

—¿Y cómo la reconoceré? Porque a mi todas me resulta guapas, al menos durante un rato —reconocía Aren produciendo de nuevo un estallido de carcajadas.

—Porque perderás completamente la cabeza por ella. No sabrás cuál es el Norte o el Sur cuando esté cerca, y darás tu vida por ella mil veces sin planteártelo siquiera.

—¿Y no ves en mi futuro una vida llena de fama y riquezas obtenidas en el campo de batalla? —preguntó Aren en un tono más serio.

—¿Lo prefieres al amor? —indagó Bjorn con curiosidad.

—Obviamente. Quiero tener una esposa que se quede en la casa mientras viajamos en el drakar a la costa. Que tenga caderas anchas que le permita parir muchos hijos y no haga demasiadas preguntas, ni sea muy regañona, para poder tener cada noche una esclava distinta o disfrutar de quién me plazca en los viajes. Eso, junto a la fama y las riquezas obtenidas en batalla, y luego una buena muerte en combate, es lo que quiero.

—De lo que has dicho solo vas a obtener las riquezas, más riquezas de las que puedas soñar, y mucha fama de guerrero feroz entre los enemigos de los dioses. Pero cuando conozcas a la mujer que te ha encomendado Freya, ya no habrá más mujeres para ti, porque no las desearás siquiera.

—¿De entre todos los dioses me tuvo que favorecer Freya, la diosa del amor? ¿No pudo ser el mismo Odín o Thor? ¿Y qué me dices de mi muerte? ¿Escribirán muchos eddas y canciones sobre mis hazañas antes de sucumbir y sobre mi muerte? —preguntó animado por lo que Bjorn contaba, pero el sacerdote cambió su gesto a uno más serio y comenzó a recoger los huesos y las piedras sin contestar.

Aren tomó la mano de Bjorn antes de que cogiera el segundo hueso para guardarlo.

—Contéstame —preguntó con interés...

—No hay nada sobre tu muerte, ni ahora ni en mucho tiempo —contestó el sacerdote con un gesto serio.

—¡Venga ya! No puedes insinuar que moriré viejo y decrepito en una cama —dijo aludiendo a la peor muerte que un vikingo pueda desear.

—Tampoco hay nada sobre tu vejez. Los dioses han elegido para ti un destino distinto, en todos los sentidos al del resto.

El sacerdote continuó recogiendo sus piedras y runas mientras Aren se levantaba para volver al lugar donde se encontraba antes de que Bjorn le llamara. Ignoró todas las bromas acerca de su futura esposa, la cual le reformaría de su vida disoluta de mujeres, borracheras y saqueos, para acomodarse plácidamente a dormir, a pesar de las risas que estaban gastando a su costa, despertando tan solo cuando uno de sus hombres le golpeó el hombro para indicarle que ya veían la costa inglesa.

Aren se puso en pie y observó la costa. No parecía un trabajo complicado, para su disgusto, dado que le gustaba las situaciones difíciles con mucha sangre. Uno de sus hombres había recabado información acerca de un convento difícil de llegar debido a las mareas, pero lleno de riquezas y tesoros. Aren era un buen navegante y pensó que era un trabajo que podría realizar, así que tomó el fragmento de mapa que su hombre le había conseguido y preparó la expedición. Ahora tan solo debía centrarse en llevar el drakar hasta la costa esquivando las rocas hacia donde la marea le llevaba. Debió haber hecho callar a Bjorn cuando aún no había contado nada sobre el destino. En este momento, augurar que no morirían en combate, cuando estaban cerca de morir por su incompetencia estrellados contra unas rocas, no fue una gran idea. Y si había un destino peor para Aren, era que todos menos él, murieran en este rincón del mundo por no manejar adecuadamente el drakar, quedar vivo para recordar que sus hombres no pisarían el Valhalla por su culpa. Si sus hombres no iban el Valhalla, él tampoco quería hacerlo, así que debía olvidar las palabras del sacerdote y centrarse en su labor.

La marea y las rocas no le pusieron fácil la labor de llevar el drakar a la costa, y tan solo cuando todos salieron del barco respiró aliviado. Contempló el lugar, alzó la mirada, y vio el convento encima del acantilado. Era el atardecer, no había sido tan insensato como para llegar de noche a la costa con tantas rocas, aún así, había pretendido ser sigiloso y debían seguir siéndolo porque quería llegar a la cima antes de que anocheciera del todo. No tardaron mucho en lograrlo, eran hombres muy experimentados y todos tan

arrojados como él. Llegaron a la cima cuando el sol ya se había puesto. Aren escrudiñó de nuevo desde la cobertura de unas rocas cercanas y efectivamente, habían confiado la seguridad del lugar a los elementos geológicos que dificultaban la llegada de barcos. No había mucho más que decidir, y tan solo hizo un gesto para que los hombres avanzaran con las armas preparadas hacia el convento.

Aren se acercó en sigilo aún sabiendo que no era necesario, puesto que había comprobado que no había hombres armados ni tan siquiera una pequeña patrulla haciendo guardia, y siendo un lugar de culto cristiano, sería un paseo. Tras él iba el grueso de sus hombres, que le seguían tan cerca como les era posible teniendo en cuenta que la escasa luz les dificultaba el avance sin perder el sigilo del que hacían gala. Tan solo se paró cuando estaba suficiente cerca de la puerta como para poder oír los rezos de vísperas que los cristianos solían realizar a la puesta de Sol. El extremo silencio le incomodaba, y le hizo dudar durante unos breves segundos, pero no había llegado hasta ahí esquivando las rocas, para ahora retroceder, así que decidió escabullirse y espiar antes de entrar. Hizo un gesto a sus hombres para que aguardaran y se adelantó solo hacía la puerta. Sin mucha maleza o riscos tras los que ocultarse confiaba en la supuesta desprotección del lugar para avanzar sin más dificultades, hasta que un breve estremecimiento le detuvo cuando estaba ya dentro del patio del convento. Aren conocía esa sensación, era una especie de alarma que le avisaba de que algo no iba bien. Miró a ambos lados esperando encontrase con hombres armados ocultos en algún lado, pero ninguna señal de vida parecía materializarse. Se movió despacio por el patio para convencerse de que no había peligro, y tan solo un exceso de cautela, posiblemente propiciado por el oráculo del sacerdote, se había apoderado de él. Cuando decidió que no había nada anormal en el lugar, un ruido destruyó el silencio que un instante antes le había preocupado. Elevó la cabeza y vio lo que parecía un grupo de demonios descender del cielo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó sorprendido buscando un buen ángulo donde posicionarse.

Aren prescindió de avisar a sus hombres de lo que estaba ocurriendo, pero a esta altura no creía que fuera importante, y debían estar viéndolo. No iba a conducirlos hacia esta emboscada, debía solucionar el asunto solo. Tomó su escudo y se golpeó hasta sangrar, cerró brevemente los ojos y cuando los abrió estaban rojos, casi como la sangre que empañaba el escudo. En ese instante, Aren perdió la capacidad de razonar, tan solo deseaba una cosa;

derramar la sangre de cuántos le rodeaban.

Corrió hacia el grueso de las criaturas, de las cuales, algunas ya se posaban en el suelo, aunque la mayoría se mantenían en el aire. Dio un salto descomunal para un ser humano y golpeó con el hacha uno de los demonios que volaba, tirándolo al suelo en el proceso y cayendo sobre él haciendo girar el hacha, la cual, había desincrustado del ala del bicho y comenzaba a ondearla para golpear certeramente la cabeza en cuanto la criatura cayó al suelo y él quedó sobre ella. Ni siquiera comprobó que estuviera muerto, ya tenía los ojos fijos en otro demonio. Comenzó a correr a una velocidad tal que sus hombres, que ya se habían acercado aunque prudentemente al escenario de la batalla, les costaba saber a quién atacarían. De una patada golpeó a un demonio arrojándolo contra el suelo haciendo un hueco que contorneaba su figura en el mismo, se giro ágilmente y blandió de nuevo el hacha para golpearle el cráneo. Se paró unos breves segundos para girar la cabeza hacia el lugar por donde venían sus hombres, estos se acobardaron al contemplar los ojos completamente rojos de Aren, el cual, intimidaba más que los demonios alados. En ese instante de cordura fue alcanzado por la garra de otro de los demonios haciendo que sangrara, Aren le miró más enfurecido aún y dio un rugido de rabia que hizo que el mismo suelo temblara, se arrojó contra él mientras la tierra comenzaba a tener la textura del barro devorando a los que ya había reducido. Los demonios que estaban en el suelo comenzaban a tener dificultades para la movilidad con las patas atrapadas en el fango que cada vez era más espeso. Aren, sin embargo, parecía deslizarse por él con suma agilidad, casi como si el mismo barro se moviera a su son. Golpeó a un par más y no hizo falta continuar, los que se quedaron atrapados estaban siendo literalmente engullidos por la tierra, y los que estaban en el aire habían huido en desbandada. Los hombres, que se habían acercado prudentemente, se detuvieron al ver que los ojos de Aren aún eran rojo. En este estado, Aren no distinguía amigos de enemigos y deberían esperar a que se le pasara la furia.

Aren tuvo un estallido de cólera al ver que ya no tenía enemigos a los que matar, y golpeó una de las pedruscos de la zona rompiéndolo en dos con una fuerza descomunal, luego recuperó levemente la cordura de nuevo y comenzó a respirar pausadamente hasta salir del estado de berseker. Se sentó casi dejándose caer sobre las piedras, agotado por el proceso.

—¿Qué ha sido eso? Lo de la tierra moviéndose y tragándose a las criaturas salidas del Helheim —preguntó uno de los vikingos que ya se

habían atrevido a acercarse refiriéndose al infierno vikingo. Es la primera vez que lo veo.

—Dejad de parlotear y acabad el trabajo —dijo Aren exhausto y aturdido, con las mismas dudas sobre lo ocurrido que exponía su hombre—. Ya no me necesitáis, no creo que unas pocas mujeres os causen más problemas que unos cuantos mordiscos y arañazos. Buscad por todos los rincones, el oro suelen tenerlo escondido en ratoneras.

Aren sentía dolor por todo el cuerpo, no por el único golpe que le habían asestado con la garra, sino porque su cuerpo había excedido con creces el límite de lo que estaba acostumbrado a realizar, aún así, colocó la mano en la herida notando que la sangre manaba. Se dejó caer sobre la tierra y tuvo que esforzarse en no quedarse dormido, a pesar del dolor que le infringía la herida. Miró incrédulo el suelo y comprobó que lo que antes parecía tierra batida, viva, y en movimiento, ahora tan solo era tierra, ni rastros de las criaturas, casi podía haber imaginado que lo soñó. Durante unos segundos se centró en lo que podía estar ocurriendo dentro del monasterio, y un inquietante silencio le perturbó. Lo normal sería que un grupo de mujeres no dejara de gritar, y con razón, en el mejor de los casos iban a ser vendidas como esclavas, en el peor, violadas. Él no solía permitir que maltrataran o dañaran a las mujeres, después de todo, eran mercancía, pero ellas no tenían por qué saber ese dato. Intentó moverse a pesar del cansancio, y tras gruñir varias veces, se irguió con cierta dignidad para aproximarse hacia el convento. Apenas había recorrido un par de pasos cuando vio a sus hombres salir con las monjas en una situación que se podría considerar “amigable”.

Aren, ya tan solo podía ver gracias a la luz de las antorchas que esgrimían los que salían del convento, aún así, no parecía que las mujeres fueran forzadas, o que alguna hubiera sido obligada a ir atada o amordazada. No era capaz de salir de su asombro cuando una de ellas se adelantó para llegar hasta él. En un principio, a Aren no le llamó la atención; una mujer rubia, bonita, demasiado tapada para su gusto, pero conforme se acercaba algo cambió en él, casi como si la misma diosa Freya le hubiera bendecido en aquel momento con la bendición o maldición del amor. Sentía cómo si la misma neblina mental que le embargaba cuando estaba en el estado de berseker, ahora le afectara cuando la miraba. La mujer se acercó hasta quedar a una prudencial distancia de él, lo cual, aumentó su deseo y su lívido hasta casi hacerlo insoportable. Nunca antes había sentido ese deseo irrefrenable hacia ninguna mujer, y por un segundo, recordó las runas y las predicciones de Bjorn acerca

de la mujer que Freya había escogido para él, y en ese mismo instante, habría jurado que tenía razón y el amor era un mejor regalo que el oro o la fama.

La mujer se colocó frente a él con unos exquisitos modales y cordialidad que acompañaba con una radiante sonrisa.

—Gracias, nuestro salvador. Esos demonios amenazaban con llevarnos al infierno.

Aren no lo pensó más, casi como un impulso se arrojó sobre la mujer, sin apenas razonar, para besarla. La mujer no parecía sorprendida, sino que con una pericia poco habitual en una mujer entregada a Dios, le respondió a los besos y acarició sin decoro el cuerpo musculoso del vikingo. Aren prescindió de preliminares, apenas podía razonar, tomó a la mujer en brazos con una facilidad pasmosa, y sin importarle quién miraba, se bajó los pantalones y la montó salvajemente, casi como si estuviera en berseker en medio de una batalla. La mujer no esperaba este tratamiento por parte del vikingo, el cual, ya no razonaba, pero parecía que la rudeza y la forma directa de actuar le arrebataron unos cuantos gemidos de placer. La mujer parecía extasiada; Aren en ese estado de irracionalidad parecía saber qué tocar o qué hacer en cada momento casi como si un dios vikingo de la sexualidad se hubiera apoderado de él. Cuando concluyó jadeante, tratando de recuperar el aliento y la razón, la mujer, aún en sus brazos, se encontraba en un éxtasis del que apenas podía salir, tan solo gemía sin parar. Aren la contempló con placidez, nunca antes le había ocurrido algo semejante, un estado tan parecido al que sentía durante el ardor en la batalla mientras mantenía sexo. En ese instante, todas sus experiencias pasadas con el sexo, que eran muchas, se le antojaron como sosas e insípidas; había sentido el orgasmo por todo su cuerpo, como si el placer se intensificara y tuviera eco en cada parte de su piel. La monja que mantenía en sus brazos, parecía incluso más afectada que él, aún estaba en trance sintiendo estremecimientos por cada parte de su cuerpo. Aren la contempló, en un principio le resultaba bonita pero sin nada más que añadir, ahora le resultaba tan maravillosa que creía estar enamorado. Se sacudió esas ideas de la cabeza, pero no podía evitar retornar, una y otra vez, a la profecía de Bjorn y la mujer que amaría más que a su vida; su protegida. Estaba muy seguro de que ya la había encontrado.

En la actualidad.

Aren escuchaba el sonido de su teléfono, era el timbre que tenía asociado a Jacques. Apartó a la mujer que dormitaba entre sus brazos, y se levantó de la cama. Se quitó el cabello largo y rubio de la cara y tomó el teléfono. Había

dejado de sonar pero tenía un mensaje. Abrió el mensaje y apareció una foto. La mujer morena era muy hermosa, de largos cabellos negros cayendo en suaves rizos. Unos ojos azules mostraban una inteligencia inusual. Leyó el escueto mensaje de Jacques “Elimínala. Su nombre es Angélica Ricci”. Aren contempló de nuevo la foto de la chica, y se preguntó por qué esas putas estaban todas tan buenas.

Dejó de nuevo el móvil sobre la mesa y se paró al oír el sonido que venía desde la cama.

—¿No vienes de nuevo a la cama? —dijo la mujer rubia que le observaba desde allí.

—De acuerdo, pero a primera hora te pagaré un taxi, Sandy —dijo mientras se dirigía hacia allí—. Tengo un trabajo urgente.

—Jana, mi nombre es Jana.

—Claro Jana —respondió mientras le besaba el cuello—. Como tú quieras llamarte.

Aren deslizó la mano por el cuerpo de la mujer sin mucho interés. Se había jurado a sí mismo no volver a desenfrenarse cuando tenía sexo, y lo había mantenido por siglos, lo cual, hacía que el sexo siempre fuera descafeinado, aún así, repetía una y otra vez, con distintas mujeres, distintas épocas, hasta que se convirtió casi en un vicio aburrido que le ataba a la monotonía. Miró a la rubia y negó rotundamente cambiando de opinión.

—Será mejor que te vayas ya —dijo con un tono autoritario dejando un par de billetes de cien euros en la mesita, que más que pagarle el taxi parecía que hubiera contratado a una prostituta.

Cogió la chaqueta para salir de la habitación del hotel con intenciones de bajar a tomar una copa, desoyendo las quejas de la mujer que parecía indignada.

Recordar cómo la reina del Aquelarre oscuro le hechizó para que se sintiera enamorado de ella, para luego hacerle el conjuro de la garra de la bruja que le conectaba con ella, y mediante el cual, le extraía energía, incluso estuvo a punto de desposarla antes de aquello. Le quedaba el consuelo de saber que ella jamás se repondría de los encuentros sexuales que tuvieron, ningún otro le sabría igual que él. De todos los cazadores, él era el que más la odiaba, y debido a aquel suceso, sobre el que no quería pensar porque supuso la muerte de muchos de los suyos, sino todos, dejó de creer en los dioses, el destino, las profecías o el amor, y adquirió una carga que esconder y cuidar. Antes de ir a ver a Arnau, otro de los cazadores que estaba entrenando a uno

nuevo, el cuál podía darle información sobre la bruja que debía cazar, tenía que ir a la cámara de seguridad donde había escondido “su carga” y comprobar que estaba bien. Apuró su copa y fue a su habitación a recoger sus cosas, ya le había dado tiempo a Ann, o Kate, o cómo se llamara, a irse.

Capítulo 2

Angelica paró un segundo a respirar mientras recogía la ropa y todo el equipaje que tenía en la habitación del hotel rural de la Bruja Blanca, como se llamaba el pueblo del Sur de España. Había ido allí con un equipo del Aquelarre oscuro por mandato de la reina en busca de una bruja que aún no había sido consagrada, posiblemente una bruja blanca. El Aquelarre oscuro había estado en guerra con el blanco desde casi el principio de los tiempos, y el primero había casi aniquilado al segundo hasta quedar tan solo una bruja blanca que estaba encerrada en una protección energética que nadie podía atravesar. Angelica entendía el motivo, las blancas habían quemado a muchas de las suyas en su intolerancia, les acusaban de pactos demoniacos, pero lo que la magia de la madre oscura, como así le llamaban, hacía era renovar; magia renovadora en un ciclo donde todos los procesos son importantes. Pero ahora, ellos, los del Aquelarre oscuro, habían pecado de la misma intolerancia con la que comenzaron los blancos en sus cruzadas contra el “mal”. En este momento, la magia estaba absolutamente desequilibrada, y lo que la reina pretendía es desestabilizarla totalmente destruyendo la magia blanca por completo, pero para ello debían romper las defensas que la bruja blanca, que tenían atrapada durante siglos, mantenía activas. Angelica no se imaginaba lo que era estar atrapada dentro de tus protecciones místicas durante siglos. ¿Qué hacía allí? ¿Rezar a su dios? Sin comer, ni beber, ni hacer nada de lo que un ser humano hiciera. Las ancianas no estaban contentas con la situación. Ellas eran las elegidas por la diosa oscura, hasta la misma reina les temía. Vivían bajo tierra, en completa oscuridad, y se alimentaban de los sacrificios humanos que se les dedicaban, al menos eso decían. Cuando las ancianas deseaban algo de ti te llamaban en sueños, y rara vez la persona invocada volvía, muchas de ellas eran el sacrificio que pedían, así que, el día que las vio en sueños, casi murió del miedo, pero no la querían para que se sacrificara, sino para que tan solo las sirviera a ellas, y un día, le prometieron que se convertía en una de ellas; una anciana. Ese honor le aterró casi más que el hecho de que le exigieran que se sacrificara: Una vida en la oscuridad, llena de frío sin más compañía que otras ancianas o las alimañas que

rondaran el sitio. Cuando percibieron el terror en ella, se rieron mucho, y le dijeron que no se preocupara, que tan solo se adentraría voluntariamente cuando estuviera preparada. No le alivió mucho, después de todo, ya trabajaba para ellas, incluso en contra de la reina de su aquelarre. Su primer trabajo fue ayudar a la bruja que buscaban a escapar de las garras de la reina, y para ello, le dio una poción que despertara sus talentos mágicos, pero a su vez, atrajo la atención de un cazador sobre ella; el Inquisidor negro. Se sentía culpable y deseaba quedarse a ayudarla, a pesar de que era una absoluta locura. Cuando un cazador te encontraba, morías. En el caso del Inquisidor negro, te interrogaba y extraía todo de ti, incluso los miedos y las culpas hasta enloquecerte. Generalmente, un cazador no se molestaba en ir a por una sola bruja, eso era demasiado privilegio y se lo cedían a los humanos normales que trabajaban para ellos, mientras se centraban en trabajos de gran envergadura, como desactivar centros de poder o empresas del Aquelarre. Desgraciadamente para Violeta, como se llamaba la bruja que buscaban, estaba en el lugar inadecuado cuando el cazador investigaba, y ahora pagaría por ello. Ni siquiera era una bruja oscura, y parecía una buena persona, pero para los cazadores las brujas son las brujas. Deseaba ayudarle, pero las ancianas le volvieron a hablar en sueños y le ordenaron que saliera inmediatamente del pueblo, que su trabajo ya había concluido.

Miró de nuevo el equipaje, y se lamentó por última vez de su fuga, pero no podía quedarse y desobedecer a las ancianas. Así que, salió de la habitación tras pagar la cuenta y se subió al coche que había alquilado, dirigiéndose hacia el aeropuerto más cercano que le llevaría a su tierra natal, Italia, y durante unos días estuvo encerrada en un hotel para asegurarse de que no había sido rastreada, y sin saber muy bien qué hacer hasta que se decidió por Milán, donde tenía una amiga.

Cuando llegó a Milán fue directa hacia una de las sedes del aquelarre tras tomar una habitación en un hotel, lo prefería antes de quedarse en la casa capitular de Italia. Se había deshecho de su documentación falsa, y ya no sería más Alba, sino ella misma.

La casa capitular era una gran mansión a las afueras de la ciudad cedida por uno de los mecenas del Aquelarre oscuro. El aquelarre no solo estaba constituido por brujos, también por humanos que simpatizaban con la filosofía del culto o que pretendían favores de los brujos. Aunque la construcción mantenía un aire clásico, principalmente era moderno, y por supuesto, contaba con todas las comodidades que la tecnología les ofrecía.

Angelica no era alguien importante dentro del aquelarre, siempre quiso mantenerse lejos de la política, pero era una erudita, posiblemente pocos doctos en brujería podían superar sus conocimientos, así que, solían ser recibida con cierta atención cuando iba a algún sitio dentro del aquelarre. En esta ocasión, la bienvenida no se hizo de esperar. El diácono de la casa capitular bajó la escalera de manera pomposa, casi al mismo tiempo que Angelica era anunciada. El diácono era un hombre relativamente joven, en relación con la edad que solían tener los cargos dentro del aquelarre, tan solo unos pocos elegidos podían trascender la vejez y alargar su vida, al menos algunos siglos. De aspecto delgado y enjuto parecía un hombre vivaracho. Llevaba una vestimenta normal, tan solo la túnica negra ceremonial de las celebraciones, aún así, su condición de diácono era delatada por un medallón de la triple diosa en su aspecto de la madre oscura que colgaba sobre su camisa: la luna negra.

—Angelica Ricci. Qué placer conocerla al fin —dijo sin presentarse, dando por sentado que debían saber quién es o sencillamente, había sido fruto de un despiste.

—Encantada... —dijo Angélica sin saber a quién dirigirse, dado que hacía tiempo que no pasaba por la casa de Milán, y en ese tiempo, el diácono había cambiado al morir el anterior de manera poco ortodoxa.

—¡Oh! Disculpa. Mi nombre es Benedicto —dijo con una sonrisa casi infantil. Los diáconos se cambiaban el nombre cuando llegaban al cargo, este, en particular, debió resultarle gracioso denominarse con un nombre que solía usarse para nombrar a los Papas,

Angelica extendió el brazo para darle la mano a modo de saludo.

—Encantada —dijo con una agradable sonrisa.

El diácono le miró levemente, como evaluándola, y luego comenzó a andar mientras hablaba de manera ligera y rápida esperando que ella le siguiera.

—Como sabe la casa fue gentilmente cedida por uno de los seguidores de la Madre oscura. Parece ser que el hombre, que preferimos mantener en el anonimato, disgustó a la diosa; y las ancianas, en vez de exigirle que se adentrara en la oscuridad como sacrificio, le pidieron esta propiedad en concreto. Es un dato que a mí me ha fascinado, ¿por qué este lugar? Nunca antes habían pedido nada material en compensación a alguna falta.

Angelica observaba la mansión mientras trataba de ir a la par que el diácono, el cual, se movía tan rápido como hablaba.

—Sí, es curioso —confesó casi sin analizar los datos que le planteaba.

—Yo creo en las bondades de nuestra madre oscura. Si las ancianas pidieron esta casa era por un motivo, así que la estudié detenidamente, y es uno de los motivos por el que le escribí a usted dada su erudición en temas mágicos.

Durante unos instante se sintió de nuevo un ratón en una ratonera; había recibido esa carta, pero ni siquiera la abrió, sino que se había encaminado hacía la misión que le fue asignada en España. Y, ahora, estaba ahí “por casualidad”, en una casa que las mismas ancianas que jugaban con ella habían reclamado, y el diácono creía que estaba ahí porque atendía a las demandas que le expusiera en dicha carta no leída. Se pasó la mano por la cara y estuvo a punto de despedirse y marcharse. Durante su entrenamiento y largas horas de estudio tan solo había tratado con otros eruditos que hipotetizaban sobre la magia como un elemento equilibrador, y tan solo había salido de ese círculo por encargo de la reina, para ser enviada a la misión que acababa de concluir, y en el poco tiempo que había estado allí, no le gustaron muchas cosas que vio, pero se dijo a sí misma que en todos lados hay todo tipo de personas y no tiene porque ser la norma. El poder siempre conlleva corrupción, es imposible desligarlo.

—Sí, recibí la carta, pero no la llegué a leer aún, tuve que marcharme a una misión que me encomendó la reina —se disculpó Angelica omitiendo que luego las ancianas también le asignaron sus cometidos.

—¡Oh! Entonces es el destino el que la trae hasta aquí. Ve, a eso me refiero, todo está orquestado para que hagamos algo grande en esta casa. Continuo con mi explicación. Estuve estudiando la geometría, la posible confluencia de las energías mágicas, la arquitectura, llegando a la conclusión de que esta casa ya había pertenecido a nuestro aquelarre en algún momento de la historia. Y en todo este proceso encontré algo —concluyó el diácono llegando a una habitación.

—¿Qué? —preguntó con mucha curiosidad.

El hombre hizo una pausa hasta llegar a un lugar de la habitación donde había una vitrina. La habitación poseía una decoración con un toque victoriano. Benedicto parecía sentir aprecio por los muebles antiguos, y se podía apreciar por cada lugar de la casa que recorrió mientras hablaba con el diácono. Esta habitación, en particular, tenía una decoración muy cuidada: cortinas de terciopelo recogidas con cuerdas doradas, grandes alfombras que se extendían hasta casi moquetar la habitación, papel con florituras azules en

la pared. A pesar del ligero recargamiento, los muebles estaban colocados para no restar donaire al objeto que parecía el centro de la habitación; la vitrina. El diácono llegó ante ella y esbozó una ligera sonrisa de triunfo.

—El grimorio de los tormentos —expuso Benedicto en un tono casual.

Angelica casi dio una carrera hasta la vitrina cuando escuchó a Benedicto presentarle el libro.

—¿El grimorio de los tormentos? —preguntó Angelica con incredulidad.

—Sí, ¿qué sabes de él? —indagó Benedicto que no estaba seguro de si ella sabría sobre ese libro.

—En la magia egipcia se habla de dos caminos; el del agua o el corazón, y el del fuego o el espíritu, ellos le llamaban la vida. El camino del agua es el más común, el famoso bautizo del agua que hacen los mismos cristianos. Vas a encontrar millones de libros, autoayudas, religiones como la budista, que te llevan a elevarte y conseguir un corazón nuevo. Pero el camino del fuego, es el más hermético de todos, es el de la vida eterna y la inmortalidad, resurgir de tus cenizas transformado en un fénix inmortal. Si te fijas bien, en la misma biblia, Jesús sigue los dos caminos; primero el del agua y después el del fuego, del sufrimiento y la muerte resucita como un ser de luz inmortal. Aquel que fracasa en el camino del fuego solo le queda la destrucción y el sufrimiento eterno, es por ello que hay que ser cuidadoso a la hora de elegir este camino, arriesgas el alma en más de un sentido. El grimorio de los tormentos debería ser una guía sobre cómo sobrevivir al infierno al que descendes cuando sigues esta vía.

—¿Y si hubiera una manera de sortear dicho camino, esquivando el sufrimiento y convirtiéndote en inmortal?

—Ni siquiera sé si hablamos de la misma inmortalidad. Este camino es una transformación por completo, no veo cómo “engañar” lo que eres —refutó Angelica.

—Hay una forma —dijo Benedicto con satisfacción—. En el libro viene el ritual final para la transformación, se necesita un corazón puro, por ello, los que han seguido este camino, primero han seguido el del agua, para poseer un corazón inmaculado para que se pese en la balanza. Con ese conjuro no debes pasar penalidades para llegar a la sala de la verdad, donde se pesa tu corazón antes de seguir con el proceso; tan solo necesitas un corazón puro y el conjuro que invoca a Maat.

—¿Y el corazón puro? —preguntó Angelica con cierto temor.

La respuesta a su pregunta vino del llanto de un bebé que llevaba una

matrona en brazos. Lo trataba con sumo cariño, como si fuera su propio hijo, y ella una madre sumamente cariñosa.

—Su madre era una virgen pura y siguió siendo virgen tras dar a luz. Hoy en día con la inseminación artificial no es complicado. El niño debía nacer de mi gen y puro. No es el primer intento que hago, ya ha habido otras vírgenes que no han cumplido el objetivo, y más niños, obviamente. El día apropiado será en tres días. Recibirá el primer bautizo; el del agua, sin problema, su corazón ya es puro, y luego el del fuego, ahí le arrancaremos el corazón e invocaremos el juicio de Maat, en el que me convertiré en inmortal, y para ello, necesito tu ayuda, hay algunas lagunas que resolver del libro aún.

Angelica se tambaleó y trató de mantener la compostura. En todo el loco plan que el hombre había diseñado, existían tantos peros... ¿A cuántas mujeres y niños había matado para realizar esta locura? No creía que pudiera realizar algo que era un proceso interno con un simple ardid, pero, si invocaba la sala de Maat podía abrir un portal al infierno al que iban los que perseguían este camino, y la Diosa sabría qué podía salir de ahí, o qué perjuicio podría traer al mundo.

Observó al bebé que parecía un angelito en brazos de la mujer y tuvo deseos de quitárselo y salir corriendo con él, desgraciadamente no llegaría muy lejos.

—Todo esto es muy interesante pero estoy cansada —confesó Angelica tratando de buscar una excusa para salir de allí—. No he dormido nada con todo el día de ayer y mi cabeza no funcionará igual para resolver un problema místico como este.

—Está bien. Mañana noche damos una fiesta, un poco encubierta, vendrá mucha gente ajena al aquelarre, y algunas personas que quizás quieras conocer que son seguidores de la Madre oscura. Puedes traer un acompañante si te place —dijo Benedicto esperando saber si tenía o no un acompañante que pudiera ir con ella, disfrazando el interés que sentía por ella—. Podemos compartir esto juntos, si sale bien, la inmortalidad.

Angelica le sonrió forzosamente y trató de irse sin muchas prisas y de manera natural de la casa capitular. Cuando salió por fin a la calle, entró en un bar y pidió la llave del baño. Entró, elevó la tapa y vomitó hasta caer al suelo, exhausta y destrozada.

Capítulo 3

Aren abrió la cámara de seguridad del banco. Le habían dejado solo para que comprobara sus posesiones. Sacó el cofre de metal del tamaño de un metro cuadrado de su caja de seguridad y lo abrió. Todo estaba normal, el collar de ámbar con brillo que denotaba magia, los huesos de su antigua poseedora. Él no había deseado cambiar las cosas de como las encontró, bueno como ella las encontró, Aren tan solo se las consiguió y se las quitó a esa bruja. No solo le convirtió en un idiota enamorado con un hechizo de amor con intenciones de hacerle la garra de la bruja, borracho y drogado, con alguna hierba que le coló en su bebida, el conjuro con el que le extraía energía, sino que además, mató a todos sus hombres, y en las costas danesas buscó y encontró los restos que ahora él guardaba en la caja de seguridad. Esa perra jamás tendría este collar. Cerró de manera rigurosa el cofre y lo devolvió de nuevo a la caja. No había contado a nadie, si siquiera a los cazadores lo que guardaba, no deseaba que saliera a la luz o hablar de su pasado, y el collar mágico, no tenía ni idea de qué era. Si aún creyera en los dioses nórdicos diría que era el Brisingamen, el collar que los enanos hicieron para la diosa Freya, pero a quién coño le importaba eso ya, a él no desde luego. Él tan solo vigilaba que su carga estuviera a salvo y lo estaba, incluso el banco en el que se alojaba le pertenecía, al menos era su mayor inversor. Salió de allí y se dirigió al aeropuerto, necesitaba ir primero a París a hablar con el nuevo cazador, el cual, parecía poseer muchos datos sobre la bruja que buscaba, con el fin de poderla rastrear con más facilidad.

El viaje desde Copenhague a Paris le resultó aburrido, siempre que iba de caza sentía una emoción inusual, como si tan solo estuviera vivo en esos momentos, pero esta caza la sentía distinta, empezando por la peculiaridad de que iba a cazar a una sola bruja. Durante el viaje contempló varias veces la foto que le enviaron de Angelica. No era su tipo, a él le gustaban las mujeres descaradas, desinhibidas sexualmente, y sin embargo, no podía dejar de mirar a la bruja, que parecía del tipo contrario a como le gustaban, y pensaba cómo hubiera sido la vida de haber sido mortal con una esposa e hijos. A veces deseaba que la profecía de Bjorn se hubiera cumplido y hubiera tenido una vida tranquila con una mujer, en vez de dinero, fama, muchas mujeres. Qué ironía que al final lo que más deseas sea lo que te harte, claro que siendo inmortal era difícil mantener la atención sobre algo durante más de un siglo. Se preguntaba qué había podido hacer esa bruja para que ella sola mereciera

toda su atención. Generalmente se dedicaba a cazar grupos de brujos, no a uno en concreto. Lo irónico es que cuanto más miraba esa foto más le gustaba la bruja, y no estaba hechizado, aún así, debía matarla. Era una pena que fuera una bruja, porque nunca había sentido ese interés por una mujer, y siendo inmortal, podía mitigar su soledad, al menos el tiempo que viviera ella. No entendía por qué le asaltaban esos pensamientos con la bruja que tenía que cazar, debía centrarse en el trabajo. Si Jacques la quería muerta y creía que merecía que un cazador le diera caza, es que algo realmente malo había hecho o era especialmente peligrosa.

Cuando llegó a Paris se dirigió hacia la casa de Arnau a las afueras, en un coche de alquiler. La casa, aparentemente era un chalet que bien podría pertenecer a cualquier adinerado de la zona, pero en su interior Arnau lo había reformado creando una zona muy amplia de entrenamiento, incluso una zona donde probar efectos de fuego, dado que Arnau parecía mantener una afinidad con dicho elemento desde que trataron de quemarle en la hoguera cuando fue acusado de cátaro. Aren entró cuando la señora Fevre, su ama de llaves, como aún la llamaba él, una mujer que ya superara los sesenta, abrió la puerta. Ella era la esposa de uno de los hombres que habían trabajado en un pasado para los cazadores, y un brujo acabó con su vida. Arnau se quedó a la joven viuda como ama de llaves y la ha protegido desde entonces como si fuera un familiar. La mujer que conocía a todos los cazadores, y con los que estaba encariñada sonrió a Aren y le dio un abrazo casi sin él esperarlo.

—Aren —dijo la mujer tras darle un beso.

—Señora Fevre, está tan hermosa como siempre —le dijo en un tono coqueto—. ¿Aún mantiene uno de los encantos, junto con su belleza que más me atrae de usted?

La mujer sonrió, tomó un arma de las muchas que había repartidas por toda la casa, y disparó con una puntería envidiable.

—Creo que sí —presumió la señora Fevre con una amplia sonrisa.

—Y encima cocina genial, debería pensar en de casarse conmigo —dijo Aren con un tono jovial.

—¿Y dejar a Arnau solo? Imposible, moriría de alguna enfermedad si tiene que cocinarse él. Además, no te ofendas, no eres mi tipo. Me gustan más jóvenes.

—Punch —dijo Aren simulando que había sido golpeado por la mujer — ¿Más jóvenes?

—Unos trescientos años más joven me conformo —dijo la señora Fevre

guiñándole.

—Si encuentra a alguno trescientos años más joven, dígame que como se porte mal le daremos una paliza —respondió Aren adentrándose más en la casa.

—Te quedas a comer, y no es una pregunta. Tengo que cuidar a los únicos hombres guapos que me hacen sentir joven —bromeó la mujer mientras le acompañaba por la casa.

—No puedo negarme a eso, sueño con sus platos de comida cuando estoy en Dinamarca, pero me iré lo antes posible, tengo mucho trabajo. Cuénteme cómo va todo, o qué sabe que yo no sepa.

La mujer se rió a carcajadas.

—¿No lo sabes aún? Estamos todos invitados a la boda de Ezequiel —dijo refiriéndose al Inquisidor Negro.

—Y a parte de bromas qué más —dijo tras reírse también.

—No es una broma, se nos casa de verdad.

—¿Qué? —atinó a decir Aren.

—En su última misión la conoció y se enamoró.

—¿Ezequiel? ¿El inquisidor borde que mira al demonio más pintado y lo deja temblando de miedo? ¿Hablamos del mismo?

—Sí, Ezequiel, el que bendice la mesa cuando comemos —dijo la señora Favre mientras continuaba con Aren desplazándose por la casa.

—¿Y quién está tan loca como para enamorarse de él?

—Oh vamos. Ezequiel es muy guapo y tiene su encanto —dijo la señora defendiendo al otro cazador.

—No sé, nunca fue mi tipo.

—Se va a casar con una bruja que perseguía el Aquelarre oscuro para matarla porque no es una bruja de las suyas.

Aren se paró en seco y casi se atragantó al escucharla hablar.

—¿Una bruja? ¿Me toma el pelo?

—En absoluto. La acusó de brujería, tuvieron su “aquel”, y ella le ha quitado la garra de la bruja de alguna manera.

—Eso no es posible... —dijo Aren quedándose un instante pensativo recordando lo que le hizo la reina oscura, tocándose involuntariamente el pecho, dónde tenía la garra él mismo.

—Pues así es, yo misma he inspeccionado a Ezequiel y ya no lo tiene —informó la señora Favre que entre otras capacidades poseía amplios conocimientos de ocultismo—. Y sé que preguntarás esto, así que respondo

ya, Jacques la aprueba, después de todo no ha hecho nada malo, es una buena muchacha.

—Una santa si se va a casar con Ezequiel, diría yo —dijo Aren casi sin pensarlo.

La mujer le tiro un jarrón que Aren atrapó al vuelo pero no sin antes regarse de agua mientras las flores le caían encima.

—Vale, es un gran tipo, Ezequiel —dijo Aren a modo de disculpa—. Lo digo en serio, aunque yo jamás me habría casado con él.

La señora Fevre le devolvió una sonrisa de satisfacción.

—Arnau está entrenando a un nuevo cazador —continuó con sus novedades.

—Lo sé, que ha aparecido uno nuevo.

—Gracias a él sabemos cuál es la nueva identidad de la reina oscura y muchos detalles del Aquelarre oscuro.

—Eso no me lo ha dicho Jacques. Él sabe que yo quiero ir a por ella y matarla sí o sí, de esta forma nos quitaríamos todos la maldita garra —respondió Aren lleno de odio por la reina.

—No sé si es una buena idea, no tengo claro que puedas matarla mientras tengas esa garra. Primero debes deshacerte de ella, y si Ezequiel lo ha hecho podríais los demás.

—Entonces que la bruja..., quiero decir, la novia de Ezequiel nos la quite. Ella sabe cómo. No sé por qué perdemos el tiempo —dijo Aren mostrando poca paciencia.

—Si fuera posible. Ella ni siquiera sabe cómo lo hizo, pero te juro que está esforzándose mucho porque lo averigüemos, y lo acabaremos haciendo. Pero ninguno de nosotros somos brujos, y aunque yo sé mucho de ocultismo no he estudiado los textos de los brujos, ni sus grimorios, no sé qué ha podido hacer Violeta para quitárselo, y ella menos que yo. Nunca ha estado en contacto con la brujería hasta que despertó cuando Ezequiel investigaba. Quizás gracias a Bram, como se llama el nuevo cazador, podamos saber algo más.

—¿Por qué el nuevo cazador? —indagó Aren con curiosidad.

—Eso pregúntaselo a Arnau —respondió la señora Favre esquivando descaradamente la pregunta.

Aren se encogió de hombros y siguió a la señora Favre al lugar donde Arnau entrenaba al nuevo cazador. Que apareciera un nuevo cazador era un acontecimiento que no había ocurrido en siglos. Estaban vinculados

místicamente de alguna forma y se percibían unos a otros cuando estaban en la cercanía, pero ni siquiera ellos sabían exactamente por qué o qué eran, tan solo que poseían dones, y un odio acérrimo a la reina oscura, la cual, les hizo a todos ellos la garra de la bruja. Quizás la reina oscura sí sabía qué eran, después de todo, ella los buscó con conocimientos sobre sus dones, debería poseer información que ellos desconocían. Aunque si Aren tuviera a la reina en las inmediaciones no iba a detenerse a preguntarle, la estrangularía o idearía una forma peor de que sufriera.

La señora Fevre dejó a Aren en la sala de entrenamiento y se fue con la excusa de preparar la comida. Aren entró con cierto sigilo mientras parecía explicar a Bram cómo focalizar sus capacidades. Entrenar a un cazador era complicado, dado que cada uno disponía de capacidades distintas a los otros. Al final era una cuestión personal y autodidacta, lo que les conducía al desarrollo de sus facultades, no obstante, se podían enseñar una serie de pautas comunes.

—¿Aún sigues pegando como una nena, Arnau? —preguntó Aren cruzándose de brazos mientras los observaba.

Arnau sonrió cuando escuchó al vikingo hablar y dejó de mirar a Bram para darse la vuelta.

—Veo que la escoria vikinga aún no sabe cómo es una nena, y eso que lleva mirándose a un espejo desde que supo lo que era la civilización —respondió Arnau en un tono serio y molesto para luego echarse a reír con Aren.

—¿A qué jugáis? —preguntó Aren sin cambiar de posición.

—Trato de enseñarle a focalizar la atención. Por cierto, él es Bram Betila —le presentó Arnau en un tono desenfadado.

Aren extendió la mano para estrechar la de Bram.

—Bienvenido al club —dijo Aren—. Me han dicho que tienes mucha información que darme sobre Angelica Ricci.

—Te he preparado un dossier sobre ella. Documentación sobre sus gustos, su procedencia, lugares más posibles dónde podría ir... —dijo Bram pensativo.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre ella? —preguntó Aren en un tono ligeramente suspicaz.

—Supongo que te lo habrán contado. Yo soy el hijo de la reina oscura y estoy infiltrado en el aquelarre de mi madre —respondió Bram sin darse cuenta del gesto de horror que acababa de exhibir Arnau.

—El hijo de esa puta —repitió Aren en un tono calmado que no coincidía con los primeros destellos rojos que iban tomado los ojos del cazador.

Arnau, como un resorte, se puso en medio de Aren, pero no pudo impedir que este, ya fuera de control, estrellara con una fuerza inhumana a Bram contra una de las paredes.

—Aren, por Dios recupera el control. No sabes nada —dijo Arnau tratando de no colocarse en medio del vikingo y su presa.

Bram trató de colgarse en la cesta de baloncesto en un intento de esquivar a Aren, pero este prescindió de golpearle, arrancó el pie de la canasta de baloncesto del suelo y la arrojó de nuevo contra otra pared.

—¡Maldita sea, Aren! No puedes matar a un cazador, en su defecto no al que yo entreno y que Jacques ha dejado bajo mi tutela —adujo Arnau tratando de que el vikingo recuperara la razón para luego dirigirse a Bram en tono de reproche—. Por eso, él no sabía quién eras, novato.

—Y me lo dices ahora —le respondió Bram mientras esquivaba con mayor o menor acierto los golpes de Aren—. ¿Este tío es Hulk? ¿Qué diablos le ha hecho mi madre para que me quiera muerto sea quien sea yo?

—No preguntes y no te pongas cerca, porque no podrá matarte, eres inmortal, pero de esta no te recuperas hasta dentro de un año, como poco.

—Soy inmortal —repitió Bram como si esta evidencia lo cambiara todo y se colocó en frente de Aren—. No sé lo que te ha hecho mi madre, pero sea lo que sea, yo he tenido que soportarla toda mi vida y me odia. No me ha matado aún porque no debe. Te aseguro que si pudieras matarme y enviarme mi cabeza, mis entrañas y un video en el que me torturas, no lo lamentaría ni un segundo, pensaría que se ha librado de un hijo inútil.

Aren se quedó a un segundo de pegarle de nuevo antes de que los ojos volviera a su azul original.

—Háblame de Angelica —respondió en un tono neutral, ya repuesto de su estado anterior, mientras Arnau respiraba hondo.

—Angelica es una erudita. Se ha pasado la vida entre libros y filosofando sobre la magia y sus usos. Probablemente sus conocimientos sobre la magia sea más amplios que los de todos los del Aquelarre oscuro, y en eso debes tener cuidado, es una gran hechicera, probablemente sepa conjuros traducidos por ella de un idioma arcano que tú jamás hayas visto en todos tus siglos de vida.

—¿Y qué ha hecho para merecer que la mate? —preguntó con curiosidad Aren.

—Ella sabe qué es Violeta, la prometida de Ezequiel. Fue la que le dio la pócima que despertó su magia, y probablemente sepa quién es Ezequiel, incluso cómo localizarlo, o los sitios que el Inquisidor frecuenta. Ahí incluye todos los centros y datos de los cazadores. Hay conjuros que ella podría lanzar con solo haber mirado a Ezequiel con tal precisión que supondría el final de los cazadores.

—¿Y no lo habría hecho ya y contado todo a la pu...digo tu madre? Hace días que se fue de España.

—No lo ha hecho. Yo lo sabría —dijo Bram en un tono pensativo.

—Y si tienen esos conjuros y capacidades en el Aquelarre oscuro, ¿por qué no han hecho ya todo eso que dices?

—Porque los eruditos son muy celosos de sus investigaciones. Existe una extraña rivalidad entre ellos y no quieren que los demás tomen ventajas. Tenéis que entender que el Aquelarre oscuro no es algo homogéneo, existen una serie de “castas”. Vosotros habéis cazado a las más activas y corruptas, pero existen otras, como los eruditos, que se dedican por completo a sus estudios e investigaciones, y, aunque estoy seguro de que alguien como Angelica pudiera hacer cualquier barbaridad con sus conocimientos mágicos, o escalar en la jerarquía, sus motivaciones al respecto son nulas. Ni siquiera sé qué diablos hacía en España dándole una poción a Violeta, sin delatarla, sin colaborar con el resto.

—¿Y tu madre no lo controla todo?

—Qué más quisiera ella. Las ancianas la desafían continuamente, y existen rumores de que existe una casta secreta que no controla nadie; los purificadores, que se dedican a limpiar lo corrupto, y cuando digo limpiar me refiero a aniquilar. La filosofía de la Madre oscura es la renovación, la muerte y el comienzo —concluyó Bram.

—Bien, yo la cazaré y la mataré. Tú tan solo dame todos los datos que tengas en ese “dossier” o como lo llames.

Aren iba a darse la vuelta para dejarlos entrenar cuando se gira de nuevo.

—Por cierto, Bram— Aren le sacudió tirándolo al suelo de nuevo—. No es personal, pero eres su hijo y te faltan reflejos. Entrena más.

—¿Le caigo mal? —preguntó Bram a Arnau cuando el vikingo ya se había adentrado hacia la casa.

—Que va. Es su manera de darte la bienvenida —respondió Arnau con una sonrisa sarcástica.

Capítulo 4

Cuando llegó al hotel se dejó caer en la cama y se derrumbó emocionalmente. No entendía cómo había podido cambiar tanto su vida desde que las ancianas le contactaron hasta quedar en un desastre absoluto. Ella no era una persona intrépida ni de acción, tan solo era una estudiosa. Se secó un poco las lágrimas y fue a la nevera del hotel. Miró las bebidas alcohólicas, lo único que había probado de alcohol en su vida era vino, cerveza y bebidas por el estilo, pero esto era una emergencia, pensó tomando una de las botellitas sin tan siquiera leer lo que era y echarla en un vaso. No lo pensó, se la bebió de un tirón arrugando la nariz y soltando un sonido que indicaba que era demasiado fuerte para ella, no obstante tomó otra y repitió la jugada.

Podía huir, pensó dejándose caer de nuevo en la cama, volver a su mundo y olvidarse del bebé, pero no debía, era un pequeño ser humano que iban a sacrificar para que un bastardo fuera inmortal, en el mejor de los casos, y además, un bastardo que merecería estar muerto. Tampoco es que tuviera mucho más alternativas, no podía huir con el bebé sin que lo notaran, toda la casa estaba siendo muy vigilada. No era una experta en eso, pero seguro que había cámaras de seguridad, alarmas. En el mejor de los casos en que con magia pudiera sortear las defensas místicas, el resto lo hacía imposible. Tampoco tenía a quién acudir, dentro del aquelarre su amiga Brigit estaba en Milán, por eso había venido a esta ciudad, pero no podía meterla en este lio y no sabía en qué podía ella ayudar en todo este jaleo. Brigit era una estudiosa como ella, y tampoco estaba metida en la política del aquelarre, ni siquiera se podía imaginar la iniquidad que dominaba entre los siervos de la Madre oscura. Acudir a las ancianas, era una solución, incluso chivarse del asunto con ellas, quizás no le gustara lo que ese loco estaba haciendo y tomaban cartas en el asunto poniendo al diácono en el menú del día, pero era otro plan descabellado, aunque pudiera ponerse en contacto con ellas, la comunicación con las ancianas siempre era unidireccional, aunque no se molestaran por este hecho, podían reclamarte a ti por mostrar debilidad y necesitarlas.

Ya se le había subido el alcohol a la cabeza cuando notó una ráfaga de energía que le perturbó, se puso de pie y se levanto siguiendo la pequeña chispa de luz que se formó hasta llegar al espejo de la habitación. Se frotó dos veces los ojos para asegurarse de que veía bien. En el cristal comenzaban a formarse letras, como si un cuchillo lo estuviera arañando, las palabras que

leyó casi le hacen desmayarse “te he cazado, bruja. Estás muertas” y debajo se formó la runa vikinga tyr. Abrió el grifo y se echó agua fría en la cara para asegurarse de que no estaba tan borracha o imaginando rarezas, pero las letras seguían ahí. Era uno de los cazadores, el vikingo, al menos era el único que iba a dejar una runa como su sello personal. Ahora sí que vivía en una pesadilla, con todas las personas perversas que comenzaba a entender que poblaban las filas de los seguidores de la Madre oscura, tuvo que ser ella, precisamente, la que captara la atención de un cazador, que además, ya la había encontrado. Esto no podía estar pasándole a ella, ni siquiera sabía si podría escapar del vikingo, como le apodaban. Estaba lo suficientemente colocada para no discernir si había pensado en gritar o lo había hecho. Había escuchado cuentos de brujas, nunca tan bien dicho, sobre cazadores, y lo que le podía pasar a una bruja si caía en sus manos. No era una experta en cazadores, sabía poco sobre el vikingo salvo que era un salvaje sanguinario, y lo menos que podías esperar de él es que te matara rápidamente. No quería morir, no de esa forma, no tan pronto, pero no le debía quedar tiempo ni para disfrutar de una última cena. Era irónico, teniendo en cuenta lo que iba a ocurrir en unos tres días, que el cazador fuera tras ella en vez de a por el diácono. Se frenó pensativa, ella no era una traidora, pero no podía dejar morir al niño. Jugó un rato con un mechón de pelo hasta que tomó una decisión. Sacó un pequeño libro donde anotaba los conjuros que consideraba más útiles y eligió uno que copiaba un poder. Luego rompió un pequeño espejo que llevaba en uno de los bolsos formando con él una punta afilada. Esperaba estar lo suficiente despejada para lo que iba a hacer. Se hizo un pequeño corte derramando sangre sobre el cristal y comenzó a escribir en el espejo donde el cazador le había dejado su marca de bienvenida. Dudó un segundo sobre qué decirle pero en breve grabó “Tenemos que hablar en persona, preferiría en un lugar público, pero decídelo tú. Escucha lo que tengo que decirte y si no te convence me matas”. No sabía en qué locura se había embarcado, o si era mejor que contestara o no contestara, se había terminado de delatar si el cazador aún no tenía claro que la tenía en su red. Pasaron unos largos minutos en los que casi moría de miedo esperando por si había una respuesta, y cuando ya creía que el cazador, o bien no le había llegado el mensaje porque el conjuro no dio resultado, o tal vez pasaba de ella, en el espejo comenzaron a aparecer letras de nuevo “A las cinco pm, el lugar te lo dirá el recepcionista de tu hotel”. Cuando leyó el mensaje tembló más incluso que cuando supo que la rastreaba, sabía hasta el hotel en el que

se alojaba. Que supiera cuál era su hotel dificultaba el resto del plan que comenzaba a trazar, pero ella era una hechicera experta y podía esquivar al cazador el tiempo justo para recopilar información sobre él. Se metió en la ducha para despejarse, se vistió y comenzó a hacer un conjuro con su propia sangre. Tras recitar unas palabras en latín y moldear con un poco de cera una figura, esta comenzó a agrandarse hasta el tamaño humano, al poco tiempo ya no tenía una estatuilla de cera sino a una mujer real exactamente igual que ella, un homúnculo. Esto despistaría al cazador mientras ella cumplía el resto de lo que tenía pensado. Le dio órdenes al homúnculo de que se dejara ver en el bar del hotel para pedir una botella de agua y un sándwich, tomar un poco el aire y volver a la habitación. Suspiró profundamente, aún tenía el corazón latiendo a una velocidad vertiginosa. Usó un conjuro que le confería un manto de invisibilidad y salió del hotel. Tomó un taxi cuando estuvo lo suficientemente lejos, y aunque ya se la podía ver, llevaba otro conjuro que dificultaba su rastreo.

Angelica trató de mantener la calma cuando llegó a la puerta de la casa de su amiga Brigit. Comenzaba a sentirse culpable por implicarla, pero le quedaban pocas opciones. Brigit abrió la puerta y abrazó a Angelica efusivamente. Brigit era una experta en nigromancia, sabía todo tipo de conjuros para invocar espíritus de muertos, y se notaba en toda su parafernalia. Vestía con un vestido negro vaporoso de tul con una cruz negra y un maquillaje blanquecino con toques negros en los ojos y los labios. Su casa no era muy distinta, parecía un museo sobre el más allá: cortinas de terciopelo negro, lápidas, colecciones de ouija de todas las épocas, incluso una de las mesas parlantes que usaran las hermanas Fox en sus sesiones de espiritismo.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo Angelica antes de traspasar el recibidor—. Me están cazando.

—¿Cazando? ¿Un cazador te refieres? —preguntó Brigit disimulando un tono de alarma.

—Sí, el vikingo.

—Pero, ¿qué has hecho?

—No tengo tiempo. Cuéntame lo que sepas de él, le he despistado, pero no quiero atraer su atención hasta ti —reclamó Angelica con un evidente nerviosismo.

—No digas tonterías. Pasa a mi casa, ya sabes que está protegida y si ese cazador nos encuentra veremos que hace con dos brujas expertas de verdad

en hechicería en una casa llena de protecciones.

Angelica dudó un instante y luego se adentró con Brigit hacia el salón donde tomó sitio en el sofá de terciopelo negro junto a su amiga.

—Cuéntame qué ha pasado —le pidió Brigit tras acomodarse en su asiento.

—Las ancianas se comunicaron conmigo para darme una misión que iba en contra de los intereses de la reina; salvar a la muchacha que buscaban para matarla, dándole una poción que despertara sus dones.

—¿Las ancianas te pidieron que protegieras a una bruja blanca? ¿Esas beatas que nos quemaban por brujas y por no rezar?

—Las cosas no son tal y como nos las cuentan, al menos no en una gran medida, y ella no era una bruja blanca, ni negra, era...otra cosa —explicó Angelica tratando de ordenar sus ideas.

—¿Otra cosa? ¿Una bruja roja te refieres? —dijo Brigit en tono pensativa como si hubiera descubierto un unicornio arcoíris —La diosa guerrera, la doncella. Todo lo que sé acerca de ella está en la mitología y textos antiguos. De pronto, nadie más supo de ella ni de sus siervos o seguidores, pero yo no aseguraría que no hubieran existido nunca, o que de haberlo hecho, se extinguieran. Podrían estar en la clandestinidad ocultos, incluso delante de nuestras narices.

—Bueno, deja de divagar que continúe narrando mi historia. Me supo mal irme del pueblo, pero una vez concluida mi misión las ancianas me ordenaron marcharme abandonando a Violeta, como se llama la supuesta bruja roja, muy cerca del Inquisidor negro, que comenzaba a sospechar de ella —dijo haciendo una breve pausa para agachar la cabeza en un claro signo de culpabilidad.

—Si te lo ordenaron las ancianas no tuviste más remedio. Lo que me inquieta es que las ancianas y la reina no vayan en la misma dirección.

—Brigit, tú no has visto lo que yo vi. Invocaron demonios, es verdad que lo hicieron, no son cuentos, ni chismes...

—¡Madre oscura! Cómo han podido atreverse. Nosotros no les ayudamos para que usen de esta forma nuestros conocimientos —se quejó Brigit muy indignada.

—Eso no es lo único turbio. Cuando llegué a la casa capitular de Milán, Benedicto me enseñó el grimorio de los tormentos.

—El grimorio de los tormentos —repitió Brigit con una curiosidad extrema puesto que la nigromancia y los planos, especialmente el

inframundo, era la especialidad de su amiga, y ese grimorio, podría ser su biblia—. Ahora entiendo por qué ese imbécil me evitaba siempre. No me lo digas, te ha pedido ayuda porque no tiene muy claro a qué se enfrenta y sabe que yo le odio.

—Ni él ni yo, realmente. Está loco, se ha dedicado a inseminar vírgenes para que procreen niños puros para cuando invoque el tribunal de Maat pesar un corazón sin mácula en la balanza en vez del suyo podrido y alcanzar de esta forma la inmortalidad. La diosa sabe cuántos niños y vírgenes ha matado ya...

—¡Madre mía! —exclamó sorprendida —Ya no es solo que sea un cretino, es que es un psicópata. ¿Y el cazador? ¿Cómo te enredaste en eso?

—Debí llamar la atención cuando las ancianas me enviaron a esa misión.

—Bueno, pero podemos hacer que escapes. Quizás una bruja cualquiera no pueda impedir que un cazador la cace, pero somos eruditas, se nos puede ocurrir algo.

—Ya es tarde —dijo Angelica amargada—. Me mandó un mensaje en un espejo, por eso sé que iba tras de mí. Decía que me había cazado y que estaba muerta y le respondí que teníamos que hablar. No soy una traidora pero hay que frenar al diácono y él puede hacerlo.

—No puedes sacrificar te de esa forma. Podíamos intentarlo las dos, no sé, quizás hablar con la reina, seguramente no sabe nada de lo que trama.

—¿Estás segura? —preguntó Angelica cínicamente.

—No —confesó Brigit agachando la cabeza.

—Entonces, háblame del cazador.

—Se llama Aren, y de las cosas que se pueden constatar que se sepan a ciencia cierta que son verdad es que fue pariente de un rey de Dinamarca, primo, hijo, sobrino, ni idea del parentesco. Le gustaba la guerra, y los viajes en drakar y no para recoger petunias, precisamente. En uno de esos viajes nuestra reina le tendió una trampa. Ella había comprado con oro a uno de los hombres que estaban con él, el cual, les convenció para ir a saquear un convento lleno de tesoros y sin muchas complicaciones. Nuestra reina ya había matado a todas las monjas, y ella, junto a un grupo de hechiceras de nuestro aquelarre se hizo pasar por las monjas del convento. Tanta mujeres guapas, jóvenes y hermosas, era demasiado bueno para encontrárselas en un convento sirviendo a Dios, pero para cuando Aren podría haber desconfiado de la situación, era ya demasiado tarde, la reina le había encandilado con un conjuro de amor. Llegaron a las costas danesas tras una travesía de amor, de

palabras tiernas y una promesa de matrimonio. Acamparon antes de dirigirse hacia el poblado vikingo más cercano, y esa misma noche le drogó, le hizo la marca de bruja y lo enjauló. Una vez enjaulado el vikingo se sintió traicionado, con razón, parece que esa emoción fue el detonante de que el conjuro de amor que le echó se rompiera, y ya libre de cadenas emocionales, Aren entró en frenesí rompiendo la jaula y matando a todo el que se interponía en su camino, Para ese instante, todos sus hombres menos el traidor estaban muerto, la reina los mató a todos mientras estaban drogados. La reina tuvo que huir del irascible vikingo, ni con la marca de la bruja podía apaciguarle en su estado de berseker, dejando tras ella algo que llevaba tiempo buscando en Escandinavia.

—¿Qué? —preguntó con mucha curiosidad Angelica.

—No tengo ni idea. El vikingo la odia profundamente, y ella, le tiene un miedo atroz porque estuvo muy cerca de la muerte aquella vez, sabe que en su estado de berseker no puede usar la marca de la bruja para manejarle, y en ese estado no le afectan los conjuros mentales, es más fuerte, más rápido, que en su estado normal en el que ya es impresionante. Es una máquina de matar en breves palabras.

—Buf —resopló Angelica—. Suena muy mal para mí. Odio acérrimo hacia la reina, que bien podría condensarlo en mí, una máquina de trinchar carne... Si la cosa se pone fea le cantaré una nana.

—Bueno, nuestra amada reina, tampoco salió bien parada de su coqueteo con el vikingo. Parece ser que el estado de berseker que le posee en la guerra también lo hace durante el sexo. No sé qué le hizo el vikingo exactamente, cómo la tocó, que engranajes hizo funcionar, pero ella nunca va a olvidarlo. Por eso tiene esos arrebatos de furia con sus amantes, ninguno se parece a Aren, en nada, y cualquier relación que tenga es insípida en comparación con lo que tuvo con el cazador.

—Suena muy intimidante en todos los sentidos —confesó Angelica.

—Si, por eso deberías cambiar de opinión e irte, perderte ahora que estás a tiempo.

—Estoy aterrorizada pero tengo que hacerlo. Debo irme ya —dijo mientras la abrazaba muy afectuosamente—. Si no vuelvo todas mis cosas son tuyas.

—Volverás, ya resolveremos cómo hacerlo. Aunque hay un par de libros tuyos que...

Angelica se rió y le dio una patada antes de salir de su casa.

Capítulo 5

Estaba a menos de una calle de distancia del lugar en el que había quedado para su encuentro con el cazador. Respiró profundamente, se sentía aterrada y rezaba para que las palabras salieran fluidas de ella, o si no, el cazador quizás no se molestara en escucharla. Aún no había asimilado que sus actos le iban a conducir a la muerte irremediabilmente, le ayudara a salvar al bebé o no. Los cazadores nunca tenían piedad con las brujas, siempre acababan muertos o algo peor. Era mejor no pensar en el futuro, centrarse en el siguiente movimiento.

Miró de nuevo el lugar dónde había quedado. Era fácil intuir quién podría ser el vikingo. En una de las mesas había un hombre muy alto y excesivamente musculoso, pero lo que le delataba eran las runas tatuadas en uno de los laterales de la cabeza que llevaba rapada por ese lado, el pelo muy rubio lo lucía corto, parecía que lo hubiera cortado recientemente. Iba vestido con unos pantalones vaqueros, que sin pretender ser estrechos se ajustaban a su torneado cuerpo, al igual que su camiseta blanca. Angelica no podía hacer otra cosa que admirarle, era realmente atractivo y desprendía un aura de peligrosidad, y un magnetismo sexual difícil de ignorar. A Angelica nunca le habían gustado los hombres excesivamente sexis, se sentía incómoda con ellos. Ella era una estudiosa, no tenía nada de qué hablar con un hombre que se pasaba más tiempo en un gimnasio que en una biblioteca. Aunque estaba segura de que la musculatura del hombre no era por las horas que invirtiera en un gimnasio, sino más bien en entrenamiento en combate, lo cual, le intimidaba muchísimo más.

Se acercó dubitativamente hacia la mesa donde el hombre se encontraba. Su rostro también era atractivo, podrías adivinar su ascendencia nórdica con facilidad. Él estaba observándola con tranquilidad en la mesa de la cafetería dónde le había citado y un breve destello de diversión se le podía notar en los ojos.

Angelica casi no podía salir de su asombro cuando le vio. Una mezcla de terror, deseo y timidez se apoderaron de ella hasta casi dejarla congelada en frente de él, sin saber qué hacer.

El hombre parecía disfrutar de la situación, en la que claramente se veía en una posición de superioridad; él era el cazador y ella la presa.

Quitó la mano de la taza de café que humeaba, posiblemente se lo acababan de servir, y lejos de hablarle se quedó silencioso contemplándola,

esperando que ella tomara una decisión. Ella salió de su estado de aturdimiento y se acercó tímidamente a la silla para sentarse en frente suya intentando que no le viera temblar.

—Te ha costado acercarte —dijo Aren que mantenía la mirada en ella—. Es la primera vez que me siento con mi presa, y que me lo pongas tan fácil le quita diversión a que te mate.

—Lamento mucho no cumplir tus expectativas —dijo finalmente Angelica sintiéndose indignada al ver el poco aprecio que sentía por su vida.

—No me hagas perder el tiempo y dime para qué me has molestado —dijo Aren en un tono de desprecio.

—Yo... soy una estudiosa, apenas si he salido de mis libros y...

—Ve al grano, no me interesa lo que seas o cómo te sientas —dijo cortante Aren.

—Vale supongo que omitiré también los detalles técnicos para evitarte....

—¿Me estás llamando tonto? —dijo en un tono de amenaza que acompañaba con una posición más erguida del cuerpo y una tensión en los músculos.

—No, en absoluto, pero dudo que sepas lo que es el libro de los tormentos, muy pocos lo saben. Un ritual en el que se requiere el sacrificio de un bebé. En dos días lo realizarán, y ya tienen el bebé que morirá para que el diácono de Milán obtenga la inmortalidad y en el proceso abran una puerta a un infierno del que nada sabemos.

—¿Y por qué tengo que creerte? —dijo Aren que cambió a una posición más relajada.

—Ya me has cazado, ¿no? —dijo Angelica que comenzaba a sentirse molesta —Si te miento moriré, si no te miento también, salvo que si digo la verdad podrás destruir la casa capitular de Milán, a un diácono, salvar a un bebé y evitar que se abra una puerta del infierno.

—Vaya, cuánta generosidad. Y tú, ¿qué sacas?

—¡Nada! Yo ya estoy muerta, y no voy a alegar nada en mi defensa porque eso a ti no te importa, si lo merezco o no, te va a dar igual. Pero yo soy una estudiosa que se ha dedicado a hipotetizar sobre la magia y el equilibrio en el mundo, nunca he hecho mal a nadie y si he podido ayudar, lo he hecho. Si yo voy a morir, ¿por qué no acabar con un cabrón que ha matado a muchos niños y mujeres, como poco, salvar a un bebé que he mirado a los ojos y le he escuchado balbucear y reírse? Nada de esto está bien, y encima, podrían abrir algo que no podamos manejar. Tú eres el único que puede

salvar a ese bebé e impedir que todo lo que he dicho ocurra. Si no me crees tortúrame o llévame al Inquisidor negro que me destruya el cerebro, pero no te quedes mirando —concluyó Angelica en su apasionado discurso.

—¿Crees que necesito al Inquisidor para saber si una puta oscura me miente? Te haré una sola pregunta y piénsalo bien. ¿Sabes quién es el Inquisidor?

—El Inquisidor es el fotógrafo que estuvo en el pueblo, Ezequiel Luna, y lo sé porque soy una estudiosa y puedo evitar el poder que él tiene que hace que la gente olvide todos sus datos.

—¿Y Violeta?

—Violeta es una bruja roja a la que ayudé, no pertenece a nuestro aquelarre y la quieren muerta.

—¿Por qué no has contado nada de esto a tus superiores? —preguntó Aren observándola detalladamente.

—Porque les he visto invocar demonios en ese pueblo, a un diácono amenazar la vida de un bebé, yo ya no confié en ellos. Esto es lo que yo entiendo por hacer lo correcto.

—Entonces, ¿por qué te hiciste bruja, en primer lugar, si no te gustan ellos?

—Nací siendo bruja, no lo pude evitar. Pero en mi concepto de la magia, no hay asesinatos de niños, o invocaciones de demonios, eso es corrupción, y nuestra diosa odia la corrupción, es la segadora.

—¿Por qué me has dicho que sabes quién es el Inquisidor? Tan solo por saber quién es podría matarte en el acto, sin más preámbulos.

—¿Me habrías creído de decirte que no lo sé? Necesito que sepas que soy sincera para que me ayudes a sacar ese niño de ahí —dijo Angelica en tono de súplica.

—¿Y si te propongo que me des todos los datos que necesito para salvar al bebé y todo lo que sepas de tu aquelarre, y luego aceptar que voy a matarte inmediatamente?

—¿Quieres que te diga que me da igual? No quiero morir, estoy aterrada, nunca me he enfrentado a un peligro como este. La mayor amenaza que he tenido en mi vida ha sido enfrentarme a un perro muy enfadado que quería comerse a mi gata Missi. Podría haber huido, claro que sí, soy una estudiosa, ¿crees que no sé conjuros que desconozca la mayoría? O podría haberte llevado a una trampa, intentar matarte aunque sea, pero estoy aquí, a tu merced. —dijo Angelica agachando la cabeza apesadumbrada—. Pero si es la

condición para salvar al niño y acabar con la amenaza aceptaría.

—Está bien. De momento no te voy a matar, pero si me engañas vas a tener una muerte lenta y dolorosa, no la rápida que te daría ahora. Cuéntame lo que sepas.

—Bueno, hoy es mi día de la suerte. Llegué a Milán y el diácono de esta ciudad me enseñó el grimorio de los tormentos y me contó todo el descabellado y siniestro plan.

—Cuéntame algo que me resulte de interés, lo del niño y el ritual ya lo has contado. ¿Dónde está la casa capitular, por ejemplo? Necesito saber la situación y cómo es por dentro, las protecciones mágicas, las mundanas...

—Yo puedo hablarte, incluso encargarme de las mágicas pero de las mundanas no tengo ni idea, y si te acercas mucho te detectarán —informó Angelica a Aren.

—¿Y no se te ocurre cómo me puedo acercar sin llamar la atención?

—Esta noche el diácono da una fiesta, en la casa capitular. Pero hace falta invitación para ir. Irán personas ajenas al mundo de la magia, algún pez gordo que quieran captar para la causa. Estas fiestas se hacen para atraer adeptos o potenciales “patrocinadores”.

—¿Y tú no estás invitada?

—Sí, yo sí. Quiere que le ayude en el ritual.

—¿Y no puedes llevar a un acompañante? —dijo Aren con una sonrisa sugerente.

—¿Un acompañante? ¿Con qué excusa?

—La que quieras o todas. Un novio rico, posible víctima para ser captado.

—¿Y no puede ser solo un amigo? —dijo Angelixa con timidez.

—¿Llevarías a una fiesta como esa a un amigo? —preguntó Ates con verdadera curiosidad.

—Yo no, porque soy una erudita, yo no capto gente para la secta, y no suelo tener amigos fuera de mi círculo.

—Ya, pero el amor es una cosa muy caprichosa, ¿verdad? —comentó Aren.

—¿Una ratona de biblioteca como yo con alguien como tú que parece sacado del mundo del deporte?

—¿Y sería menos llamativo que fuéramos amigos y me llevaras a esa fiesta? —dijo Aren con un tono sarcástico.

—Vale, te presentaré como mi novio —dijo Angelica claudicando—. Creerán que te lancé un conjuro de amor o algo así.

—¿Me tomas el pelo? No creo que seas de las que necesites conjuros para llevarte a un tío a la cama con esas curvas. Tan solo di que nos conocimos y nos gustamos, no necesitan más explicaciones, y ahora me llevas a la fiesta porque tengo dinero y quieres que tu novio se adapte a tu mundo.

—¿Tienes dinero? —preguntó Angelica que estaba acostumbrada a una vida modesta en la que llegar a final de mes era una odisea.

—Soy inmortal, ¿tú qué crees? Y tengo varias identidades que pueden servir para dar forma a nuestra historia.

—Tengo que ir a mi hotel a vestirme...

—De eso nada —dijo Aren con vehemencia—. No te voy a perder de vista ni un segundo.

—Necesito ponerme ropa para la fiesta y arreglarme —dijo Angelica en tono de queja.

—Me da igual. Te compras ropa en mi hotel y dejas ese homúnculo tuyo que se hace pasar por ti en la habitación de tu hostel.

—¿Sabías que era un homúnculo?

—Eres endemoniadamente buena, pero yo no nací ayer.

Aren dejó un billete en la mesa y se levantó esperando que Angelica le alcanzara, esta dudó un instante y le siguió dócilmente. Estaba aterrada y era incapaz de llevar la contraria al cazador, el cual, de pie, parecía ser más alto de lo que en un principio pensó. Ahora que estaba con él, el plan le parecía muy descabellado, iba a llevar a un cazador a la fiesta del diácono, en el mejor de los casos era una traidora, en el peor...bueno, ya no podía estar más muerta. Aren entró en un hotel de cinco estrellas y se dirigió sin pensarlo hacia la boutique que había allí. Había bastantes personas en las tiendas: mujeres con amigas eligiendo vestidos, con los maridos, algunas pasaban por su lado y se le quedaban mirando, el atuendo que llevaba no iba a tono con el lugar. Aren apenas dirigió la palabra a nadie, sin embrago, parecía ser parte del lugar y a nadie le extrañaba, las miradas que recibía era por su extraordinario físico. Se paró cerca del primer colgador de ropa y la miró.

—Elige un vestido —dijo como si no tuviera todo el tiempo del mundo.

Angelica miró un rato observando los precios de los vestidos, obviamente no podía permitirse ni el más barato de los que había allí, no obstante, escogió uno que estaba en oferta y a un precio reducido.

—Este —dijo dubitativamente con la esperanza de que su tarjeta le diera crédito y calculando si le quedaría bien dado que no estaba hecho para un cuerpo como el suyo, si no para una mujer con menos curvas. Si se compraba

una talla más grande parecería un saco.

—¿Estás de broma? —dijo Aren perdiendo la paciencia —¿Crees que la novia de un millonario iría con eso? Tenemos que hacerlo creíble, al menos.

Aren miró un instante los vestidos tras observar de arriba a abajo a Angelica y escogió cuatro de los más caros ante el gesto de horror de Angelica.

—Pruébatelos —dijo escuetamente.

Angelica se probó los que el cazador le dio. El la observó de manera inquisitiva cada vez que salía del probador. Había escogido los más ajustados, y se moldeaban a su cuerpo como si fueran un guante, acentuando sus curvas. El cazador la miraba evaluativamente sin mediar palabra. Cuando se probó todos escogió uno de ellos.

—Nos quedamos con este. Póntelo, te lo vas a llevar puesto —dijo Aren de manera dominante.

Cuando Angelica salió del probador con el vestido puesto, Aren le estaba esperando con unos zapatos a juego y otros complementos que la chica de la tienda le había elegido.

—Siéntate ahí —dijo el cazador mirándola fríamente.

Angelica se sentó y Aren le quitó los zapatos y le puso uno de los de tacón de aguja que había escogido. El hombre se tomó su tiempo en hacerlo, y Angelica sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, el roce de las dedos en su piel hasta ajustarlos a la pequeña hebilla que llevaban, hizo que el pánico que sentía por él se transformara en deseo. Se sacudió lentamente la cabeza, ¿qué estaba mal en ella? Ese hombre iba a matarla sin escrúpulos, y ella, solo pensaba en sexo. Quizás fuera verdad que eros y tanatos estaban muy ligados, o tal vez era el miedo a la muerte lo que le hacía desear otra cosa, quizás vivir una pasión distinta. Cuando tomó el otro pie con la mano de manera delicada para ponerle el otro zapato, ella colocó su mano sobre la de él para frenarle.

—Yo me lo sé poner —dijo Angelica evitando un leve suspiro de deseo que disfrazó con una voz dura y cortante.

—Como deseas —dijo Aren encogiéndose de hombros e incorporándose de nuevo.

Se alejó de ella y le dio su tarjeta de crédito a la dependienta.

—Cóbrate todo de ahí —dijo Aren cruzándose de brazos mientras observaba de nuevo a Angelica.

Angelica se sintió frustrada de nuevo. No necesitaba que le pagara nada,

pero a decir verdad, ella no podía permitirse tales lujos. Ese cazador parecía poseer la bendición de Venus, porque todo lo que hacía parecía exudar sexualidad, y no era la única que lo notaba, las dependientas no dejaban de cuchichear envidiando no estar en la situación de Angelica. Si ellas supieran de verdad lo que ocurría no desearían su suerte. Acabó de ajustarse los zapatos y se levantó con ellos tratando de mantenerse en pie con elegancia. Dio unos pasos para ver si le quedaban apretados, y asintió satisfecha.

—¿Su ropa la metemos en una bolsa? —preguntó una de las dependientas.

—Tírelas, no se las va a volver a poner más —respondió Aren girándose desde la puerta mientras esperaba que Angelica saliera.

Angelica le observó con una mirada dubitativa. Era su ropa, le gustaba, aún así él se había deshecho de ella. Se sintió como sus atuendos, algo que no valía nada y estaba ahí para ser usado. El cazador parecía implacable con ella y ya estaba arrepentida de haberse entregado, pensaba en el bebé y se dijo a sí misma que esto era lo correcto. Observó a la dependienta llevarse sus ropas y le abofeteó la realidad; era una condenada a muerte en espera de su ejecución, y no podía huír sin permitir que otros sufrieran por su cobardía. Aún así, sintió un leve sentimiento de orgullo, la estaba tratando como si fuera basura. Dejó de mirar a la dependiente y se dirigió también a la puerta.

Cuando salió se acercó a él.

—No tenías derecho a deshacerte de mi ropa —dijo Angelica en un tono molesto.

—¿Es que crees que vivirás para ponértela de nuevo? —dijo Aren con una sonrisa sin humor.

Angelica se calló. No esperaba esa respuesta tan abrupta del cazador, el cual, parecía insensible hacia ella. Siguió a Aren silenciosa hacia una peluquería de señora, dónde dio instrucciones de que la peinaran para un evento acorde a ese vestido. Angelica observaba a Aren mostrándose encantador con cuantos hablaba, abusando continuamente de una sonrisa juvenil y jovial que le daba un aspecto cautivador, del que ella no era inmune. Cuando la peluquera concluyó de peinarla, Aren negó con la cabeza.

—No me gusta, prefiero que lleve el cabello suelto —dijo en un tono decidido.

Angelica negó frustrada con la cabeza. Ese cazador se había creído que podía tratarla como a una muñeca a la que adornar antes de romperla, y tirarla a la basura. Empezaba a sentirse muy irritada, al mismo tiempo no

podía dejar de pensar que le gustaba mucho. Cuando salió de la peluquería Aren le cogió un instante de la muñeca sobresaltándola.

—Espera. Falta un detalle.

Aren apartó el cabello de Angelica para colocarle un collar. No podía ver de qué tipo era pero le gustó de nuevo el roce de sus dedos tras su cuello. Parecía tan delicado que era difícil imaginárselo saqueando poblados, empapado en sangre. Él se tomó su tiempo para abrocharlo y cuando concluyó le puso dos pendientes a juego en la mano.

—Póntelos también —dijo Aren observándola casi ceremoniosamente.

Angelica contempló los pendientes de zafiros y diamantes con oro blanco y pensó que la gargantilla que le había puesto era a juego. Dudó unos instantes si ponérselos.

—Esto es excesivo. No voy a ponerme...

—Póntelos —dijo Aren rotundamente y siguió hacia adelante casi sin mirarla mientras ella se los ponía y le seguía a la vez —. Mi nombre es Harold, americano de ascendencia danesa, de familia muy adinerada y una cadena de hoteles de lujo. Nos conocimos hace tiempo en...

—Sí, ¿dónde? Porque tú y yo no tenemos nada en común. ¿En uno de tus hoteles de lujo que no me puedo pagar? Y ellos comprobaran todo, y se darán cuenta de que es una farsa, que no tienes hoteles ni nada.

—¿Quién dice que no tengo una cadena de hoteles de lujo? Yo trabajo en esto, en pasar desapercibido para los brujos. Dispongo de varias identidades cada una de ellas creíbles, en este caso porque la cadena de hoteles es mía. ¿Dónde estuviste antes de España?

—En Roma —respondió mientras entraba en el ascensor. Aren esperó a salir de allí para responder.

—Pues nos conocimos en un museo, el que te dé la gana. Nos enamoramos, fue un flechazo y yo quiero llevarte a que conozcas a mi familia, y tú quieres compartir todo tu mundo conmigo, incluido el de bruja pervertida en un aquelarre.

—¿Y nos tendremos que besar? —dijo Angelica preocupada.

—Por Odín, ¿qué tienes, quince años? Tú me has metido en esta misión de salvar al niño. ¿Y qué te puede pasar peor que tropezarte conmigo?

Aren no espero respuesta, tan solo continuó caminando mientras daba instrucciones a Angelica que comenzaba a sentirse muy abrumada por toda la situación. No solo iba a morir, si no que cada vez encontraba más atractivo al hombre que la iba a ejecutar, y por segunda vez, iba a tener que simular,

mentir, para obtener un propósito. No podía dejarse deslumbrar por el cazador. Cuando pasó al lado de un espejo no pudo más que mirarse. El vestido que llevaba acentuaba las curvas y el escote. No estaba acostumbrada a vestirse de esa forma, especialmente en lo referente a la calidad, Angelica usaba el dinero para comprar ropa útil, más que nada. El vikingo no le miraba más que cuando tenía que decidir sobre qué se iba a poner, mientras parecía ignorarla, tratarla como la bruja que iba a matar como antes lo había hecho con cientos, o a saber cuántas antes de que se encontrara con Angelica. Entendía lo que veían las demás mujeres cuando lo miraban , pero ella sabía que tenía delante al ejecutor de los cazadores, el más sangriento y despiadado. Carecía de sentimientos, y menos por los brujos, a los que mataba con placer. Era paradójico que ella quisiera sexo con un hombre así, y comprendía a la reina.

Capítulo 6

Entraron en la habitación de hotel de Aren. Angelica jamás había estado en una habitación tan lujosa, era más grande que su pisito alquilado en Roma. No le dio tiempo a fijarse en muchos detalles, el cazador parecía muy determinado y entró en el cuarto baño sin decirle nada más. Angelica se quedó en la puerta dubitativa, apenas sabía ni qué decirle al hombre.

—¿Qué esperas para entrar? ¿Crees que te voy a perder de vista mientras me ducho? Y no creo que un artefacto o algún juguete por el estilo sirva para ti, que pareces tan versada e todo.

Angelica entró tratando de controlar de nuevo el nerviosismo. Aren comenzó a quitarse ropa dejándola caer descuidadamente en el suelo, cuando se quito los calzoncillos, Angelica miró al suelo roja como un tomate. El hombre entró en la ducha sin preocuparle si ella miraba o no. Angelica en un principio no quería elevar los ojos del suelo, pero la curiosidad le embargó y comenzó a mirarle, primero discretamente, luego, un poco más descarada. Pensaba que era imposible que mejorara, pero desnudo, el vikingo parecía un dios de la guerra. Su cuerpo era muy musculoso, con poco vello, salvo unos pocos muy rubios en el pecho y unos cuantos que nacían un par de dedos más abajo del ombligo y continuaban en un caminito hasta... Angelica evitó seguir mirando, al menos en esa zona, aunque es lo que deseaba. Subió la mirada hasta su pecho derecho, la mancha negra que tenía era sin duda la garra de la bruja. Solo había oído hablar de ello, pero nunca pensó que llegaría a verla tan de cerca, al menos había un deseo contradictorio entre estudiar ese conjuro de primera mano, y el hecho de que tener un cazador tan cerca era sinónimo de morir. Luego elevó los ojos de nuevo hacia las runas que tenía en los laterales de la cabeza.

—¿No te delatarán esa runas que llevas en la cabeza? Ya sabes,...

—¿Eres capaz de verlas? —preguntó Aren fijando la mirada en ella mientras se enjabonaba —No deberías, son mágicas. Me las hizo un godi.

—¿Los demás no las ven? —preguntó Angelica con curiosidad.

—La vuestra no es la única magia que existe, sí la más corrupta.

—Yo no llamaría a lo demás magia, si quiera —contestó Angelica.

—Lo que tú digas —respondió Aren escuetamente sin ánimos de comenzar un debate filosófico sobre la magia.

—¿Cómo era? —preguntó Angelica cambiando de tema.

—¿Cómo era qué?

—Tú época, donde te criaste.

—No te importa —respondió Aren mientras acababa de ducharse.

Durante un rato ninguno de los dos habló. Aren salió de la ducha y tomó una toalla para envolverse, luego pasó al lado de ella dirigiéndose hacia el armario. Abrió el armario y eligió uno de los trajes entre la ropa cara que tenía.

—No te imaginaba tan sofisticado, con habitaciones de hotel lujosa, trajes carísimos.

Aren apartó la toalla mostrándose de nuevo completamente desnudo, esta vez pilló de sorpresa a Angelica y no pudo evitar mirar casi descaradamente. Aren se percató del interés de la mujer en él, pero la ignoró mientras comenzaba a vestirse.

—Prefiero los lugares más discretos y la ropa cómoda —dijo Aren finalmente cuando Angelica ya creía que no iba a responder—. Pero viajo como Harold, es una identidad que me resultó más útil para encontrarte.

—¿Por qué tanto trabajo en eso? Yo no soy nadie en el aquelarre, no te merecía ni el dinero del viaje —preguntó Angelica aprovechando que estaba hablador.

—No te elegí yo, la misión me fue dada. Pero quizás tenga algo que ver la poción que le diste a Violeta.

—¡Oh diosa! La habéis encontrado y matado —dijo Angelica en un tono nervioso—. Y la culpa era mía. ¡Ella no era nada, no estaba en ningún aquelarre, ni siquiera era una bruja negra!

Angelica tomó enfada una lámpara de mesa y se la arrojó a Aren que esquivo con facilidad.

—Sois unos monstruos. ¿Cómo habéis podido? Ella era una buena chica —dijo Angelica casi a punto de llorar.

—Frena —dijo Aren mientras recogía los restos de la lámpara—. Nadie ha matado a Violeta. Está muy viva.

—¿De verdad? —preguntó Angelica más calmada.

—¿Por qué iba a mentirte? Parecías un gatito asustado hasta que te has enfadado —comentó Aren divertido con la situación en vez de enfadado.

—¿Qué pasó con Violeta? —insistió Angelica.

—¿Después de que le dieras una poción y la arrojaras al Inquisidor?

—Yo no pretendía que se tropezara con él. Tan solo quería ayudarla a que pudiera usar sus dones, por si la encontraba mi aquelarre —se excusó Angelica mirando hacia el suelo.

—¿Y no deberías habérselo dicho a los tuyos?

—No. Yo no sabía que invocaban demonios hasta que estuve en España. Creía que eran cuentos, o algún caso aislado. Tampoco que mataban a cualquier bruja o brujo que no perteneciera a los nuestros.

—Si no fuera porque pareces sincera, estúpidamente sincera, y porque, si hubieras delatado a Violeta la habrían matado, pensaría que me tomas el pelo. ¿Qué has vivido en una película Disney mientras tus compañeros sacrifican vírgenes, niños, invocan demonios que alimentaban con humanos?

—Ellos me criaron. Mis padres murieron en un accidente de coche. Fue una serie de desgracias en cadena, mis padres, mi abuelo en el hospital por una simple operación, a mi tío lo metieron en la cárcel, decían que traficaba con drogas. Yo me quedé sola y se ocuparon de mí —dijo Angelica a modo de excusa—. Nunca imaginé que las personas que me habían ayudado hicieran este tipo de actos.

—¿Toda tu familia cayó en desgracia? —dijo el vikingo mientras se ajustaba la pajarita—. Eso suena a trabajito del Aquelarre oscuro. Si ya sabían que eras una bruja te querían para ellos.

—¿Insinúas que los mataron para que yo entrara a sus filas? Eso suena muy paranoico. Las desgracias ocurren. Hay muchas formas de captar adeptos sin matar a toda tu familia.

—Ya. ¿Tus padres habrían aceptado que te fueras con una secta dudosa a estudiar? A lo mejor ya se lo propusieron y se negaron. Quién sabe —dijo encogiéndose de hombros mientras acababa de ponerse los zapatos—. Estoy listo, ¿a qué hora es la fiesta reunión de brujos?

—Es un coctel. Aún falta un par de horas —respondió Angelica que no sabía cómo tratar a Aren.

—Perfecto. Cenaremos en el restaurante del hotel —dijo Aren cuando el ascensor se abrió para dejarles pasar.

Angelica asintió lacónicamente mientras trataba de andar correctamente en los tacones que le había elegido. No es que fuera una de esas frikies que solo encajaban en su grupo de ratones de biblioteca, ella poseía buenas dotes sociales, y un amplio espectro de temas de conversación. Pero no sabía qué podía hablar con un cazador. Desde niña le habían explicado que encontrarte con uno de ellos era lo más terrible que podía pasarte; pero el cazador mostraba una faceta fría, dominante y aterradora, como si cualquier palabra mal dicha te pudiera condenar a muerte antes de tiempo, con otra casi amable, en la que se prestaba a hablarte de sí mismo. Angelica suponía que lo

hacía porque no tenía nada que temer de ella, la iba a matar, los muertos no contaban chismes de cazadores, o sí, pensó recordando a su amiga Brigit y sus espíritus. Para él, ella era menos que una rata, o una cucaracha que usaba como le convenía, no la veía como a una persona, y ella sentía esa aura de superioridad casi tan intimidante como al cazador. Angelica se sentó casi automáticamente en la silla que Aren le apartó caballerosamente. El vikingo había aprendido modales en estos siglos, tras posiblemente años de saqueo, de pillaje, comer llenándose de grasa una barba que te llegaba hasta el suelo y lanzar hachas estando borracho a las trenzas de las chicas. A pesar de su temor, no podía evitar sentir curiosidad.

—¿Es verdad que lanzabais hachas a las trenzas de las chicas cuando os emborrachabais? —dijo Angelica una vez acomodada sorprendiendo a Aren por su pregunta—. Lo siento, creo que estoy muy nerviosa y se me ocurren tonterías, mi mente divaga.

—Yo jamás he hecho nada así, pero puedo probar contigo si eso te place. ¿Qué quieres comer? —dijo Aren levantado los ojos de la carta.

—No creo que pueda comer nada.

—Pide algo aunque no te lo vayas a comer. No quiero estar aquí llamando la atención comiendo solo —dijo Aren mientras los ojos se perdían descaradamente en su escote—. ¿Tan escotado te he elegido el vestido o es que lo rebosas?

—A lo mejor las dos cosas —dijo Angelica avergonzada mirando hacia la mesa al darse cuenta de que al cazador no le importaba mirar cuánto quisiera.

—Dime, ¿alguna vez has hechizado a un hombre? —preguntó Aren sin dejar de mirarla.

—No yo... no soy de ese tipo de mujer. Quiero decir, no uso mi magia para influenciar en otros y tampoco tengo mucho tiempo para ligar. ¿Qué puedo compartir con un hombre normal?

—¿Sexo? —preguntó Aren con una sonrisa divertida.

—A mí me gustaría enamorarme, no irme con uno u otro por sexo. Bueno, eso ya no será posible, pero en esencia era el motivo por el que no ligaba.

Angelica tomó la carta evitando fijarse en los precios, después de todo no lo iba a pagar ella, y con el mal estar que tenía, tampoco se lo iba a comer. El cazador seguía mirándola fijamente especialmente al maldito escote que él mismo había elegido, sin duda se burlaba de ella antes de matarla. Aren dejó la carta sobre la mesa esperando al camarero mientras se decidía a hablar tras

una pequeña pausa.

—Deduzco por lo que dices, que no tienes novio.

A Angelica no le dio tiempo a responder. Una voz femenina proveniente de una mujer bella y provocativa saludó eufóricamente a Aren.

—¡Harold! —dijo la mujer acercándose a Aren para darle un beso apasionado —Chico malo. No me has avisado que venías a la ciudad.

—Erika —respondió Aren dubitativamente, como si tuviera que recordar el nombre.

—Qué guapo vas —dijo sentándose sobre él y recolocándole la pajarita mientras miraba de manera fulminante a Angelica —¿Qué te parece si esta noche tú yo nos enredamos?

—Bueno hay un par de problemas —dijo Aren dejando que la tal Erika le besara el cuello—. Primero; te dije que yo solo te quería para una noche de sexo y luego no volver a verte; segundo, esa mujer que está en frente es mi novia, y creo que no le debe hacer gracia lo que haces. Así que te vas a levantar y te vas a largar.

La mujer se levantó decepcionada después del chapuzón de agua fría, miró una última vez a Aren y se largó indignada.

Aren se quedó silencioso hasta que le trajeron la comida. Durante un rato tan solo la ignoró centrándose en comer.

—Te diría que esto es parte de mi vida personal y no te importa, si yo tuviera vida personal, que no la tengo. Me dedico exclusivamente a cazar, es mi trabajo y mi pasatiempo. Lo único que me hace sentir vivo, lo demás, es una espera hasta mi próxima misión.

Angelica se sorprendió por la confesión del cazador. Una inmortalidad dedicada a una sola tarea y lo demás no le importaba.

—¿Es lo único que te motiva? —preguntó Angelica aprovechando la elocuencia de Aren.

—Entrar en combate, cabalgar en una pasión desbordante sin importarte nada más. Hay pocas cosas, sino ninguna que me pueda hacer sentir tan vivo como en ese momento. Luego, cuando espero una misión, me siento enjaulado, ansioso, incapaz de gestionar los espacios vacíos que hay hasta mi nueva misión.

—Eso es un poco... —Angelica iba a decir triste pero se mordió la lengua a tiempo.

—No se te ocurra hacer eso, compadecerme o mostrarte condescendiente —dijo Aren enfadado y en un tono duro—. Si lo haces habrá consecuencias

que no te van a gustar.

—No, verás —dijo Angelica tratando de calmar al cazador—. Te entiendo, a mí me pasa lo mismo con la magia. Me embarga un éxtasis que me hace sentir plena, entrar en contacto con la magia y controlarla es mi vida. Antes me preguntaste por el sexo, pero nada puede haber mejor que lo que te estoy contando.

—¿Y tú también pierdes el control?

—No, no se puede perder el control cuando haces magia, tan solo es como una sinfonía que sigues, un orden, es como si tocaras los hilos de la realidad.

—Pues yo sí pierdo el control —confesó Aren—. Completamente. Pero nunca he matado inocentes, ni he hecho nada de lo que después arrepentirme. Todos los que he matado lo han merecido.

—¿Y yo lo merezco? —preguntó Angelica sin poder evitarlo. Aren tan solo se quedó callado sin saber qué responder —Cuando llegué a la casa capitular no podía imaginar nada peor que a brujos invocando demonios, entonces, el diácono me contó su loco plan, vi al niño riéndose con una matrona que lo trataba con aprecio, pero que estaba dispuesta a matarlo. Sentí que mi mundo se destruía y yo quería sacar a ese inocente de ahí, pero no tenía medios. Cuando vi tu mensaje en el espejo me derrumbé, estaba aterrada, entonces percibí una oportunidad. Si no me matabas tú, me iban a matar los míos porque yo no iba a participar en nada así. Deseo que los mates a todos, porque lo merecen. Mi diosa no es una diosa cruel, ni corrupta, sino todo lo contrario, es la purificación de las energías y su renovación. Antes de que me mates quiero ver como la sangre de todos ellos corre, porque son malvados más allá de lo que yo podría imaginar.

—Por eso no debes preocuparte, tus deseos se harán realidad. Yo no dejo brujo vivo.

—Soy una de las mejores hechiceras, he vencido a todo el que me ha retado en duelo mágico... —explicó Angelica comenzando a comer su ensalada.

—¿Duelo mágico? —preguntó Aren intrigado.

—Es la manera que tenemos los eruditos de probar nuestros nuevos conjuros o mostrar nuestro poder. Podemos entrar y salir con el niño de la casa capitular porque las protecciones mágicas que hay en ese lugar las diseñé yo, absolutamente todo.

—¿De veras? —preguntó Aren impresionado.

—Sí, y tú tienes el conocimiento mundano para sortear las otras protecciones y la capacidad para...

—Verás, preciosa —dijo Aren en un tono autoritario—. Este es mi trabajo, matar y destruir brujos. Tú tan solo haz lo que te pida cuando te lo diga y no te salgas del guión.

—¿Y si no, qué? ¿Me matarás? —dijo Angelica indignada ante el desprecio que el cazador mostraba hacia sus cualidades —Eso ya lo harás igualmente.

—Deberías comer algo más que esas hojas de hierba —dijo Aren cambiando de tema radicalmente y dándole la carta—. No puedes dejar que esas bonitas curvas que tienes se pierdan. Soy un hombre antiguo, en mi época los huesos se echaban al caldo.

—¡Por la diosa! No me puedo creer que me estés diciendo algo tan machista en el siglo veintiuno.

—Camarero, tráigale a la señorita un filete medio hecho —pidió Aren al camarero ignorando las quejas de Angelica.

—¿Cómo sabes que me gusta...? —preguntó impresionada olvidando la forma autoritaria en que la había tratado.

—Porque intuyo algunas cosas de ti y porque a mí también me gusta así. Y te lo vas a comer o me sentaré a tu lado te lo partiré y te lo daré yo.

—Aren, este es tu trabajo, pero yo conozco a los que están allí. El plan debería ser sencillo: vamos a la fiesta, pasamos un rato, miras la forma de entrar en otro momento y nos vamos. No nos quedaremos más tiempo de la cuenta. Deja que sea yo la que hable. Tú te mantienes callado a mi lado escuchando —dijo Angelica con una sonrisa satisfecha.

Aren no respondió, tan solo la observó mientras comían

—Tienes suerte que no sea tu novio —dijo Aren finalmente en un cambio radical de tema—. Porque si lo fuera tendría que matar a todos los que te están mirando ahora.

Angelica simplemente suspiró, se había dado cuenta de que usaba esas frases porque sabía que ella se sentía retraída cuando la elogiaban. Se había creído más lista que él, y sin embargo, él la estaba manejando a su antojo en todo momento. Pero, si de algo se había dado cuenta, es que quería besar a ese cazador antes de morir.

Cuando le trajeron el filete Aren le miró fijamente. Esperaba un nuevo desafío, pero Angelica no pensaba retarle, tan solo comenzó a partir el filete y a comer ante la sonrisa de satisfacción del vikingo.

Capítulo 7

Aren esperó a que el chófer apareciera con la limusina, abrió la puerta para que Angelica entrara y luego entró él. Angelica jamás había disfrutado de tantos lujos y temía parecer una niña asustada mirando a todos lados. El conductor de la limusina trabajaba para los cazadores, por lo que pudo deducir mientras hablaba con Aren de asuntos técnicos o armas. No había mucho tráfico, aún así no llegaban pronto, había aparcados varios coches alrededor de la casa capitular y en un solar de aparcamientos que tenía cerca. Aren bajó del coche y ayudó a Angelica, esta tomó su brazo cuando se lo ofreció. No se atrevía a pensar en ello, pero estaba muy guapo con el smoking, ya estaba demasiado nerviosa porque iba a entrar con un cazador en una casa capitular, cualquier cosa podía suceder, y no cualquier cazador, sino el más propenso a perder el control y a actuar violentamente. Él, sin embargo, caminaba ajeno a su temor, seguro de sí mismo. Angelica llegó a la entrada y enseñó su pase a los porteros, los cuales, les dejaron entrar sin problemas.

El gran salón de la casa capitular y el jardín adyacente habían sido acondicionados para recibir a los invitados. Habían dispuesto una sala de baile, una orquesta, sillas para que los asistentes pudieran sentarse, si lo creían oportuno. Más de una docena de camareros iban y venían con bandejas para que los presentes tomaran una bebida o canapés.

—Relájate —dijo Aren muy cerca de su oído—. Vas a mi lado, no te puede pasar nada malo.

Angelica le dedicó una agradable sonrisa. Él en sí mismo era ya algo malo en todos los sentidos. Se agarró a su brazo de manera delicada. Al poco tiempo de entrar ya había algunos invitados que saludaban a Aren, llamándole Harold, y este parecía nadar como un pez entre los conocidos hablando de un tema o de otro, incluso política, mientras ella, se mantenía a su lado observando.

Cuando se alejaron de la entrada Angelica se le acercó para hablarle.

—¿Cómo conoces a tanta gente?

—Llevo ya años con esta identidad en Milán, o es que no sabes que ancestralmente es uno de los puntos importantes de tu aquelarre. El hotel donde me alojo es mío, de hecho, y que yo venga a esta fiesta llama menos la atención siendo millonario a que lo hagas tú —le contestó Aren acercándose muy cerca a hablarle.

—¿Y por qué no has venido antes? —preguntó Angelica con curiosidad

mientras buscaban un buen sitio donde ver todo.

—Porque no te invitan sin tener una seguridad extrema de que eres de confianza, y yo estaba “trabajando” esa confianza. Ahora ya nadie va a dudar de que forme parte de esto gracias a ti.

—Me alegro mucho de haberte sido útil en algo antes de que me mates —dijo Angelica con un toque de cinismo.

Antes de que respondiera un hombre se acercó a ellos. Iba tan elegantemente vestido como el resto de los que estaban allí, pero había un toque antiguo en sus atuendos que le distinguía en cierta forma. Junto a él, una mujer de mediana edad y una más joven le seguían silenciosas.

—Harold —dijo el hombre al acercarse—. No te esperaba en esta fiesta.

—Yo a ti tampoco, Constancio. ¿Cómo van los negocios? —preguntó Aren sin mirar a Angelica en ningún momento, ella permanecía a su lado como si fuera un adorno, cuando realmente ella pertenecía al aquelarre y era una bruja reputada.

—¿Recuerdas aquello de lo que hablamos? —preguntó el hombre sin esperar respuesta —Pues esta es mi encantadora hija, Renata.

La mujer era bonita, llevaba un vestido largo, de raso color celeste, y aunque a siempre vista parecía anodina, su rostro cambió cuando sonrió. Poseía ese tipo de sonrisa seductora y sugerente que te hacía pensar que podrías tener un polvo con ella. Angelica intuía que esa única cualidad la hacía muy popular entre los hombres.

—Encantado —dijo Aren con una sonrisa cautivadora con la que podía derretir a cualquier mujer.

Angelica comenzaba a intuir a qué se refería con “aquello de lo que hablamos”. Aren llevaba años labrándose la identidad de millonario y esa pareja de adinerados de la ciudad pretendían ampliar su dinastía casando a su hija con un buen partido. Por unos instantes sintió celos. A pesar de que el cazador le parecía sumamente atractivo y sexi, no se había atrevido a imaginar cómo sería tener una aventura con un hombre así. Ellos dos eran sumamente diferentes, él era un hombre de acción y ella de libros. Aren le dio un beso en la mano. Angelica comenzaba a odiar la sonrisa sugerente de Renata, la cual acompañaba con una mirada pícaro con la que no necesitaba decir lo que le haría a Aren. A ella sencillamente la ignoraban, como si fuera la criada del millonario o algo más bajo.

—Mi padre me ha hablado mucho de ti, lo que no me dijo es que eras tan guapo —dijo Renata con picardía.

—Hija —le regañó el padre mientras se reía de la osadía de su hija—. Esas cosas no las debe contar un padre.

La conversación quedó truncada en el momento en que el diácono Benedicto apareció con un smoking, pero el medallón de oro símbolo de su rango colgaba en su cuello. Benedicto saludó a un par de invitados y se dirigió hacia ellos motivo por el que Constancio se quedó en silencio. El hombre sonrió ampliamente cuando el diácono estaba junto a ellos.

—Mi señor Benedicto. No sé si conoce a mi...

La mano de Benedicto indicando silencio provocó que Constancio no concluyera la frase, pero parecía que le agradaba que le prestara atención. El diácono, sin embargo, pasó de largo y se dirigió hacia Angelica.

—¡Angelica! Te decidiste a venir —dijo Benedicto en un tono de euforia mientras le tomaba del brazo—. Estás... increíblemente guapa. Tenemos mucho de qué hablar.

Angelica le dedicó una mirada de sorpresa a Aren mientras el diácono se la llevaba a un lugar apartado. El cazador parecía muy confiado en sí mismo y no intervino, a pesar de que si ella contaba en ese instante quién era él, podría acabar en manos del aquelarre. Habría sido su puerta de escape, pero no podía dejar al niño abandonado y no quería traicionar a Aren, aunque realmente no le debía nada.

—¿Has pensando en lo que te he dicho? Conseguir la inmortalidad —dijo Benedicto mientras sonreía.

—La verdad es que no creo que eso sea para mí, pero puedo pensarlo —dijo Angelica esquivando tomar decisiones.

Angelica miraba a Aren con disimulo y se sintió molesta. Renata estaba muy pegada a él, incluso se acercó con la excusa de susurrarle algo al oído para ponerle la mano en el hombro. Aren continuaba con esa sonrisa cautivadora que dedicaba a todos menos a ella, y se dejaba coquetear hasta que le vio decirle algo a Renata señalándola a ella, motivo por el que la mujer le dedicó una mirada de odio, y después, el cazador se movió desapareciendo de su vista.

—Yo creo que tú y yo haríamos una buena pareja —le dijo Benedicto haciendo que Angelica le prestara atención de nuevo.

—Bueno no sabría qué decirle, desconozco su campo de conocimiento —contestó Angelica sin darse cuenta de que le estaba intentando seducir.

—Me refiero a tú y yo —insistió el diácono para que no hubiera malinterpretaciones—. Piénsalo, quédate esta noche a dormir en la casa

capitular, no vas a ser la única que se quede, Constancio y su familia también lo harán, quieren consagrar a su hija a la Diosa oscura, y veo que sois amigos.

—No sé qué decir —dijo Angelica que comenzaba a darse cuenta de que había otra intención.

Antes de que Benedicto tuviera la oportunidad de convencerla, alguien le tendió una copa de champán que cogió automáticamente. Aren se había acercado por la espalda sin que le vieran y ahora, tenía la otra copa en la mano izquierda y con el brazo derecho rodeo la cintura de Angelica.

—Aceptamos encantados —respondió Aren y besó el cuello de Angelica—. No nos han presentado. Mi nombre es Harold Carlsen, soy el novio, bueno, prácticamente prometido de Angelica, al menos lo seremos cuando se la presente a mis padres.

Angelica casi dejó caer la copa al oírle. Estaba asustada, la fragante mentira del cazador le pilló por sorpresa. Sabía que ese era el plan, pero ella creía que tan solo lo usarían para entrar en la fiesta, luego no llamarían la atención, explorarían las defensas y se irían sin más problemas. Apenas se atrevía a mirar hacia atrás, Aren tenía los labios muy pegados a su cuello y se lo besaba mientras hablaba marcando su territorio ante el diácono. Se estremeció ante el placer que le producía las atenciones de Aren y tuvo que sujetarse con la mano en la que no llevaba la copa al brazo del cazador.

—Sí, he oído hablar mucho de usted. Más de una vez me han recomendado que haga negocios con usted, señor Carlsen.

—¿Y qué se lo ha impedido? —preguntó Aren con curiosidad sin quitar el brazo de la cintura de Angelica.

—Cómo ya sabrá por Angelica somos desconfiados, no aceptamos a cualquiera rápidamente. Pero usted ya no es cualquiera, es el novio, casi prometido de una de nuestras más prestigiosas estudiosas. Supongo que estará al tanto de cuáles son nuestros negocios.

—Por supuesto, Angelica y yo queremos compartirlo todo, y yo la apoyaré en lo que quiera. Si mi amada quiere ir a la Luna, yo le construiré una nave espacial. Bueno en mi caso invertiré en una empresa que las haga —dijo Aren mientras el diácono soltaba una risa sin humor, parecía que no le agradaba que Angelica tuviera novio.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Benedicto con curiosidad.

—En el avión hacia España, mientras esperábamos. Me enamoré en cuanto la vi, tuve que cambiar el pasaje de primera clase a turista para ir con ella porque no quedaban más en primera clase. Todo el viaje hablando, luego

le hice prometer que me llamaría cuando volviera a Roma, desde entonces hemos estado juntos.

—Muy romántico —dijo Benedicto en tono serio.

—Si no le importa quiero bailar con mi chica, luego nos indica cuál será nuestra habitación.

Aren dejó su copa y la que acababa de coger de la mano de Angelica en la bandeja de uno de los camareros, luego le tomó de la mano y la atrajo hacia él para bailar. Angelica se dejó llevar como una muñeca sin voluntad. Ella no era así, siempre había sido muy desenvuelta, decidida, con carácter, pero desde que conoció a Aren, hace unas horas, no había podido tomar una sola decisión. El cazador le había abrumado en muchas formas y no dejaba de sorprenderla, ahora estaba descubriendo que sabía bailar. Era inmortal, había tenido siglos para aprender muchas cosas. Él la tomó con determinación para comenzar a bailar lento.

—¿No te diste cuenta de lo que estaba haciendo el tipo con quien hablabas? —le preguntó Aren muy pegado.

—No, ¿qué? —dijo Angelica dejándose llevar en el baile.

—Se te estaba insinuando —dijo Aren molesto —, y si no querías nada con él deberías haberle parado los pies.

—¿Y eso por qué debería molestarte a ti?

—No me molesta —dijo Aren aparentemente enfadado—. ¿Por qué iba a importarme lo que una bruja haga? Lo que pasa es que aquí eres mi novia y deberías respetarlo.

—¿Cómo tú coqueteando y dejándote tocar por esa Renata? ¿Así me respetabas tú a mí en nuestra historia de amor de ficción?

—Yo siempre habría respetado a mi novia en nuestra historia de amor de ficción.

—Y dime, ¿a dónde vamos a ir de viaje de novios en nuestra historia de amor de ficción? —dijo Angelica más enfadada aún.

—A dónde quieras —dijo Aren en un tono más relajado y divertido—. Recuerda que somos novios. Hay cosas que una novia no haría, como coquetear con otros, y yo le estaba diciendo a Renata que eras mi novia. Debes meterte más en el papel o nos pescarán.

—¿No temías que te delatara?— preguntó Angelica con curiosidad.

—Accedí a ayudarte con el niño porque te creí. No confío en nadie que no sea un cazador, pero he apostado porque me decías la verdad.

Aren bajó las manos desde la espalda descubierta de Angelica hasta

colocar una en la cintura y la otra en la nalga izquierda y de ahí, la apretó contra él todo lo que pudo.

—Se supone que estamos muy enamorados, lo suficiente como para que en un tiempo record te presente a mis padres y nos casemos, y tú me quieras introducir en tu secta de brujos —respondió Aren para justificar dónde colocaba las manos y lo que después pensaba hacer.

Aren subió la mano que tenía colocada en la cintura de Angelica, la colocó en la barbilla de esta y luego la besó, manteniendo la otra mano en la nalga apretándola todo lo que podía contra él hasta que ella notó lo caliente que el cazador estaba. Aren se tomó su tiempo, saboreó sus labios delicadamente mientras ella casi temblaba de la impresión. Todas sus emociones contradictorias: miedo, deseo, pasión, angustia era un coctel tan apasionante que nunca se había sentido tan viva. Angelica le correspondió besándole con una pasión desbordante. Si iba a morir quería tocar primero el cielo, y no había conocido a nadie tan excitante como el cazador que la tenía en sus brazos... Angelica colocó las manos sobre los hombros de Aren dándose cuenta de lo robusto que era, sabía que debería frenar porque él estaba fingiendo y ella no, pero en ese instante no le importaba cuán falso fuera todo.

—Actúas muy bien —dijo Aren entre beso y beso.

—Tú tampoco lo haces mal —contestó Angelica sin importarle quién le estuviera observando.

—Sabes lo que va a pasar cuando nos quedemos a solas en la cama, ¿verdad?

—¿Qué seguiremos fingiendo? —preguntó Angelica mientras seguían besándose —Ni siquiera sé si aún sigue la música.

—Creo que sí, y tú admirador no te quita ojo de encima, pero si te toca, le mataré.

—Y te darán el óscar a la mejor interpretación de un novio celoso. Creo que deberíamos rebajar la actuación. Creo que ya hemos sido muy convincentes —dijo Angelica abrazada a él mientras seguían al ritmo de la música—. Y recuerda que esta historia no acaba bien para mí, al final me matarás.

—No estoy seguro de que eso sea muy inmediato. Eres muy lista, seguro que tienes conocimientos y datos que me puedan ser útiles.

—¿Y me torturarás para sacarme la información? —preguntó Angelica mientras le daba un beso sonando casi sensual.

—De momento centrémonos en la misión. Si colaboras y te portas bien quizás pueda conseguirte un indulto, pero solo si tenemos éxito. Mi jefe es muy exigente.

—Sabes que aunque me dejéis viva ellos no lo harán. Seré una traidora. El resultado será el mismo.

—No serán los de este lugar. Soy famoso por no dejar ni un solo brujo vivo.

—¿Has mirado las protecciones físicas del sitio? —preguntó Angelica interesada en el progreso de la misión.

—¿Estás de broma? Ahora mismo no estoy pensando con la cabeza, precisamente. ¿Estás asustada? —preguntó Aren atrayéndola hacia sí y desvelando un brillo en la mirada que delataba su deseo de acabar con la casa capitular de la manera más sangrienta.

—Esto te gusta, ¿verdad? —preguntó Angelica casi retóricamente, porque conocía la respuesta.

—Solo me siento vivo cuando hago mi trabajo, pero no debes preocuparte, no soy un idiota y no te voy a exponer a peligros innecesarios. Vamos a dar un paseo para que pueda sacar algún dato de interés respecto a lo que nos ha traído aquí.

Aren dejó la pista de baile con Angelica de la mano y luego le pasó el brazo por la cintura para pasear tranquilamente por donde se lo permitieran.

Capítulo 8

Mary Betila observaba a sus dos hijos sentados frente a ella. Eran hermosos, como muchos hijos que había tenido durante siglos, pero al igual que los anteriores, estos eran decepcionantes. Tan cerca de conseguir sus objetivos no podía permitirse dejar cabos sueltos y habían dejado uno.

—Repítemelo de nuevo, Mina —dijo a su hija. Ambos eran mellizos, pero la rivalidad que Mary había fomentado desde que eran niños los había convertido en casi enemigos.

—Madre, no descubrimos a la bruja y los del pueblo nos echaron. Dijeron que ya estaban hartos de aguantarnos. Así que, decidimos actuar desde las afueras, pero cuando estábamos en los límites del pueblo ya no pudimos volver. Cualquier intento por llegar hasta allí hacía que nos perdiéramos, diéramos vueltas en círculos.

Mary se puso la mano en la cabeza, creía saber qué era ese pueblo. Durante siglos había escuchado hablar del mito, pero nunca lo creyó hasta ahora. Habían rastreado a una futura bruja que no pertenecía a su aquelarre hasta un pueblo, la Bruja blanca, y decidieron montar un paripé muy costoso para cazar a la bruja. Envió a sus propios hijos a encargarse de la misión y fracasaron, y ahora, era imposible localizar el pueblo de ninguna forma: Había desaparecido del mapa, literalmente. Sus hijos y algunos más habían salido indemnes de allí, pero otros aparecieron muertos, con los ojos desorbitados del horror que tuvieron que padecer al final. Los que se habían quedado a las afueras, esperando saber lo qué había ocurrido, decían que los habían visto en forma de fantasma llorando y lamentándose, los habían convertido en almas en pena que protegían los límites del mismo pueblo. Tan cerca de conseguir su propósito y resulta que el mito era real. Mary se consoló así misma, llevaban más tiempo que ella vivos, si hubieran querido intervenir en el mundo ya lo habrían hecho, en cambio, se han encerrado en un pueblo y no querían saber nada del exterior. Sintió frío en las entrañas, si eran reales podría serlo todo lo demás, y la bruja que había buscado para matarla era parte de ello. Ella misma había estado en el pueblo y no había percibido nada raro, al menos estando allí. Ahora, pensándolo mejor, había muchas rarezas que allí no le llamaron la atención, Todo el pueblo era mágico.

Observó a los mellizos, Mina siempre fue una niña sensible, incluso buena, tuvo que emplearse a fondo para endurecerla, castigando cualquier

rasgo de compasión que captara en ella. La había convertido en un ser que se desvivía por complacerle y obedecerle en todo, sin embargo, Bram era desafiante, parecía inmune al miedo o los castigos que tanto aterraban a su hermana. Ya tenía experiencia con ese tipo de carácter, un libre pensador que no se ajustaba a sus normas. Lo habría matado siendo un niño, pero las ancianas se lo prohibieron, le dijeron que la diosa le había elegido para una misión. Por un lado se llenó de júbilo, pero después, se dio cuenta de que podría sustituirla si la diosa lo deseaba así, por ello, lo mandaba a todas las misiones peligrosas que surgieran, con la esperanza de que muriese sin su “intervención”, pero ese hijo suyo parecía indestructible.

No podía depender de los caprichos de la diosa oscura o de las ancianas, tenía que romper lazos y avanzar hacia una etapa nueva, pero debía hacerlo con cuidado, la magia que usaba provenía de la diosa, si la traicionaba abiertamente podía perderlo todo. Por ello confiaba en Benedicto, le había dado carta blanca en su proyecto a cambio de algo que le podía otorgar el poder de una diosa, o casi. Cuando todo concluyera, ni ella, ni su aquelarre dependería más del capricho de la Diosa oscura o las ancianas. Se moría de ganas por matar ella misma a esas ancianas andrajosas.

—No había mucho que hacer allí —sentenció Mary finalmente ante el asombro de sus hijos que esperaban un severo castigo—. No obstante, cada uno de vosotros tendrá que compensarme de alguna forma. Bram quiero que te cases. Tengo una mujer para ti.

—¿Qué? —dijo Bram sin salir de su asombro.

—Lo que oyes, es la boda o despellejarte vivo, tú eliges —dijo Mary con indiferencia.

—La boda, obviamente —eligió Bram a regañadientes—. Pero yo escojo el smoking y el padrino.

—Me da igual con tal de que estés casado en la fecha que yo diga.

—Y tú, Mina. Tu hermano ha dado buenas regencias de ti respecto a la última misión. No obstante, creo que eres muy blandita. ¿Llegaste a saber quién era la bruja, al menos?

—No madre —mintió Mina con disimulo y algo de miedo.

—Y tu gusto por los hombres sigue siendo pésimo. Ese idiota de Luis lo habría matado yo misma si no hubiera aparecido de la forma en que lo hizo.

—¿Cómo? —se atrevió a preguntar Mina.

—Ni siquiera sabe cómo se llama, su mente perdida en un infierno personal del que no sale. Es obra del Inquisidor, sin duda.

—Entiendo —respondió Mina agachando la cabeza. Sabía que se lo merecía, aún así, no recordaba detalles de lo ocurrido, una capacidad del Inquisidor: Cuando le ves vas olvidando todo sobre él. Mina tan solo recordaba que le había tenido tan cerca que podría dar las gracias porque su mente no estuviera como la de Luis.

—Para ti tengo un plan. Vas a ser el cebo para cazar a alguien que deseo muerto hace mucho tiempo y a quién odio profundamente.

—¿Yo? —preguntó Mina con un tono de miedo que no puedo evitar.

Mary se acercó a su hija y le dio un bofetón con una fuerza descomunal arrojándola al suelo sin que Bram se perturbara al ver a su hermana tirada a sus pies sangrando y procurando mantener la dignidad.

—Sentir miedo es de débiles y tú eres mi hija.

—Cebo, ¿para quién? —preguntó Mina mientras se ponía de pie con un tono duro que le agradó más a su madre.

—Para alguien a quién odio profundamente y para quién tú eres lo más importante de este mundo y haría cualquier cosa por ti —dijo Mary misteriosamente—. ¿Por qué sino crees que te he mantenido viva con lo patética que eres?

—¿No será nuestro querido padre, verdad? —dijo Bram en un tono sarcástico indiferente a las amenazas de su madre, tratando de sonsacarle algo— Porque a él solo le importa su dinero.

—Obviamente no es vuestro padre, pero sufrirá lo indecible por tu causa. Y ahora largaros, ya me cansé de soportar vuestra presencia.

Los dos se dirigieron a la puerta. Durante un rato no se dijeron nada, apenas se hablaban. Desde niños, el triunfo de uno era la derrota y el castigo del otro. Finalmente, Bram le tomó de la muñeca frenándola.

—¿Te vas a burlar de mí? —preguntó Mina desafiadamente.

—No, claro que no —dijo Bran en un tono casi amable—. Quiero saber lo que quiso decir.

—¿Sobre tu futura esposa? —respondió su hermana con burla—. Que te habrá buscado una novia insoportable que te hará la vida imposible y ella sacará algún beneficio con ello.

—Me refiero a lo tuyo. ¿A quién quiere martirizar que te pueda querer tanto? —preguntó Bram pensativo.

—¿Por qué? ¿Crees que nadie me quiere, ni siquiera mi hermano? —preguntó Mina con un toque de amargura.

—No, Mina. Sé que cuánto hemos hecho los dos ha sido para sobrevivir

—dijo Bram sacando un pañuelo para limpiarle la sangre.

—Yo ya no quiero seguir sobreviviendo —dijo Mina poniendo la mano sobre la de su hermano mientras una lágrima se le escapaba—. No sé a quién se refiere, a mi no me quiere nadie, Bram, y con todo lo que he hecho nadie me podrá querer. Nuestros cuerpos y nuestras almas pertenecen a Mary hasta el día en que ella nos mate, y mientras podrá torturarnos o lo que se le ocurra.

Bram abrazó a su hermana, por primera vez en su vida. Nunca la había visto tan vulnerable y derrumbada, hasta ese instante no había pensado que su hermana pasaba por el mismo infierno que él. Ella se dejó abrazar y se puso a llorar en sus brazos.

—Te prometo que saldremos de aquí —dijo Bram tratando de consolarla.

—No, no se te ocurra compadecerme —dijo Mina apartándose de él como si quemara—. Si fueras mi debilidad, si te quisiera como a un hermano, ella lo utilizaría en mi contra.

—Ya lo está haciendo —dijo Bram encogiéndose de hombros como si nada le importara.

—No sé quién es el que me puede querer tanto, pero si existiera, debería alejarse de mí, porque yo lo destruiré si mi madre me lo pide —dijo Mina con mucha determinación—. Y también te destruiré a ti si ella me lo ordena.

—Pues yo, sin embargo, no te destruiría por su capricho. Si voy a morir lo haré como yo quiera antes de vivir como ella me marque —respondió Bram dejándole el pañuelo a su hermana y marchándose sin mirar hacia atrás.

Capítulo 9

Esta pesadilla no podía estar ocurriéndole a él. Dio silencioso un par de vueltas a la habitación. Debería estar mirando las defensas del lugar, inspeccionando, creando un plan, aunque siempre había sido impulsivo y confiado, tendía a arreglar los asuntos de forma sangrienta, al menos los que tenía que ver con los brujos. Pero estaba ahí, contemplando a Angelica como un idiota mientras esta dormía. No podía de ninguna forma haberse enamorado, y menos de una bruja, sería como reincidir, pero esta vez sin ningún conjuro de por medio que le influenciara. Tan solo unas horas atrás la habría matado sin preámbulos, pero tuvo que aceptar verla, ¿por qué? ¿Quizás porque llevaba admirándola desde que le dieron su foto? Y ahora, ¿qué? ¿Llamaba a Jacques y le decía que se sentía “humanitario”? ¿Que mandara a otro porque él tenía la cabeza dónde tenía su polla? No estaba enamorado, era obvio, lo estaba confundiendo con otro sentimiento, quizás la compasión, parecía una buena persona. Aren bajó la mano hasta sus genitales y negó frustrado: Esta sí que no engañaba, pero podía ser el tiempo que había estado sin sexo, ¿eran cinco o seis días? Ni siquiera había pasado un mes, aunque a él se le antojaba un siglo. Se levantó y decidió bajar a tomar el aire al jardín, quizás así se le aclararan las ideas y de paso hacer algo para avanzar en su misión de acabar con ese nido de brujos. Descendió despacio la escalera y no le costó mucho llegar al jardín, era una de las zonas comunes que no estaban muy vigiladas, así que nadie se interpuso en su camino. No avanzó mucho tan solo se apoyó en la barandilla que bordeaba el jardín. Él no estaba enamorado, se repitió de nuevo, todo el mundo había sentido un encaprichamiento alguna vez, y en su caso, con tantos siglos a cuestas, que una mujer le llamara especialmente la atención era casi un hecho fortuito.

—Hola, ¿tú tampoco puedes dormir? —preguntó una voz a su espalda.

Aren se giró y vio a Renata acercarse y colocarse a su lado en la barandilla. Suspiro contrariado, no quería tener compañía y menos femenina, o sí, quizás eso es lo que necesitaba, un polvo que le calmara los nervios y luego seguir con la misión sin que otros pensamientos le perturbaran.

—No mucho —le contestó Aren dirigiéndole una sonrisa muy cautivadora—. Miraba las estrellas.

La mujer estaba demasiado cerca de él, le rozaba el brazo y se le notaba que buscaba sexo. Demasiados siglos en el ruedo como para no saber cuando una mujer quería conocerte a “fondo”. Apenas se había fijado en Renata antes

de ahora. No era bonita, ni siquiera tenía buenas tetas, y tenía gestos de ramera, como las mujeres que en otras épocas encontrabas en algunas tabernas, algunas con un generoso escote y mismo gesto, otras, tan solo tenían el gesto. A él le daba igual en ese momento. Quería demostrarse a sí mismo que era un asunto de pelotas, las suyas del tamaño de melones pidiéndole un polvo o más. Luego, cuando se calmara en ese aspecto, vería el problema de otra forma. Una bruja que iba a morir y él pasaría a otra cosa. No podía encontrarse de nuevo en una situación en la que casi prometiera un indulto a una bruja, o buscar su protección, así que trató de esforzarse por ligar con la mujer.

—¿Y qué estrellas te gustan más? —preguntó Renata con una voz bobalicona.

El la atrajo para mostrárselas colocándose tras ella para señalar cuales miraba,

—La Osa menor, esa de ahí. La que guiaba a los navegantes cuando viajaban en la antigüedad, y hacía que el mar fuera un lugar de misterios donde todo podía ocurrir, pero que sin ella, sin la estrella polar, acabarías cayendo por el fin del mundo, o perdido para siempre en medio del océano —dijo Aren con un tono de voz suave y sensual mientras la miraba sugerentemente.

La mujer se apretó tanto contra él que podría aplastarle mientras le acariciaba el brazo. Él le dio la vuelta con ansia y la besó. Ella le correspondió mientras desabrochaba con igual ímpetu su cinturón. El la tomó en brazos para hacerlo con ella de pie, sin más preámbulos. No sentía deseos de ser romántico, aunque nunca lo había sido. Le quitó la ropa de forma atropellada, mientras ella bajaba la cremallera y le rozaba la ropa interior.

—Espera, Angelica —le susurró Aren al oído mientras acababa de bajarse los pantalones y al escucharse pronunciar ese nombre, no fue lo único que se le bajó—. No puedo, le susurró. No voy a hacerle esto a mi novia.

Aren miró a su espalda. Cuando estuvo a punto de montárselo con Renata escuchó pasos. La solución había aumentado el problema en vez de rebajarlo, ahora se le bajaba cuando pensaba en Angelica, o decía su nombre estando con otra. ¿Cómo iba a arreglar eso?

—¿De veras me vas a dejar así? —dijo Renata a medio vestir.

—Sí, ¿qué esperas? ¿Que te vista yo? No eres una jodida pija de la época de tu tatarabuela para necesitar una ayudante de cámara —le dijo Aren descargando su mal humor contra ella, después de todo, ni siquiera le caía

bien.

Aren se subió los pantalones ignorando el berrinche de Renata dejándola allí plantada. Subió de nuevo las escaleras y al llegar a la habitación que compartía con Angelica encendió la lamparita.

—Sé que estás despierta, y que me has visto —dijo Aren sin más ceremonia.

—Solo bajé porque te oí dar vueltas y pensé que estabas trazando un plan. Pero, dijiste que Harold Carlsen jamás pondría los cuerno a su novia, y ahí estaba, con los pantalones bajados —dijo Angelica aparentemente enfadada.

—Cabréate todo lo que quieras. Tienes razón, he estado a punto de follarme a esa No voy a buscar ninguna excusa —dijo Aren aparentando estar más molesto que Angelica.

—¿Y lo reconoces así, sin más? —dijo Angelica con voz furiosa.

—¿Prefieres que te mienta? ¿Qué te diga que estábamos en el jardín buscando setas? ¿O que casi me la follo y no lo hice porque pronuncié tu nombre cuando estaba a punto, y se me quitaron todas las ganas? ¿Cual excusa te gustaría oír en nuestra historia de amor de ficción de Harold? —dijo Aren aún más furioso.

—Lo siento. Tienes razón, creo que me he metido mucho en el papel. No soy quién para meterme en tu vida privada, tan solo espero que no eche por tierra nuestro plan, pero eres un cazador y tienes más experiencia que yo en estas cosas.

Aren la miró con deseo. Enfadada estaba aún más guapa. Con los cabellos oscuros cayéndole por el cuerpo, aunque precisamente no era en lo que se fijaba, sino en los pechos que se formaban porque la camisa que usaba para dormir se estrechaba. De nuevo se excitó y era esta maldita bruja. Trató de controlarse y volver a la normalidad, incluso pensó en darse una ducha, pero tenía la intuición de que eso no se bajaba con agua fría. Deseaba descontrolarse estando dentro de ella, sentir por primera vez en su vida una relación sexual que no le resultara que estaba a medias. Sabía que ella le podía dar eso. Que podía cabalgar sobre Angelica hasta perder la cabeza y al volver lleno de placer sentirse por primera vez realmente satisfecho. A lo mejor no estaba enamorado, pero con que ella le produjera esas sensaciones le compensaba con creces. Que le hiciera sentir vivo de alguna forma, porque era paradójico que ellos, que eran inmortales, no pudieran disfrutar de la vida porque no poseían nada que ya no hubieran perdido hacía muchos siglos. La observó de nuevo. Seguía enfadada, pero a él le daba igual, ya no se iba a

frenar.

—Angelica, quítate la ropa —le dijo Aren sin más.

—¿Por qué? —dijo ella mirándole incrédula.

—Porque te quiero ver desnuda, hazlo y despacio —dijo Aren en una voz autoritaria. El pensamiento de verla desnuda anticipaba el placer, casi como cuando era adolescente y se escondía para ver a las chicas desnudarse en el río. Cuánto tiempo que una mujer no le producía ese efecto refrescante y se dio cuenta, que estar enamorado no era una maldición, porque daría cualquier cosa por enamorarse, y volverse loco de pasión por algo que no fuera una batalla, aunque fuera una vez en su vida o de una bruja.

Por un segundo pensó que la mujer se negaría, pero al poco de ordenárselo ella comenzó a desnudarse mostrando primero sus generosos pechos y luego el resto. La mujer no era muy hábil en estos temas, lo cuál, lejos de disgustarle le complacía, porque sabía que no había tenido muchas experiencias de este tipo, y con cada prenda de la que se desprendía su nerviosismo aumentaba.

—¿Así? —preguntó Angelica cuando ya estaba completamente desnuda.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Crees que si me tientas no te mataré? —dijo Aren sin moverse del sitio.

—Creo exactamente que cuando acabemos esta misión yo estaré muerta, sea por tu mano o por mi aquelarre.

—¿Y si te pido que te tumbes y me dejes hacer lo que quiera? —preguntó Aren con curiosidad.

—Entonces, te pediría que te esmerases, porque no me queda mucho tiempo de vida y quiero aprovecharlo.

—¿Y si te digo que quiero perder el control completamente? ¿No razonar qué hago?

—¿Cómo cuando entras en combate? —preguntó Angelica con curiosidad.

—Sí —susurró Aren—. Podría ser muy peligroso.

—Hazlo —dijo Angelica invitándole.

Aren se desvistió completamente mostrando unos cuantos tatuajes de runas que exhibía en su cuerpo. Durante un instante estaba dudoso. Tan solo había hecho esto una vez y fue bajo el influjo de un conjuro, pero necesitaba perder el control, vaciarse de todas las emociones para darse cuenta de que Angelica no le importaba, que tan solo necesitaba un poco de sexo, aunque aún mantenía el deseo o la esperanza de que fuera algo más. Aren se acercó a

la cama y se echó sobre ella para besarla, continuó con ímpetu hasta que los ojos se volvieron rojos y perdió el control, mientras su mano jugaba con sus pechos.

Angelica durante unos segundos tuvo miedo, no sabía si Aren iba a matarla. Había escuchado todas esas historias sobre el vikingo que cuando los ojos se tornaban en rojo había que correr porque no dejaba a nadie vivo. Algo dentro de Aren la estaba llamando como si estuvieran conectados, y entonces ocurrió, ella también perdió el control, pero no como lo haría el cazador en un combate: irracional y peligro, sino como ella sentía la magia, una unidad con la realidad. Angelica giró a Aren colocándose ella encima de él, pero solo puedo estar en esa postura unos breves minutos mientras le besaba permitiendo que él le mordisqueara los labios, el cazador volvió a tomar las riendas colocándose él arriba y haciéndole el amor tan salvajemente que Angelica apenas salía de un estado de éxtasis a otro, hasta que él cayó agotado sobre ella, aún con los ojos rojos. Angelica le acarició la cabeza y se fijó en la mancha negra del pecho, la garra de la bruja. Sintió curiosidad y acercó la mano para tocarla, pero él no se lo permitió, tan rápido que apenas pudo pensar él atrapó las dos manos de Angelica y se colocó encima inmovilizándola.

—No toques eso, nunca —dijo Aren al mismo tiempo que sus ojos volvían a la normalidad.

—Lo siento —se disculpó Angelica—. Solo sentía curiosidad.

—Si lo haces recordaré que eres una bruja y me cabrearé mucho.

—Pero es lo que soy, una bruja —dijo Angelica tratando de hacerle entrar en razón.

—Por eso esto solo ha sido sexo. No cambia para nada mis planes, ni lo que vaya a hacer contigo cuando esto acabe —dijo Aren refiriéndose a la misión—. Si no hubieras sido una bruja, tú y yo, no diría que tuviéramos un futuro, después de todo yo soy inmortal, pero podríamos haber tenido más encuentros hasta que me hubieras aburrido, y créeme que acarías haciéndolo, y entonces no desearía volverte a ver más, pero eres una bruja, una maldita hechicera.

—Apártate de mí —dijo Angelica que aún estaba aprisionado por el cuerpo de Aren—. Y recuerda que esto ha sido un error que no se debe repetir.

Aren se levantó y se comenzó a vestir de nuevo.

—Voy a salir a tomar el aire, y esta vez no me sigas. A ti te da igual a

quién yo me tire —dijo Aren saliendo de la habitación.

Capítulo 10

Aren bajó de nuevo confuso la escalera. Por primera vez en siglos disfrutaba realmente del sexo, lo encontraba excitante y explosivo. Esa bruja le estaba volviendo loco y aún tenía que matarla. No quería pensar en ese momento, aún había una misión y una casa capitular que destruir. Debería informar a Jacques, pero no sentía deseos de que metieran las narices en su trabajo. Decidió moverse por la casa y ver qué habitaciones estaban inaccesibles para las visitas. Entrar había sido demasiado fácil, tener a Angelica colgada del brazo era una ventaja importante a la hora de infiltrarse, nadie hacía muchas preguntas acerca del novio de una bruja prestigiosa, se suponía que ella ya sabía todo de él y lo tendría amaestrado con conjuros, o lo que sea que usaran para manipular. Escuchó ruidos que provenía de una habitación de las que era inaccesible, así que se decidió a acercarse de manera casual... Miró tras el marco de la puerta y vio a Benedicto revisando varios papeles.

—Parece que no soy el único noctámbulo —dijo Aren sin moverse de la puerta.

—Se supone que no debería entrar en estas habitaciones, estaban excluidas para las visitas.

—Ya, pero he oído ruidos, y pensé que podría ser alguien que no debería estar aquí —se justificó el cazador con una sonrisa inocente.

—¿Y qué hace despierto? —preguntó el diácono que dejó los papeles sobre la mesa.

—Después de un rato embelesado mirando a Angelica y feliz de mi suerte, decidí, dado que no podía dormir, explorar su mundo.

—¿No ha pensado que siendo ella una bruja su enamoramiento tan repentino podría no ser casual? —preguntó el diácono con un tono de malicia.

—Una mujer como Angelica no necesita un conjuro para enamorarme, pero de ser así, me daría igual, estoy enamorado y para mí es real —justificó Aren sin dejar de sonreír, encontrando un placer morboso en restregarle que Angelica era suya.

—¿Y para ella?

—Le voy a dar todo lo que desee en esta vida. Libros raros, lujos, cualquier capricho que pueda tener yo se lo concederé. A ella le cuesta reconocerlo, pero está perdidamente enamorada de mí.

—Me alegro que lo tenga tan claro —contestó el diácono.

—¿Qué le parece si me sirve de guía en este mundo? Me gustaría saber en qué puedo colaborar para que mi futura esposa sienta que le apoyo en todo —dijo Aren con una sonrisa convincente.

—¿Qué quiere saber?

—Por ejemplo, ¿cuál es su labor dentro del aquelarre? Ella dice que es una erudita —dijo Aren de forma casual mientras miraba de soslayo el libro que tenía el diácono sobre la mesa. El libro era antiguo, posiblemente era del que hablaba Angelica. Había más papeles sobre la mesa pero no podía discernir de qué iban.

—Los eruditos son una casta en sí dentro del aquelarre. Angelica en particular es muy prestigiosa, sabe casi sobre cualquier tema, conjuro, lo que le preguntes.

—¿Es por eso por lo que la necesita ahora? —dijo Aren posando los ojos en el libro haciendo alusión al mismo.

—Los eruditos son una casta en sí dentro del aquelarre. Angelica en particular es muy prestigiosa, sabe casi sobre cualquier tema, conjuro, lo que le preguntes.

—¿Es por eso por lo que la necesita ahora? —dijo posando los ojos en el libro haciendo alusión al mismo.

—Sí, supongo que te lo habrá contado —dijo Benedicto disgustado—. Pretendemos realizar un gran ritual y me vendría bien la ayuda de Angelica para que sea la maestra de ceremonias.

—¿Eso es peligroso para ella? —preguntó Aren con preocupación.

—No tiene por qué. El ritual realmente lo realizo yo, pero que alguien como Angelica me “escude” da confianza, en caso de que algo salga mal.

—¿Mal, cómo qué? —insistió Aren.

—Lo tenemos todo controlado, pero siempre puede producirse algún contratiempo, y Angelica es una erudita, si alguien sabe cómo encarrilar un problema es ella.

—Entienda que yo no quiero que mi prometida corra riesgo alguno. Que ese “problema” que pueda surgir no le afecte negativamente. Si yo no voy para cuidarla, ella no irá —dijo Aren en un tono categórico.

—Bueno, yo creo que eso deberá elegirlo ella —dijo Benedicto

—No la vi muy convencida cuando hablaron del tema o lo insinuaron más bien. Desanimarla no me va a resultar difícil. Por mí mejor, no tendré que preocuparme de si mi novia está en peligro o no. Si me disculpa creo que

me retiro —dijo Aren dándose la vuelta simulando satisfacción.

—Espere —dijo Benedicto cambiando de opinión—. No va a estar en peligro, y usted podrá estar en el ritual.

Aren no se giró de nuevo a mirarle, sencillamente sonrió satisfecho y continuó andando tras asentir. Subió la escalera y entró en la habitación, observó a Angelica que dormía. Durante un instante pensó en ser caballero y dormir en el sillón, pero precisamente él no era un caballero y se echó en la cama al lado de Angelica. Nunca había dormido al lado de una mujer, se había acostado con cientos, pero una vez acababa las echaba. Se podía acostumbrar a esa sensación, siempre que fuera Angelica, lo cual, le hacía pregonarse si hubiera existido un futuro entre ellos de no ser ella una bruja y él inmortal. Acarició la mejilla de la mujer y deseó besarla, envidiaba a su alter ego Harold Carlsen, con esa bella prometida que presentaría a sus padres, y una vez casados tendrían una vida normal. Aren no había nacido para una vida normal, se habría aburrido al poco tiempo, y quizás lo que le atraía y encontraba excitante de Angelica era precisamente eso, ella tampoco era una mujer normal, y no solamente por ser una bruja, que le restaba, más que sumar puntos. Aren se acomodó en la cama y decidió intentar dormir, no tenía sentido que pensara en tonterías, ellos dos no tenían futuro, de hecho a Angelica, le quedaba poco tiempo de vida y lo lamentaba profundamente. Era la primera vez que su trabajo lejos de ser un placer era un tormento.

Al amanecer Angelica se estiró en la cama mientras trataba de abrir los ojos. Había dormido fatal y con muchas pesadillas. El día anterior fue un infierno de miedo, pasión, dolor y sobre todo, se había acostado con el cazador. Cuando Aren le dijo que se desnudara se indignó, casi pensó que era una broma, pero le miró a los ojos y parecía hablar en serio. En el instante en que le dijo aquello, ni lo pensó, comenzó a desnudarse sin importar le las consecuencias. Tras el miedo que había pasado deseaba sentir la dulzura del hombre en contraste con su fiereza, sentía deseos de poseerle. Había sido espectacular, no era normal. Habían hecho el amor casi compartiéndolo todo, se había estremecido casi hasta la locura y él, estaba fuera de sí. Ella notaba su pasión ciega casi como si pudiera conducirla. Después de eso, no sabía con quién iba a poderse acostar que le diera lo mismo, claro que no viviría como para plantearse ese problema. Se giró un poco y noto un cuerpo cercano, se incorporó y observó incrédula a Aren dormido a su lado. Si hace unos días alguien le hubiera dicho que despertaría en la misma cama que un cazador se habría reído mucho. Se tomó su tiempo en observarle ahora que dormía y no

se fijaba en ella. A ella le resultaba muy atractivo y guapo, con una incipiente barba tan rubia que parecía blanca, unos labios cálidos y carnosos, un cuerpo atlético por el ejercicio continuado, con algunas cicatrices y muchos tatuajes. No estaba completamente desnudo, vestía unos slips negros y un camino de bello rubio casi blanquecido se adentraba un poco por debajo del el ombligo hasta dentro de los slips, como marcando el camino hacía el abultamiento que era natural en los hombres en esta hora de la mañana. Dejó de mirarle bruscamente, ni siquiera debía haberse acostado a su lado, si quería la cama debió habérselo dicho y se la habría cedido con gusto. Se incorporó para levantarse y la mano derecha de Aren atrapó su muñeca sin previo aviso, sorprendiendo a Angelica.

—¿A dónde vas tan temprano? —preguntó Aren somnoliento.

—No podemos quedarnos en la cama todo el día.

—Me levantaré contigo, pero acércate un momento —dijo Aren que aún no le había soltado la muñeca.

Angelica le observó un instante y negó con la cabeza. Intento mover la muñeca, y, aunque no le estaba haciendo daño, no podía deshacerse de él.

—No, ni se te ocurra. Lo que pasó anoche es un error —dijo Angelica molesta observando los slips de Aren—. Nunca va a volver a ocurrir.

—Nunca es mucho tiempo, te lo asegura un inmortal. Pero no, no quiero eso. Bueno a lo mejor si —dijo Aren concentrado levemente la mirada en donde ella la dirigía—. Quiero que hablemos.

—¿Sobre qué? —preguntó Angelica con cautela, después de todo estaba echada al lado de su enemigo, que además, era el cazador más violento de todos, y eso ya era mucho decir porque el listón estaba muy alto.

—Sobre nuestra misión —dijo Aren dejándose caer sobre la almohada una vez atrajo la atención de Angelica, pero mantuvo la mano sujetando delicadamente a la muñeca de la mujer.

—Vaya, ya era hora. Pensaba que no había ningún plan —respondió Angelica con un toque cínico echándose al lado de Aren permitiendo que jugara distraídamente con su mano mientras hablaba.

—Si lo hay. Quiero decir, no a largo plazo, ya veremos cómo va todo o lo que se me ocurre por el camino — explicó Aren que parecía de los que improvisaban más de lo que planeaban—. Pero necesito entrar en el despacho del capullo que te babosea, para lo que requiero una distracción. Quiero que esta noche, o mejor, esta misma mañana. Creo que la casa en la noche está más vigilada y si me pescan siempre puedo poner alguna excusa como que te

buscaba, de noche es más complicado.

—¿Quieres decir que has elaborado un plan y no sabes ni cuándo es más apropiado ejecutarlo? —dijo Angelica que estaba acostumbrada a pensar mucho lo que hacía y la inexactitud de Aren le inquietaba mucho.

—Llevo haciendo mi trabajo durante siglos. No solo sé lo que hago sino que tengo tanta experiencia que casi no necesito darle vueltas a nada. Mira, lo que necesito que hagas es que distraigas al diácono o como lo llaméis y al resto. Quiero entrar a su despacho.

—¿A coger el libro? ¡Debe tener miles de protecciones no podrás ni rozarlo sin que yo esté presente! —dijo Angelica alarmada.

—¿El libro? Diablos no. Yo los libros esos los quemo cuando los veo, no los leo o me los llevo de souvenirs.

—Que haces, ¿qué...? —preguntó Angelica comenzando a enfadarse — ¿Destruyes el conocimiento porque no lo comprendes?

—Son libros de brujería —se defendió Aren—. Nadie debería leer o tener esas cosas. No es como quemar un libro de filosofía o de religión, aunque algunos también los echaría al fuego.

Angelica apartó la mano que Aren sujetaba bruscamente con un claro indicio de enfado. Se irguió ligeramente para mirarlo desde arriba.

—Haré que no he escuchado nada de eso —dijo Angelica finalmente.

—Tengo que entrar porque anoche me fijé que había cartas sobre la mesa. ¿Quién escribe cartas todavía en el siglo veintiuno?

—¿Alguien que lleva vivo mucho tiempo como tú y le incomoda las nuevas tecnologías?

—Buen punto, yo pensé lo mismo y me dieron ganas de leer las cartas —dijo Aren que no apartaba la mirada de ella.

—¿Y tú qué hacías anoche colándote por las zonas más vigiladas de la casa? —preguntó Angelica con un ligero tono de reproche.

—Madre mía, aún no nos hemos casado y ya suenas como una esposa. No volví a “ponerte los cuernos” en nuestra historia de ficción.

—¿Crees que eso es lo que me preocupa? Si nos pillan...

Aren colocó la mano en la boca de Angelica antes de que continuara.

—Tuve una charla con Benedicto. Me dejará estar en el ritual contigo. Lo que deseo que hagas es que le distraigas, y a los demás —dijo Aren quitando la mano de la boca de Angelica—. Hazles trucos de magia, coquetéale, después de todo le gustas.

—¿Quieres que ligue con Benedicto? —preguntó Angelica sorprendida.

—No, claro que no. Hay una diferencia entre distraer y ligar. Eres mi novia, si te pillara con él haciendo algo inadecuado tendría que cabrearme y eso supondría irnos de la casa y el final de la misión —respondió Aren dejando traslucir un toque de celos.

—Eso también va por ti, así que tendrás que mantener a tu amiguito dentro de tus pantalones —respondió Angelica ligeramente celosa también.

—Nunca se me ocurrió ponerle nombre, pero podemos hacerlo entre los dos —sugirió Aren en un tono provocador.

—Centrémonos en la misión —dijo Angelica deteniendo levemente los ojos en la parte del cuerpo del cazador de la que hablaban—. ¿Confías en mí lo suficiente como para dejarme sola con Benedicto? Podría contarle todo y estarías en un serio apuro dentro de la casa capitular.

—¿Y qué le vas a contar? ¿Qué has llevado a un cazador a la casa capitular? Además, si me veo en apuros, te aseguro que no me quieres ver cabreado y menos contigo, porque te puedo jurar que será sumamente sangriento y descontrolado.

—Vale, tan solo me extrañaba que confiaras en mí, pero ya veo que es cuestión de confianza en ti mismo. ¿Qué debo hacer a parte de distraer? —Angelica no pudo evitar pensar en la noche de sexo que tuvieron cuando el cazador hizo mención a su descontrol, actuó con ella como lo hacía en los combates, descontrolado, sin ningún tipo de reparo ni inhibición, de forma absolutamente instintiva sabía todo lo que debía tocar o hacer para que ella sintiera. Cómo lamentaba que fuera un cazador y no un hombre normal, pero un hombre normal no tendría esas capacidades que poseía Aren o su magnetismo.

—Las protecciones mágicas, ¿qué sabes de ellas?

—Todas están elaboradas con un diseño que yo hice. Estas, además, las revisé yo cuando aún estaba el anterior diácono —explicó Angelica.

—¿Y puedes desactivar las del despacho del diácono? —preguntó Aren pensativo.

—Sí, ¿pero qué pasa con las otras? Las normales.

—No vi cuando me acerqué. Parece que confían mucho en las guardias mágicas, después de todo, ¿quién iba a sortearlas sin ser un brujo equivalente a ti?

—En eso tienes razón, pero si te pillan ahí... —dijo Angelica sin acabar la frase.

—No lo harán, te lo prometo. Confía en mí.

—Aren, confiar en ti fue una locura desde el principio —dijo Angelica dejándose caer en la almohada.

—Estoy de acuerdo, debiste haber tratado de escapar y huir tan lejos como pudieras. Tú podías haber tenido una oportunidad, eres lista y dispones de muchos recursos —dijo Aren pensando que le hubiera hecho un favor. No tendría que matarla—. ¿Te arrepientes?

—No, no me arrepiento. Si hubiera escapado no habría podido vivir en paz pensando que he dejado morir a un niño, o permitido que algo terrible ocurriese, porque abrirán un portal cuyas consecuencias desconocemos, y al final, tendría que colaborar y convertirme en uno de ellos tarde o temprano. Tú, por terrible que suenes, eras mi última esperanza. No quiero ni ser ni convertirme en uno de ellos, esa no es ni mi filosofía, ni la de mi diosa.

—Eres muy valiente. Me habría gustado que nuestra situación fuera de otra manera y no me hubieran ordenado matarte —dijo Aren lamentando su suerte.

—Tú, tan solo, no permitas que se salgan con la suya y protege al niño —dijo Angelica con una leve sonrisa.

—También te protegeré a ti, lo sabes, ¿verdad?

—Mi héroe —dijo Angelica en tono de broma levantándose de la cama, tomando su ropa y entrando con ella en el cuarto de baño.

Aren reprimió un sonrisa y comenzó también a vestirse. Había cometido el error de dejarla entrar primero al baño, cuando él necesitaba una ducha de agua helada.

Capítulo 11

Brigit observó cómo su amiga entraba en la fiesta de la casa capitular con el cazador. Tenía que asegurarse de que no le iba a hacer daño, así que le estuvo siguiendo discretamente por el plano de los espíritus, en el que ella era una experta, y ese conjuro, uno de los que tan solo ella conocía, entre otros motivos porque era su versión de otro muy antiguo, con el que decían que las antiguas brujas eran capaces de volar. De momento, Angelica estaba a salvo, y había que reconocer que Aren, el cazador, era bastante apuesto, especialmente con el smoking que llevaba. No obstante, no era de su gusto, estaba demasiado vivo para que a ella le interesara. Ahora tenía que ir al cementerio a hacer una poderosa y peligrosa invocación. Se movió en el mundo de los espíritus como si fuera un fantasma más, los muertos, a veces acompañaban a los vivos deseando agarrarse a la vida que ya no les acogía, y muchas de las personas que paseaban por las calles, y que no podían verla, iban acompañado por algún familiar, o enemigo, nunca se sabe cuánto se pueden odiar tras la muerte. Brigit los ignoró a todos, incluso cuando los muertos se fijaban en ella, sabían que estaba viva y eso les molestaban porque ellos ya no. Llegó a la puerta del cementerio, esta parte era más complicada, los fantasmas que habitaban en este lugar podían dañarla, así que hizo algunas protecciones que les repelía y se adentro hacia el lugar donde las lápidas rezaban los nombres y las fechas en la que los difuntos murieron, hizo un círculo en el centro y se quedó de pie, en medio de la circunferencia con las manos a ambos lados. Se había vestido para la ocasión, en vez de su acostumbrado atuendo negro llevaba un vestido de lino blanco que se ajustaba a su cuerpo por la parte de arriba y el resto se extendía como si volara dotándole de un aspecto vaporoso. Su cabello negro lo llevaba suelto tan solo atado por una cuerda plateada hacia la zona de las sienes que recorría la trayectoria hasta anudarse en la nuca alrededor de mechones de pelos con los que se enredaban. Iba maquillada cuidadosamente resaltando el color blanquecino de fondo con los rojizos y el azul. Algunos piercings, uno en los labios, otro en la nariz y varios en las orejas remataban su apariencia. Elevó las manos y comenzó su invocación, no sabía si acudiría, era la primera vez que le llamaba, nunca había tenido un motivo importante para ello hasta ahora, y a él no había que molestarle con menudencias. Cuando ya creía que no acudiría, una bruma se formó a su alrededor y escuchó el ruido del río Estigio. Brigit le observó, no era como se lo había imaginado, una imagen

sobria y horrenda, sino como un hombre alto, con aspecto tan pálido que no desentonaba en el lugar mortecino donde se encontraba. Era guapo, exóticamente guapo, con el cabello blanco cayéndole alrededor de un rostro casi juvenil, no aparentaría más de treinta años, y, aunque su apariencia era apacible, no debía dejarse llevar por engaños, era muy peligroso, hasta el punto de que su mera presencia aterrizaba a todas las almas que habían estado cerca de ella antes de que le llamara.

—Caronte —susurró Brigit casi en un suspiro.

El barquero se acercó con la barca hasta donde ella estaba. Antes de invocarle le había estudiado bien, incluso en libros y pergaminos que ya nadie recordaba. Vivió como un hombre una vez, y fue condenado a ser el barquero de los muertos por toda la eternidad. Mitad espectro, mitad humano, porque no había muerto físicamente, fue condenado a la más absoluta soledad, la diosa sabe por quién o por qué.

—¿Qué deseas mortal? Aun no ha llegado tu hora, ¿por qué buscas la muerte antes de tiempo? —dijo Caronte en una voz llena de suavidad y poder que retumbaba por todo su ser.

Brigit sacó un objeto de su bolso. Era un poderoso talismán que sabía que los espectros apreciaban, dado que nada que fuera del mundo de los humanos salvo lo mágico podía quedarse en el mundo de los muertos. Sabía que el barquero cobraba en monedas a los que se llevaba, pero eran monedas de los muertos, y siempre se preguntó si no las guardaba para comprar su propia libertad algún día.

—Toma —dijo Brigit alargando la mano hacia él.

—No me has respondido, ¿qué quieres? —insistió el barquero.

—¿Conoces el libro de los tormentos? —Brigit aguardó hasta ver que con un leve gesto mostraba que sabía de qué hablaba antes de continuar —La invocación de la Sala de la verdad va a ser realizada y no sé si lo podemos evitar. Quiero que me lleves sana y salva al límite del mundo de los muertos donde está la sala y me traigas al mundo de los vivos de nuevo.

—Yo solo llevo muertos, si quieres venir ya sabes cómo debe ser —dijo Caronte.

—¿No aceptas mi ofrenda por llevarme y traerme viva? —dijo Brigit mostrando el talismán que brillaba como una estrella en mitad de la noche en el mundo espiritual.

Caronte miró el talismán, y luego se acercó aún más hasta donde se encontraba Brigit. Rozó con su dedo helado la mejilla de la mujer viva,

quizás anhelando lo que ya no era suyo. Por un instante, pensó en pedirle algo pero, pareció cambiar de opinión mientras la observaba.

—Deberías marcharte, ahora que puedes —dijo Caronte en un susurro.

—No puedo, debo evitar que el desastre ocurra. Dime qué deseas tú — insistió Brigit casi con curiosidad.

Caronte durante unos instantes parecía que iba a pedir algo, pero al poco tiempo cambió de nuevo de opinión y le ofreció su fría mano a la mujer.

—Me deberás un favor que te pediré en su debido tiempo— dijo el barquero mientras cogía la mano de Brigit para ayudarla a subir a la barca—. ¿A dónde quieres que te lleve?

—Lo más cerca que puedas de la Sala de la verdad. Quiero poner protecciones a su alrededor para que no puedan abrir el portal.

El barquero asintió y continuó el viaje por el inframundo. Brigit no podía permitir que el desastre ocurriese, debía ayudar a Angelica en todo lo que pudiera. Brigit observó a Caronte, sentía mucha curiosidad por su historia, pero no se atrevía a preguntarle, ni a abusar más de su compañía de lo que ya le había dado. El camino fue extremadamente silencioso, no se atrevía a mirar al río Estigio, porque decían que estaba repleto de almas perdidas. El barquero seguía imperturbable. No necesitaba mover el remo, la barca casi iba sola por mera voluntad de Caronte. Cuando llegó cerca del río de fuego la barca se paró.

—Esto es lo más lejos que te puedo llevar. Si te bajas de la barca no podrás volver al mundo de los muertos —advirtió Caronte a Brigit.

—No necesito bajarme. ¿Qué hay más allá del río de fuego?

—El río de fuego lleva hasta la sala de la verdad, y más allá hay criaturas que escapan a nuestro entendimiento. Nunca deberían salir de allí.

—¿Y si salieran? —preguntó Brigit acercándose al barquero.

—Si salieran buscarían ir al mundo de los vivos y allí, lo que podría ocurrir sería desastroso —explicó Caronte sin importarle lo más mínimo.

—Tienes que acercarme más, Caronte. Algo debe existir en el mundo de los vivos que te importe.

Caronte se giró para observar a Brigit con una mirada tan desapasionada que cualquiera pensaría que había perdido el gusto por todo hacía mucho tiempo.

—Sí, hay algo que deseo —dijo Caronte finalmente—. La soledad en este mundo es absoluta. Creía que hacía mucho que dejé atrás esos sentimientos de nostalgia. Desear un poco de compañía. Si quieres que te acerque más

deberás venir conmigo, en mi barca, cada noche de luna nueva de aquí hasta que yo decida. Desde la puesta de sol hasta la salida del mismo me harás compañía en mi viaje por el río Estigio. Segundos antes del amanecer yo te devolveré al mundo de los vivos sana y salva. Si aceptas esa condición yo te llevaré hasta donde desees.

Brigit se sorprendió por la insólita petición del barquero. Podría negarse, pero entonces no podría asegurar la puerta, y además, era una oportunidad única de estudiar el inframundo. Observó los ojos de Caronte que la contemplaban desapasionadamente. A pesar de su petición, parecía que la respuesta le era indiferente, aún así, debería quedar algo de humano en él para desear compañía de un vivo.

—Acepto —dijo Brigit finalmente—. Llévame.

Caronte bordeó con su barca el río del fuego. No importaba por dónde él navegara el río Estigio le seguía, y con él, todas las almas que se ahogaban en la pena del mismo. Llegaron a un muro de fuego que bordeaba una línea que separaba un lugar de otro.

—El límite —dijo Caronte que no había hablado en todo el trayecto—. ¿Qué harás ahora?

—No puedo impedir que abran la puerta, pero puedo dificultar que crucen al mundo de los vivos, quizás ganar tiempo sea suficiente —dijo Brigit sin mucha convicción, pero tampoco es que tuviera más opciones.

Brigit comenzó a usar algunos conjuros que tejían una barrera invisible alrededor del muro de fuego. Le llevó más tiempo del que había calculado en un principio, pero no podía dejar ni un solo hilo al azar y tan solo concluyó cuando estuvo satisfecha.

—Hemos concluido —dijo Brigit a Caronte cuando percibió que la energía que había insuflado al conjuro brillaba como los fuegos fatuos, con una leve luminiscencia—. Devuélveme a casa.

El barquero hizo un gesto de asentimiento y giró la barca desandando el camino hasta el lugar de donde la recogió. Extendió la mano hacia Brigit para ayudarla a bajar hasta el cementerio. Brigit aceptó la fría mano, pero antes de dejarla bajar la acercó un poco hacia él.

—Recuerda nuestro pacto —dijo Caronte casi en un susurro.

—¿Cómo podía olvidarlo? —respondió Brigit sin dejar de mirarle—. ¿Deseas algo del mundo de los vivos la próxima vez que nos veamos?

—Tan solo tu presencia —dijo el barquero una vez que la dejó en el suelo del cementerio desapareciendo junto a su barca entre la bruma que su

presencia formaba en el mundo de los vivos.

Capítulo 12

Volvió a reírse ante la estúpida broma de Aren. El cazador no era especialmente ingenioso con los chistes, pero les confería una teatralidad que robaba carcajadas. Tomó la tostada con mantequilla y le lanzó una mirada amenazante, no podía reírse mientras comía y Aren parecía que no iba a darle cuartel.

—¿De verdad, cariño? —dijo Aren pegándose a ella casi tanto como pudo. Aún llevaba los pantalones y la camisa del smoking porque, en ese instante, no podía prescindir de la presencia cercana de su chófer para que le trajera ropa, por si algo salía mal —¿Te vas a comer eso solo con mantequilla? Déjame a mí.

Aren le quitó a Angelica la tostada de la mano ante un gesto de queja de la mujer, tomó varios tipos de mermeladas y las fue colocando unas junto a otras en un collage de color y sabor.

—Prueba ahora —dijo Aren llevando la tostada a los labios de Angelica. Esta sonrió divertida y aceptó abrir la boca para que el cazador le diera a probar.

—Tienes razón, sabes mezclar los sabores a la perfección. Debiste haber estudiado cocina —sentenció Angelica permitiendo que el cazador le diera de comer y tomara una servilleta para limpiarle los labios delicadamente cuando dejaba algún rastro de pan o mermelada en ellos.

—¿Quién te ha dicho que no sé cocinar? Posiblemente la presencia de un cocinero en mi casa, pero te prometo una cena.

Angelica sonrió ante el comentario y miró a su alrededor, los demás comensales estaban un poco incómodos, entre otros motivos porque eran Renata y sus padres, los cuales pretendían convertir a Renata en la próxima señora Carlsen. Renata le miraba con odio sin imaginarse que todo lo que hacían era una interpretación para hacerles creer que estaban enamorados, aunque Angelica comenzaba a no saber cuando acababa la interpretación y comenzaba la realidad. Quien calificara a Aren como un simple asesino se equivocaba por completo, el hombre estaba lleno de sorpresas, y aunque no compartía su gusto por el conocimiento formal, tenía una versatilidad en tantos campos, que era imposible aburrirse con él, sin contar sus malos chistes. Angelica no pudo evitarlo y le daba igual si estaban fingiendo. Tomó el rostro de Aren con las dos manos y le dio un beso en los labios. Durante unos segundos parecía que el cazador se lo iba a devolver, pero observó de

soslayo al resto de los que estaban en la sala que ya se sentían bastante incómodos y lo cambió por una sonrisa y un guiño de complicidad. Dejó a Angelica desayunar tranquila, por el momento, aunque mantuvo la mano sobre la pierna de la mujer, y se volvió a mirar a Constancio.

—¿Tienes en mente alguna nueva inversión? —le preguntó Aren que tan solo tenía un café sobre la mesa.

—Colaboraré con el aquelarre comprando unos terrenos circundantes a la casa capitular, para ampliarlo. Supongo que tú, ahora que te vas a casar con Angelica harás alguna buena donación —dijo Constancio disfrazando su disgusto porque no se hubiera fijado en su hija, perdiendo de esa forma una buena alianza.

—Yo haré lo que mi señora diga —dijo Aren dedicando una sonrisa a Angelica—. Si ella quiere una ciudad para el aquelarre la construiremos, pero de momento solo quiere libros.

—Pues yo te pediría muchas cosas —dijo Renata en un tono acaramelado sin darse aún por vencida.

—Ya pero tú no eres su novia —sentenció Angelica que colocó la mano sobre la de Aren que descansaba sobre la mesa y sonrió a Renata desafiante—. Ni siquiera eres una bruja, y menos una erudita, así que no puedes saber en qué quiere el aquelarre que se destine el dinero. Más importante que una ampliación de un edificio es el conocimiento, para el aquelarre.

Aren la observó sorprendido, Angelica había sacado las garras y ahora Renata la odiaba más, si eso era posible, porque la había ridiculizado. Pensó en suavizar la situación, pero entonces vio llegar a Benedicto.

—Buenos días —dijo Benedicto tomando asiento—. Angelica, ¿tú te fuiste de España hace días, verdad?

—Sí, tan solo me llamaron para una breve misión —dijo Angelica observando seria al diácono.

—Por lo visto un cazador estuvo metiendo las narices en ese pueblo en el que estuviste. La misión fue un desastre, no descubrieron a la bruja y el cazador se llevó por delante a varios de los nuestros. Fue el Inquisidor, así que puedes imaginarte cómo dejó sus mentes.

—¿De veras? —preguntó Angelica fingiendo sorpresa y disgusto.

—¿Qué es un cazador? —preguntó Renata.

—Un cazador de brujas, como su nombre indica es alguien que nos persigue y mata. Pertenecen a un grupo muy bien organizado que se dedica a destruir nuestros planes y darnos caza hasta la muerte —respondió Benedicto

en un tono altivo.

—Pero, sois brujos y ellos solo normales, ¿no?

—Ellos en absoluto son normales, son inmortales y tienen poderes insólitos —continuó Benedicto que se giró hacia Constancio—. Dile a tu hija que no vuelva a hablar si no se le pregunta algo o se le concede la palabra. Ella no es una bruja ni nada así.

—¿Y...? —comenzó a decir Renata que se quedó callada ante el gesto severo de Constancio.

—¿Y?...Continua la pregunta— dijo Benedicto permitiendo a Renata hablar.

—¿Qué hay que hacer para convertirse en una bruja o brujo? A mí me gustaría ser una y unirme a... —dijo Renata sin poder continuar ante la risa burlona de Benedicto.

—Las brujas nacen. No te conviertes en bruja o brujo estudiando nada, o posees el don o no lo tienes —contestó Angelica para evitar la burla de Benedicto y su desdén hacia aquellos que carecían de su don.

—Debe haber alguna forma, yo podría tener el don y no saberlo —insistió Renata.

—Ya, pero un brujo sí lo sabría, que lo tienes. A veces no es obvio, sobre todo si no pertenece al Aquelarre oscuro, pero a la larga un brujo o bruja dejan señales evidentes e inequívocas —dijo Angelica evitando que Benedicto interviniera y se mofara o castigara a Renata.

—¿Pero es que hay más tipos de brujos? —preguntó Renata con curiosidad.

—Inicialmente había dos: el Aquelarre blanco y el oscuro. Estuvimos en guerra hasta casi exterminar al blanco, ahora parece que las reglas han cambiado un poco —dijo Angelica evitando hablar del Aquelarre rojo, cuyas brujas habían comenzado a aparecer.

—Mi amor, voy a ducharme mientras explicas todo sobre el aquelarre a Renata —dijo Aren tras darle un beso en los labios a Angelica—. A mí ya me lo ha contado varias veces.

Era su momento de mantener entretenida a la sala mientras él se colaba en su despacho. Aren guiñó un ojo a Angelica y en vez de subir la escalera giró cuando ya no le veía nadie. Los brujos confiaban demasiado en sus guardias mágicas como para andar con cámaras y seguridad mundanas. Llegar hasta el despacho no fue complicado, nadie vigilando, ni nada que se interpusiera. Paró un segundo en la puerta, ahora podían ocurrir dos cosas: Que Angelica

hubiera podido o querido desactivar las defensas mágicas, o no. Si las había desactivado llegar dentro y salir no era un problema, si no, quizás era la hora de salir haciendo un río de sangre. Miró con desinterés y entró simplemente. Angelica había desactivado todo, al menos a su parecer. Aún así, ando con cautela acercándose a la mesa que por lo elaborada y antigua que parecía, bien podía haber salido de la corte francesa. No es que Aren hubiera prestado mucha atención al arte en los siglos que llevaba vivo, pero había visto mesas con mejor o peor gusto. Observó los papeles, no podía entretenerse leyéndolo todo, así que se dedicó a sacar fotos con su móvil. Apartó algunos para sacar fotos, incluso husmeó un poco entre los cajones. Luego cuando se iba a marchar miró el libro, él lo quemaría, no ahora obviamente, pero a Angelica parecía que le gustaba, así que sacó alguna foto a la página por las que estaba abierto y otras más a las anteriores y posteriores. Quizás podía darle alguna pista a Angelica sobre lo que pretendía.

Cuando salió del despacho oyó pasos y se ocultó en una esquina. Era Benedicto y el que parecía su secretario. Esperaba que no se dieran cuenta de que las defensas estaban desactivadas, al menos antes de que Angelica las conectara de nuevo. Se mantuvo silencioso esperando oír la conversación o algo.

—No me puedo creer que Angelica haya buscado de novio a Harold Carlsen —dijo Benedicto con disgusto—. No es que no le quisiera fichar, tiene unos recursos muy interesantes que nos podrían ser útiles. Pero, ¿tenía que ligarse con Angelica precisamente?

—¿Por qué le interesa Angelica? —preguntó el que creía que era su secretario.

—Es una erudita y muy hermosa. Debe saber conjuros y poseer conocimientos que ni nos imaginamos. Que estuviera de mi lado me podría situar en una posición de poder mejor que la de ahora. Haríamos buena pareja, pero no sé qué puede ver en el millonario atolondrado ese.

—Bueno, es guapo —dijo el supuesto secretario.

—Con un poco de suerte le “pasa algo” durante el ritual de invocación de la Sala de la verdad —dijo Benedicto optimista.

—¿Y perder todo ese dinero? ¿No sería mejor esperar a que se casen antes y dejar a Angelica viuda y rica?

—No digas tonterías. Si un plan se esfuma se prepara otro. Ya veremos. —dijo Benedicto con disgusto.

Aren sonrió levemente antes de alejarse, por una vez que encontraba

“novia” formaba un gran revuelo. Morirse no era una de las actividades que estaban en su agenda y mucho menos dejar viuda a su hipotética esposa. Cuando llegó a una zona neutral comenzó a andar con normalidad hasta llegar de nuevo al comedor donde continuaban sentados hablando. El gesto de Angelica de interrogación mostraba la incertidumbre que tuvo que sufrir cuando vio que Benedicto abandonaba la sala. Aren le sonrió indicando que todo iba bien y se acercó al grupo. Tenían que revisar todos los documentos, y Angelica debía examinar lo que fotografió del libro. No tenían tiempo para muchas charlas pero tampoco podía ser grosero, ¿o sí?

—Entonces, los cazadores son asesinos que matan brujas en el siglo veintiuno —repitió Renata indignada—. ¿Y las autoridades no les frenan?

—Las autoridades no saben nada, como tampoco saben de nosotros, vivimos en el anonimato. Tratamos nuestras diferencias de puertas para adentro. A ninguno nos conviene que la población sepa más de lo que ya sabe —explicó Angelica.

—¿Y si alguien habla más de la cuenta? ¿En internet, por ejemplo?

—¿Y quién les iba a creer? Si alguien es realmente molesto suele desaparecer. Si vas a un periodista y le dices que estás en un grupo de brujos se va a reír de ti, y luego a lo mejor alguien se siente molesto por tu traición. Te aseguro que no quieres ser enemiga del aquelarre.

—¿Debo, entonces, sentirme amanezada por los cazadores?

—Tú no, porque no eres una bruja, pero si sabes cosas del aquelarre y ellos están al corriente de que trabajas para nosotros, en ese caso si te puedes preocupar, porque querrán sacarte la información —dijo Angelica pacientemente mientras Aren se acomodaba a su lado esperando interrumpir.

—Yo nunca hablaría —dijo Renata sin mucho convencimiento.

—Ellos tienen forma de sacarte hasta el alma, literalmente. Recuerda que tienen poderes extraños, cada uno los suyos propios.

—Tú no tienes de qué preocuparte, cariño, yo no permitiré que ningún cazador te mire siquiera. Ya sabes que eres solo mía —dijo Aren mezclando la verdad con la ficción en un tono irónico—. Y hablando de ser toda mía, tenemos algunos asuntos que resolver en nuestra habitación.

Aren no esperó que continuara con la conversación, si no que tomó a Angelica en brazos como si fuera una pluma y se alejó del grupo hacia la escalera que llevaba a las habitaciones.

—¿No me ibas a dejar que le hablara de los cazadores y de uno que llaman el vikingo? —preguntó Angelica al oído de Aren mientras este la

cargaba.

—¿Y qué podrías contar de ese infame cazador?

—Lo que cuentan de ti no es muy tranquilizador: sangriento, salvaje, te gusta hacer un uso desmedido de la violencia, si puedes enviar al aquelarre las entrañas de los brujos lo haces, eres capaz de destruir tú solo un ejército de demonios cuando tus ojos se te vuelven rojos —dijo Angelica muy cerca de su oído casi como un susurro.

—¿Y no les pensabas contar lo demás? —preguntó Aren jugando con ella.

—¿Qué es lo demás?

—Qué soy apuesto, interesante y follo muy bien —respondió Aren provocando un pequeño rubor en las mejillas de Angelica.

—Bueno, es que eso no lo cuentan, quizás porque no haya testigos para narrarlo. Que te follas a las brujas antes de matarlas —dijo Angelica con un leve tono de reproche dejando un poco atrás las bromas.

—Aunque hubiera testigos no lo contarían porque no lo hago. Ya quisieran ellas.

—Bueno, no es lo que yo he comprobado —continuó Angelica la reprimenda.

—¿Quieres que me disculpe por lo que hicimos? —preguntó Aren un poco enfadado—. ¿Sabes qué? Estoy un poco harto de simular ñoñadas con una bruja delante de todos esos cabrones. Ya tengo la información que necesitamos y no tenemos por qué estar aquí aguantando a Benedictos ni Renatas. Así que nos disculparemos y nos iremos, volveremos el día de ritual si no me cabrean antes y vengo a echar abajo el lugar yo solo haciendo gala de esa violencia de la que hablas.

Aren arrojó sin ningún cuidado a Angelica sobre la cama y comenzó a ponerse la chaqueta y la pajarita del smoking.

Angelica le observó desde la cama, sin duda el cazador era explosivo en todos los sentidos, como sus cambios de humor. Debería tener más cuidado en su trato con él, porque no era un amigo, sino un enemigo con el que era mejor no jugar.

—Lo siento, no pretendía molestarte —dijo Angelica mientras le miraba desde la cama.

—No me has molestado, nada de lo que diga una bruja me puede fastidiar —dijo Aren despreciativamente mientras acababa de ponerse la chaqueta.

—Lo que sí puedo decir del Vikingo es que se le da muy bien simular

ñoñerías —dijo Angelica sin saber si la broma le iba a enfadar más—. ¿De verdad no ibas a dejar que un cazador que no fueras tú me pusiera un dedo encima?

—Claro que no, eres mía. Morirás cuando yo lo decida —dijo Aren resuelto—. No estoy enfadado, pero quedarnos aquí por más tiempo aumenta la posibilidad de que nos pesquen en alguna mentira, y antes del ritual tengo mucho que hacer, incluido estudiar estas fotos y ver qué encontramos. Y por supuesto, no te voy a dejar sola con esa rata de Benedicto.

—Vaya, te preocupas por mí.

—¿Qué parte de que eres mía y solo te puedo matar yo no entendiste? —preguntó Aren en un tono duro—. Mientes fatal, te acabarían pillando.

—Simular “ñoñadas” se me ha dado muy bien —dijo Angelica mientras se ponía en pie.

—Eso es porque no las has simulado. Eres un poco ñoña —dijo Aren picándola.

Angelica se acercó hasta Aren y le recolocó la pajarita que estaba un poco torcida mientras él se dejaba hacer agachando la cabeza un poco para que ella no tuviera que estirarse mucho.

—¿Si yo no fuera una bruja...? —preguntó Angelica sin saber cómo acabar la frase.

—Sí tú no fueras una bruja no serías ni una décima de fracción de interesante de lo que eres. No puedes quitar una parte de ti y pretender ser tú —respondió Aren que sabía lo que estaba preguntando Angelica.

—¿Qué les diremos? ¿Con qué excusa nos marchamos?

—Que unos amigos míos han llegado de improviso y quieren conocer a mi bella novia —dijo Aren tras pensarlo un poco—. Pero que estaremos el día del ritual, no debe preocuparse.

Aren cogió la mano de Angelica y salió de la habitación dirigiéndose sin problemas hacia el despacho de Benedicto, sin disimulo alguno. Antes de llegar a una zona Angelica tiró de la mano con fuerza.

—Espera, ahí hay protecciones —dijo Angelica tratando de frenarle.

Aren se encogió de hombros, miró a Benedicto que continuaba hablando con su secretario y decidió entrar hasta que activó la alarma y un ruido comenzó a emerger.

—Oh, cuánto lo siento —dijo Aren a modo de disculpa cuando Benedicto le vio entrar en el despacho—. No sabía que teníais conectada una alarma, como estabais dentro.

—Es una alarma mágica, deja pasar a los que yo disponga que lo haga — dijo Benedicto disgustado.

—Oh vaya, no lo sabía. Lamento molestar, pero tenemos que marcharnos. Unos amigos míos han llegado y quieren conocer a Angelica, pero no hay problemas en volver el día del ritual, para que ella te ayude.

—Angelica, quizás me venga bien que eches un ojo al ritual y al libro — dijo Benedicto ignorando a Aren.

—Claro, llámanos cuando lo necesites —respondió Aren adelantándose a Angelica y cogiéndole de la cintura de forma posesiva—. Vendremos sin problemas.

Angelica observó brevemente a Aren. Benedicto trataba de ignorarle y él se interponía de manera imponente. Aren hacía bien su papel de rico, guapo y medio estúpido. Si el diácono supiera que estaba despreciando al cazador más salvaje de todos moriría de un infarto, casi como a ella le ocurrió cuando encontró su nota en el espejo. Si un cazador te amenaza estabas muerto, y ahora este estaba rodeándole con sus brazos. No sabía qué era más peligroso sí que le amenazara o que se portara amablemente. Ella, generalmente, se quejaría de la actitud posesiva y sobreprotectora del cazador, pero por una vez disfrutaba sintiéndose protegida por alguien, aunque este fuera Aren y tan solo estuvieran fingiendo. Ser huérfana era duro. Había vivido en soledad desde que perdió a toda su familia, siempre compitiendo, y se preguntaba cómo sería la vida con un hombre protector como Harold, el alter ego de Aren, crear una familia, dormir con un alguien que te amara, quizás tener hijos. Era una vida que ella nunca iba a disfrutar, ni aunque el cazador decidiera olvidarse de ella, que no era así. El aquelarre era un nido de corrupción que hundiría a una hipotética familia: marido, hijos... Desgraciadamente solo le quedaba su ficción con Aren, simulando que estaban enamorados, pero a lo mejor ella ya no estaba fingiendo. Cuando Aren iba a moverse para marcharse con Angelica esta se dio la vuelta y le besó. Si solo le queda la ficción al menos que así fuera. Luego tiró de Aren hasta la puerta de la calle, evitando mirarle para que no viera que se le escapaba alguna lágrima. Aren se paró unos segundos para hablar con su chófer, y aunque ya nadie del aquelarre podía verles, no soltó la mano de Angelica.

—Aren, debería recoger mis cosas de la habitación donde me quedaba — dijo Angelica apretando la mano para que le prestara atención.

—Yo mandaré a alguien que la recoja. Igualmente necesitas ropa nueva,

ahora eres mi novia, nadie lo creerá si no llevas trapos caros —dijo Aren entrando con ella en la limusina.

Angelica se pegó a Aren cuando este sacó el móvil para ver las fotos.

—¿Qué había en la mesa de Benedicto? —preguntó Angelica con curiosidad.

Aren pasó el brazo alrededor de Angelica para que ambos pudieran ver lo que tenía en el móvil. Cuando leyó la primera carta puso cara de asco al ver que la firmaba la misma reina.

—¿Sabes qué puede significar esto? —preguntó acercando más el móvil a Angelica.

Angelica casi se acopló en sus brazos y comenzó a leer. Era una carta de la reina que le pedía a Benedicto que cumpliera una misión para ella en cuanto se abriera el portal que llevaba a la Sala de la verdad. Era bastante ambigua y poco clara a la hora de hablar sobre lo que quería que Benedicto hiciera usando términos como: “ya sabes lo que tienes que hacer”, “esto que te he pedido es prioritario a cualquier otra cosa” “no puedes fallarme en algo que hará de nuestro aquelarre invencible por fin”.

—No suena nada bien esto —dijo Angelica sin dejar de mirar la imagen del móvil—. No tengo ni idea, quizás nos hemos ido muy pronto y deberíamos haber sonsacado a Benedicto.

—Quizás, pero de momento tengo un hilo del que seguir. En la otra carta le pregunta si ha llegado el pedido que ella mandó y tuvo el descuido de dejar una anotación con el lugar.

—Puede ser cualquier cosas, desde materiales para el ritual, libros...

—Pretendo averiguarlo esta noche cuando estés durmiendo plácidamente en la cama del hotel —dijo Aren.

—¿Es que no me vas a llevar? —preguntó Angelica frustrada —Puedo ser muy útil.

—No, claro que no te voy a llevar. Si te pasara algo tendría complicado entrar en el ritual. Prefiero tenerte a salvo en mi hotel. Recuerda que no eres mi ayudante de cazador, sino... —Aren se quedó callado antes de terminar la frase.

—Vamos, dilo. Tu prisionera —dijo Angelica distanciándose de Aren con gesto serio.

—No solo si fueras mi prisionera, si fueras mi novia, como simulamos que eres de Harold, mucho menos te llevaba a que te metieras en peligros. Yo soy inmortal, tú posiblemente te rompes con facilidad.

—Ahora soy una muñeca de porcelana —dijo Angelica mirando por la ventana acurrucada en la esquina más distante de Aren.

—Ayer, cuando te conocí, no te atrevías ni a mirarme y ahora solo haces darme órdenes. Serías una esposa terrible —dijo Aren bromeando.

—Nunca habría tenido la posibilidad de casarme —confesó Angelica mirando por la ventana en un tono melancólico—. Implicar a gente que ames con el aquelarre es una locura y un acto muy egoísta.

—¿Y te habría gustado? —preguntó Aren acortando distancia con ella.

—Si me enamorase, ¿por qué no? Tener una familia, un marido, una vida normal.

—¿Pagando hipotecas y ahorrando para mandar a los niños a la universidad? No que va, a ti no te habría gustado ese tipo de vida.

—¿Y qué tipo de vida me habría gustado según tú? —preguntó Angelica girándose para mirarle

—Eres el tipo de mujer que en vez de huir tan lejos como pueda se queda a hacer frente al cazador más sanguinario y cabrón de todos para salvar a un niño, traicionando en el proceso a un grupo de hechiceros oscuros que jamás te lo perdonarán. Eso te salvó, si hubieras huido no lo habrías logrado y no importaba cuán atractiva me parecieras ya estarías muerta, pero te quedaste y viniste a mirarme a la cara y pedirme ayuda. Una mujer así no es feliz en una vida normal, quizás otra, pero tú no. Tú necesitas aventura y un marido que te haga sentir viva cada instante de tu existencia, y un marido así no es alguien que no pueda manejar que pertenezcas al aquelarre oscuro, o pertenecieras, porque después de lo que has hecho no te perdonarán.

—Creo que tendré que ligar con Superman o Thor. Un superhéroe que me rescate del aquelarre y los cazadores y me lleva a la Luna, literalmente —dijo Angelica a modo de broma.

—O con alguien que no tenga miedo al aquelarre ni a los brujos y te pueda proteger de ellos.

—¿Superman o Thor? —insistió Angelica en su broma.

—Lo que te quiero decir es que creo que tú, precisamente, entre la cantidad de brujos despiadados que existen no mereces morir, al menos no antes que los otros. No te puedo jurar nada, pero intentaré que nos “olvidemos” de ti en ese sentido. Tendré que convencer al resto, especialmente al jefe que dirá que me has hechizado, como si eso lo pudieras hacer.

—Te agradezco lo que quieres hacer —dijo Angelica en un tono dulce—.

Pero esta es mi última cruzada, lo tengo asumido desde que me mandaste ese mensaje tan romántico en un espejo. No me van a perdonar lo que voy a hacer, o que les lleve a un cazador a las puertas de una casa capitular nada menos, y no me arrepiento, si volviera atrás en el tiempo para salir corriendo antes de que llegarás, no lo haría. Y honestamente, prefiero que me mates tú al aquelarre, porque tú solo me eliminarías y lo harías de forma rápida, sin sufrimiento. A lo mejor me dabas un beso antes de morir, para que tuviera algo que recordar.

—Eso es...eso es muy dramático, Angelica, incluso para alguien tan ñoña como tú —dijo Aren en un tono divertido—. No, lo que quiero decir es que si te puedo salvar lo haré también del aquelarre.

—No soy ñoña —dijo Angelica a la defensiva—. Y ¿qué vas a hacer? ¿Tenerme pegada a ti hasta que muera?

—¿Tan terrible te suena? Yo siempre podré encontrarte alguna utilidad, eres una chica lista, seguro que sabes traducirme algún papelajo de brujos en latín. Tu vida conmigo sería mucho más interesante que con un marido contable, dos hipotecas, un coche y unos niños.

—¿Y luego qué? ¿Yo me hago vieja y me entierras? Mi mortalidad es una brecha en ese sistema porque creo que yo ya no podría ser una simple secretaria tuya —dijo Angelica frustrada.

—No quiero que seas mi secretaria, no necesito decirte lo que quiero que seas, ya lo sabes. Solo quiero que te lo pienses, no tienes que tomar la decisión ahora, aún tenemos tiempo mientras concluimos esta misión. Y sí te haces vieja y mueres el que lo va a sufrir soy yo, aún así lo quiero hacer.

—¿Esto es algún tipo de declaración extraña? —preguntó Angelica mirándole fijamente—. ¿Quieres que lo intentemos a pesar de todo lo que tenemos en contra tanto entre los tuyos como entre los míos?

—Claro que no, yo no quiero intentar nada, las cosas las hago o no las hago, pero nunca las intento —dijo Aren con determinación—. Piénsalo.

—¿Y si te digo que sí y luego tu jefe te dice que me mates?

—Si le importa una mierda mi parecer a lo mejor no deberíamos estar en el mismo grupo —dijo Aren en un tono decidido.

—Yo no pretendo ponerte en contra de los tuyos.

—Tú no me pones en contra de nadie. Yo he venido a una misión, he evaluado lo que ocurre y he tomado una decisión. No creo que merezcas ser ejecutada por un cazador, y yo no soy un esclavo que sigo órdenes sin cuestionarlas, precisamente yo no. Piensa en todo y ya hablaremos.

Capítulo 13

Brigit bajó de la barca y contempló cómo Caronte se perdía en la bruma. Le había gustado el contacto físico con él, aunque solo fuera el roce de una mano. Era posible que su hermana tuviera razón, era una morbosa y no podía gustarle un tío normal. Bueno, Caronte era un buen tipo con un trabajo fijo y bien remunerado, con todos los que morían al cabo del día que podían darle una moneda, si hiciera cuentas podía cambiar la barca por un yate, seguramente. No, eso no colaba, si le contaba que tendría unas extrañas citas con un muerto o medio muerto, le daría un infarto, en su defensa diría que tan solo pasearían silenciosos por el río Estigio, uno repleto de almas. El asunto iba a peor, lo mejor era callarse el pequeño detalle de su acuerdo. Contempló el cielo, había amanecido mientras ella estaba en el inframundo, el tiempo allí no pasaba igual. Maldijo en voz alta, tenía que ayudar a Angelica. No la podía dejar en manos del cazador, pero no podía hacerlo sola, así que hizo una reunión con algunos eruditos, concretamente dos: Nidia y Rafael. Había más, obviamente, pero no estaban en la ciudad y no tenía tiempo de hacer una gran reunión y esperar que todos esos frikies se pusieran de acuerdo, con dos debía valerle para salvar a Angelica.

Había ensayado el discurso varias veces, les pensaba decir que atentar contra un erudito era atentar contra todo el clan, luego estaba el pequeño detalle del cazador, porque era uno de los cazadores, no un agente o un becario o lo que sea que gastaran para que hicieran el trabajo sucio, o les trajeran los cafés. Era el puto vikingo, al que se le ponían los ojos rojos y perdía el control frenándose tan solo cuando quedaba un mar de sangre de sus enemigos. Cualquier otro brujo habría huido dejando atrás a sus compañeros si estos eran la atención de un cazador, pero ellos eran eruditos, y hasta ese instante, los cazadores no les habían molestado, hasta ahora. Era una declaración de guerra en toda regla contra todo el clan, y eso pensaba decirles. Los cazadores solo habían jugado con aficionados que apenas sabían cómo realizar un conjuro de nivel dos, y ella manejaba cualquier nivel. Desgraciadamente, el Vikingo daba mucho miedo porque cuando se le ponían los ojos rojos era inmune a cualquier conjuro, incluso los de más alto nivel. Debían rescatar a Angelica cuando el Vikingo no estuviera con ella. Había pensando en avisar al idiota de Benedicto, de que se le había colado un cazador en su casa, pero eso perjudicaría gravemente a Angelica, y ella no era la culpable, si no la víctima. Desgraciadamente, a los del aquelarre no le

importaría mucho ese detalle, la verían como la causa del problema y la culpable. El plan debía incluir un factor que exonerara a Angelica de cualquier responsabilidad. De momento, Angelica parecía no estar en peligro, el cazador debió ver la oportunidad de cazar una casa capitular como un premio mayor, pero al final los mataría a todos, incluida a Angelica. Ninguno de los cazadores dejaban testigos cuerdos, y este, encima era meticuloso a la hora de trincar carne. Consultó su teléfono de nuevo, ya le estaban esperando, así que tomó un taxi para llegar a su casa.

Nidia y Rafael les esperaban en la puerta. Nidia era una mujer muy alta y delgada para su altura, había dedicado gran parte de su tiempo al estudio de las pócimas y ungüentos, y Rafael, pasaba de los sesenta años, pero tenía un montón de ases en la manga. No solo sabía sobre magia, sino que podía realizar cualquier truco de ilusionismo con tal perfección que aseguraría que usaba la hechicería para ello. Brigit se detuvo unos instantes y abrazó a cada uno de ellos antes de sacar la llave de la casa.

—Espero que no llevarais mucho tiempo esperando —dijo Brigit mientras abría la puerta de su casa.

—Acabamos de llegar. Recibimos tu mensaje de que llegarías algo tarde. También nos ha llegado la información que enviaste al grupo de eruditos sobre el portal y las intenciones del diácono de Milán.

—Sí, bueno. El asunto se nos ha complicado sustancialmente y tenemos importantes decisiones que tomar.

Brigit abrió la puerta y esperó a que ambos entraran antes de cerrar. Se dirigió hacia el salón y espero a que se acomodaran.

—¿Quieres que prepare una infusión que nos expanda la mente a los tres? —preguntó Nidia que se puso en movimiento en cuanto ambos afirmaron.

—¿Vamos a involucrar a todo el clan en las decisiones? —preguntó Rafael mientras se acomodaba.

—Deberíamos —dijo Nidia desde el lugar dónde calentaba el agua y realizaba su pequeño ritual sobre las hierbas—. Llama a Goblín y dile que nos busque una comunicación segura.

Goblín era un frikie de la tecnología, y había aplicado la magia en este campo, usando conjuros de ocultación en las redes, o conectando con magia a ordenadores y dispositivos, era un tecnomante. Empezó estudiando alquimia y a Paracelso y concluyó aplicando cuánto caía en sus manos para su estatus de gurú tecnológico. Nadie había visto jamás a Goblin, bueno, posiblemente en su casa capitular sí.

—Goblin, ¿nos oyes? —preguntó Brigit conectando el ordenador.

—Alto y claro —respondió una voz suave desde el altavoz del ordenador—. Comenzaré a unir al grupo conforme vayan entrando en internet. Esta comunicación es segura y nadie nos va a molestar.

—Estupendo —dijo Brigit—. Porque hoy más que nunca es necesario que nadie sepa lo que se va a hablar aquí.

—¿Tan secreto es, gotiquilla? —dijo Goblin que solía llamarla así por su vestimenta y su afición a la necromancia.

—Ni te imaginas.

Uno a uno comenzaron a llegar las voces del resto del clan repartidos por todo el mundo, cada uno, señor en su campo de estudio. Goblin los fue conectando a la red cuidando la seguridad con todo tipo de artimaña mágica o informática.

—¿Estáis ya todos? —preguntó Brigit que se acomodaba tomando la infusión que le dio Nidia y no continuó hasta escuchar un saludo de cada uno de ellos—. Os he mandado un archivo sobre el códice de los tormentos, explicando qué es y cuáles son sus pequeños problemillas. Leedlo antes de continuar y si tenéis alguna pregunta es el momento.

—Creo que no —fueron uno a uno comunicando su parecer—. Entendemos los peligros que entraña eso, pero no creo que a ningún loco se le ocurra invocar la Sala de la verdad.

—De hecho, sí —dijo Brigit esperando ese mismo comentario—. Benedicto, el diácono de Milán, nada menos.

—¿Y le has advertido sobre los peligros? —preguntó otra de las voces.

—Claro que sí, ayer misma le mandé un mensaje y su respuesta fue “métete en tus asuntos”

—Pero, tú eres la erudita de esa casa capitular. No debería jugar con grimorios de los que no sabe nada sin tu supervisión —opinó otra voz.

—Creo que a Benedicto nuestras opiniones le importan nada. Está obcecado con la inmortalidad.

—Si invoca la Sala de la verdad para convertirse en inmortal lo único que conseguirá es la muerte, porque su corazón dudo que sea puro.

—Va a ofrecer el corazón de un bebé puro en su lugar —les informé Brigit—. Lo sacrificará, le arrancará el corazón y pretenderá ponerlo en la balanza en vez del suyo.

—Claro, porque el que sea que pese el corazón es tonto y no se dará cuenta —opinó Nidia mientras tomaba su infusión—. ¿Desde cuándo se le va

tanto la pinza a la gente del aquelarre?

—Desde siempre, pero tú no te das cuenta porque te pasas el día en tus estudios e investigaciones —dijo Goblin en tono preocupado —¿Creéis que los conjuros de invocación que les aportamos o investigamos los usan para invocar al ratoncito Pérez si se les cae un diente? Los usan para invocar demonio y que les sirvan. Es algo que ya sabemos, pero no queremos admitir. El aquelarre esta corrupto y hace tiempo que miramos hacia otro lado.

—La Diosa oscura no es corrupción, sino todo lo contrario, es la renovación del ciclo, el justo castigo del karma a los corruptos —dijo una de las hechiceras.

—Pues yo creo que esa lección nuestra reina se la saltó —opinó Brigit con determinación diciendo lo que todos pensaban hacía mucho tiempo, pero no querían decirlo en voz alta.

—Si nos oponemos a que se abra ese portal en contra de los deseos del diácono y la reina estaremos incurriendo en una rebelión.

—¿Y dejamos que se abra el portal y deje entrar lo que sea que haya en esa zona del inframundo a la que ni el mismo Caronte se adentra? Esto es más grave de lo que imagináis y encima hay un cazador en juego.

—Perfecto, el cazador lo resolverá todo —dijo otro de los brujos.

—No es tan simple, el cazador tiene capturada a Angelica.

—¿A nuestra Angelica? —preguntó Rafael —¿Cómo ha caído en manos de un cazador?

—Por una misión que las ancianas le encomendaron que iba en contra de la misma reina. Las ancianas actúan de forma contraria a la reina, no directamente, pero lo hacen, y ellas son la voz y la voluntad de la Diosa.

—Aún así, no nos podemos poner en contra de la reina —dijo Nidia.

—Sí, si las ancianas lo dictan —dijo Goblin que parecía más motivado en contra de las actividades corruptas de la secta que ella misma—. Si invocamos a las ancianas y le hacemos una sola pregunta: ¿Debería el clan de los eruditos oponerse a la corrupción del aquelarre? Y eso determinará nuestro futuro. Nidia puede hacer el ritual para la pregunta.

—El ritual requiere sangre de cada uno del clan. Tomaréis una copa cuando yo lo diga, os cortareis y dejaréis caer la sangre en dicha copa, que a su vez caerá en mi caldero. Si la sangre se vuelve blanca es que no y las ancianas desean que sigamos como hasta ahora, si se vuelve negra, según el grado de negrura será la respuesta de las ancianas y deberemos oponernos —dijo Nidia.

—Pero eso puede tardar mucho tiempo y el ritual de la Sala de la verdad es en breve, a parte, Angelica no va a durar tanto en manos de ese psicópata —dijo Brigit que veía que el asunto no estaba saliendo a favor de salvar a Angelica, al menos no inmediatamente.

—¿Qué cazador es? —preguntó una de las voces.

—Es el vikingo, pero os aviso que las ancianas no van a estar satisfechas con nosotras si matan a Angelica. Ellas personalmente le dieron una misión, la Diosa oscura favorece a Angelica hasta el punto de que será invitada a ser una de las ancianas —dijo Brigit esperando que eso afectara al grupo. Era terrible ser una anciana, pero al mismo tiempo un gran honor que la situaba en una posición inmejorable, dejarla morir podría levantar la cólera de las ancianas que no siempre decían lo que querían sino que dejaban que tomaras tus decisiones y te equivocaras tú misma.

—No vamos a dejar a una de las nuestras en manos de un cazador —dijo Goblin que parecía dispuesto a todo—. Salvar a Angelica no traiciona al aquelarre sino todo lo contrario. Lo haremos, pero no realizaremos ninguna acción respecto al portal hasta que las ancianas no se decidan. Si ellas quieren que el portal no se abra se pronunciarán antes del suceso.

Brigit se quedó sorprendida por las dotes de liderazgo de Goblin, del que hasta ese instante solo sabía que se dedicaba a sus asuntos. ¿Quién diablos sería realmente? Hablaba con demasiada vehemencia en contra de la corrupción. Ojalá ella misma tuviera tan claro estas decisiones como él.

Brigit tomó un cuchillo ceremonial y se cortó levemente dejando caer sangre en una copa que fue a parar al caldero de Nidia como la sangre del resto, ahora solo quedaba esperar la voluntad de las ancianas, tras derramar Nidia el líquido del caldero en una copa.

—Tenemos que hacer un plan para rescatar a Angelica —dijo Goblin cuando todos terminaron de derramar sangre. ¿Pusiste algún tipo de vigilancia sobre el cazador?

—Sí, realmente se la puse a Angelica, pero de alguna forma también puedo captar al cazador.

—¿Y cómo es? ¿Es guapo? —preguntó Nidia con curiosidad.

—Demasiado vivo y cerca para mi gusto, a mí los cazadores me resultan superatractivo a kilómetros de distancia —dijo Brigit sin tratar de ser graciosa—. Nidia es un jodido cazador. No me paro a mirar si es guapo, dan demasiado miedo como para eso.

—Bueno, este en particular es del que se enamoró la reina, del Vikingo,

por eso lo pregunto —dijo Nidia para evitar el tono de reproche de Angelica.

—¿Ya vamos por enamoramiento? Cómo varían las historias —dijo una de las brujas—. Yo conocí a una de las viejas brujas que estuvieron con ella en aquel entonces, creo que solo quedarán vivas como dos, y ya son unas viejas pasas, las pócimas de rejuvenecimiento van perdiendo capacidad con el tiempo. La reina lanzó un hechizo de amor sobre el Vikingo y este perdió el control, como lo hacía en combate, y en vez de matarla tuvieron sexo... decir salvaje sería una pobre descripción. Ella nunca se ha recuperado de aquello, ahora cuando tiene un amante que no le da lo mismo que el cazador se cabrea, y ha matado a más de uno en la cama.

—¡Qué brutalidad! —dijo Nidia —Moraleja, no te lleves a un cazador a la cama.

—¿Vamos a tener que seguir soportando los cuentos de viejas brujas salidas? —preguntó Goblín de mal humor —Tenemos algo más importante que hacer a parte de seducir a un cazador. Que por cierto, si alguna se ve capaz de ir hasta el Vikingo y seducirle teniéndole así distraído para salvar a Angelica, me parecería un plan brillante, pero si no, mejor nos concentramos en lo importante. No sabemos cuánto tiempo mantendrá a Angelica viva.

—Lo siento —dijo Nidia arrepentida de su frivolidad.

—Ahora mismo está en un hotel con Angelica —dijo Brigit que había ignorado la conversación anterior.

—Bien, dame el nombre del hotel que revise el sistema para ver cómo sacamos a Angelica de ahí. Los demás, quiero todo lo que podáis darme de información sobre ese cazador, concretamente debilidades que podamos explotar, no preferencias sexuales, a menos que también sean una debilidad a utilizar.

Brigit sonrió débilmente, Goblin iba a ser un buen aliado, era resuelto, organizado y tenía capacidades con la tecnología, quizás en equipo todo saliera bien. Era la primera vez que se sentía hermanada al clan, claro que hasta ahora, ninguno de ellos había estado en peligro real.

Capítulo 14

Angelica se acomodó en su asiento en el restaurante. Comida cara, ropa más cara aún, no estaba habituada a tales lujos, solía vivir austeramente, entre otros motivos porque un erudito gastaba casi todo su dinero y más en libros y conocimiento. No recordaba cuándo fue la última vez que derrochó dinero, si hasta usaba los bonos de compra para la comida y todas las rebajas que pudiera aprovechar, y ahora, estaba ahí, sentada frente a un cazador con el mejor vino que había en el restaurante y un montón de bolsas de compra a su lado. No vivía rozando la pobreza porque quisiera, claro que le habría encantado tener dinero para viajes, ropa que ni hubiera adquirido en los mercadillos, unos zapatos que no fueran de la temporada pasada, o no preocuparse por lo que incluía en su compra en el supermercado, pero incluso ahorrando como una rata la mayoría de las veces no podía adquirir los libros que buscaba teniendo que recurrir a un mecenas que te exigía que le aportaras algún provecho a cuanto te compraba o prestaba, en forma de conjuros o favores. Intentó no pensar en todo lo que podía conseguir con el dinero que se había gastado Aren en la comida y en su ropa. Ya no le contradecía, claro que no lo hizo ni en un principio, porque ayer la tenía aterrorizada y ahora, estaban bromeando sobre alguna anécdota del cazador. Nunca pensó que tendría a uno de ellos tan cerca sin que muriese acto seguido. Aren, realmente, era más inquietante cuando se mostraba amable porque era demasiado temperamental, le había presentado a todos sus conocidos como su novia y ahora estaba bajo el escrutinio de cuantos la miraban. Tenía que confesarse a sí misma que, a pesar de que el cazador no hablaba sobre ningún tema referente a la filosofía mágica o conocimientos místicos, no le estaba aburriendo. Era bastante inteligente en una forma muy personal, y ese mismo encanto junto a su sonrisa cautivadora que producía que cualquier mujer le mirase embobada, hacía que fuera un placer escucharle contar incluso alguna bobada. La otra cara de la moneda era temible, cuando se enfadaba parecía una fiera salvaje a punto de atacar sin importarle las consecuencias, pero en ese instante, al menos estaba siendo sumamente cortés. Tan solo echaba de menos no poder comunicarse con Brigit para decirle que estaba bien. A parte de que Aren se había quedado con su móvil como medida cautelar, no quería llevarle a un cazador hasta su puerta.

—Angelica, baja de tu nube —dijo Aren con una sonrisa seductora que hacía que se le formaran un par de hoyuelos cerca de la comisura de los

labios—. No me has dicho si te gusta todo lo que hemos pedido.

—¿Lo que hemos pedido? Si no me has dejado elegir nada —dijo Angelica riéndose.

—Porque solo ibas a pedir pasta, y lo más barato de la carta y de beber agua mineral. Casi pides el menú infantil y me haces quedar como un tacaño que no se preocupa de su novia.

—Y dime, Aren, ¿no hay o no ha habido en todo tu tiempo de vida una novia de verdad?

—No que va, tú eres mi primera novia, al menos que me dure más de unas horas después de haber tenido sexo con ella —dijo Aren sirviéndole más vino.

—Me refiero a una de verdad —insistió Angelica.

—Tú eres de verdad. ¿No nos hemos acostado? Eso cuenta como novia para mí, y teniendo en cuenta que me has durado más de unas horas, casi podría considerarte la futura madre de mis hijos —respondió Aren que comenzaba a encontrar divertido verla azorada, mientras, Angelica trataba de no atragantarse con el vino.

—¿Puedes tener hijos? —preguntó Angelica con curiosidad —¿Y de ser así tienes alguno?

—¿Por qué no iba a poder? Quién sabe, nunca he probado, ni ninguno de los cazadores que yo sepa. ¿Cómo erudita te gustaría investigarlo? —preguntó Aren continuando con su intento de sacarle los colores.

—Veo que encuentras divertido ponerme en situaciones complicadas.

—Eso es porque te pones muy guapa cuando se te sonrojan las mejillas. Y ahora cuéntame, ¿existe algún hombre que tenga que matar porque crea ser tu novio o similar?

—Salvo tú que te consideras mi novio sin habérmelo pedido siquiera y que te has gastado un dineral en un anillo de compromiso para jugar una ficción, no. No hay ninguno —respondió Angelica siendo consciente de que era la segunda vez que le preguntaba, suponía que pretendía sacarle más detalles.

A Angelica no le cabía duda de que al cazador no le costaba ligar, tan solo tenía que exhibir una de esas sonrisas y decirle un par de tonterías a la mujer que se le apeteciera. Ella no podía ser como las demás, no podía bailar al son de Aren cómo y cuándo él quisiera, claro que ya lo estaba haciendo. Iba a intentar pararle un poco los pies cuando uno de los hombres de Aren llegó con su maleta, su bolsa de viaje, todo lo que había en su hotel y se

acercó a ellos.

—Ya hemos recogido todo y cuando he ido a pagar la cuenta el recepcionista me ha dado un pendrive que han dejado para la señora allí —dijo el hombre colocando el pendrive en la mesa—. No hemos mirado lo que es, obviamente, pero no contiene virus, ni nada peligro. Cuando he preguntado que quién lo ha traído me ha dicho que un mensajero.

Aren tomó el pendrive con curiosidad y detuvo su mirada durante un instante en Angelica interrogativamente, luego se giró de nuevo hacia su hombre.

—Dejad todo eso en mi habitación —dijo Aren esperando que se fueran antes de interrogar a Angelica—. ¿Qué es esto?

—No tengo ni idea —respondió Angelica claramente confusa—. ¿Quizás Benedicto?

—¿Sabía que te quedabas en ese hotel? —preguntó Aren sin dejar de mirar el pendrive.

—No que va, no lo sabía nadie salvo tú. Tampoco es que me esforzara mucho por evitar que supieran dónde me alojaba. ¿No puedo verlo para saber de qué va todo eso? —preguntó Angelica.

—No, a menos que lo veas conmigo —dijo Aren que se guardó el pendrive en el bolsillo.

—Vale, pero si aparece algún dato personal sobre algún amigo lo quitaremos automáticamente y romperás el pendrive.

—¿Te das cuenta de que ya está en mi poder y no tengo por qué negociar contigo nada, verdad? —dijo Aren mirándola.

—Sí, pero de momento estoy siendo muy colaboradora contigo, que perjudicara a algún amigo con esto no me iba a hacer sentir muy feliz. Nuestra situación iba a cambiar mucho, y de momento funciona porque estamos confiando entre comillas el uno en el otro.

—Está bien —dijo Aren claudicando y poniendo el pendrive en manos de Angelica—. Dejaremos de verlo y lo romperemos en el momento en que tú lo digas. No tengo interés en cazar a tus amigos, a menos que uno de ellos te mire más de la cuenta, en ese caso es brujo muerto —dijo Aren guiñándole un ojo y levantándose de la mesa para luego apartar la silla de ella y coger todas las bolsas—. Vamos, te llevaré a un sitio seguro donde verlo.

Angelica siguió a Aren hasta el ascensor cuando. No había nadie dentro y este sacó una llave de seguridad, tras pedirle a una señora que cogiera el otro ascensor con mucha amabilidad, metió la llave dentro de una clavija que

había en el panel del ascensor y este bajó hasta una planta que teóricamente no existía. El ascensor se abrió en lo que parecía una planta en el subsuelo. Se acercaron a una sala donde había varios hombres y mujeres con ordenadores trabajando en diversas cosas. Algunos dejaron de trabajar y miraron a Aren.

—Necesito la sala de audiovisuales —dijo Aren a nadie en concreto y luego se alejó de allí hasta entrar en una sala enorme como si fuera un cine y esperó a que ella tomara asiento antes de sentarse.

Aren tomó un notebook que había en el lateral del asiento donde estaba y tras conectarlo y que la imagen del mismo apareciera en la pantalla del cine puso el pendrive que le dio Angelica. El pendrive tenía un único archivo que era de video. Aren le dio al video y espero junto con ella a ver qué contenía.

En el video aparecían dos mujeres, una de ellas iba vestida con un atuendo deportivo y llevaba una trenza que recogía todo su cabello castaño, la otra iba con una túnica negra típica de las hechiceras oscuras.

—A la de la túnica negra la conozco, es una mala persona que ha abusado muchas veces de su poder para someter a la gente normal, también es una duelista famosa, pero no es porque sea buena, sino porque es francamente tramposa y en el aquelarre hacer trampas se considera una actitud más para vencer.

—¿No son todas malas personas? —dijo Aren en un tono malicioso.

—No, claro que no —contestó Angelica indignada.

—Bueno, las que yo suelo matar sí lo son. Generalmente seguimos su pista gracias a los “cadáveres” que dejan en los armarios

—La otra, no tengo ni idea de quién es pero se están desafiando a un duelo.

—¿Un duelo de brujas? —dijo Aren con una sonrisa —A mí no me habría durado mucho ninguna de las dos o las dos a vez. Si lo sé hubiera traído palomitas

Angelica se acomodó para seguir viendo el video. La mujer de la trenza cayó al suelo cuando la otra usó un conjuro que técnicamente estaba prohibido, pero antes que la rematara en una artimaña que había usado muchas veces, la otra se puso de pie ágilmente, materializó dos espadas de la nada, como si estuvieran hechas de aire y golpeó con ellas a un par de demonios menores que había invocado la otra.

—La de la trenza no pertenece al aquelarre oscuro, parece, por su forma de conjurar, una bruja del aquelarre rojo, y la de mi aquelarre acaba de invocar demonios, eso es algo tradicionalmente prohibido, se considera

magia corrupta, y tan solo por eso, estás en tu derecho de matarla en duelo — dijo Angelica que parecía un poco alterada—. Una hechicera del aquelarre rojo, es la segunda que veo en mi vida.

—¿Y la primera? —preguntó Aren.

—Una en España, que espero que esté bien. La reina ha dado orden de que se destruya a cualquier bruja que no pertenezca a nuestro aquelarre.

—¿Si lo ha ordenado tu reina por qué esperas que este bien?

—Porque parecía una buena persona, y ni siquiera estaba adiestrada o sus dones despiertos. Cuando la conocí tan solo era un cervatillo acorralado por brujas oscuras y cazadores.

—Vale, ya sé de quién hablas, el motivo por el que me ordenaron darte caza —dijo Aren observando el video.

—¿Puedo preguntar cómo está ella? —dijo Angelica con timidez

—No, no puedes. Pero si te lo dijera ni me creerías.

Angelica se centró de nuevo en el video. La roja había destruido a los demonios con una facilidad pasmosa, y tras aparecer una barrera de aire a su alrededor se volvió hacia su oponente, giró saltando alrededor del aire que la envolvía y de un golpe certero, esquivando todas las defensas de la otra, golpeó con una especie de cuchilla hecha del mismo aire al cuello desprendiendo sangrientamente la cabeza del cuerpo. Angelica reprimió un grito tapándose la boca del impacto.

—No estoy acostumbrada a que un duelo acabe así —dijo Angelica disculpándose por su alteración.

Aren iba a apagar el video al ver a Angelica afectada cuando salió la bruja de la luna roja hablando. “Hola, Angelica. Esa escoria tramposa y corrupta que ha muerto me ha contado que eres la mejor duelista de todo tu asqueroso aquelarre. Te desafío a un combate a muerte, y dado que tu reina ha ordenado que se me elimine, no puedes negarte a cumplir sus benditas órdenes. Te dejo una dirección de correo para que me contestes con el día y la hora. Me han dicho que eres muy guapa, quizás me lleve tu cabeza de trofeo”

—¡No me lo puedo creer! —dijo Angelica en un tono afectado—. Debo de ser la bruja más popular en estos días.

—¡Maldita engreída! —dijo Aren que estuvo a punto de arrojar el notebook contra el suelo y se controló en el último instante—. ¿Cómo se atreve? ¡Yo sí que le voy a arrancar la cabeza y la voy a usar de vaso para beber hidromiel!

—Aren, un desafío no se rechaza —dijo Angelica tratando de ser delicada

con el colérico cazador.

—¿Qué no? Míralo —dijo Aren buscando el correo electrónico que le había dejado, mientras tomaba un intercomunicador para ordenar que buscaran todos los datos del correo.

Abrió un correo desde ese mismo notebook y escribió ” Lo siento, estoy muy ocupada para atenderte, y no me digas que soy una cobarde para provocarme, que no tenemos doce años. Cuando tenga tiempo para quitarte esa sonrisa de engréida de la cara te escribiré de nuevo.

—Por la Diosa, ¿no irás a enviarle eso, verdad? —dijo Angelica colocando la mano sobre la de Aren—. Te ha faltado decirte que le atenderá el cazador con el que ando.

—Sí, es mejor idea decirle que Aren va a trocearla personalmente, así que mejor que huya para darle emoción a la caza —dijo Aren cambiando el mensaje.

Angelica le quitó el notebook al irascible vikingo antes de que mandara el mensaje, borró todo y escribió. “Estimada, no sé cómo te llamas porque no te has presentado. Me habría encantado batirme en duelo contigo, pero cuando te venciera, yo tendría la generosidad de dejarte viva porque soy una dama, y no mato a una hechicera que combate con honor. En tu afán por impactarme con una muerte de mal gusto has dejado entrever muchos de tus fallos, y, aunque evidentemente, en combate físico eres mucho mejor que yo, al final lo que cuenta es la pericia con la magia, y en eso estás muy verde. En estos momentos ando ocupada en un asunto del que no puedo hablar y del que no sé si saldré viva, pero si lo consigo, tendré el gusto de aceptar tu desafío”. Angelica le dio a enviar antes de que Aren le quitara de nuevo el note.

—¿Estás loca? No te vas a enfrentar a esa psicópata en ningún duelo, de ninguna manera —dijo Aren más enfadado aún.

—¿No confías en que le pueda vencer? —preguntó Angelica.

—No es eso, es que no voy a arriesgar tu vida, para eso estoy yo aquí, para protegerte.

—¿Para protegerme? —dijo Angelica repitiendo la palabra que Aren había dicho casi sin darse cuenta ante el rostro de sorpresa del mismo.

Aren se encogió de hombros y buscó en sus archivos una foto que puso en la pantalla. La foto eran unos huesos y un collar de ámbar engarzados en una cadena muy fina y negra.

—¿Sabes qué es eso? —preguntó Aren a Angelica observándola con detenimiento.

Angelica tomó el ratón haciendo zoom a la foto observándola con detenimiento.

—Sí, sí sé lo que es —dijo Angelica sorprendida.

Aren la contempló con curiosidad. Había pasado siglos guardando esos huesos y ese collar desde el día en que la reina le jodió toda su vida y mató a sus hombres, y nunca, hasta ahora, le había interesado saber lo que era, pero comenzaba a volar una sospecha por su mente después de que su propia lengua le delatara. Quizás el godi de Odín tenía razón.

—¿Qué es según tú? —preguntó Aren con curiosidad —Porque para mí es el Brisingamen, el collar de la diosa Freya.

—Muchos mitos e historias están basados en hechos reales, todo lo que sé sobre este collar se remonta a un pasado oscuro. Ni creía que existiera, pero ahí está y supongo que esa foto que tienes es de confianza.

—No te andes por las ramas y háblame de ello —dijo Aren con impaciencia.

—Vale. Nuestra magia proviene de la Triple diosa, la Doncella, la Madre, y la Anciana, que reflejan el ciclo de la vida en cada faceta de la misma. Toda la magia funciona en equilibrio como un todo. Si se desequilibrara hasta el punto de anular uno de los aspectos, o corromper otro de ellos, como está pasando ahora, podría ocurrir un gran desastre, no sé de qué tipo porque nunca ha llegado a ser tan crítico, se ha arreglado antes de que no haya vuelta atrás. Para eso existe un ritual que se llama la Luna de sangre, y se llama así porque debe realizarse durante un eclipse total de Luna, cuando esta se torna carmesí. Entonces, cinco brujas: dos negras, dos rojas y una blanca realizan el ritual y para focalizar la energía, cada una de ellas debe llevar unas cuentas mágicas de ámbar. Y ese collar coincide con la descripción, aunque debería contemplarlo bien, no sea que fuera una falsificación o no fuera mágico.

—Es mágico, créeme —dijo Aren que no apartaba la mirada de Angelica —. Continúa.

—Ellas deben purificar y equilibrar la magia, pero, durante el proceso en el que sus cuerpos quedan en el mundo terrenal y sus almas vuelan a donde sea que vayan, ellas están indefensas, cualquier enemigo, y si el mundo está tan mal para requerir ese ritual créeme que los tienen, necesitan ser protegidas, así que la Diosa les asigna un protector a cada una de ellas, con el que están místicamente ligados. Esos protectores no son normales, no sé en qué forma son distinto, tienen dones, a lo mejor ni son humanos, que sé yo.

—¿Cinco como los cazadores? —preguntó Aren inquisitivamente como

si estuviera hilando algunos datos.

—Bueno, los cazadores sois cuatro —dijo Angelica que permanecía mirando la pantalla y el collar.

—Quizás no —indicó Aren evitando contar que ha aparecido un quinto cazador o que el Inquisidor negro estaba ligado místicamente a una bruja roja—. ¿Y tú has visto a esas brujas nuevas antes? ¿O a alguna blanca?

—No, la magia blanca fue casi destruida, tan solo queda una bruja blanca encerrada en una protección de la que no puede salir. La Diosa sabe cuántos siglos lleva desesperada soportando el peso del desequilibrio. Y de las rojas, sé de dos: Violeta y esa de la trenza.

—¿Dos negras, dos rojas y una blanca has dicho? —recalcó Aren.

—¿Insinúas que se está fraguando ese ritual de alguna forma? —preguntó Angelica que había dejado de mirar a la pantalla y se centró en Aren.

—Pues no sé, os habéis cargado un aspecto de vuestra Triple diosa dejando tan solo a una bruja blanca, aparecen dos de un aspecto nuevo de las que no teníais constancia antes, este collar... No será yo quién tenga que deletrearte esto.

—Ya, pero debería haber dos brujas negras en ese proceso, y en el aquelarre no hay traidoras, al menos no vivas.

—Quizás no miras con perspectiva. Has repetido hasta aburrirme que tu diosa no es corrupta sino todo lo contrario, purificadora. ¿No seríais las más interesadas en purificar la magia y poner orden? —preguntó Aren con extrema sencillez.

—¿Tienes algo en mente o me lo parece a mí? —preguntó Angelica que no sabía hacia dónde iba con sus divagaciones.

—Nada en particular —dijo Aren que no pretendía contar a nadie sus sospechas, al menos de momento—. Acércate y mira la garra de la bruja. Quiero que la inspecciones y trates de quitármela.

—La última vez que traté de rozarla te enfadaste —dijo Angelica con cautela.

—Pues ahora quiero que la toques y hagas lo que te he pedido.

Aren se quitó la camisa mostrando un musculoso torso con runas grabadas a modo de anillo bajo los bíceps. Angelica no se había fijado detalladamente, las veces que se desnudó y vistió delante suya estaba demasiado avergonzada y la noche que se acostaron no encendieron la luz. Se acercó con cuidado observando la garra de la bruja. Una mancha negra que ocupaba parte de pecho izquierdo y parecía como si succionara su esencia.

Angelica la rozo y noto una corriente eléctrica, acercó la mano hasta casi tocarlo de nuevo y cerró los ojos brevemente, luego sonrió.

—Es un conjuro muy elaborado, debió ser hecho por un erudito y está tejido para durar para siempre. No es algo que nadie pueda quitarte salvo la que te lo lanzó.

—No me jodas, Angelica. Sé que se puede quitar de buena tinta —dijo Aren empezando a molestarse y evitando comentar que ya se lo habían quitado a uno de ellos, y fue una hechicera que ni experiencia tenía, y ella se las daba de erudita—. ¿Por eso sonreías? ¿Porque creías que no se puede deshacer?

—No, que va —dijo Angelica—. Este conjuro es un desvío de energía que va de un emisor a un receptor, lo que hace es impedir que la energía circule entre los dos y vaya a la reina. No hay que desconjurar nada, tan solo que los dos que tienen ese vínculo quieran romperlo, solo hay que sobresaturarlo de energía y se romperá.

—¿Energía como la que emites cuando tienes sexo del bueno? —preguntó Aren recordando lo que le habían contado de Ezequiel provocando la risa de Angelica.

—Sí, eso valdría si hay química entre los dos que tienen el vínculo y uno de ellos sabe conectarse con la energía, después de todo, la magia sexual es muy poderosa.

—Vale, Angelica, ¿a qué esperas entonces? —preguntó Aren que comenzaba a desesperarse —¿Te imaginas el dolor que produce esto y las ganas que tengo de desvincularme de la puta que me lo puso?

—¿Insinúas que yo te lo puedo quitar? ¿Que tú y yo estamos vinculado, incluso antes de que yo naciera, porque me sacas varios siglos de antigüedad?

—No sé si insinúo eso, tan solo que lo intentes. Vamos —dijo Aren perdiendo la paciencia, y tomando la mano de Angelica para llevarla al pecho.

Angelica se quedó un rato paralizada casi sin poder moverse, notaba la energía de Aren como un calor intenso que le buscaba desde hacía mucho tiempo. Podía saturarla, de hecho, el único motivo por el que no había sucedido ya, era porque ella no había puesto la mano encima del foco de la garra, el pecho. Durante un instante lo saturó haciendo que pequeñas chispas eléctricas saltaran entre los dos, luego paró.

—¿Lo has notado? —preguntó Angelica con una sonrisa.

—Claro que sí, pero no entiendo porque no has continuado. Me estás

desesperando y no sé si lo haces a posta —dijo Aren suspirando profundamente.

—Porque no podemos, en el momento en que te lo quite no hay marcha atrás. Ella sabrá que he sido yo, detectará que han destruido su garra y podrá localizar a quien lo ha hecho, eso es mi sentencia de muerte, aunque ya comienzo a acostumbrarme a la muerte inminente, ya sea a manos de un cazador, una bruja roja o mi reina.

—Sabes que yo te voy a proteger, y desde luego, no vas a seguir en ese aquelarre por más tiempo.

—Aren, estamos en una misión. Si quieres echar todo por tierra sobresaturando un conjuro que va a ser un faro en plena noche —dijo Angelica y luego se abrazó al cazador—. Sé que te duele y lo que supone eso para ti, a mí me irrita por muchos motivos, pero piensa si no es mejor esperar tan solo unos días y salvar al niño.

—Esto no te va a resultar tan fácil. Si quieres que me espere tendrás que convencerme —dijo Aren con una sonrisa sugerente.

Angelica se acercó a Aren y puso las manos en su rostro para besarle lentamente; primero un beso suave en los labios para luego profundizar explorando su boca... Aren comenzó a desnudar lentamente a Angelica, bajando la cremallera del vestido que le compró para la fiesta, luego puso la mano delicadamente en el hombro y dejó caer uno a uno los dos tirantes para apartar los labios de los de ella y besar primero el cuello y luego bajar por el cuerpo de Angelica mientras iba deslizando el vestido hasta que cayó al suelo. Aren la tomó en brazos mientras trataba de desabrocharse el botón del pantalón con dificultad. Angelica se abrazó fuerte a él para no caerse mientras se bajaba los pantalones.

—Si quieres preliminares tendrá que ser después del primero —dijo Aren mientras le volvía a besar.

—Lo negociaremos después —señaló Angelica que parecía igual de impaciente que él.

—Yo nunca negocio, siempre he tomado lo que he querido.

Aren, con los pantalones ya bajados comenzó a hacer el amor con Angelica de manera delicada pero impaciente, de pie con ella en brazos. Angelica jamás había tenido sexo en esa postura, los pocos novios que tuvo no eran tan fuertes como para mantenerla en brazos durante tanto tiempo, y para el cazador era como una pluma. Angelica se acomodó cuando Aren la pegó contra la pared para facilitar el acto, luego continuó con sus besos de

manera delicada mientras ella se estremecía de placer. No imaginaba al vikingo tan delicado o tan detallista, claro que tenía siglos de experiencia a saber con cuántas mujeres. Ese pensamiento hizo que sintiera celos y clavó sus uñas en el hombro del cazador que ni siquiera se percató, sencillamente aumentó el ritmo hasta que le oyó gemir a ella para luego hacerlo él. Angelica exhibió una sonrisa antes de besarle de nuevo, esta vez profundamente, dedicándose por completo a explorar cada centímetro de su boca.

—¿Sabes cómo lo quiero hacer ahora? —dijo Aren jugando con un mechón de pelo de Angelica.

—¿Cómo? —indagó Angelica muy cerca de su oído mientras le mordía la oreja.

—Como la primera vez, pero esta vez perdiendo el control por completo. No tengas miedo, yo jamás te haría daño. Pero no aquí, no quiero destrozar esta habitación —señaló Aren mientras le besaba el cuello.

Angelica le dedicó una mirada de deseo que indicaba que lo estaba deseando, así que, él no esperó la respuesta, tan solo salió de esa sala y la llevó a una contigua donde había una habitación con algunas cosas personales que parecían de Aren, y que hizo que Angelica pensara que estaba entrando en una de las guaridas del cazador, su habitación personal en este hotel, donde solo él entraba y ahora la llevaba a ella. La dejó caer delicadamente sobre la enorme cama que había al fondo de la sala y él se colocó sobre ella acariciándola delicadamente.

—No tengas miedo —le susurró Aren mientras le besaba de nuevo.

Echó la cabeza hacia atrás y cuando la volvió a mirar tenía los ojos rojos como la sangre. Durante un instante se aterrorizó, pero él le colocó la mano en la mejilla para tranquilizarla, luego le sonrió y durante unos instantes la pasión comenzó a crecer de manera intensa hasta que perdió el control ella misma. Cuando pudo pensar un poco, se dio cuenta de que no sabía ni lo que estaba haciendo, tan solo sentía las emociones y el placer tan aumentados e intensos que todo lo anterior le resultó gris. Angelica no sabía ni cuántas veces lo habían hecho ni la duración cuando el cazador cayó exhausto a su lado con los ojos aún tan rojos. Dudó unos segundos al ver el tono de los ojos, pero él le sonrió invitándola a perder su timidez o su miedo. Ella se sentó sobre la cintura de Aren y acarició su pecho pensativa.

—Hace veinticuatro horas recibí tu amenaza en un espejo y lo último que quería era tropezarme contigo —dijo Angelica mientras continuaba con las

caricias—. La primera vez que te vi pensé en salir corriendo, tuve que hacer acopio de todo mi valor para acercarme, y ahora no quiero que nos separemos.

—Yo, sin embargo, me quedé prendado de ti en cuanto vi la foto que me mandaron de mi próxima presa. No podía dejar de mirarte, y pensé que me estaba volviendo loco.

—Yo creo que estás loco, que los dos lo estamos —dijo Angelica en un tono de broma—. Yo más que tú.

—¿Porque estás loca por mí? —preguntó Aren mientras acariciaba las piernas de Angelica que se mantenía sentada sobre él.

—No, porque he aceptado estar a tu lado mientras los ojos los tenías rojos y he escuchado las historias sobre el cazador que se vuelve loco en combate, y no deja nada vivo, ni a sus amigos si se interpusieran.

—Salvo a ti. Cómo ves, ni en ese estado te haría daño.

—Pero, ¿mantenías el control en cierta forma, no? —preguntó Angelica alarmada.

—Para nada, eres la primera que está conmigo cuando he perdido por completo el control y continúa viva.

—¿Estás loco? —dijo Angelica casi gritando— Creía que mantenías aunque sea un mínimo de control, como la primera vez.

—No, pero yo sabía que no te haría daño.

—¿Lo sabías o lo creíais? ¡Madre mía! Has podido trocearme con tus manos sin ni siquiera pensarlo —dijo Angelica muy molesta levantándose de Aren para irse.

Aren la atrapó de nuevo y se puso sobre ella inmovilizándola con cuidado quedando su rostro sobre el de la mujer.

—Estaba completamente seguro de que no iba a hacerte daño. Jamás te habría expuesto ni lo más mínimo. Créeme —le aseguró Aren en un tono de voz convincente.

—Vete a la ducha. No solo comienzas a parecerte a un león por lo de ser un depredador, también por el olor.

—Mi delicada damisela, no sabes lo que es el mal olor, porque nunca has estado en un drakar durante días con hombres sudorosos remando, y a la vuelta, con la añadidura del olor a sangre y combate —dijo Aren que le dio un beso.

—Sí, creo que así te imaginaba antes de verte. Con el pelo muy largo y la barba como la de un motero, y los cráneos de tus enemigos como vajilla en tu

casa.

Aren soltó una carcajada y luego se puso en pie dejando libre a Angelica.

—Me corté el pelo antes de venir a cazarte. No razoné el motivo, pero ahora creo que deseaba que me vieras muy presentable.

Capítulo 15

Aren habló brevemente con algunos de sus hombres para dar instrucciones sobre la seguridad de Angelica. La bruja que le había desafiado sabía donde se hospedaba, puesto que dejó en la recepción del hotel de Angelica el pendrive. Podría haber estado espiándola y haberle visto con él. No creía posible que supiera que era un cazador, de ser así, habría huido y no tendría de qué preocuparse, pero no pensaba arriesgar la seguridad de Angelica y menos ahora que iba a salir.

Cogió uno de sus coches tras revisar las armas que llevaba en el capot del mismo. Tenían una serie de protocolos por si los detenían la policía o en cualquier circunstancias en las que pudieran encontrarse, y aunque Aren era de los menos meticulosos, mantenía ciertas precauciones. Puso el coche en marcha y aceleró sin pasar el límite de velocidad, aunque había anochecido no serían más de las siete de la tarde cuando llegó al polígono industrial donde estaba el almacén de los brujos. Bajó del coche y observó que curiosamente había poco movimiento en la zona donde se encontraba, lo cual, indicaba que más de uno de los solares pertenecían al aquelarre y pretendían no llamar la atención. Observó el sistema de seguridad y las cámaras, por un segundo envidió la capacidad de Ezequiel de pasar desapercibido incluso delante de cien cámaras. Pronto sabrían que ahí estuvo un cazador, pero pretendía que no averiguaran quién era o cómo era, por ello llevaba atuendos oscuro y cubierto lo suficiente para que no le pudieran identificar, ni siquiera si se colaba una imagen suya. Las cámaras y otros sistemas de seguridad fallarían, de eso se encargaría uno de sus hombres.

Se acercó hacia el local que aparecía en la nota que encontró en la mesa de Benedicto con cierto sigilo hasta llegar a la puerta, parecía que no había nadie, dato que además le confirmaron los hombres que puso en la zona de vigilancia. Abrió la puerta sin mucho esfuerzo y entró en el sitio. El lugar estaba oscuro y olía de forma extraña, una mezcla de hierbas con inciensos. Encendió la linterna que llevaba y se quedó en la entrada para acostumbrarse a la luz tenue. Escuchó unas pisadas pesadas y lentas de algo que se le acercaba. Supo lo que era casi antes de enfocarlo con la luz, y entendió por qué no había más sistemas defensivos: dos Golems de piedra se acercaban para machacarle.

Aren sonrió débilmente porque ya echaba de menos la acción y se decidió por su hacha de combate. Aunque sabía usar casi cualquier arma que existiera

en el mercado, sentía cierto romanticismo por su hacha antigua, la cual, había sido afilada y reforzada varias veces a lo largo de los siglos. No estaba tan enfadado como para caer en estado de berseker, Angelica se había encargado de mantenerle relajado, y además, debía mantener la calma si quería investigar con la cabeza fría. Blandió su habla y espero a que el primero llegara tras dejar caer la linterna al suelo, tampoco necesita ver mucho para matar, en este caso destruir, porque eran autómatas sin mente. Aren corrió hasta el primer autómata evitando su torpe golpe antes de pegar él. A cualquier otra persona ese golpe le habría alcanzado, pero él era demasiado diestro en combate como para no esquivarlo. El roce de su hacha con el golem no produjo el efecto deseado, apenas le hizo mella, una membrana energética le rodeaba confiriéndole una armadura extra. Aren se retiró unos metros, y antes de decidir cuál sería su próximo movimiento, uno de los golems descargó un rayo eléctrico sobre él alcanzándole de lleno en el pecho y arrojándole hacia el fondo de la sala, cayendo presa del dolor. Durante unos breves segundos, los ojos se tornaron rojos pero controló la marea de furia que le invadía y se concentró en el que ya había golpeado. Giró hábilmente el hacha, más en un gesto de mostrar su pericia que de utilidad. Concentró su poder en su brazo usando un poco de sus capacidades como cazador para centrar su fuerza en un punto, se arrojó y dando un salto atravesó la barrera y quebró la piedra de la que estaba formado el golem, cayendo dos mitades una a cada lado. Aren negó levemente con la cabeza, después de este encuentro tendría que encargarse de nuevo de poner a punto su hacha. Mientras trataba de sacar el hacha del golem, el otro le golpeó con un puño en la espalda desplazando al cazador que se mantenía agarrado al hacha, y con la inercia del golpe, esta salió disparada con él hacia dentro del almacén chocando ambos contra una especie de altar de piedra, pero Aren no sabría discernir bien si era eso, por la oscuridad. Se puso en pie y no espero a que se acercara, porque la poca luz de la que disponía estaba donde tiró la linterna. Tomó el hacha y corrió hasta el golem que volvió a sacudirle con una descarga de electricidad que le frenó brevemente, haciendo que rozara de nuevo su estado de berseker. Se controló de otra vez y continuó la carrera hasta donde estaba el golem y esta vez arrojó el hacha antes de que esté proyectara otro rayo eléctrico. El hacha se incrustó en la base de la cabeza del golem desprendiéndola del cuerpo y rodando por el almacén, pero no por ello se detuvo, sino que continuó como si ninguna parte que lo componía fuera indispensable. Aren suspiró, lejos de su hacha y con un cuerpo de golem

acercándose, ya no podía lanzarle rayos, pero tenía brazos como martillos dispuestos a aplastarle, y aunque era inmortal, podía pasar meses con dolores y problemas hasta que su cuerpo regenerara las heridas. Esperó a que la mole se acercara, y cuando iba a golpear esquivó haciendo una pirueta para rodearlo y poder llegar hasta su hacha. Mientras el golem giraba para volverle a golpear Aren ya tenía el hacha de nuevo en las manos, pero esta vez decidió no lanzarla sino golpear de nuevo de lleno sin importarle si destrozaba el filo contra la piedra. Esperó un poco a que se acercara para no perder la visibilidad y cuando lo tuvo suficientemente cerca, dejó caer el hacha con todas sus fuerzas con las dos manos hasta quebrar de nuevo la piedra, dejando al golem y el filo de su hacha fuera de combate.

Cogió la linterna tras asegurarse de que no habría más peligros en el almacén y se adentro para mirar lo que había. Lo que en un principio creyó que era un altar de piedra resultó ser un sarcófago extraño. Trató de abrirlo pero una defensa mágica se lo impidió. Negó con la cabeza y se golpeó fuerte para que el dolor le irritara lo suficiente como para estar a medio camino de su estado de berseker y la normalidad, los ojos se le pusieron rojos y tomó la tapa y la levanto esquivando la guardia mágica, en ese estado nada mágico le afectaba Respiró unos segundos para volver a la normalidad, era un truco que había aprendido con los siglos; no llegar al estado en el que ya perdía por completo el control y la razón, sino quedarse en un grado intermedio. Miró dentro del sarcófago que debía pesar una tonelada porque era de piedra, y no vio nada dentro. No obstante, sacó el móvil y le hizo fotos y un video, para analizarlo una vez se fuera de ahí. También encontró unos cuantos artículos que se usaban para rituales como velas, candelabros antiguos, incensarios, dejó de rebuscar en esa caja, no había venido a robar los utensilios, aunque fueran de plata. Antes de cerrar de nuevo el sarcófago se fijó en un cofre, lo tomó y abrió. Dentro había muchos mechones de pelo, cerró de nuevo el cofre e iba a dejarlo de nuevo donde estaba cuando se frenó en seco, después de todo, no ocupaba mucho espacio, y quién sabe para qué brujería lo pensaban usar. Lo guardó dentro de la mochila y se dispuso a mirar más, pero cuando se alejó un poco escuchó un ruido, había alguien a su espalda. Se giró corriendo pero no llegó a tiempo, le habían cerrado la puerta en sus narices. Enfadado dio un golpe en la puerta.

—Sabes que cuando salga de aquí iré a por ti y te mataré, ¿verdad? —amenazó Aren en un tono duro.

Esperó unos segundos y escuchó pasos que se alejaban.

Brigit estaba sentada junto a Nidia en el coche frente al hotel del cazador. No tenían un plan definido, tan solo aguardaban una oportunidad de salvar a Angelica. Nidia parecía nerviosa mientras Brigit tomaba su café humeante. No pensaban moverse de ahí hasta que encontraran una forma de sacar a Angelica.

—¿Crees que nos matará? —preguntó Nidia atemorizada —Ellos lleva siglos matando brujas y nosotras somos eruditas, tan solo nos dedicamos a los libros, no a la acción.

—Tu aptitud no ayuda mucho. Nadie va a morir hoy. No son tan listos como crees ni tan invulnerables, se les puede engañar, esquivar, colar un conjuro...

—¿Sí? ¿Cuántos brujos conoces tú que hayan escapado cuando un cazador va tras ellos? ¿Cero?

—Ninguno de esos estaban organizados como nosotros, ni eran eruditos en el uso de la magia. Ese cazador ni se lo verá venir —dijo Brigit exhibiendo una exagerada seguridad en sí misma.

—Ese cazador, Brigit, entra en una especie de trance en el que pierde el control por completo y eso le vuelve inmune a la magia. Si cae en ese estado, prepárate para morir hoy, no mañana.

—¿Sugieres que abandonemos a Angelica? —preguntó Brigit molesta.

—No, tan solo que tengamos cuidado y calmar los nervios, nunca había acechado a un cazador. ¿Qué crees que le estará haciendo a Angelica? ¿La estará torturando?

—No lo sé, casi no lo quiero pensar. El vikingo no se anda con sutilezas, si quiere que hable le molerá a palos o la asustará. Angelica es muy delicada físicamente, pero tiene una voluntad firme, no hablará sea lo que sea que le haga y eso me preocupa, porque le hará sufrir —dijo Brigit nerviosa—. He intentado hablar con los fantasmas de la zona, pero no hay nada de eso, los cazadores tienen la zona limpia.

—Ves, eso es lo que me tiene nerviosa. No es un juego, es un cazador. Angelica debió haber salido corriendo en cuanto le dio el aviso, eso habría sido más fácil, esconderla o hacerla desaparecer que rescatarla. Pero ella se tenía que hacer la heroína y salvar al niño. Podíamos haberle mandado un mensaje al cazador con Goblin, en plan “sacrificio de niño en” y la dirección de la casa capitular. Había millones de formas de hacerlo, pero ella tenía que ir a enfrentarse al cazador y lo que será aún peor, conociéndola no querrá venir aunque la haya torturado, por qué querrá aún rescatar al bebé.

—Eso no importa, si se niega usamos la poción que has hecho, que no necesita ingerirla, tan solo olerla y nos la llevamos. Ya nos lo agradecerá cuando recupere la razón, además, el cazador ya debe estar en sobreaviso de todo, y entre elegir matar a una bruja solitaria sin más, a la oportunidad de acabar con una casa capitular y un diácono, debería elegir lo segundo, lo cual nos da tiempo para irnos. Atenta ahí sale —dijo Brigit señalando al cazador.

—El jodido encima es guapo —dijo Nidia que se le veía asustada.

—Como un ángel exterminador —dijo Brigit mientras llamaba a Rafael —. El águila abandona el nido. Síguelo y entreténlo de alguna forma sin exponerte, si ves que vuelve pronto. Nosotras nos encargamos del polluelo.

—¿Y ahora? —preguntó Nidia con preocupación.

—Veremos cuánto grado de autonomía le ha dejado el cazador, si está atada y amordazada o mantiene su móvil —dijo Brigit llamando al teléfono de Angelica —¿Brigit? —respondió Angelica.

—Angelica, qué alegría escucharte. ¿Estás bien? Si no puedes hablar no digas nada que te perjudique.

—Estoy bien. Tengo muchas cosas que contarte.

—Estoy en frente del hotel, sal a hablar conmigo que vea que estás bien o no me iré —dijo Brigit.

—Está bien, pero luego te vas. No quiero implicarte en nada.

—Vale, luego me voy —prometió Brigit.

Brigit y Nidia esperaron impacientes en el coche. Tenían la impresión de que algo saldría mal en cualquier momento y acabarían con Angelica capturadas, torturadas y asesinadas por el cazador. Brigit dio unas indicaciones a Goblin en cuanto vio salir a Angelica. Su amiga llevaba un vestido caro vaporoso que no encajaba con su discreta vestimenta, el cabello peinado como si hubiera estado en la peluquería. Brigit se sorprendió al verla realmente hermosa con esas ropas, ella siempre solía taparse demasiado y esconder sus encantos.

—No la veo muy torturada, a no ser que llevarla de compras se considere así —dijo Nidia que flojeaba en su determinación de salvar a Angelica.

—Es peor, le estará lavando el cerebro antes de matarla, o hará que disimule para que nadie se pregunte qué ha pasado. No creo que le haya golpeado en zonas visibles.

Angelica llegó hasta la altura de las dos mujeres que le esperaban dentro del coche. Se las veía nerviosas, y dispuestas a salir corriendo a la primera señal de alarma.

—¿También has traído a Nidia? —preguntó Angelica —Chicas, no podéis estar aquí, ya me habéis visto, estoy bien. Ahora marcharos.

—Entra un instante que hablemos contigo —dijo Brigit en tono convincente—. Tenemos algo importante que decirte sobre el diácono.

—Está bien, solo un instante y os marcháis —dijo Angelica que hizo un gesto de todo está bien a uno de los hombres de Aren antes de entrar en el coche.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó Angelica.

—¡Ya, Goblin! —gritó Brigit poniendo el coche en marcha a toda prisa.

Angelica abrió los ojos muy sorprendida mirando por la ventana: el hotel, la calle, media manzana se había quedado a oscuras mientras sus amigas se iban en el coche a todo gas con ella dentro en la parte trasera.

—¿Habéis perdido el juicio? —preguntó Angelica con enfado evidente — ¡Parad ahora mismo!

—Te dije que le habían lavado el cerebro, o peor, quiere sacrificarse para salvar al niño. Nidia, plan de contingencia para este caso. ¡Ya! —gritó Brigit mientras se daba a la fuga.

Nidia sacó unos polvos del bolso y se acercó a Angelica que exigía que se detuvieran y sopló para que el conjuro que llevaba en los polvos hiciera efecto dejando a Angelica dormida en la parte de atrás.

—Lo hemos conseguido. No me lo puedo creer —dijo Brigit en un tono de júbilo—. Hemos burlado a un cazador.

Brigit dio varias vueltas aprovechando que Goblin había dejado las cámaras de la varias zonas fuera de servicio para que no les siguieran, antes de llegar a su casa.

—¿Crees que es prudente llevarla a tu casa? —preguntó Nidia.

—No es nada prudente lo que hemos hecho, jugar con un cazador. Pero mi casa tiene protecciones, no podrá llegar hasta nosotros y luego decidiremos qué hacemos o cómo desaparecemos un tiempo. A ver si hay suerte y la sangre ha cambiado de color. Las ancianas parecen no tener prisa en decantarse.

Cuando aparcaron en el garaje de la casa de Brigit estaba allí Rafael esperándolas. El hombre temblaba como una hoja y parecía asustado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brigit preocupada.

—Me ha amenazado con matarme —dijo Rafael nervioso.

—¿Cómo? ¿Te has acercado a él? ¿Te ha seguido? —preguntó Nidia.

—Le seguí. Estuvo en uno de los almacenes del aquelarre. Destruyó dos

golem con una facilidad pasmosa, los atravesó con el hacha como si fueran mantequilla.

—Sí, el vikingo posé una fuerza sobrenatural —apuntó Brigit mientras se cruzaba de brazos para escuchar lo que seguía.

—No sabía cuánto tiempo iba a estar allí y vi la jugada clara. Atranqué la puerta y él me gritó que si sabía que cuando saliera de ahí me iba a matar. Ahora sí que estoy jodido, he cabreado al cazador.

—Te dijimos que solo le espieras —le regañó Nidia tan nerviosa como Rafael—. Esa puerta es papel para el vikingo si ha atravesado dos golems de piedra de esa forma.

—Calma, chicos. No nos seguirá hasta mi casa, tiene protecciones. Y antes de que sepa más nos habremos ido. Recordad que tiene que elegir entre una casa capitular o una bruja cualquiera y los memos de sus amigos. Ayudadme a coger a Angelica y meterla en mi casa.

Entre los tres cogieron a Angelica que permanecía dormida y entraron en la casa por la zona del garaje. Subieron varias escaleras cargando con ella y quejándose de lo que pesaba, hasta dejarla caer casi a peso en el sofá de terciopelo negro de Brigit.

—Necesito cinta de embalar. Dámela de ese mueble —pidió Brigit señalando el mueble de caoba negro que parecía una reliquia de otros tiempos.

Nidia cogió la cinta del mueble y se la tendió a Brigit que la usó para inmovilizar los brazos y las piernas de Angelica. Cuando quedó satisfecha acarició la mejilla de Angelica esperando ver si despertaba.

—¿No te habrás excedido con la dosis, no? —preguntó Brigit cuando veía que no despertaba —Esas pociones tienen muchos efectos negativos, podría no despertar si te excedes.

—Por favor, Brigit. Nadie sabe más de pociones que yo. Ella está bien. Dale un par de palmaditas en la cara y despertará —respondió Nidia indignada.

Brigit se encogió de hombros y le dio un bofetón sin más. Angelica abrió los ojos dando un grito de dolor, tratando de llevarse la mano a la mejilla enrojecida, sin éxito, al estar atada.

—Dije unas palmaditas no un bofetón —dijo Nidia enfadada.

—No tenía claro que despertara así —se excusó Brigit mientras comprobaba que Angelica estuviera bien.

—¿Os habéis vuelto locos? —preguntó casi gritando Angelica mientras

observaba incrédula al grupo.

—De nada. Te estamos rescatando —dijo Brigit con resolución.

—¿Rescatar? Esto parece un secuestro, si hasta me habéis envuelto en cinta de embalaje.

—Perdona, no tenía presillas ni nada así. ¿Qué esperabas? Te querías hacer la heroína y morir salvando a un bebé. Lo salvaremos, pero a nuestra forma y no tendrás que morir a manos del cazador —dijo Brigit sentándose en el sofá al lado de Angelica.

—Aren no iba a matarme. Trabajábamos juntos para acabar con todo esto.

—¿Aren? ¿Se llama Aren, el vikingo? ¿Te dijo su nombre? —preguntó Nidia con curiosidad.

—Claro que sí, te he dicho que estamos colaborando. Suéltame ahora —exigió Angelica en tono firme.

—Ni hablar, Angelica, eso se llama síndrome de Estocolmo, crees que el cazador es bueno, pero te va a matar —dijo Rafael que ya había dejado de temblar, sintiéndose más seguro en casa de Brigit.

—Ya la habéis oído. Soltadla ahora —dijo una voz detrás de ellos.

Los tres se volvieron al unisonó a mirar. Aren estaba allí con el hacha apoyada en el suelo ocupando el único lugar por donde podían salir de la casa. El hombre medio enfadado, con los ojos un poco rojizos, alto como un roble y más fuerte aún, intimidaba más que cualquier horror que ninguno de ellos pudiera imaginar. Rafael se derrumbó en medio del salón del miedo que tenía y Brigit elevó las manos en tono de paz.

—Está bien, pero tranquilízate —dijo Brigit cogiendo unas tijeras para cortar la cinta de las manos y pies de Angelica.

El cazador seguía cada uno de los movimientos de Brigit, que intentaba no temblar para no cortar sin querer a Angelica. Cuando quedó suelta corrió hasta Aren cayendo en sus brazos y dándole un beso ante el asombro de todos.

—Estoy bien, son mis amigos, solo querían rescatarme de una muerte segura en tus manos —dijo Angelica tranquilizando a Aren cuyos ojos permanecían en un tono rojizo para terror de todos.

—Si son tus amigos, ¿por qué te tenían envuelta en cinta de embalaje? —preguntó Aren muy molesto —Si te han hecho daño que se preparen.

—No, estoy bien —dijo Angelica mostrándole las muñecas para que viera no tenía heridas.

Los tres se mantenían sepulcralmente silenciosos, lo cual, combinaba bien

con el ambiente mortecino de la casa, mientras el cazador inspeccionaba sin prisa a Angelica para asegurarse de que estaba bien.

—Ellos creían que estaba intentando sacrificarme para salvar al niño sin importar si luego me matabas. Pensaban que estaba bajo el efecto del síndrome de Estocolmo. No puedes enfadarte porque se preocupen por mí. ¿Qué amigos ayudarían a una bruja a escapar de un cazador? No les hagas daño, por favor —pidió Angelica en tono de súplica.

Aren fijó la mirada con un tono de fiereza, uno a uno, sobre cada brujo de la sala. Luego se relajó un poco abrazando a Angelica protectoramente.

—¿Qué quieres que haga con ellos? ¿Que los deje tal cuál con el riesgo de que vayan a contar que estás con un cazador? —pregunto Aren que aún no sabía qué hacer con esa situación.

—Si quisiera chivarme ya lo habría hecho cuando fuisteis a la fiesta. Ella llevaba un vestido malva espectacular. La vi desde la puerta. Vigilaba para que no la mataras o le hicieras algo. Solo somos amigos preocupados, y ahora mucho más —dijo Brigit haciéndose cargo de la situación—. Mira, sé lo del portal, me lo contó Angelica antes de “entregarse”. Te aseguro que si eso se abre la única que podrá o sabrá cómo cerrarlo soy yo. Esto ya no va de somos brujos y tú un cazador, va de locos que tienen objetivos egoístas que pueden acabar con el mundo como lo conocemos, y los que aún nos queda cordura.

—En eso tiene razón —dijo Angelica tratando de ayudar a su amiga—. Ella es experta en el inframundo y en todo lo que se refiere a los muertos. Y si algo ocurre cuando se abra el portal, ella va a ser nuestra única baza.

—Está bien —dijo Aren claudicando—. Al menos de momento. Cuando todo esto acabe se acabó la tregua.

—¿Y dejarás a Angelica libre? —preguntó Brigit dado que los otros apenas se atrevían a decir nada.

—¿A ti te parece que esté mal a mi lado? —dijo el cazador en tono duro y desafiante —Ella vendrá conmigo cuando esto acabe.

—¿Y los otros cazadores no tendrán algo que decir a que te quedes con una bruja? —preguntó Brigit que aún tenía serias dudas.

—Eso a ti no te importa, estamos colaborando, por ahora. No somos amigos, ni colegas, ni nada. Si metéis la pata o pasa algo, a la única que voy a salvar y proteger es a Angelica, los demás me dais igual.

—Nunca pensé que algún día sería dama de honor en la boda de mi mejor amiga con un cazador —susurró Brigit en un tono cínico—. Con una tregua durante el banquete para que no nos cace.

Aren le lanzó una mirada helada y fiera, mientras Angelica colocaba la mano sobre el cazador para tranquilizarle.

—Enséñale las fotos que sacaste al grimorio de los tormentos —sugirió Angelica cambiando de tema—. Si pasa algo es mejor que tengamos un plan de contingencia.

—Por cierto, ¿cómo nos encontraste? Fuimos muy cuidadosos, con las cámaras, la seguridad, incluso usamos tecnomagia porque vuestro sistema es muy bueno. Mi casa está protegida... —preguntó Brigit que a pesar de estar intimidada por el cazador le mataba la curiosidad.

—¿Anulasteis las cámaras y la seguridad de mi hotel? —dijo Aren como si fuera la primera noticia que tenía al respecto.

—Y un apagón de varias calles durante quince minutos o más.

—¿A parte de que encontraría tanto místicamente cómo de forma más mundana a Angelica porque le puse un rastreador en las gafas? No necesité ni mirar el móvil para saber dónde estaba, seguí a vuestro amigo que tuvo la genial idea de encerrarme en el almacén. Habría estado un buen rato buscando sin darme cuenta de nada, pero cuando supe que había un brujo decidí seguirle hasta esta guarida —respondió Aren dejando en evidencia a todos esos eruditos.

—La jodiste, Rafael. Solo tenías que seguirle, avisarnos y en un caso extremo entretenerle —dijo Brigit molesta.

—¿Me pusiste un rastreador en las gafas? —dijo Angelica cogiendo sus gafas molesta.

—Mientras dormías, las gafas es lo único que siempre llevas contigo, y el móvil, pero eso último lo puedes perder. Después de que esa bruja te amenazara no iba a dejar que te perdieras. Pensé, cuando este idiota me encerró, que podía ser ella y me di toda la prisa que pude por encontrarte —dijo Aren excusándose.

—Veo que lo de prefiero pedir perdón que permiso, tú lo llevas a otro nivel —dijo Angelica con una mezcla de enfado con agrado porque se preocupara por ella.

—Yo nunca pido perdón, al menos cuando hago algo lógico, como protegerte.

—Pásale las fotos que sacaste del grimorio —insistió Angelica mientras este sacaba el móvil del bolsillo.

Aren sacó el móvil y le pasó las fotos a Brigit. Esta miró interrogante a Angelica con ganas de contarle algo pero no lo hacía porque estaba el

cazador, los otros dos sencillamente permanecían sentados y silenciosos. Angelica detuvo la mirada en el lugar donde Brigit miraba tanto. Un caldero de plata con sangre dentro.

—¿Es lo que yo creo que es? —preguntó Angelica acercándose.

—¿Crees que debemos hablarlo ahora? —dijo Brigit señalando con los ojos al cazador.

—Vamos a meternos en un lio tremendo, en un ritual que si no frenamos puede ocurrir cualquier cosa. Claro que debes contarlo.

—Está bien —claudicó Brigit—. Hemos hecho una reunión de todo el clan de los eruditos. Estamos indignado por cómo está conduciendo la reina el aquelarre: corrupción, demonios, asesinatos, sacrificio de niños. Así que hemos invocado a las ancianas para que nos digan si podemos ir en contra de la reina en el asunto de la puerta y el ritual o no. Aún no nos han dado una respuesta, así que de momento nuestra ayuda será limitada, lamentablemente.

—¿Habéis invocado a las ancianas para esto? —preguntó Angelica preocupada. Ella ya las conocía, había soñado con las ancianas y llamado a su presencia, lo último que se le ocurriría es invocarla ella misma.

—Sí, claro, no podemos mantenernos al margen como hemos hecho siempre. Si se enfadan asumiremos la culpa.

Angelica miró a Aren que estaba cruzado de brazos silencioso, dejando a Angelica interrogar a su amiga.

—¿Eso es todo? —preguntó Angelica que no sabía si arrepentirse de haberle contado a Brigit que iba a entregarse al cazador.

—No, he hecho un conjuro en la parte del inframundo por si ocurre lo peor que nada salga de ahí. No es fiable cien por cien, pero aguantará un tiempo, siempre que no haya muchos entes que quieran salir, en cuyo caso, podría hacer boom la protección. Es mejor que nada y puede darnos tiempo a pensar algo —dijo Brigit mientras miraba las fotos que le dio Aren —¿Solo hay estas fotos?

—No tenía tiempo para fotografiar el libro entero gordo como una biblia mientras el diácono se aproximaba al despacho —dijo Aren en tono frío.

—Haré lo que pueda, también buscaré información sobre lo que cuentan sobre el grimorio, pero si puedes echarle un ojo, Angelica, hazlo. Puede ser muy útil —dijo Brigit.

—Será mejor que te esmeres en encontrar datos en otro lado. Angelica no se va a quedar sola con ese brujo loco para leer nada —dijo Aren posesivamente.

—Improvisaremos. Veremos qué podemos hacer —dijo Angelica reconduciendo la negativa de Aren—. Estaremos en contacto

Aren se paró antes de seguir a Angelica que ya se dirigía a la puerta.

—Recordad, no somos amigos. Cuando acabe esto, tendréis un tiempo de cortesía para correr, y no os acerquéis por el hotel —dijo Aren amenazadoramente mientras Angelica le cogía de la mano para tirar de él hacia la calle.

Cuando Aren y Angelica salieron de la casa, los tres respiraron profundamente, y Brigit se dejó caer al suelo.

—No sé qué es peor, que la cace o que se case con ella —dijo Nidia hiperventilando.

—Si es una pareja muy siniestra, Arengelica. Tengo la impresión de que no le hemos caído bien al novio —dijo Brigit que se levantó para poner tres vasos con algún licor fuerte—. Es licor de raíz de mandrágora, la necesitaremos.

Brigit repartió los vasos y tomó el suyo dejándose caer de nuevo, esta vez se sentó en un sofá con aspecto de ataúd.

—Nunca pensé que estaría tan cerca de un cazador en mi vida, y además, al final acabara viva, y aun menos que mi mejor amiga se acostara con él.

—Te dije que era guapo —respondió Nidia que comenzaba a recuperar el color.

—Bueno, demasiado vivo para mi gusto, pero espero que Angelica sobreviva a esa locura que le ha dado, porque cuando el cazador se harte de ella... o le cabree más de la cuenta. No es el más paciente de ellos —respondió Brigit que se levantó a ver si las ancianas habían dado una respuesta, pero la sangre seguía de color rojo.

—¿Estas segura de que esos dos se acuestan? —preguntó Nidia.

—¿No es obvio? —apuntó Rafael que comenzaba a recuperar el color.

—Al menos es lo que parece. Si la reina se entera va a querer destripar a Angelica —dijo Nidia mientras Brigit pasaba las imágenes que le dió el cazador—. ¿Algo de interés?

—El sarcófago que había en el almacén, parece estilo sumerio o más antiguo. ¿De dónde lo habrán sacado o para qué?

—¿Cómo ha salido la misión? —preguntó la voz de Goblin interrumpiendo las reflexiones de Brigit.

—El águila ha cazado a los ratones y el aguilucho... En breves palabras, Rafael la ha jodido, nos ha traído al cazador, y si Brigit no le jura que somos

sus mejores amigos, no sé yo cómo habría acabado esto. Tenemos una tregua con el cazador mientras dure la crisis, y Angelica se ha ido con él, estamos muy seguros de que se acuestan juntos —explicó Brigit dejando las imágenes a un lado.

—¿Qué? —preguntó Goblin sorprendido —¿Es que vosotras no podéis buscar novios normales? ¿De esos que te compran palomitas en el cine?

—Yo, personalmente es que me reservo para tí, o para algún vampiro famoso, lo primero que caíga —dijo Brigit con una sonrisa traviesa.

—No bromearía con eso. Yo te puedo suministrar el mejor cibersexo que podrías desear, mejor que el mordisco de un vampiro —contestó Goblin —, pero de momento centrémonos en la misión. ¿Déjamos a Angelica con el cazador psicópata?

—Sí, ni teniendo una forma de deshacernos de él nos convendría. Necesitamos que se encargue del portal, a menos que las ancianas nos den carta blanca.

—Está bien. Mantenedme informado —dijo Goblin desapareciendo del chat común.

Capítulo 16

Tan solo hacía un día que habían llegado a la costa danesa. A Aren le habría gustado llegar cuanto antes al poblado donde vivía su familia para presentarles a la mujer de la que se había enamorado perdidamente. Era una monja, rescatada de un convento amenazado por una serie criaturas malignas dignas del Ragnarok y le había pedido buscar un objeto de poder para ella, tan solo tenía que entrar en una cueva donde decían que habitaba un dragón y buscar lo que le había pedido. Si su amor quería que le trajera el corazón del mismo dragón, él se lo arrancararía y se lo llevaría. Ni siquiera entendía cómo se había enamorado de esa forma tan extraña. Cuando la vio por primera vez su primer impulso fue ponerle unas cadenas y venderla como esclava, pero ella hizo un gesto y él se perdió en sentimiento que no comprendía, si no fuera por lo que el godi le había contado, que estaba destinado a una mujer porque así lo quería la diosa Freya, pensaría que más que cautivado estaba hechizado, literalmente. Había entrado solo en la cueva, no quería exponer a sus hombres y tampoco que se llevaran la gloria por él a los ojos de su amada. Se detuvo en seco al poco de entrar en la cueva con la fugaz luz que desprendía la antorcha que sostenía, unas runas decoraban la estancia. Sabía lo que significaba, el nombre de Freya estaba por todos lados, la misma diosa protegía el lugar y nadie que ella no quisiera podría atravesar esa puerta. Dio dos pasos hacia adentro y tuvo que arrojarse al suelo cuando una llamarada de fuego casi le alcanza, dejando caer la antorcha. Afortunadamente, no se había apagado, la recogió del suelo y se acercó a leer lo que ponía en la pared “Mi madre es la madre de todos, y aquí yace una de sus hijas. Si eres uno de los protectores elegidos por la Diosa podrás entrar y tomar lo que es necesario para restaurar el equilibrio” Aren se encogió de hombros y observó la roca pesada que se interponía en su camino. Ni una docena de hombres fuertes podrían apartarla, pero él no era un hombre normal, era un siervo de Odín. Tomó su escudo y se golpeó una y otra vez hasta sangrar, y entonces, sus ojos se tornaron rojos, perdió el control, y cuando lo recuperó la roca estaba hecha añicos. El mismo se sorprendió por lo ocurrido, no esperaba algo así, sí haberla levantado y apartado, pero no destruido. Observó la antorcha en el suelo aún encendida y la tomó para continuar el camino. No tuvo que recorrer mucho para encontrarse con un ataúd tallado en madera con símbolos más antiguos que las propias runas, si era posible. Levantó la tapa y encontró unos huesos tan pelados que indicaban que ese muerto llevaba en

ese estado mucho más tiempo del que podrían contar los bardos en sus historias. En medio de los huesos reposaba un collar de ámbar con una fina cadena negra. Era muy hermoso y le recordaba el mismo collar de la diosa Freya, que se describía parecido a ese. Rozó una de las cuencas de ámbar del collar y este brillo durante unos breves segundos por su toque, era mágico sin duda, y se activaba con él. Cogió el ataúd entero y lo sacó de la cueva. Cuando salió sus hombres le esperaban junto a las mujeres, muy impresionados por su hazaña. Dejó el ataúd delante de su amada Wilda, como se llamaba.

—Aquí lo tienes, mujer —dijo Aren con un tono de orgullo.

—¿Y el dragón? ¿No nos has traído la cabeza después de que lo mataras? —preguntó uno de sus hombres.

—No había ningún dragón, un conjuro de fuego o una trampa. Posiblemente los que se acercaran pensarían por ello que era el aliento de un dragón —respondió Aren.

Wilda sonrió satisfecha al ver el ataúd y elevó la tapa para mirar lo que había dentro. Al ver el collar sus ojos brillaron en un tono de avaricia y deseo, si las leyendas eran correctas, entre otras propiedades el collar otorgaba el don de que, cuando lo llevara una mujer completamente desnuda, tan solo vestida con él, ningún hombre se podía resistir a sus encantos, pero era lo que contaban los bardos o skalds. La mujer acercó la mano con deseo hacia el objeto y al intentar rozarlo, una chispa estalló haciendo que la mano se le quemara dando un grito de dolor. Aren se acercó preocupado al ver a su amada lastimada.

—¿Te duele? —dijo Aren tomando su mano y buscando un poco de grasa e hierbas para curársela.

—¡Maldita sea! No puedo cogerlo —exclamó Wilda enfadada.

Durante unos segundos Aren sospechó de ella. ¿Por qué la mujer a la que la diosa Freya favorecía y había escogido para él no podía tocar su collar? Podría pensar que ningún humano estaba capacitado y por ello Wilda tampoco, pero no era así, él lo había tocado sin problemas, además, el collar reaccionó ante su roce como si sintonizaran. La observó de nuevo, y seguía enamorado, pero era algo extraño, no provenía de él, es como si no pudiera pensar en otra cosa, ni cuestionar si le gustaba o no. Cuando estaba profundizando en sus recelos y casi comenzaba a enfadarse, su mente volvió a un solo pensamiento, estaba enamorado de Wilda.

—No te preocupes, ya podrás —dijo Aren besándola impetuosamente y

levantándole la falda sin importarle quien mirase.

Wilda se dejó llevar por el vikingo, que apenas lograba mantener el control cuando estaba con ella, aún así, nunca lo perdió por completo, mantenía la razón, lo cual, molestaba a Wilda, porque consideraba su unión incompleta. Aren le dijo una y otra vez que no podía entregarse hasta ese punto, y desconocía el motivo, entonces ella comenzaba con lloros y acusaciones de que no le quería. Aren sabía que debía quererla mucho, porque no habría aguantado ni una décima parte de lo que ella le hacía, a otra mujer. Aren habría podido jurar que en su vida había tenido tanto sexo como desde que conoció a su amada y la trajo hasta la costa danesa, pero, a pesar de ello, sentía que estaba vacío, y que jamás se recuperaría de lo que le estaba haciendo. Siempre, cuando acababa se sentía mal, no le abrazaba con placer o con amor, no disfrutaba de la dicha de un enamorado, pero cuando se daba cuenta de que no estaba bien, un pensamiento le venía a la mente, estaba enamorado, sin nada más que eso.

Iban a celebrar que Aren había vuelto de la cueva con el poderoso objeto antes de volver a casa y anunciar que tenía una esposa. Sacaron un barril de cerveza que habían reservado, cazaron alguna res y prepararon un gran fuego que las mujeres guisaron y condimentaron. Risas, cantos, mucho sexo, Aren ya no sabía ni dónde estaba o por qué, cuando abrió los ojos una vez, estaba con Wilda echada sobre su pecho, a la siguiente vez que los abrió ya no estaba ahí. Había amanecido y se encontraba desnudo, atado con fuertes cadenas que hasta a él inmovilizarían. Miró a un lado y a otro, buscando una explicación a su situación y encontró a sus hombres muertos. Dio un grito que era casi un rugido y sufría una pequeña debilidad, miró su pecho derecho y vio una mancha negra sobre él que le atenazaba como una garra. Wilda se acercó hasta él y quiso darle un beso, pero, a pesar de que en su mente aún tenía la idea de que estaba enamorado, la rechazó escupiéndole en la cara.

—¿Qué habéis hecho, zorras? —preguntó Aren enfadado casi hasta el extremo, tan solo se controlaba porque quería oír lo que tuvieran que decir.

—No te ibas a dejar ni hechizado que te lanzara el conjuro de la garra, y tus hombres no me servían. Tú, en cambio, me eres muy útil, puedes ser mi rey, no puedes negar que tenemos muy buen sexo, mejor que todo el que pudiéramos haber tenido antes —dijo Wilda pensando en la capacidad que tenía Aren de estar en un estado parecido al que le poseía al combatir cuando hacía el amor, lo cual le convertía en un amante extraordinario.

—Sí, yo sé que soy muy bueno, y contigo, gracias a lo que sea con lo que

me hayas encantado, mejor que con ninguna con la que haya estado, pero tú, sin embargo, eres lamentablemente mediocre y aburrida —dijo Aren escupiendo las palabras—. Ni una sola vez me he quedado completamente satisfecho, sino que tenía la sensación de desagrado al acabar, supongo que intuía lo que hacías de algún modo.

—¡Maldito! —gritó Wilda —No me importa lo que pienses, vas a ser mi esclavo, mi perro encadenado, al que usaré cuando me plazca no me importa cómo, aunque tenga que usar todos los conjuros del mundo para que seas dócil y me agrades.

—Eso nunca va a pasar —dijo Aren mirándole con fiereza más enfadado que antes.

Aren intentó tantear cómo de fuerte eran las cadenas. Sabía que cuando entrara en trance nada le detendría, y no le importaría lo que pasara allí. Sus ojos comenzaron a enrojecerse más, y ya no quiso frenar la locura, sencillamente se dejó llevar. En poco segundos, tras llegar al estado de berseker, las cadenas cayeron al suelo, a pesar de la resistencia, incluso mágica de los grilletes y de los conjuros que le habían echado. Wilda se sorprendió y se echó atrás mientras otra, que estaba a su lado y que no fue tan rápida como ella, fue atrapada por Aren. Aren enloquecido la golpeó una y otra vez, mientras la mujer chillaba de terror, hasta caer convertida en una masa sanguinolenta. Luego se giró hacia otra que ya había comenzado a correr junto al resto que estaban corriendo en estampida. No importaba a la velocidad que fueran, el vikingo era más rápido y pronto las alcanzaba repitiendo lo mismo, o algo parecido a lo que hizo con la primera. A veces no se detenía, le arrancaba la cabeza a una que pillaba de sorpresa y la arrojaba para ir a por otra buscando instintivamente a Wilda. Llegó un momento en el que era difícil moverse por el claro, la sangre de las mujeres se mezclaban con la de sus hombres muertos en un río escarlata. Cuando se quedó sin presa, frenó y respiró hondo tratando de recuperar la cordura, durante un par de minutos los ojos pasaron de la normalidad al rojo, como si quisiera continuar en ese estado, hasta que se normalizó por completo. Buscó desesperado el cadáver de Wilda, pero sabía que no la había atrapado, no recordaba en su estado de locura haberla visto siquiera. Había escapado seguramente. Grito de rabia y golpeó una pared con el puño hasta que se le rompieron los nudillos, luego se dejó caer al suelo desesperado, junto a sus hombres y familiares muertos cerca suya. Cuando pasaron varias horas sin dar señales de vida se levantó y tomó el ataúd con los huesos y el collar y

comenzó a andar.

Mary Betila observó de nuevo al hombre que había en la cama. Era rubio, muy rubio, de ojos claros y como todos, se parecía asombrosamente a Aren, pero en el fondo, y se notaba en lo fundamental, no lo era, por eso yacía muerto. Nunca iba a poder quitarse de la cabeza al vikingo, le había envenenado dándole algo que jamás podría repetir con ningún otro, y desde entonces, sus relaciones sentimentales o sexuales se habían tornado casi desesperadas. Daría casi cualquier cosa por tener a Aren encadenado en su habitación, repleto de conjuros para que no escapara a su entera disposición, pero el maldito cazador era inmune a la magia o los sortilegios en su estado de berseker, tan solo pensaba en matar. Ahora tenía que concentrarse en otro asunto, el tema del que había hablado con el diácono de Milán, Benedicto. Le había hecho un encargo y esperaba que lo cumpliera, con un poco de suerte podría librarse de las ancianas y de cuántos le estorbaran, si salía bien.

Se acercó de nuevo al muerto, una vez lo había mirado muchas veces ya no se le parecía tanto a Aren, lo cual, le hacía enfadar más, hasta su hijo Bram se parecía más a Aren, pero claro, al padre de Bram lo eligió por el mismo motivo por el que eligió a todos. Bram le desafió desde niño, debió haberlo matado hace mucho tiempo, y de haberse parecido más a Aren habrían hecho otra cosa antes de que lo matara. Debía quitarse la obsesión por el cazador de la cabeza, pero no podía. Cuando este actuaba y sabían que había sido él quién había desarticulado algo, o matado a los suyos, ella iba a ver, aunque ya no estuviera allí, deseaba saber todo, seguir su pista, y siempre acababa enfadada por la cantidad de mujeres con las que tenía sexo, o por el desprecio mezclado con odio que sentía por ella. Se quitó el pensamiento de Aren de la cabeza, siempre le pasaba cuando tenía una relación con un hombre y acababa tan mal como esta vez. Tenía que concentrarse en todos sus planes, incluso la boda de su hijo. Necesitaba contar con el apoyo de algún erudito, ahora que estaba a punto de conseguir uno de sus objetivos, pero esos frikies pasaban de todo, hasta de ella, y no podía hacerles nada o se pondrían todos sensibles y se negarían a colaborar. No podía destruir un clan entero, menos el de ellos, tan importante para el aquelarre, aparte de lo que opinaran las viejas del subterráneo. Benedicto dijo que estaba allí Angelica dispuesta a colaborar. Parecía que había cazado a un millonario guapo y tonto. No es que le pegara alguien así, más dispuesto a jugar al pádel que a leer un libro, pero parece que los polos opuestos se atraen. Ella tendría que dar su aprobación a esa relación, dado que influiría en el aquelarre y ella era la

reina que todo lo decidía.

Tenía que ir a ver a las ancianas, necesitaba saber que no sospechaban sus intenciones, simular normalidad, aunque esas viejas solían estar al corriente de casi todo sin moverse del lugar donde estaban, a ella le costaba esconderles lo que quería. Abandonó su habitación, ya habría otro que limpiara el problema y se dirigió hacia el ascensor. Todos los edificios donde ella vivía tenían una planta que daba al subterráneo, le dio a la planta menos cinco con un poco de miedo, sentía que podían descubrir sus planes antes de tiempo en cualquier momento. Cuando llegó a la planta respiró profundamente, se paró unos instantes y salió del ascensor a un lugar muy oscuro. Sus pies estaban inseguros, no era la primera vez que pisaba una alimaña o algo peor que no deseaba saber qué era, en ese lugar. Se adentró un poco esperando que alguna le hablara desde la oscuridad absoluta, pero estaban silenciosas. Generalmente, ya le habría saludado a su manera retorcida o buscando una forma de molestarla y herirla. Mary controló el miedo, quizás lo sabían todo y le exigirían que se presentara como sacrificio a la diosa. La oscuridad y el silencio absolutos se apoderaron de su cordura comenzando a sentir presencias extrañas, el miedo aumentó, por un instante estuvo a punto de salir corriendo hasta el ascensor, pero ni siquiera sabía dónde estaba este, había perdido toda noción de la realidad. Jadeó y pensó en correr hacia cualquier lado y entonces escuchó muchas risas a su alrededor.

—Muchacha, ¿qué tienes que esconder que tiembles como un cervatillo asustado? Tú no ves aquí, pero nosotras sin ojos lo vemos todo —dijo una de las ancianas haciendo que Mary tuviera más miedo—. No te hemos llamado, ¿a qué vienes?

—¿A preguntarnos que le vas a regalar a Aren para su boda? No creo que te invite —dijo otra anciana disfrutando atormentando a Mary.

—¿Qué? —logró decir Mary recuperando la compostura, incluso enfadándose un poco.

—¿No lo sabes? —preguntó la primera voz —Tu cazador ha encontrado a su bruja y está profundamente enamorado. Enamorado de verdad, no afectado por un conjuro mal hecho que tú le lanzaste para que te montara como un salvaje.

—Eso no puede ser —atinó a decir Mary—. Vi su collar, el de su bruja, es una bruja oscura, y ninguno de los cazadores hablaría con una de nosotras, mucho menos confraternizaría esta ese punto.

—¡Vaya! —exclamó una nueva voz —Es verdad, que tú te probaste ese

collar con la esperanza de ser su chica y te rechazó, el collar, me refiero, aunque él también lo hizo.

Mary comenzaba a sentirse abochornada, no esperaba que las ancianas supieran esos datos sobre ella, ni que se lo arrojaran como si fuera un puñal al corazón, o que le mintieran sobre que Aren se había enamorado.

—¡Dejad de jugar conmigo! —casi les gritó Mary enfadada —Si eso ocurriese con una de mis brujas lo sabría, ellas me son todas fieles. Y no he percibido que le hayan quitado la garra, su energía sigue siendo mía.

—Pequeña pervertida, así que en secreto tomas la energía del cazador en tus momentos “íntimos”. Si él lo supiera te mataría, bueno, lo hará igualmente si te tiene a mano.

—Todas no te son fieles, algunas lo son a la Diosa oscura —dijo otra voz de anciana—. A la que tú deberías servir antes que a ti misma. Es obvio que la bruja es más lista que tú y ha decidido no dejarse ver antes de tiempo quitándole la garra, pero créeme que sabe cómo hacerlo, lo piensa hacer, y ya se ha acostado con Aren repetidas veces. Ahora mismo duermen juntos, precisamente.

—No tiene sentido. Si se ha ido con el cazador no tendría nada de qué temer, este la protegería —dijo Mary molesta.

—No sabemos, pero dinos, ¿a qué has venido? —dijo una de las ancianas con la que estaba hablando.

—Quería saber qué pasó con la bruja blanca que buscábamos en aquel pueblo de palurdos de España —dijo Mary en tono exigente.

—¿Qué bruja blanca? No era una bruja blanca, era una roja y ya debes saber que el Inquisidor no tiene tu garra, era su bruja. La encontró antes que tú en el pueblo, y aunque Ezequiel parece inmune a todo tipo de mujeres parece que no lo es a su bruja. La otra roja ya la conoces, es la que va matando a tus brujos y te los va dejando de advertencia. ¿Aún no la has cazado antes de que te deje más muertos? Creo que quiere competir con los cazadores a ver quién te hace un destrozo mayor.

—Debería preocuparos a vosotras también, no solo es mi aquelarre, también el vuestro. Si sabéis algo deberíais decirlo —les recriminó Mary.

—Deberíamos sí. Ya han aparecido las dos rojas y una de las oscuras se ha manifestado. Vas contrarreloj, y ni siquiera tienes la energía del quinto cazador, con lo que no podrás enfrentarte a ellos y manejarlos.

—Sí, no te sorprendas, sabemos eso, tus pretensiones —dijo otra anciana—. Si tienes la energía de los cinco cazadores puedes anularlos a todos

dejando a las brujas indefensas, pero te falta uno. Qué misterio. ¿Dónde estará? Ya debería haber aparecido. Te vuelves más torpe con los años, antes los cazabas al vuelo, ahora te cazan ellos a ti.

—¡Maldita sea! Si sabéis donde está decídmelo de una vez —gritó Mary desesperada.

—Ya nos aburres. Márchate ahora —dijo una de las ancianas sin dar opción.

Capítulo 17

Angelica dio un grito y se incorporó en la cama. Aren encendió la luz y la miró preocupado. Habían dormido poco en estos días, entre el estrés de conocerse y luego teniendo sus pequeños esgarces de amor. Angelica estaba helada con los ojos muy abiertos en la cama, Aren no sabía interpretar si estaba asustada o sorprendida, así que la abrazó y le dio un beso.

—¿Qué te pasa? —preguntó Aren preocupado acariciándola.

—Estaba en la oscuridad más absoluta, pero no tenía miedo. No estaba sola, algunas más estaban allí.

—¿Quiénes? —preguntó Aren preocupado aún.

—Las ancianas —dijo Angelica casi en un susurro—. Son siervas de la diosa oscura y no están de acuerdo con la corrupción, ellas pueden contrariar a la reina sin que pase nada. Sabían quién era Violeta y me mandaron a ayudarla, no la delataron.

—¿Y por qué no destituyen a la reina?

—Porque no pueden. La reina es la más apta, es la ley del más fuerte la que seguimos, y conformé se comenzó a alimentar de vuestra energía y de las blancas que eliminaba, se fue haciendo tan fuerte que desafiarla por el poder del aquelarre se convirtió en un suicidio. Hace siglos que nadie lo hace. Tiene que caer ella sola —dijo Angelica abrazándose plácidamente a Aren mientras hablaba—. Esto no fue un sueño, yo estaba ahí de verdad, como si hubiera sido invocada.

—¿Esas son las ancianas de las que hablaban tus amigos? ¿A las que le hicieron la pregunta de si nos podían ayudar en contra de la voluntad de la reina? Aunque sinceramente, su ayuda me da igual, tampoco he pedido ayuda a los míos ni les he informado de nada.

—Dime una cosa, ¿hay un quinto cazador? —preguntó Angelica sorprendiendo a Aren.

—No sé de qué me hablas —dijo Aren sin más.

—¿No confías aún en mí? —preguntó Angelica indignada.

—Claro que sí, pero si existiera más cazadores a lo mejor no querían que les delatasen o que lo contase a nadie, ¿no crees?

Angelica se giró y se sentó encima del cazador apoyando las manos en sus hombros para mirarle a la cara en un intento de saber si mentía.

—Si ese cazador existiera, no debe, de ninguna forma, acercarse a la reina oscura. Si tuviera su energía estábamos todos nosotros muertos. Acabaría con

cada una de nosotras sin que lo pudierais evitar, con Violeta, la roja, conmigo.

—Para, ¿ya has hilado lo que pasa entre nosotros? No solo entre tú y yo.

—¿Tú lo sabías y no se lo dijiste a nadie? —preguntó Angelica que le miraba como si estuviera a punto de morderle.

—Até cabos en cuanto contaste lo de los cinco protectores de las cinco brujas. Sabía que Ezequiel... —dijo Aren frenándose al darse cuenta de que iba a contarle lo de Violeta y Ezequiel.

—Ezequiel ya no tiene la garra de la bruja, lo dijeron en la reunión. Esa información se la arrojaron a la reina, también que tú habías encontrado a tu bruja y te acostabas con ella, pero que no te había quitado la garra porque no quería llamar la atención, todo eso le dijeron a la reina, y está me habría torturado de mil maneras por acostarme contigo, parece que te cree suyo.

—¿Todo eso le soltaron y tú estabas de alguna forma mística ahí en medio escuchando? —preguntó Aren perplejo.

—Sí, y no sé por qué, ni me atrevía a hablar por si me mataban por espiarlas o algo peor. Yo no fui a propósito, es como si me hubieran invocado.

—¿Qué más le contaron a Wilda?

—¿Wilda? —se sorprendió Angelica por el nombre.

—Así se hizo llamar esa alimaña cuando me conoció.

—Le preguntaron por el quinto cazador, ella lo sabe, sabe que existe y lo busca. Dijeron que había un ritual o conjuro, por el que si tenía la energía de los cinco cazadores, podía anular a todos, o a lo mejor manejarlos a su antojo. No puede, Aren, no puede acercarse a ella, nunca —dijo Angelica categóricamente.

—Eso va a ser imposible porque es su hijo —confesó Aren finalmente, acariciando la mano de la mujer.

—¡Bram Betila! —casi gritó Angelica —Eso no es posible. Él trabaja para su madre, es uno de sus perritos falderos.

—Pues parece que no tanto. Créeme, cuando yo me enteré estuve a punto de matarlo por ser hijo de quién es, pero parece que le odia casi más que yo, bueno no exageremos, le odia mucho, pero no como yo.

—No puede quedarse ahí, debe escapar del aquelarre —dijo Angelica exaltada.

—Eso no es posible, le necesitamos de espía dentro. Queremos matar a la reina —explicó Aren.

—Si necesitáis una espía puedo ser yo. No tengo por qué quitarte ahora la garra, seré vuestros ojos, vuestros oídos...

—Eso no va a pasar nunca, Angelica. Tú no te vas a separar de mí jamás y cuando acabemos esta misión, si no la abortamos ya, desaparecerás de este aquelarre para siempre —sentenció Aren.

—¿Pero qué dices? No podemos abortar la misión, y no solo por el bebé, ya escuchaste a Brigit, lo que puede pasar es muy grave.

—Sí, y esa loca de reina tuya sabe que existes, y te quiere muerta o algo peor, porque me importas. Ahora eres mi punto débil. No puedo perderte de vista, y no descansaré hasta que Wilda esté muerta.

—Ese collar, el místico, te pertenece a ti, posiblemente por eso lo obtuviste. Ella pensó que podía ponérselo porque era tu bruja y se llevó un gran chasco cuando el collar la rechazó. Está obsesionada contigo, no entiendo por qué.

—¿Qué tú no entiendes por qué? Yo te lo voy a explicar ahora —dijo Aren en un tono de broma mientras metía su mano para acariciar la pierna de Angelica y la besaba.

Aren se dio la vuelta colocándola a ella bajo él con cuidado mientras la besaba tiernamente por el cuello y bajaba mientras su mano inspeccionaba su cuerpo como si estudiara una obra de arte. Angelica sofocó un suspiro de placer mientras el cazador tocaba los puntos sensibles de ella. El hombre aprendía muy rápido todo lo que le gustaba y sus siglos de experiencia se dejaban notar en cada movimiento. Mientras le hacía el amor de manera consciente, sin dejarse llevar por la pasión desenfrenada, entendió por qué cualquier mujer que hubiera estado con el vikingo la quería muerta, era un gran amante, y lo sabía. Ahora estaba sobre ella atediando todas sus necesidades y era suyo. Ya no era el cazador y ella la presa, ahora eran amantes, y si no estaba equivocada con lo del ritual de la luna roja, lo eran desde antes de nacer, predestinados. Cuando le quitara la garra de la bruja su unión sería completa, y nada, ni nadie, los podría separar.

Angelica cayó agotada sobre Aren y recorrió las runas que estaban tatuadas en su brazo con un dedo.

—Tengo miedo, Aren —confesó Angelica mientras le acariciaba—. Lo tengo desde que me llamaron las ancianas por primera vez y me mandaron ayudar a Violeta, luego, cuando vi al Inquisidor negro. No dormía pensando que me atraparía y jugaría con mi mente hasta volverme loca. Debí haberme quedado a ayudar a Violeta, pero me ordenaron que me fuera, y la dejé con el

cazador. Y aquí no acabaron mis problemas. Ahora voy a enfrentarme a todo mi aquelarre pero es lo que debo hacer. No sabría decirte en qué momento he estado más aterrada.

—Estaría feliz si te fueras de Milán a un lugar seguro y me dejaras a mí acabar esto. No necesitas pasar miedo —dijo Aren mientras la abrazaba.

—No acabarás la misión, ni te dejarán entrar sin mí, y yo, no te dejaría solo —afirmó Angelica con una sonrisa.

Aren soltó una larga carcajada y le dio un beso.

—Yo puedo hacer esto solo. No necesito exponerte, es más, ahora eres mi punto débil, te prefiero en otro lado.

—Eres inmortal, pero la muerte no es lo peor que te puede ocurrir. Te pueden aprisionar, perder en el abismo del inframundo, colarte algún conjuro que te obligara a hacer lo que no quisieras. Yo también puedo protegerte de la magia y mis conocimientos pueden ser de ayuda. No puedo perderte.

—No seas dramática, no me vas a perder. Acabarás queriéndome muerto con el tiempo, pero eso es porque hago chistes muy malos —contestó Aren mientras le seguía acariciando el cabello enredando sus dedos.

—No me has dicho qué encontraste en el almacén del aquelarre —le recordó Angelica que permanecía sobre él.

—Dos golems que custodiaban el sitio, los destruí. Dentro había un sarcófago de piedra vacío, unas cajas de embalaje con utensilios para rituales y un cofre con mechones de pelo, demasiado sospechoso para dejarlo ahí, así que me lo traje.

—¿Un cofre con mechones? —preguntó Angelica pensativa.

—¿Sabes para qué pueden quererlo?

—Por la naturaleza del ritual, supongo que son una ofrenda de almas. Las matan y las atan a una parte del cuerpo, como el cabello, las uñas, la sangre.

—¿A quién pagan? —preguntó Aren con curiosidad.

—Los que piden almas son los demonios, ¿cuántos mechones diferente de pelo había?

—Muchos —aseguró Aren que trató en un principio de calcular

—¿A quién van a darle eso? —preguntó Angelica que no sabía quién podía requerir todos esos sacrificios.

—Si no lo sabes tú...

—Benedicto quiere que vaya esta tarde a repasar el ritual y todos los detalles antes de que comience.

—¿Tú sola? —preguntó Aren alarmado.

—Es la idea. Dice que tú te aburrirás mucho, que seguro que tienes negocios que atender.

—Pues llámale y dile que no tengo nada más importante que atender a mi chica. Iré aunque me vaya a aburrir, pero a lo mejor no me aburro si llevas el vestido de anoche.

—Pues tendrás que vestirme para llevarme —dijo Angelica que se puso de pie para irse a la ducha.

Capítulo 18.

Aren observaba la llegada de todos los brujos que iban a realizar el ritual. El día había sido largo, horas en las que Angelica y Benedicto había acordado cómo realizar el ritual. Él tan solo se sentó cerca a escuchar los deportes, no es que le interesaran mucho, pero debía mantener su actual fachada. A veces, ponía la radio más alta de la cuenta, no sabía si porque había cogido gusto en molestar a Benedicto por sus pretensiones con Angelica, o porque le interesaba que le subestimara, al menos hasta que lo matara. Angelica le contó más tarde que trató de equivocarse todo lo posible para entorpecer el ritual, pero en su gran mayoría, lo que sabía sobre el ritual, antes de que ella le ayudara era suficiente para realizarlo con éxito. Aren siempre supo que esto acabaría en una fiesta sangrienta, pero esta vez con Angelica, prefería ser sumamente cuidadoso. Angelica estuvo todo el día pendiente del móvil, espera que le llamara su amiga Brigit en cualquier momento para decirle que las ancianas habían aceptado que les ayudaran. A él esa opción le daba igual, opinaba que cuanto menos gente hubiera en la misión, menos posibilidades había de que saliera mal porque alguno metiera la pata, especialmente en ese grupo de inexpertos. Tomó dos copas de champan y le dio una a Angelica. El vestuario en esta ocasión era menos festivo que en la anterior fiesta, unas túnicas negras que indicaban el rango y la casta del que la llevaba. Alguna vez había tenido que ponerse una de esas túnicas para infiltrarse en alguna misión, pero su determinación por pasar desapercibido no solía durar mucho, las misiones que le solía dar Jacques, el líder de los cazadores, eran muy directas y violentas, como a él le gustaban. Miró de nuevo el sistema de seguridad, casi inexistente, confiaban demasiado en la magia, grave error para frenarle a él en un estado de frenesí absoluto. Podía haber comenzado la fiesta ya y evitar que abrieran la puerta dejando el ritual sin participantes, pero sentenciaría a un bebé a muerte, deberían esperar a que lo trajeran para poder cogerlo, matar a todos antes de que abrieran nada e irse con la chica y el bebé dejando una estela de sangre a su espalda. A Aren siempre le había gustado los planes simples, cosa que no podía decir de su amor, que estuvo una hora haciendo planes sobre la mesa usando cacahuets simulando mobiliario o personas. No le prestó mucha atención, ¿qué sabría ella sobre misiones contra su propio aquelarre? Ella tan solo debía hacer en todo momento lo que él le dijera, entre otros motivos porque hace siglos que se dio cuenta de que los planes nunca salían como se planeaban, al final, había que

ajustarse a las circunstancias, confiar en la suerte y en la fuerza bruta, y él, nunca había dejado una misión sin acabar, de hecho, le solían acusar de no dejar testigos para interrogarlos.

Bebió de su copa y observó a una taciturna Angelica. Tenía miedo y él con gusto la habría dejado en el hotel rodeada de todo tipo de protecciones, pero temía que escapara y se metiera en un lío, a su lado al menos la podía proteger. El otro problema que tenía precisamente era ese, le desconcentraba demasiado, por muchísimos motivos a parte de prestarle atención por su seguridad, también estaba el detalle de su vestimenta, no debió haberle elegido ese vestido, porque además no era el único que la miraba y tenía ganas de golpearles antes de tiempo. Afortunadamente, en breve todos irían con esas túnicas tan pasadas de moda que no sabía si los brujos llegaban en coches o en escobas. Aun era temprano, hasta media noche les quedaban unas cuantas horas para beber, comer canapés o cenar. Renata y su padre también estaban en la reunión, hacía poco que iniciaron a Renata en la secta y pretendía que entendiera de qué iba todo. El encuentro fue bastante frío, especialmente con Angelica, él simplemente se dedicó a saludar y a hablar con el padre de negocios ignorando a la hija. De los hombres de negocios adinerados no tuvieron que presentarles a nadie, él ya les conocía, pero sí a algunos brujos propiamente dicho. Infiltrarse dentro de las filas del aquelarre sin Angelica habría sido imposible, ya lo intentaron en un pasado y el resultado fue que mataban rápidamente a sus espías, daba igual lo preparado que los mandaran, en esta ocasión, confiaban en que una erudita como Angelica supiera todo de su novio, incluso lo tuviera controlado mágicamente. Nunca había estado en una posición tan buena para hacer estragos en las líneas del enemigo, pero no la podía mantener por mucho tiempo sin que al final descubrieran quién era. Angelica recibía muchas atenciones, tanto de los adinerados de confianza del aquelarre que suministraban recursos al mismo, como de los brujos. La posición y la reputación era muy importante, y Angelica tenía una muy buena, lo que facilitaba cualquier movimiento, tenían amplio acceso a casi todo.

A la hora de estar en la fiesta, cuando aún no habían servido la cena, se vio un pequeño revuelo, los brujos salían y entraban tratando de mantener la apariencia de normalidad, pero tanto la cara de preocupación como el nerviosismo les delataba. Angelica se pegó a él y le indicó que se acercara para susurrarle.

—Déjame ir a ver qué pasa, no me alejaré mucho —le pidió Angelica a

Aren.

—Ni hablar, voy contigo —dijo Aren en una rotunda negativa.

—Si vienes no hablarán y no me enteraré de lo que pasa. Quédate ahí, yo estaré siempre a tu vista.

Aren dudó un poco, pero ¿qué podía pasar? Si estaba en peligro llenaría la sala de cadáveres y saldría de ahí con ella. La miró, le dio un beso y asintió levemente.

—Ten cuidado, si te ves en peligro grita y yo iré —le recomendó Aren.

—No seas tan exagerado. Recuerda que me he criado en este ambiente.

—No me lo recuerdes. Enamorarme de una bruja y encima tan ñoña —dijo Aren en un tono de broma.

—Lo dijo el vikingo sangriento que decora las paredes de rojo.

Aren le dio un largo beso para callarla y luego se acercó a su oído para darle un beso y susurrarle.

—Cuidado con lo que dices aquí. No importa que creas que controlas el sistema mágico o lo que sea, nunca se sabe si te puede escuchar alguien y no quiero decorar las paredes antes de tiempo.

Angelica asintió y se alejó de él tras separarse de su abrazo, le echó un último vistazo mientras se distanciaba. Era realmente guapo, siempre se lo pareció, pero cuando lo conoció era como la belleza del dios de la guerra, uno la admiraba pero sabía que si te acercabas morías. Cuando le mandó el mensaje en el espejo y sintió ese miedo tan paralizante, que un cazador te atendiera personalmente era como si el monstruo de una película de terror o una pesadilla se fijara en ti, creyó que sus días estaban contado y se imaginó a un cazador con millones de cicatrices, sin ojo, y con un aspecto acorde terrible. No es que no hubiera escuchado esas historias sobre que la reina estaba encaprichada con el vikingo, pero era difícil imaginarse la representación del miedo como hermoso. Cuando le vio sentado en el lugar donde habían quedado la primera vez casi pierde la cabeza por él, había algo más que resultarle atractivo, algo que estaba en su mente, sus sueños y era real. Si alguien, cuando leyó el mensaje en el espejo, le hubiera dicho que acabarían los dos enamorados se habría reído con ganas, pero nadie le contó ningún chiste mientras estaba tirada en el suelo presa del terror. Ahora, ya, no podía vivir sin su cazador, y con ese smoking estaba tan guapo que le costaba no buscar un rincón lejos.

Se acercó al lugar donde Benedicto hablaba con otros brujos, trataban de simular normalidad pero era evidente que había tensión en la conversación.

Ella llevaba tiempo observando el lugar con intenciones de buscar vías de escape, sabía que esa era la función de Aren, pero no podía evitar sentir inseguridad. Si tuviera que decidir cómo salir de ahí por sí misma no sabría ni por dónde empezar, así que tan solo se limitaba a observar la decoración recargada de la casa capitular, o la enorme lámpara que colgaba sobre ellos con pequeños cristallitos colgando a modo de lágrimas que hacía que los colores se reflejaran en ellas. Apartó la mirada y dejó de tratar de buscar salidas propicias, tan solo desechó el miedo y se acercó al grupo con paso decidido

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo raro? —preguntó Angelica que ya estaba a la altura del grupo.

—Ha ocurrido algo terrible —respondió Benedicto cuyo atuendo correspondía a la túnica ritual que iban a usar—. La mujer que cuidaba el niño, Marcela, se ha fugado con él. Si no aparece no podré arrancarle el corazón.

—¿Cómo ha podido escapar? —continuó Angelica con las indagaciones—. Hay protecciones en la casa.

—No creo que haya escapado, debe estar escondida. Tenía ciertos privilegios con las defensas mágicas por su labor, pero no como para poder salir sin que lo sepamos —dijo uno de los hombres encargados de la seguridad.

—¿Y nadie más le ha ayudado? —continuó Angelica.

—No sabemos nada —dijo Benedicto —No aún.

—¿Puedo hacer algo por ayudar?

—Tú conoces bien las defensas, puedes intentar averiguar cuales ha esquivado, o dónde ha podido ser —le encomendó Benedicto.

—Bien, me llevaré a Harold e intentaremos encontrarla.

—No entiendo esa relación tuya con ese hombre tan superficial sin conocimientos a tu altura —dijo Benedicto a modo de queja.

—El amor es ciego —sentenció Angelica con una sonrisa cautelosa.

—Sabes que nuestra reina querrá saber sobre él, después de todo eres una de nuestras más prestigiosas eruditas.

—Tú ya lo has visto y le has calado muy bien. No hay más que lo que se ve, es muy transparente.

—Demasiado para que tu relación con él dure. Deberías pensártelo mejor antes de tomar una decisión como casarte, ¿cuánto hace que le conoces? ¿Unos días? No te negaré que uno de los motivos que tenemos dentro del

aquelarre es el dinero, y él lo tiene en gran cantidad, pero tú mereces algo mejor —concluyó Benedicto de hablar refiriéndose a él mismo como “algo mejor!

—Lo pensaré —dijo Angelica sin ánimo de comenzar una discusión sobre ese tema y alejándose del grupo hacia Aren.

El ambiente en el lugar era extraño, con la situación en la que se encontraba la gente se dividía en grupos y diversos corrillos hablaban de sus cosas, algunos ajenos a la pequeña crisis a la que se enfrentaban, y otros, tratando de resolverla. Aren estaba solo sin quitar el ojo de Angelica, se había tomado muy en serio su protección y pretendía no alejarse de ella, ni por medio segundo. Cuando Angelica llegó a su altura, el cazador estaba sirviéndose otra copa.

—¿Qué pasa? —preguntó Aren cuando llegó a su lado.

Ella tomó otra copa que no pensaba beberse y se acercó al oído de Aren con la excusa de besarle para contarle las novedades.

—Una de las mujeres que cuidaba al niño ha desaparecido con él —explicó Angelica.

—¿Se ha ido?

—No creo, conozco bien esas protecciones y si el niño tiene un sello que active la seguridad no podrá salir de la puerta. Debe estar escondida esperando una buena ocasión. Supongo que se ha echado atrás en un ataque de remordimientos.

—No lo creo, conozco bien a toda esta basura, rara vez actúan altruistamente. Posiblemente trabaje para un rival de Benedicto, o algún enemigo, o conoce a algún postor que quiera el niño por el motivo que sea, al fin y al cabo es un niño “puro”

—Gracias por tu observación sobre los que pertenecemos al aquelarre —dijo Angelica indignada lanzándole una mirada enojada.

—Sabes, cariño, que no me refiero a ti, o a tus amigos —se excusó Aren dándole un beso tierno.

—Olvídalo. Si ha escapado nos viene bien, la podemos encontrar antes que ellos facilitándonos así la misión.

—¿Tienes alguna idea de por dónde buscar?

—No, pero me han pedido que lo haga por mis conocimientos de las protecciones del lugar, lo cual nos da carta blanca para movernos por el sitio sin llamar la atención —explicó Angelica aún pegada a él para hablar en tono bajo.

—En ese caso busquemos, y si los encontramos, mandamos a la mujer y al niño a un lugar seguro, tú te vuelves al hotel y yo acabo la misión — sugirió Aren dejando entrever que lo de concluir la misión consistía en no dejar vivo a nadie de ese lugar.

—Yo no me voy a ir sin ti. No es negociable.

—Lo que no vas a hacer es joderme la misión porque tenga que andar de niñera contigo, incluso cuidando de no hacerte daño si pierdo el control — dijo Aren en un tono duro.

—¿Crees que no puedo ser útil o que no me puedo defender? —preguntó Angelica indignada.

—Estoy seguro de que eres perfectamente capaz de eso y mucho más, pero yo no si estás ahí. Estaría demasiado ocupado salvándote o preocupándome por ti.

—Primero encontrémosla, y luego veremos qué pasa.

Angelica tomó a Aren y se acercó a preguntar a uno de los brujos por la habitación del niño. Recorrió varias estancias dándose cuenta de que el lugar era mucho más amplio de lo que en un principio pensaba. La habitación del niño estaba oculta dentro de la casa. Cuando entraron no encontraron mucha diferencia entre el cuarto de un bebé de una familia normal con este: una cuna con un carrillón, el papel celeste, algunos peluches y juegos repartidos por la habitación, pareciera que más que sacrificarlo le iban a mimar y convertir en un niño consentido. Angelica se dedicó a mirar las protecciones mágicas para averiguar cuáles de ellas habían sido anuladas y en qué momento, mientras Aren rebuscaba entre las cosas investigando rastros más mundanos.

—¿No le has preguntado quién podría ser su enemigo? —preguntó Aren mientras miraba por todos lados.

—¿Su enemigo?

—¿Crees realmente que a una bruja le iba a dar un ataque de remordimientos, coger al niño, y sin ningún plan específico escapar con él? Una bruja no haría nada así sin un plan de escape, o ayuda externa.

—Comprendo tu punto de vista. No tengo ni idea sobre qué puede haber pasado con ella, a lo mejor no tiene ni plan ni ayuda, sencillamente intentó escapar y no pensó las consecuencias —dijo Angelica mientras se concentraba en las protecciones.

—No sé cómo siendo tan ingenua has sobrevivido tanto tiempo en este aquelarre —opinó Aren.

Aren cerró los ojos un instante y algunas partes del suelo comenzaron a

brillar. Angelica le observó detenidamente, nunca le había visto realmente usar uno de sus poderes de cazador, sentía curiosidad por estudiar este tipo de dones, pero cuando se dio cuenta de las consecuencias casi pega un salto.

—¿Estás loco? ¿Podrían vernos o detectarnos de alguna forma?

—¿Tú lo habrías hecho si no me llegas a ver? —preguntó Aren sin perder la concentración en lo que hacía.

—No, realmente no —confesó Angelica dándose cuenta de que su poder no había dejado ninguna impronta, rastro, o señal que evidenciara que lo estaba usando.

Aren comenzó a coger los objetos y las cosas que habían brillado en un poco de tiempo puso sobre una mesa lo que parecía restos de cabellos, cenizas, un par de juguetes.

—Estos son los restos más recientes: los últimos juguetes que cogió el bebé, ese pelo podría ser útil, es de la niñera. Esas cenizas estaban en la chimenea y eran de un papel o algo similar, a lo mejor tienes un conjuro de los tuyos para reconstruirlo.

Angelica asintió y se acercó primero a las cenizas. Trazó varios símbolos arcanos y pronunció algunas palabras en latín haciendo que un papel fantasmal apareciera donde estaban las cenizas. Observó asombrada a Aren.

—¿Cómo has cogido toda la ceniza que exactamente era parte de la carta? Se ha formado entera, si yo hubiera tratado de rehacer toda la ceniza que había en la chimenea habría parecido un galimatías de cosas sin sentido.

—Porque brillaba. Solo he recogido lo que brilla, es otro don.

Angelica miró la carta fantasmal y comenzó a leerla en alto para que Aren la escuchara también.

—Si no puedes matar al niño para evitar que Benedicto se haga con ese poder que a ninguno nos conviene que tome, espera al momento adecuado, te avisaré, tan solo escóndete donde acordamos y yo me encargaré de todo. Enviaré un kasisín que haga el trabajo y te sacaré de ahí —leyó Angelica interrumpiendo brevemente—. Un kasín es...

—Sé lo que es un kasisín. Los asesinos de tu aquelarre, pueden ser contratados para diversos trabajos; de guardaespaldas, para matar a alguien, lo que sea que se te ocurra, incluso follártelos creo, tan solo necesitas mucho dinero, y no se casan con nadie, tan solo con quienes les pagan. Yo destruí uno de los centros que los kasisines tienen en Israel. Son buenos contrincantes, si no hubiera entrado en mi estado de berseker habría tenido muchos problemas.

—Sí, y eso es lo que es vuestro nuevo amigo cazador, Bram —dijo Angelica.

—¿En serio? —preguntó Aren con sorpresa.

—Su madre quería un kasisín de confianza y envió a Bram con apenas cuatro años a la torre de los buitres, como le llaman a la sede de los kasisines. Allí no basta con que sea hijo de quien era; le arrojaron sin piedad a vivir entre los perros durante mucho tiempo, disputándose con ellos la comida. Cuando Bram los mató a todos y se los comió, lo aceptaron. Ser hijo de la reina tan solo provocó que la prueba para entrar fuera más jodida.

—Y parecía muy blandito y delicado cuando le vi —opinó Aren mientras miraba la carta fantasmal que Angelica tenía en las manos.

—Que no te engañe esa cara bonita. A muchos kasisines les gusta que les infravaloren. Son una secta secreta, yo ni siquiera debería saber que Bram lo es, pero las ancianas me lo contaron. Su madre lo envió a España, tras pagarle una fortuna, los kasisines no entiendes de lealtades en ese aspecto, para que matara a Violeta. Y si no lo ha hecho aún es porque, o bien espera su oportunidad manteniendo su perfil bajo, o por algún motivo ha decidido anular el contrato con su madre. Creo que ha tenido muchos momentos oportunos para matarla, así que ha debido anular el contrato.

—¿Y por qué no me has contado esto antes? —preguntó Aren enfadado —Violeta podría estar en peligro.

—Porque si la quisiera muerta ya lo estaría, con o sin Inquisidor negro.

—Da igual, estas cosas debes contármelas —se reafirmó Aren muy molesto.

—Pensé que siendo un cazador lo habría contado —se defendió Angelica que tuvo que esforzarse por mantener el conjuro sobre el papel fantasmal para que no desapareciera.

—No me pareció tan peligroso, de hecho, según me contó Arnau se enfrentó a la bruja roja que te amenazó y sigue viva.

—Si sigue viva es porque nadie ha pagado a Bram por matarla y lo encuentra un desperdicio, especialmente cuando está cazando gente del aquelarre, es cuestión de tiempo que alguien decida pagar una fuerte suma de dinero para acabar con ella a un kasisín. Él no la va a matar gratis cuando existe la posibilidad de que le acaben pagando a él, o a alguien de los suyos para ese trabajo. A lo sumo se habrá hecho el débil haciéndola creer que ha escapado por los pelos para que cuando vaya a matarla le subestime.

—Si tienes razón con lo de la luna de sangre, las cinco brujas y sus

protectores a lo mejor no puede hacerlo. Existe una fuerte posibilidad de que sea su bruja. Y te puedo jurar, que de ser así, no podrá dañarla de ninguna forma. Si no lo es suya, lo será de Arnau, que se gasta mal genio cuando se enfada, y si es la chica de Jacques, que se dé por muerto, sea lo bueno que sea —afirmó Aren besando a Angelica.

—¿Jacques? —preguntó Angelica con curiosidad.

—Nuestro líder. Tú no lo conoces porque apenas actúa; la garra de la bruja le ha hecho más efecto que a ninguno, y si sale de sus protecciones la reina se lo come vivo dejándole inconsciente en el suelo, pero a mi parecer, es el mejor de todos los cazadores con diferencia, tiene dones que ni te imaginas, y es una bestia en combate. Me he entrenado mucho con él. Se dedica a dirigir las operaciones, hacer planes, es un gran estratega, pero no sale de misiones, si no quiere alimentar a la reina.

—Voy a hacer un conjuro para saber si puedo seguir el rastro de la niñera por el pelo que me has dado. Si hay un kasisín por medio será mejor que nos concentremos bien. Tenemos que llegar al niño antes que todos y sacarlo de ahí.

—¿Aún no nos hemos casado y ya me estás dando tantas órdenes? —preguntó Aren bromeando.

—Pero si todo lo decides tú —dijo Angelica quejándose—. Espera, ¿has dicho que aún no nos hemos casado?

—Sí, aún, así que no seas tan mandona. Vamos a buscar a ese bebé, ¿ya sabes por dónde debemos ir?

—Creo que sí. Sígueme —dijo Angelica a Aren.

Durante un buen rato estuvieron dando vueltas en círculos por la casa. Angelica creía saber dónde estaban, pero al final chocaban con una pared o un lugar dónde no era posible esconderse. Aren comenzaba a impacientarse.

—¿No lo encuentras? —preguntó Aren.

—Algo no encaja —dijo Angelica pensativa—. Damos vueltas en círculos. La detecto y no la encuentro.

—Eso es porque no piensas como un cazador de brujas. Los brujos son expertos en el engaño, y traicioneros unos con otros. ¿Es aquí donde pierdes la pista? —preguntó Aren paseando por la pequeña biblioteca.

—No creo que esto se solucione moviendo un libro para que abra una trampa secreta —dijo Angelica que ya no sabía qué hacer.

—No, cariño, nunca son tan simples.

Aren observó calmadamente la habitación fijándose específicamente en

detalles que no encajaran con la realidad en alguna forma. Estudió los tonos de color, la textura de los objetos, los nombres de los libros hasta encontrar un elemento disonante. Se acercó a uno de los cuadros, cuando entraron en la habitación era de un tono azul, ahora lo era beige.

—Dime, ¿cuánto tiempo hace que Benedicto vive en esta casa?

—No mucho, hizo caer en desgracia al anterior diácono.

—Entonces no debe saber todo lo que hay que saber de la casa —dijo Aren observando el cuadro mientras hablaba.

—Supongo que no. Al llegar al poder trató de cambiar todas las defensas y protecciones que pusiera el anterior diácono, pero dudo que si había algo oculto se lo dijera a su oponente.

—Entonces no debe saber esto —concluyó Aren tocando el cuadro colocando la mano en medio del mismo.

Toda la pared comenzó a rielar haciendo que el cuadro y el empapelado de la misma desaparecieran dejando ver una puerta.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Angelica sorprendida.

—¿Eres una erudita y no sabes que la magia nunca imita exactamente la realidad?

—Sí, pero eso da igual. La mente humana no percibe las pequeñas diferencias, las ignora.

—Como presuponer que un cazador tiene una mente humana, o que desconoce lo que estas no perciben. Ese cuadro no tenía el mismo tono de color, cada vez que hemos entrado ha cambiado.

—¿Y te has fijado en eso? —preguntó Angelica sorprendida.

—Yo me fijo en todos los detalles. Una parte de la magia es ilusión, en el fondo es una estafa más. Quédate detrás mía. Yo entraré primero.

Aren entró y encendió la linterna del móvil para ver algo. Angelica le seguía muy de cerca tratando de no estorbar al cazador. La habitación no era especialmente ancha, pero si larga y al final de la misma había una segunda sala.

Se escuchaban voces, y ambos se acercaron con sigilo para no alarmar a los que estaban ahí. Aren hizo un gesto de silencio a Angelica y apagó la luz, luego se acercaron con sigilo. Aren guiaba a Angelica sujetándola de la mano. Cuando escucharon las voces lo suficientemente cerca se frenaron. Aren apretó la mano de Angelica suavemente para reconfortarla en la oscuridad.

—No me dijo si le sacaríamos de aquí o le mataríamos —dijo la voz

femenina que se presuponía de la niñera.

—Sacarlo es imposible sin que se den cuenta, es mejor matarlo ahora —contestó la voz de un hombre—. Apártate que lo haga.

Aren no esperó, soltó la mano de Angelica, entró con agilidad en la habitación dejando ver que estaba iluminada desde dentro por alguna bombilla en el techo. Antes de que la niñera le diera el niño, Aren lo cogió y se apartó de ellos, colocándose en un lugar donde poder proteger a Angelica que acababa de entrar en la sala. El kasisín iba vestido de negro y encapuchado para que nadie pudiera ver su rostro.

—Esto no os concierne —dijo el hombre en un tono amenazador—. Será mejor que dejéis al niño y os vayáis.

—Eso no va a pasar —dijo Angelica oponiéndose a la propuesta del hombre.

—Angelica —dijo el hombre que parecía conocerla—. Siempre me has caído bien, así que te doy esta oportunidad de no interferir en mis asuntos.

—No voy a permitir que matéis un bebé.

Aren se acercó más a Angelica y le tendió el bebé, luego miró a la niñera y al hombre. La niñera dio un grito y salió corriendo hacia Aren, creyendo que era un hombre normal y corriente hizo aparecer un cuchillo largo en su mano de la nada para acuchillarle. Aren rompió el brazo de la niñera y golpeó la cabeza contra el suelo tan fuerte que la aplastó en un golpe que no podía provenir de una fuerza humana haciendo añicos el cráneo. Angelica se asustó al ver el movimiento tan eficaz del cazador, una cosa era decirte que el vikingo era el cazador más peligroso en combate físico, y otra comprobarlo de esa manera tan violenta. Aren no se paró una vez muerta la niñera, se incorporó y miró al hombre encapuchado directamente.

—Creo que el asunto no es tan simple como te debió parecer al principio —dijo Aren que estudiaba con una mirada fría a su oponente.

—Un cazador —susurró el hombre encapuchado—. ¿En qué lío te has metido, Angelica?

—No sé quién eres o por qué me conoces, pero no vas a matar al niño —dijo Angelica abrazando al bebé.

—La pregunta correcta es, ¿en qué lío te has metido tú? —preguntó Aren en un tono peligroso que invitaba a una acción violenta.

El encapuchado arrojó una daga contra la bombilla del techo rompiéndola en mil pedazos dejando la estancia completamente a oscuras. Angelica se echó atrás con el niño en brazos acurrucándose en un rincón con la linterna

del móvil en la mano, esperando poder ayudar a Aren de alguna forma.

Aren perdió la visibilidad, luchar a oscuras debía ser una de las habilidades de su oponente, sino, no habría destruido la única fuente de luz. A él la ausencia de luz no le importaba, era capaz de luchar en cualquier situación, y en el estado berseker era aún más temible. No podía entrar en ese estado de ninguna forma, no podía arriesgarse a dañar a Angelica o al bebé, ese era uno de los motivos por el que le gustaba trabajar solo, si perdía la cordura no tenía de qué preocuparse. No necesitaba entrar en un estado tan irracional, Aren podía mantenerse en una fase intermedia. No espero mucho, en cuanto la luz se apagó aprovechó el momento que el kasisín dedicó a la bombilla para agarrarlo y tumbarlo en el suelo, golpeándole duramente. Su contrincante parecía duro y con pericia en el combate, porque soportó los golpes y logró zafarse de su presa y alejarse prudentemente. Aren cogió el cuchillo que llevaba la niñera muerta. No lamentaba su muerte, era una bruja cabrona más como muchas que había matado en el pasado. No había podido traer ningún arma a la casa capitular, el plan era que uno de sus hombres llegara con las armas aunque fuera estrellando un coche contra la casa para que él tuviera su hacha o cualquier instrumento que requiriese. El plan se había precipitado, y aunque no tenían el bebé para sacrificarlo, Aren dudaba de que no fueran a abrir el portal por ello, según le contó Angelica era una posibilidad única en muchos años. Acabar con el kasisín no iba a resultar fácil ni rápido, tendría que improvisar mucho y rezar para llegar a tiempo con el asunto del portal, y la invocación de la sala de la verdad. Con rapidez asestó una cuchillada a su oponente que se sorprendió al comprobar que para Aren la oscuridad no era un obstáculo. A pesar de la sorpresa le esquivó en el último instante, evitando una herida grave, quedando tan solo en un roce. Aren decidió aguardar el ataque del hombre, este no se hizo esperar, dio un par de ágiles piruetas para distraer a Aren antes de caer con su espada corta sobre él. Aren no esquivó, decidió coger el filo de la daga para quitarle el arma al hombre, pero este vio la jugada y giró el arma en el último instante, golpeando con la pierna en el pecho de Aren. Aren, que estaba preparado para coger el filo del arma, cambio de objetivo a la pierna y la atrapó. El kasisín giró hacia el lado contrario tras golpear con la otra pierna en un despliegue de pericia atlética, con la intención de deshacerse del agarre del vikingo antes de que le rompiera la pierna con la que inicialmente atacó. Aren se dio cuenta de que su oponente le había subestimado, debió creer que su fama era exagerada, pero ahora había perdido esa ventaja táctica, ya sabía que

si Aren le golpeaba estaba muerto, no podía cometer ni un error. Ambos se pararon un instante a estudiar a su contrincante, la pelea no iba a ser rápida, ambos eran buenos combatientes. Antes de que se decidieran por tomar una acción u otra el suelo cerca del kasisín se volvió inestable y casi cayó al suelo.

—¡Angelica! No te metas en esto. De momento no tengo por qué matarte, y a menos que sea tu amigo, lo cual dudo, porque los cazadores no confraternizan con nosotros, te hago un favor quitándote al cazador de en medio— dijo el kasisín.

—Ni se te ocurra intervenir —dijo Aren a Angelica en un tono duro. El kasisín pensaba que Angelica había sido cazada por Aren y coaccionada para que colaborase con él. Él prefería que siguieran pensando así, por si las cosas no iban bien, que Angelica tuviera una opción de salir con vida.

—¿No podemos llegar a ningún tipo de acuerdo? —preguntó Angelica que parecía impacientarse, después de todo, el tiempo se les echaba encima, debían estar cerca de comenzar el ritual.

—Es un cazador y me han pagado por la vida de ese niño, aunque quisiera agradarte no podría —dijo el kasisín que tenía un código de honor muy estricto.

—En una cosa tienes razón. Yo no voy a negociar nada, te voy a matar — dijo Aren mientras asestaba otro ataque que fue de nuevo esquivado.

Durante un buen rato la situación se mantuvo igual; ataques, defensas. Angelica apenas podía ver lo que pasaba con la exigua luz del móvil. Se sentía impotente al no poder ayudar a Aren, aunque el cazador parecía no necesitarle. Conforme el tiempo pasaba su nerviosismo aumentaba, debía estar a punto de comenzar el ritual y ella, estaba aquí, sin poder evitar nada, y tampoco tenía un mensaje de Brigit, lo cual, quería decir que las ancianas no se habían pronunciado, el clan no le ayudaría, al menos hasta que ellas les dieran una respuesta.

Tras un rato de golpes y caídas escuchó un fuerte estruendo; uno de los dos había caído. Sin poder esperar más se puso de pie y con miedo a encontrarse con el kasisín se acercó rezando a la Diosa porque Aren estuviera bien. Sabía que era inmortal, pero eso no significaba que no pudieran dañarle o hacerle algo peor que la muerte, en su defecto podía estar fuera de combate y entonces, ella tendría que encargarse del kasisín para salvar al niño. Apuntó con la luz del móvil a dónde escuchó el ruido y respiró de alivio, el kasisín estaba en el suelo con Aren sobre él y el cuchillo cerca de su garganta. A

Angelica no le cabía duda de que iba a matarlo, así que se dio prisa hasta casi interponerse entre ambos.

—No, no puedes matarle —dijo Angelica sujetando al niño con fuerza.

—¿Por qué no? ¿Es que es un antiguo novio? —preguntó Aren dejando entrever un atisbo de celos —Después de todo parece que te conoce.

—No tengo ni idea de quién es o por qué me conoce, pero si le matas nos perseguirán todos los kasisines.

—Y si lo dejo vivo nos perseguirá este —respondió Aren apretando más el cuchillo contra su garganta—. Muerto no tienen ni por qué averiguar quién lo hizo, después de todo, esta es la casa de Benedicto no la mía, o la tuya.

—Créeme que lo sabrán —Angelica se acercó todo lo que Aren le permitió acercarse al kasisín—. Sé que eres un hombre de honor, y que a menos que tengas un lazo con quién te contrató para matar al niño, ese contrato se podría canjear cambiando esta vida por otra que te importe más que el pago que te han hecho. Quiero cambiar la vida del niño y las nuestras por la tuya. Estaremos fuera de tus contratos, nunca nos perseguirás, ni tú ni nadie de los tuyos. Si no aceptas, no me interpondré para que el cazador te mate.

—Angelica, ¿esperas que yo me crea que si nos da su palabra nos dejará en paz? —preguntó Aren molesto con la situación.

—Su palabra es su vida. Si lo promete lo hará. ¿Qué me dices, kasisín? —insistió Angelica mientras se interponía para que Aren no descubriera su rostro —Si se lo quitas será más difícil que hagamos tratos.

—Tú ganas, Angelica. Te canjeo la vida del niño, las vuestras y todo lo que me has dicho por la mía. Cómo has apuntado; podría ser que no tuviera un lazo de lealtad con el que me contrató.

—Suéltalo —ordenó Angelica a Aren.

—¿Sabes lo que me importa a mí, él y todos los suyos?

—Pero no quiero vivir toda mi vida mirando mi espalda, y aunque me digas que tú me puedes proteger y al bebé, recuerda lo que te conté antes de cierto miembro de tu grupo, le vas a poner en una situación muy difícil —le explicó Angelica refiriéndose a Bram y su relación con los kasisines.

El argumento de Angelica hizo que Aren se frenara cuando pensaba que le iba a matar, dudó unos instantes, y se alejó dejándole libre.

—Espero no tener que arrepentirme —le dijo Aren que aún no estaba seguro de dejar tanto brujo con vida.

—No lo harás —prometió el kasisín—. Angelica tiene razón. Tenemos un

código moral que cumplimos.

—Sí, supongo que a nadie se le ocurrió incluir el no matar bebés indefensos en ese retorcido código moral.

El hombre se apartó de ellos y cuando atravesó el sitio por donde entraron desapareció de la vista de ellos. Aren inspeccionó rápidamente el sitio, pero no había nada de interés, al menos a primera vista, y no podían quedarse a buscar con profundidad. El ritual ya debía estar comenzando, el kasisín les hizo perder mucho tiempo.

—Vámonos, Angelica —apremió Aren a Angelica tras coger al niño en brazos—. Debemos irnos.

—¿Y el ritual? —preguntó Angelica desconcertada.

—Yo me encargaré de eso, tú debes poner al niño a salvo.

—Pero no quiero dejarte solo. Ahora somos un equipo.

—Angelica, yo trabajo mejor solo. Si pierdo el control podría matarte a ti y al niño. Es posible que yo sea el mayor peligro al que te enfrentes si eso ocurriese. Necesito tenerte a salvo. Yo puedo acabar la misión sin problemas, ya me has abierto todas las defensas místicas del lugar.

—Está bien —claudicó Angelica no muy convencida.

—¿Qué pasa? Un cazador te amenaza, le convences para que en vez de matarte te ayude a rescatar a un bebé, y ahora, que tienes al bebé, has cumplido con lo que te has propuesto.

—Bueno, pero también quiero que el cazador esté a salvo.

Aren se acercó y besó a Angelica apasionadamente, luego le cogió de la mano y tiró de ella mientras mantenía al bebé en el otro brazo.

—Yo soy indestructible —dijo Aren.

—No, no lo eres —respondió Angelica frenando un poco a Aren—. Si el portal se abre no entres, ahí no eres indestructible y podías quedarte atrapado para siempre en el inframundo. Prométemelo.

—No voy a prometerte nada porque voy a cumplir con la misión. Tendrás que acostumbrarte a la vida de un cazador, siempre hay un riesgo.

No les costó llegar hasta la puerta de la casa capitular. La mayoría de los guardias, y gran parte de los brujos, estaban en el sótano donde ya debía estar realizándose el ritual. Cuando llegaron a la puerta, Aren llamó a uno de sus hombres, el cuál le trajo su hacha, una bolsa de deportes y una mochila llena de armas.

—Llévate a Angelica y al niño y protégelos pase lo que pase hasta que llegue —dijo Aren mientras se colocaba la mochila y la bolsa de deporte y

sujetaba el hacha inmensa que sujetó sin problemas con una sola mano.

Se acercó a Angelica y le dio otro beso, esta vez más largo y profundo hasta que se tuvo que separar de ella casi a regañadientes, luego abrió la puerta del coche tras apoyar el hacha en el lateral y espero a que Angelica entrara.

—Ten mucho cuidado. Volveré lo antes posible, mientras, no salgas del hotel, allí te protegerán mis hombres.

—Si no vuelves me voy a enfadar mucho —dijo Angelica observándole por última vez.

—No seas dramática, no me va a pasar nada —dijo Aren cerrando la puerta del coche y ordenando a uno de sus hombres que se marchara ya.

Aren tomó el hacha y se dirigió hacia la casa capitular entrando sin problemas, pero la facilidad concluía ahí, ya no iban a creer que era un millonario enamorado con un hacha en la mano y un cargamento de armas a cuesta. Aren suspiró, su aventura con Angelica había sido lo mejor que le había ocurrido en su vida, no obstante, ya echaba de menos la acción.

Capítulo 19

Llevaba varias horas sin moverse de la silla salvo para lo básico. Miraba una y otra vez el cáliz con la sangre del clan, pero las ancianas no se pronunciaban ni con un sí, ni con un no. Brigit se impacientaba, ninguno de los tres se había movido de la sala y la conexión con el resto del clan, los cuales estaban deseosos de saber cuál era la determinación de la diosa, era continua.

—¿Ha cambiado de color? —preguntó una de las brujas del clan con la que estaban conectada a distancia.

—No —contestó Brigit que estaba echada lánguidamente sobre la silla con los brazos sobre el respaldo y la cabeza echada sobre la mano—. Me impaciente, Angelica lucha sola contra todos esos. No han dicho que sí, pero tampoco que no, a lo mejor quieren que nosotros tomemos esa determinación, que seamos responsables.

—Eso no va a así —respondió Goblin—. No somos niños de colegio cuyas maestras esperan que tomen la decisión correcta y maduren. La ancianas no han respondido porque no han querido aún, y cualquier acto contrario a los intereses del aquelarre es un error. Angelica, además, no está sola. Está asociada curiosamente con el vikingo, y te recuerdo que es el tanque de los cazadores, o el molinillo de matar. No es que esté sola e indefensa, a mí me parece que está en mejor posición que Benedicto, al que le ha colado un cazador, y nosotros, al cállanos somos cómplices.

—Yo no estoy segura de que ese chico tan guapo y tan inocente fuera un cazador —confesó Brigit con descaro.

—Claro, el cazador preferido de la reina nunca estuvo aquí —dijo Nidia defendiendo la postura de Brigit—. Podría serlo, no diré que no, pero, ¿cómo imaginarte que estaríamos delante de un cazador y no nos matara? No era fácil suponer que lo fuera.

—Sí, y yo no he escuchado nada estando conectado con la casa de Brigit —continuó Goblin.

—No es culpa tuya, todos sabemos que eres un gran brujo de lo tecnológico, es que internet falla en mi casa, y no porque viva casi en el centro de la ciudad —dijo Brigit siguiendo el juego.

—Solo tenemos una tregua —dijo Goblin acabando la broma—. Cuando el asunto concluya será mejor que te mudes con la velocidad del rayo, porque sabe dónde vives, y aunque parezca que Angelica tiene dispensa para no

morir, nosotros creo que no.

—Si las ancianas no nos permiten ayudar a cerrar el portal que dice Brigit que se va a abrir, estamos muy jodidos, y yo, sinceramente, ya no sé de qué va lo nuestro y la magia —dijo otra de las brujas por el altavoz.

—Yo hace tiempo que no quiero saberlo —le respondió Brigit en la misma postura desenfadada.

—Yo no tengo esa suerte, con mi conexión con la información —dijo Goblin—. A veces preferiría no enterarme de nada.

Brigit iba a replicar cuando oyó el timbre de la puerta y se sobresaltó. Habían tenido muchas emociones con la visita del cazador y se sentía en peligro continuo.

—No te asustes, los cazadores no llaman a la puerta, es tu hermana —dijo Goblin calmando los nervios—. Por cierto, es muy guapa, deberías presentármela un día, ahora que va a dejar al novio.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Brigit sorprendida —Mi hermana es muy pija y no creo que le guste un frikie como tú, pero su novio le pega mucho y no creo que lo quiera dejar.

En el ordenador de Brigit comenzaron a descargarse datos sobre estancias del novio de la hermana en varios hoteles con chicas distintas.

—Depende de lo que tarde en enterarse de esto.

—¡Oh dios mío, Goblin! Dime que no has hakeado la vida de mi hermana.

—Eras muy mona cuando tenías seis años, sin la mitad de los dientes abrazada a tu hermanita —dijo Goblin a modo de respuesta.

—Como saques esas fotos por algún lado te mataré.

—No te preocupes, los hackers tenemos un código de honor.

—¿De veras? —preguntó Nidia ingenuamente.

—No, Nidia, no. No lo tienen. Y ahora cuidado mi casa e informadme en cuanto sepáis algo. Yo voy a salir con mi hermana para evitar que entre y nos vea alrededor de un cáliz de sangre. Ya piensa que soy muy rara, no quiero que entre y lo compruebe.

—Intenta quitártela de en medio lo antes posible —dijo Nidia—. Si las ancianas nos dan un si apenas tendremos tiempo a hacer planes y eres la experta en muertos.

—Inframundo, prefiero ese término a experta en muertos.

—Como sea, no tardes.

Brigit se levantó de la silla y cerró el salón al salir para que su hermana

no se percatara de nada. Abrió la puerta y ahí estaba su hermana Gala. Para ser hermanas no podían ser más diferentes. Gala se quedó con el glamuor y el estilo y Brigit quería pensar que con el buen gusto. Echó una rápida mirada a su hermana, llevaba su cabellera rubia y lisa más corta de lo que estaba acostumbrada a verla, y como siempre, un vestido de diseño. Su novio, el que le ponía los cuernos, se gastaba mucho dinero en ella, pero no iba a ser Brigit la que le diera las malas noticias, ya pensaría si convencía a Goblin para que le mandara los datos anónimamente. Cerró la puerta tras de sí sorprendiendo a su hermana en el proceso.

—Bueno, vamos a tomar algo —dijo Brigit con una radiante sonrisa que contrastaba con el negro de su ropa y su aspecto gótico.

—¿Qué escondes en tu casa? —preguntó Gala sorprendida.

—¿Por qué iba a esconder algo?

—Porque nunca quieres salir de casa y tratas de esquivarme siempre que vengo.

—Eso es porque suelo tener mucho trabajo, pero hoy puedo dedicarte una ratito indeterminado.

—¿Un ratito indeterminado?

—Sí, ya sabes mi trabajo es así —dijo Brigit con una sonrisa forzada mientras la arrastraba a algún sitio con estilo cerca de su casa, por si acaso.

—Brigit, no eres médico de guardia, ni bombero, nada de ese estilo.

—No te creas, a veces pienso que soy una apagafuegos —suspiró Brigit mientras encontraba el lugar más chip de la zona.

Las dos hermanas se pararon en una terraza en un pub de moda. Aún no había anochecido, así que pidieron un par de cócteles sin alcohol con nombres del estilo agua paradisiaca, que era una mezcla de zumos. Brigit removía su agua paradisiaca cuando observó al hombre de la mesa de al lado. Le miró un par de veces hasta averiguar de qué le conocía, pertenecía al aquelarre, era un brujo cercano a Bram Betila, el guapo, pijo e idiota hijo de la reina. Angelica le preguntaría si existe algún hombre digno de respeto, pero aún tendría que pensar esa respuesta, quizás Goblin, era un buen tipo. Ni siquiera recordaba cómo se llamaba, claro que casi no recordaba que le conocía. No pegaba que fuera amigo de Betila, este se veía duro y con cierto aire de frialdad que te hacía plantearte si no vendería a su madre a una mafia de venta de órganos. Intentó no mirarle fijamente, pero el pretencioso le dedicó una sonrisa y se levantó de su mesa.

—Qué sorpresa Brigit —dijo el hombre amigo de Bram Betila cuyo

nombre no recordaba, pero él el suyo sí.

—Sí, sorprendente —respondió Brigit evitando tener que pararse a pensar en un nombre que no recordaba.

—¿Y esta dama tan bella?

—Mi hermana...

—Gala —dijo su hermana tendiendo la mano y sonriendo seductoramente.

Brigit iba a poner una excusa para librarse del hombre, cuando observó a su hermana y al recién llegado coqueteado sin escrúpulos algunos. Se habían llevado bien, o al menos simulaban que simpatizaban, con su hermana nunca se podía saber. A veces era la mujer más encantadora con alguien y en cuanto se iba decía que era un pesado integral.

—Voy a retocarme el maquillaje. No te vayas, aún tienes que contarme de qué conoces a mi hermana —dijo Gala alejándose de ellos.

A Brigit le habría gustado saber si eso que dicen las pijas de voy a retocarme el maquillaje es un eufemismo de voy a hacer algo pero soy muy fina para nombrarlo, o las dos cosas, después de todo, su hermana jamás pudo resistirse al encanto de un espejo para mirarse y perfeccionar la pintura.

—¿Qué quieres? —preguntó Brigit con un tono cortante.

—Tengo un trabajo que hacer y no quiero que ni tú, ni tus amiguitos, os acerquéis a la casa capitular

—¿Un trabajo como qué?

—Si te lo dijera a lo mejor tendría que matarte —dijo el hombre guiñándole un ojo.

—Sebastián —dijo Brigit recordando el nombre. El antiguo casi novio de Angelica. No llegaron a serlo porque Angelica le pilló el mismo día que se declaró, liándose con otra del aquelarre, que luego apareció muerta dicho sea de paso. Él le juró que no había nada entre ellos, pero Angelica ya no le creyó, y para su satisfacción, Brigit colaboró en que no confiara mucho, y ahora bromeaba con matarla. Hizo bien en ponerse en contra, ese hombre daba mal rollo—. Los asuntos de mi clan no te conciernen.

—Pero algo de la casa capitular, sí.

—¿Sabe Benedicto que estás aquí? Porque suelo estar informada sobre quienes están oficialmente y quienes no, en esta ciudad.

—Yo estoy tratando de ser amable, no por vosotros, si no por Angelica.

—Ya veo —dijo Brigit tras suspirar. Aún seguía enamorado de Angelica. Saltaba a la vista. Quitarle la novia a un cazador le iba a resultar imposible,

sería mejor que se acostumbrara al amor a distancia, y en otro continente por si el cazador se molestaba—. ¿Qué puedo decirte? No sé cuáles serán nuestros planes en un rato, pero sea cuales sean, te puedo asegurar que son servir a la Diosa.

—Pues servirla en otro lado. ¿Y Angelica? ¿Dónde anda? —preguntó Sebastián cambiando de tema radicalmente, mostrando su interés por ella.

—Lleva una vida un poco complicada —dijo Brigit omitiendo lo de Arengélica

—Sé que estuvo en España, y ahora en Milán.

—Tú sí que sabes controlar a las chicas de tu pasado —dijo Brigit en un tono de humor.

Los dos se quedaron silenciosos cuando Gala volvió del cuarto de baño. Su hermana lucía como si se hubiera retocado siete veces el maquillaje, a lo mejor al final no era un eufemismo, si no que se molestaba en buscar un espejo para estar impecable. En cierta forma siempre había admirado a todas las que se dedicaban a pintarse durante tanto tiempo para parecer que no llevaba maquillaje.

—Os habéis quedado callados —dijo Gala mientras se sentaba y esbozaba una amplia sonrisa—. ¿Algo que no debiera escuchar yo?

—Hablabamos de antiguos amigos —dijo Sebastián devolviendo la sonrisa.

—De Angelica —puntualizó Brigit sonriendo a Sebastián.

—También quería quedar con Angelica, me enteré de que venía a la ciudad, y le he preparado una cita a ciegas con un amigo de Paolo —dijo Gala sin percatarse de la mirada hosca que le dedicó Sebastián.

—¿Qué sería de nosotras sin que mi hermana nos arregle la vida? Ya conozco tus citas a ciegas, Gala. Generalmente, suele ser un dentista con una vida aburrida.

—Me recordarás eso toda la vida.

—Me tengo que ir —dijo Sebastián a modo de disculpa mientras dejaba un billete en la mesa para invitarlas. Muchas denominarían a eso micromachismo, pero Brigit nunca pondría pegas a una buena invitación, especialmente cuando cada cóctel de frutas costaba casi quince euros en una terraza por el hecho de estar de moda y asegurar en los ingredientes que contenía unas gotitas de alcohol—. Recuerda lo que te he dicho, Brigit.

—¿A qué venía eso? —preguntó Gala cuando el hombre ya se había alejado lo suficiente.

—Cosas del trabajo.

Brigit dejó a su hermana parloteando mientras pensaba si debía avisar o no a Angelica sobre Sebastián. Ya debían haber llegado a la fiesta y avisarle de que un ex novio iba a ir allí era intrascendente, o peor, la pondría nerviosa y no era buena idea en una misión como en la que se había embarcar.

Capítulo 20

Aren entró de nuevo en la casa capitular sin muchos problemas a pesar de estar fuertemente armado, no había nada en él que hicieran saltar las alarmas, puesto que ya tenía pase de entrada, nadie esperaba un ataque desde dentro y Angelica desactivó las defensas antes de irse. Ahora entendía por qué Ezequiel siempre había asegurado que la vida personal era un problema en el trabajo, aunque actualmente, él no era un ejemplo en eso, estaba preparando una boda con la bruja que perseguía. Si no fuera porque sabía lo del ritual de la Luna roja pensaría que era una epidemia y ahora le tocaba a él pensar que hacía algo mal dejándola sola para venir a evitar que se abriera una puerta en el infierno mismo, o donde sea que le hayan dicho. Era mejor no cavilar y concentrarse en la misión, a pesar de que sus mejores trabajos los realizaba cuando había perdido la razón y le quedaban pocos recuerdos de lo que había hecho en ese estado. Había entrado en el salón donde estuvieron tomando el cóctel, estaba vacío, tan solo unos cuantos criados y camareros recogían los restos de la fiesta, pero no debían ser hombres del aquelarre porque no le prestaron atención, ni siquiera por su hacha. Era muy posible que hubieran recibido instrucciones de no ver ni oír nada de lo que pasara ahí al precio de su vida. Una sana política con el aquelarre, que a pesar de que debían pagar muy bien reciclaban continuamente los activos o trabajadores de los que sostuvieran la más mínima duda. Pasó por la sala sin mucho sigilo, ya no tenía sentido la discreción, estaban centrados en el ritual, y si se encontraba alguien que no perteneciera al servicio de limpieza, al verlo con el hacha no iban a detenerse a preguntar si la llevaba para exhibirla en la fiesta ya acabada. Tenía un esquema mental amplio de cómo era la casa, pero cuando vagabundó por ella durante el tiempo que estuvo ahí, hubo muchas habitaciones a las que no tuvo acceso, aún así, Angelica le hizo un plano detallado de la casa para que tuviera una idea mental y sabía que se dirigía hacia el sótano, donde habían construido una sala enorme y acondicionada con un altar para realizar rituales o diversos conjuros, también era la zona más protegida de la casa, pero eso no le preocupaba dado que Angelica había desactivado todas las protecciones. Giró a la derecha para dirigirse por un pasillo largo que le guiaba hasta lo que era una especie de sala de juntas, donde los brujos tomaban decisiones. La habitación no estaba vacía, sobre la larga mesa alrededor de la cuál solían sentarse los brujos, se encontraba Renata echada en una pose casi sugerente. En un principio, Aren no entendía

qué hacía allí todavía, cuando ya todos se habían ido de la casa o estaban en el ritual. Se acercó con una mirada fiera a la mesa sin mediar palabra entre ellos.

—Aren —susurró Renata cautivadoramente.

—¿Qué haces aquí, Renata? —preguntó Aren sin mucho interés en la respuesta, tan solo quería seguir su camino y volver cuanto antes con Angelica.

—Creo que he bebido demasiado, Aren —dijo Renata que se levantó con una sonrisa seductora de la mesa.

—No tengo tiempo para tus juegos —dijo Aren despreciativamente.

Renata se acercó a Aren y cuando estuvo cerca, una larga cola con la punta en forma triangular apareció para arrojar a Aren al suelo sin esperárselo.

—Ni yo tampoco, cariño —ronroneó Renata mientras le miraba con una sonrisa caústica.

Aren observó a la mujer que había sufrido la transformación. Renata era ambiciosa y quería tener el poder de un brujo, no le extrañaba que le hubieran ofrecido fusionarse con un demonio en una posesión, y por la forma y la cola que mostraba era un súcubo.

—No vamos a jugar a eso —negó Aren categóricamente—. Que despliegues todo tu arsenal seductor. Ya he pasado por eso muchas veces y el único motivo por el que te hablo y no te mato es porque no sé si la posesión con el cuerpo de Renata es completa.

—Lo es, cazador, y no quiero seducirte, no me van los hombres —dijo Renata en un ronroneo seductor—. Tampoco puedo matarte, pero te inmovilizaré, me comeré tus entrañas, y mientras permaneces vivo sufriendo, yo iré a por tu chica, la seduciré, me acostaré con ella en todo tipo de formas: mujer, hombre, demonio, y luego, ya veremos.

Aren respondió con un golpe del hacha que catapultó al súcubo contra la pared contraria golpeándose contra ella violentamente pero sin haberle hecho daño aparente.

—Hablas demasiado, demonio.

Aren no se frenó para seguir conversando fue a por él súcubo que intentó de nuevo desestabilizar a su oponente con la cola, pero esta vez no tuvo el mismo efecto, Aren dio un salto hasta llegar a ella descargando el hacha sobre su cabeza, el demonio apenas pudo esquivar el golpe, pero antes de cantar victoria sufrió una nueva descarga con el arma a una velocidad tan

rápida que no puedo evitar que cercenara la cola, quedando en el suelo en medio de un charco de un líquido negro moviéndose aún sola. Aren giro al hacha por encima de su cabeza en un movimiento de muñeca mientras decidía que haría a continuación. El súcubo no esperaba un golpe tan certero, confiaba demasiado en su rapidez y evaluó mal al vikingo, ahora se arrinconaba contra la pared distanciándose todo lo que podía de Aren. El vikingo la miró y saboreó durante un segundo su miedo. Había tratado de desplegar sus encantos sobrenaturales sobre él en un intento desesperado, pero el cazador era inmune a la mayoría de los dones de los demonios, y si lograban afectarle se desharía del efecto en su estado de berseker.

—Déjame adivinar —dijo Aren con una sonrisa perversa—. Si mueres violentamente, sin que tú decidas escapar por tus medios, en el cuerpo de un humano con el que estás plenamente fusionado mueres de verdad, no más nada.

El súcubo puso un gesto de horror cuando vio que no podía huir del cuerpo en el que estaba fusionado. Se retorció de dolor tratando de salir sin ningún éxito con los ojos desorbitados.

—¿Qué has hecho? —preguntó el súcubo con una voz casi inocente.

—Anclarte a ese cuerpo, uno de mis dones de cazador. Hora de morir, para siempre, zorra.

Aren le arrojó el hacha tan velozmente que ni la rapidez innata del súcubo impidió que se incrustara en su cabeza, dejando caer sangre negra para luego tornarse roja cuando solo quedó el cascarón humano. Aren se acercó a coger el hacha y continuar su camino dejando atrás el charco de sangre que fue Renata.

Continuó por el pasillo que se abría al salir de la sala de juntas hasta encontrarse el ascensor que parecía que podía llevarle hasta el sótano. Echaba de menos una escalera, había más amplitud para luchar si se daba la situación, pero era lo que tenía a mano y no disponía de tiempo para buscar una bajada alternativa. Le dio al único botón que había en el ascensor y rezó porque le llevara hasta el sótano. No disponía de más tiempo que perder, no sabía si el portal había sido ya abierto. Durante unos segundos se mantuvo impaciente hasta que la puerta del ascensor se abrió mostrando una gigantesca sala. Era parecido al interior de un templo clásico, con sus columnas su decoraciones con figuras y dibujos sobre la diosa oscura del aquelarre. No se detuvo mucho a mirar la arquitectura del sitio porque al fondo del gran salón templo había desaparecido una pared entera, en su lugar

una membrana gelatinosa y transparente separaba dos mundos. El templo estaba vacío, los que quisieron entrar ya habían traspasado al otro lado o se habían largado del lugar como si escaparan del infierno, cosa que parecía el otro lado. Muchos extraños engendros habían acudido rodeando la membrana de entrada a este mundo sin mucho éxito, posiblemente fuera la protección que puso la amiga de Angelica, la gótica que parecía salida de un concierto de death metal. Aren estaba seguro de que esa protección no aguantaría eternamente y cada vez acudían más engendros.

Blandió de nuevo el hacha con una sonrisa divertida. Por fin un combate digno de llamarse así. No se lo pensó mucho, había que limpiar la zona o acabarían todos entrando en este plano. Corrió con el hacha en la mano, mientras los ojos se convertían completamente rojos. Ya no contemplaba el paisaje sino como un campo de batalla. Los efectos de la luz parecían a los que provendrían de un sol mortecino, y un enorme desierto sin límites se abría paso cuando el vikingo puso el pie en el otro lado cortando ya la cabeza de uno de los monstruos que se amontonaban cerca de la entrada. Aren respiró profundamente antes de perder el control por completo, esperaba que sus hombres y los demás pudieran proteger a Angelica y concluir los detalles de la misión, porque esto le iba a llevar un buen rato. Aren golpeó fuertemente el suelo, que vibró como un terremoto cuando lo sacudió, arrojando a la mayoría de la horda de monstruos contra él. El suelo se agrietó, y de la arena comenzaron a surgir ríos de lava y lagos de fuego que enterraron a varios engendros haciéndoles arder. A Aren no le importaba, estaba sincronizado con la tierra y sabía por dónde debía pasar o lo que iba a surgir a su paso. Cerró los ojos una segunda vez perdiendo completamente el control, ya no había marcha atrás, debía destruirlos a todos a su paso. No pasó mucho tiempo sin que se organizaran en su contra, los engendros poseían la cualidad de la inteligencia y eran capaces de realizar ataques grupales. Los que podían volar, y no estaban sujetos a la inestabilidad creada por Aren en la tierra, se organizaron en una especie de escuadra que sobrevoló el taciturno y mortecino cielo violeta para arrojarse en picado contra el cazador. Algunos podían lanzar escamas que surgían de sus cuerpos a modo de dagas, otros tan solo usaban sus garras. Cuando la primera ráfaga de escamas afiladas como cuchillas se proyectaron contra Aren, el cuerpo del cazador tomó una dureza semejante a la del metal durante el rato que duró el ataque, convirtiendo las escamas en polvo. Aren no parecía dispuesto a tener compasión con ningún enemigo, cuando los atacantes del airé llegaron con

sus ataques cerca del cazador, este dio un salto destruyendo a varios de un solo golpe y lanzando a los que aún le sobrevolaba al suelo, el cual, se los tragaba como si fueran arenas movedizas. La destrucción de Ares no tenía precedentes, ni siquiera en su propia historia, parecía un dios de la guerra engendrado para traer la destrucción al mundo, y era una labor que le gustaba.

No echó la vista atrás, su mente estaba muy enturbiada y tan solo pensaba en su próximo ataque, pero si pudiera haber recuperado durante un instante la razón, habría visto el reguero de sangre negra que estaba dejando a su paso.

Tras destruir un par de grupo de monstruos más, dejaron de venir a por él, y entonces Aren comenzó a perseguirlos. Cuando dio cuenta de uno más de los engendros sintió un fuerte dolor y recuperó por un instante la conciencia, no sabía cómo, pero Angelica se encontraba en peligro, estaba sufriendo físicamente y no podía hacer nada por ayudarla, ni siquiera recuperar la conciencia lo suficiente como para retroceder. Algo se había torcido mucho y él tan solo podía seguir adelante sin preocuparse por nada más.

Capítulo 21

Angelica observó por última vez a Aren entrar en la casa mientras ella se quedaba con el niño dentro del coche. No quería dejarle solo, pero tenía razón, había que proteger al bebé. Seguramente estuvieran buscándolo y con capacidades mágicas las posibilidades de que los encontraran no era ni remota. Ahora que Aren no estaba, sentía miedo, no cómo antes, que era una sensación ligada a la incertidumbre, ahora esperaba que vinieran a por ella en cualquier momento, y los chicos del clan decían que las ancianas aún no se habían decidido. ¿Cómo había pasado de tener un vida tranquila como estudiosa a ir en el coche de un cazador con un bebé que su propio aquelarre quería sacrificar? Si hubiera imaginado su vida como en una película habría comenzado por esa escena. Una bruja, con un bebé en el coche de un cazador de brujas, dirigiéndose a una de las sedes de los cazadores perseguida por su propio aquelarre. Si alguien le hubiera hecho ver esta imagen como una predicción de su futuro, habría pensando que era una broma, pero no lo era, y ahí estaba, además, Aren para ella ya no era un extraño, un cazador sangriento, peligroso que mataba sin escrúpulos. Nerviosa tomó el móvil del bolsillo y llamó a Brigit.

—Brigit, dime que ya os han respondido —suplicó Angelica intentando no reflejar el nerviosismo.

—No, aún nada, pero si necesitas ayuda solo debes decírmelo. A mí no me importa lo que opine nadie, si necesitas ayuda de mí la tendrás, respondan lo que respondan las ancianas.

—No, no estoy en problemas, no te preocupes —mintió Angelica que no quería meter a su amiga en un lio, ni convertirla en una proscrita—. Tan solo llama cuando tengas una respuesta de las ancianas.

—No te inquietes por eso, estoy pegada al cáliz de sangre como si fuera una lapa. En cuanto haya una respuesta te avisamos y pasamos a la acción. Pero no te expongamos y si necesitas ayuda avísanos.

—De acuerdo —respondió Angelica sin contarle que Aren había ido a evitar el ritual y ella se llevaba al niño.

Miró el tráfico por la ventana, y luego se fijó en el chófer. Era un hombre joven que había llevado a Aren en la limusina siempre que lo necesitaba, también era el que le había llevado las armas, pero en todo los demás asuntos Aren había actuado solo. Era un tema que había hablado muchas veces con Brigit, siempre que un cazador actuaba iba solo, ella decía que era porque los

cazadores son unas divas, y el resto de su organización actuaban de otra forma, en equipo. En el caso de Aren, tan solo usaba al resto de los hombres como apoyo, era de suponer que en su caso no quisiera a nadie cerca que pudiera matar en su estado berseker en un combate. Sabía que los hombres que trabajaban para los cazadores eran muy competentes y tenían una amplia experiencia en combate, pero desconocía si trabajaban para ellos porque les pagaban bien o sencillamente por convicción. A pesar de todo, Angelica se sentía sola sin Aren, enfrentándose a un problema grave. Observó de nuevo al conductor y luego recostó al niño en sus brazos. No había llorado ni despertado, parecía un angelito ajeno al mal que le acechaba.

—¿Cómo se llama? —preguntó Angelica tratando de saber algo más del hombre que le llevaba y debía protegerla.

—Me llamo Han —dijo el conductor si levantar los ojos de la carretera.

—¿Puedo hacerle alguna pregunta para relajar los nervios?

—Claro, pero hay algunas que por seguridad no puedo responderle.

—¿Desde cuándo trabaja para Aren? —preguntó Angelica a Han con curiosidad.

—Desde siempre. Mi familia ha sido parte de los cazadores desde hace varias generaciones. Los conozco desde niño. Vas a la escuela como un niño normal, pero en tu casa hay lecciones extras, sobre la brujería, los brujos, y entrenamiento en combate desde que puedes levantar un arma. Algunos nunca conocen a un cazador personalmente, tan solo para un trabajo, en mi caso, yo siempre he admirado a Aren. Trabajar personalmente con él me costó mucho esfuerzo y demostrar lo bueno que era.

—Entonces, le conoces bien —aseguró Angelica pensativa.

—Supongo que sí.

—¿Suele ser tan hiperprotector con sus novias? —preguntó Angelica un poco arrepentida por el matiz de la pregunta.

—Nunca ha tenido novia. A Aren nunca le ha faltado una mujer en su cama cuando ha querido, pero justo después le aburren o se harta, no las aguanta más del tiempo necesario.

—¿Entonces...? —dijo Angelica sin concluir la frase.

—Sí, su caso es insólito —respondió Han que sabía por dónde iba Angelica—. Parece enamorado y es una bruja.

—Dice eso como si fuera el demonio. ¿Me odia por lo que soy?

—Una vez yo también estuve enamorado de una bruja. Estaba infiltrado en una sede de la que no puedo hablar, una de las pocas veces que hemos

podido infiltrar a alguien. Yo hice amistad con una de allí, bueno, hice amistad con mucha gente, era mi trabajo. Pero, esta, particularmente no era como los otros, se dedicaba a la sanación, de hecho era médico, y se recorría las zonas más desfavorecidas para ayudar a los que no podían pagarse un servicio sanitario. Les daba la mejor asistencia que se podía tener, la magia. Era un poco extraña, porque solo ayudaba a aquellos que decía que no era su hora, si lo era y estaban sufriendo les daba la oportunidad de una muerte digna. Ella descubrió qué era yo y no me delató, podían haberme matado de formas muy retorcidas tras torturarme.

—Tara —dijo Angelica sin más—. Tu bruja es Tara.

Han casi dio un frenazo al escuchar su nombre. No esperaba que ella supiera quién era la bruja dado que no estaba dando muchos detalles, pero no había muchas sanadoras de ese estilo, y solo dos estaban en su clan. Otras sanadoras eran mucho más retorcidas, solo trabajaban por mucho dinero, o usaban sus conocimientos para la tortura.

—Tranquilo, Tara es de mi clan. Ella sabe toda mi historia, y ya has escuchado que he mentido a Brigit para que no se meta en líos por mi culpa. Si traicionan a la reina, tendrán un doble problema: el aquelarre y vosotros. Doblemente perseguidos, no puedo hacerles eso.

—Yo, en mi informe, no di su nombre. Preferiría que nadie lo supiera. Me salvó la vida, si me hubiera delatado habría sido un final muy sangriento para mí.

—Cuando acabemos esto a lo mejor no estoy viva. Así que no podré delatar a nadie, aunque es de mi clan, jamás le metería en un lio.

—Pues espero que sí, porque si te pasa algo no quiero saber lo que me hará Aren.

—Si descubren que me he llevado el bebé no vas a poder hacer nada contra los brujos que van a enviar a por nosotros. No quiero que ninguno intervenga, ¿lo entiende?

—No, eso no va a pasar. Solo llegarán hasta usted pasando por nuestros cadáveres.

—Es muy inspirador, pero los brujos que estaban en la casa capitular eran de un nivel muy alto. Yo no podré con ellos, pero lo intentaré. Lo único que tiene que hacer es llevarse al niño si muero —Angelica evitó decir cuando muera, porque si averiguaban que se había llevado al niño y dónde estaba, su muerte era inevitable a menos que Aren volviera a tiempo.

—Nadie en el hotel va a quedarse quieto cuando Aren ha dado la orden

de que le protejamos con nuestras vidas.

—Está bien —claudicó Angelica de momento.

—Usted no conoce a Aren. Si le desobedecemos y matan a su chica por eso, no habrá quien le frene.

Angelica sonrió levemente. La chica de Aren sonaba demasiado bien a sus oídos, al menos moriría sabiéndolo. No podía permitir que tanta gente muriese por su causa, pero no podía confiar en la suerte, tarde o temprano averiguarían que ella se llevó al bebé y debía estar preparada.

—¿Cuál es el sitio más seguro del hotel? —preguntó Angelica a Han.

—Cualquiera donde haya gente, pero no creo que esta vez eso funcionen. Tienen demasiada urgencia por recuperar al bebé, así que yo diría que el sótano donde suele vivir Aren, tiene incluso unas protecciones.

—Eso no les va a frenar, ya vi esas protecciones, y la mejor defensa siempre fue el mismo Aren. Nadie se atrevería a tocarle las narices a un cazador. Pero el sótano es una buena opción, al menos para que no dañen a otras personas inocentes que estén en el hotel.

Han entró con el coche en un garaje subterráneo que parecía de uso exclusivo para ellos. En el garaje parecía haber todo tipo de vehículos: furgonetas, motos, coches, incluso pequeños camiones. En las paredes habría vitrinas enormes llenas de armamento, como si prepararan una pequeña guerra personal, que era la relación que mantenían con el aquelarre oscuro desde hacía siglos. Nunca imaginó que pudiera llegar a estar en un lugar así, en el otro bando, peor aún, siendo la “chica” de uno de los hombres del saco, de los cazadores. Que Aren la tratara como su mujer no quería decir que el resto le fuera a aceptar. Afortunadamente, era el único cazador de la zona. Si se encontraba con otro no tendría la misma suerte de salir viva. Ese pensamiento le estremeció, en el fondo estaba en la boca del lobo, y de lo último que podía sentirse es segura ahí, y ya en ningún lado.

Angelica entró en la parte del sótano donde ya había dormido con Aren, se concentró en el lugar buscando un sitio donde fuera más fácil defenderse. Siguió su instinto hasta llegar a una especie de salón. Había una mesa con sillas, un sofá, una televisión y al fondo una especie de taller de carpintería y modelado en madera. Parecía que el vikingo tenía algunos hobbies. Observó con detenimiento el realismo que las figuras mostraban: hombres, mujeres, casitas pequeña, parecía un poblado vikingo, quizás donde se crió. No imaginaba esa faceta sentimental en el cazador. Durante breves segundos dudó mientras contemplaba ese mundo en madera que Aren había creado,

pero luego entendió que no le quedaba otra opción, así que miró a Han.

—Necesito que me traiga algunos ingredientes para mis conjuros. Tengo que proteger el lugar —dijo Angelica mientras buscaba un lugar donde dejar al bebé.

—¿Qué necesita? —preguntó Han dispuesto a ayudarla.

—Necesito una serie de cosas —dijo Angelica mientras tomaba un papel y un bolígrafo que había sobre una de las mesas para hacer su lista.

—Cuando venga uno de los hombres le mando a por ellas.

—Lo necesito ahora —ordenó Angelica con voz autoritaria sin esperar que le llevaran la contraria mientras le tendía el papel con la lista.

Han dudó unos instantes mientras observaba la lista, no quería dejarla sola ni por un segundo. Luego cedió ante la determinación de Angelica. Afirmó con la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Tiene un comunicador aquí —dijo Han dejando uno sobre la mesa—. Todo el hotel está protegido. Si necesitas algo, o ve la más mínima señal de peligro nos avisa.

Angelica asintió revisando que el bebé estuviera bien tras hacerle una especie de cuna improvisada con un cestillo y cojines que había en la habitación, luego, cuando se aseguró de que Han se había marchado se acercó a la puerta y con una tiza que cogió de la mesa, y que parecía que Aren usaba para tomar medidas o algo así, pintó una estrella de cinco puntas y varias palabras en latín, luego comenzó a pintar sobre el suelo un elaborado talismán: una estrella de ocho puntas dentro de dos círculos concéntricos y en el espacio que los separaba, comenzó a pintar y tejer conjuros. Al poco de dedicarse a esa labor escuchó a Han tratando de entrar sin éxito. Angelica había hecho un conjuro de negación de entrada a todo el que pretendiera hacerlo, incluidos los hombres de Aren.

—Angelica —dijo Han en un tono enfadado—. Déjeme entrar, Sabe que podría estar en peligro y yo debo protegerla, es mi trabajo.

—Lo siento Han —se disculpo Angelica tirada en el suelo concentrada en su trabajo—. No puedo permitir que mueran por mi culpa. Salvar al niño es mi misión.

—Angelica, no me haga enfadar. Aren no se va a tomar nada bien encontrar su cadáver y el del niño tirados en la habitación. Nos está subestimando, podemos protegerla.

—Es posible, pero a un alto coste, y yo no soy el soldado Brian —respondió Angelica sin hacer caso a las demandas de Han.

—No puede hacer esto usted sola y nosotros estamos dispuestos a morir desde que trabajamos en esto. Quite ese conjuro de la puerta, ahora —dijo Han en un tono autoritario del que no imaginaba que pudiera emplear habiéndose mostrado tan amable hasta ahora.

—No, Han, y le pido que no me desconcentre, porque si no hago esto bien estaré muerta yo, el bebé y todos.

—Está bien, le doy un rato de margen hasta que acabe lo que esté haciendo, luego me abrirá la puerta o me enfadaré mucho —dijo Han en un tono decidido.

—Ya lo hablaremos luego —respondió Angelica sin ánimo de quitar el conjuro

Angelica continuó recitando ensalmos en latín y pintando sin más. Desería estar rodeada de personas en este momento en el que el miedo casi le atenazaba, pero sabía que los brujos que vinieran a por ella los mataría a todos y con placer, para luego seguir con el proyecto de acabar con Angelica. No quería eso sobre su conciencia. Cuando terminó de pintar se acercó a la cocina maldiciendo, necesitaba un biberón, leche y otras cosas para el niño que podría estar sediento o hambriento, aún así permanecía dormido, quizás bajo el efecto de algún conjuro. Podría ser lo mejor hasta que Aren volviera, porque no tenía nada que darle de comer hasta que pudiera salir de esa sala, tan solo rezaba porque le hubieran alimentado antes de tratar de secuestrarlo o matarlo. Cogió la cestita y se sentó con el niño en medio de las pintadas del suelo que comenzaron a brillar en un dorado tenue. Luego se abrazó a la cestita con el bebé y comenzó a rezar a su diosa. No sabía cuánto tiempo debía mantenerse en ese lugar, o si saldrían con vida, ni siquiera sabía cómo se llamaba el niño, posiblemente ni se hubieran molestado en ponerle nombre, porque necesitaban su corazón no su identidad. Un bebé de inocencia innata, pensó mientras acariciaba su cabecita tratando de relajarse. Han no se dio por vencido y durante una hora estuvo; primero molesto pidiéndole que quitara la prohibición de la puerta, y luego muy enfadado amenazando con echar la puerta abajo. Eso era imposible, con la prohibición no podían ni acercarse a la puerta, y aunque la echaran abajo no podrían entrar. Estaba asustada y la incertidumbre aumentaba ese estado anímico. Se acurrucó con el bebé en el suelo esperando que no la pescaran y que Aren volviera lo antes posible, pero pasó otra hora y nada ocurrió. No se sorprendió cuando vio a cinco figuras materializarse en medio de la sala. Sabía que ya no había marcha atrás, ahora era enemiga del aquelarre. No

conocía en persona a ninguno de los que se materializaron en la habitación, pero sabía que trabajaban para el diácono de Milán. Eran más de los que se esperaba, y más de los que podían combatir, pero ya no era el momento de temblar. Cerró los ojos, era una bruja elementalista y estaba especializada en la tierra. Ahora sabrían cuál era su poder. El suelo comenzó a vibrar y una barrera de tierra comenzó a materializarse alrededor del círculo que rodeaba a ella y al bebé.

—Angelica, sabemos que esto es un error —dijo una de las tres mujeres que estaban allí—. Tan solo nos das al niño y diremos que te dio un ataque de debilidad. Sabes que eres una prestigiosa erudita, que te perdonarán casi todo, y esto tan solo es una niñería, literalmente.

—Sabes que no te será fácil quitarme al niño —dijo Angelica que mantenía los ojos cerrados para concentrarse mejor en el poder que esgrimía.

—Somos conscientes de que no puedes contra los cinco —dijo la misma mujer que parecía la de más alto nivel de los cinco—. El niño es el antojo de Benedicto, pero si te hacemos daño a ti, enfadaremos a la reina, lo mejor es hacer esto pacíficamente.

—Sois cinco, pero estoy segura de que si queréis quitarme al niño, no creeréis que saldréis todos vivos de aquí —dijo Angelica arrojando un trozo de madera afilada de la mesa de Aren, tan rápido que uno de ellos tan solo pudo moverse lo suficiente como para que en vez de clavarse en el corazón lo hiciera en el hombro izquierdo.

—Angelica, no nos hagas enfadar y devuélvenos al niño.

Angelica iba a responder cuando oyó ruido tras la puerta. Han y los demás debían estar nerviosos.

—¡Angelica! ¡Déjenos entrar, ya! —gritó Han de muy mal humor.

—A lo mejor puedo acabar con los cincos antes de morir —presumió Angelica ignorando a los hombres de Aren.

—Yo creo que no, Angelica.

La mujer comenzó a acumular energía junto a los otros cuatro que rodearon a Angelica y cuando se notaron en la cumbre del poder lo lanzaron contra las defensas de Angelica. Angelica dio un grito al notar cómo le golpeaban de esa forma, pero el escudo de tierra comenzaba a solidificarse haciendo más dificultoso el ataque contra el mismo. Uno de los cinco lanzó otro golpe contra el muro, pero este mostraba un poder descomunal, más de lo que se esperaba de Angelica, aun siendo tan buena. Los cinco cambiaron de estrategia haciendo que el suelo desapareciera, salvo el círculo de

protección de Angelica, estaban separándola de la tierra, y acabarían debilitándola de esa forma. Angelica se concentró en crear suelo a su alrededor para que no debilitaran las protecciones, pero esa jugada la ponía en desventaja, al no poder centrarse más que en eso. Tenía que quitarse de en medio a alguno de ellos antes de que su desventaja fuera tan grande que la destruyera. Nunca había matado a nadie, no sabía si sería capaz, pero miró al bebé y se dio cuenta de que no tenía otra opción. Desvió el suelo hasta rodear a uno de los brujos, el que consideraba el más débil. La piedra comenzó a rodear al brujo atrapando su pierna y envolviéndole como si fuera una boa constrictora. Cuando la piedra le inmovilizó hasta la cintura, el hombre comenzó a gritar de miedo, pero no le sirvió de nada, Angelica no tenía otra opción y estaba determinada, el hombre se convirtió en una estatua de piedra con un gesto de terror. Los otros al ver lo que había ocurrido aumentaron sus ataques para evitar que Angelica repitiera la acción, y antes de que acabara el conjuro que lanzó contra su primer adversario, uno de los brujos le disparó varias veces con una pistola. No pudo levantar el muro de piedra a tiempo y tres balas le dieron haciéndola sangrar. Dio un grito de dolor y supo que estaba muriendo al tocarse las heridas, y antes de morir debía acabar con todos. Fijó la mirada en otro de ellos mientras escupía sangre. La misma maniobra con la que acabó con el primero no iba a funcionar ahora. Angelica miró el arma del hechicero que le había disparado haciendo que todas las balas del cargador salieran disparadas contra él, cayendo muerto fulminado, pero de nuevo tuvo que bajar la guardia, y otro de ellos le lanzó una carga energética que no podía parar e iba a matarla inmediatamente. No tenía forma de defenderse. Una luz blanca danzó alrededor de Angelica, no provenía de ninguno de sus oponentes, y cuando la carga iba a impactarle de lleno, la luz se extendió absorbiendo todo, era magia blanca. Magia proveniente del quinto elemento, y no sabía quién podía estar protegiéndola de esa forma, porque ya no quedaban brujos del aquelarre blanco. Angelica miró al bebé y se dio cuenta de que tenía que sacarlo de la sala como pudiera y esperar que Han le salvara, porque se estaba muriendo. Uso su poder para formar una esfera de piedra a su alrededor mientras se arrastraba hasta la puerta con dificultad. La luz blanca le seguía y se pegó a sus heridas, no sabía con qué intención. Apenas había llegado cerca de la puerta cuando dio un grito, la luz estaba golpeando las heridas y le dolía. Los brujos aprovecharon su debilidad para golpearla de nuevo derrumbando el muro de piedra que ya no podía ayudarla más. Ella aprovechó la explosión de la piedra para lanzar todos los

pedazos contra un tercer oponente que cayó casi fulminado, pero ya no le quedaba más magia, ni energía, y la luz blanca le estaba destrozando de dolor. Miró sus heridas, la luz blanca estaba tratando de sanarla, poseía un extraño aliado, pero ya no tenía sentido porque quedaban dos de los brujos en pie, uno de ellos era la mujer que le habló al principio.

—Nos hubiéramos ahorrado todo esto —dijo la mujer con una sonrisa—. No sé quién te ayuda, pero ya me encargaré luego de buscar a ese brujo blanco.

Angelica dejó de arrastrarse y se quedó quieta en el suelo tratando de proteger al bebé con su cuerpo, como último intento de salvarle. Pensó en Aren y sintió que él notó su dolor. Elevó la mirada digna para contemplar a su ejecutora a la cara. La mujer parecía haber perdido la paciencia y ya no tenía intenciones de dejarla vivir, elevó una esfera de energía cuyo poder fue aumentado por la otra bruja que quedaba en pie, con intenciones de eliminar a Angelica de una vez por todas, entonces, las dos brujas que quedaban comenzaron a arder en un fuego antinatural, lanzando gritos de dolor. Se retorcían en el fuego como si fuera la peor muerte que se les pudiera administrar. Angelica reunió su energía para mirar a su espalda cuando escuchó una voz de un hombre.

—Siempre han ardido de puta madre —dijo la voz del hombre a su espalda.

Angelica se fijó en el hombre que parecía muy peculiar. Su cabello y ojos eran de color cereza, casi antinaturales. Llevaba el cabello recogido tras la nuca y ligeramente largo, parecía una de esas fotos que encuentras en esas webs que dicen la belleza es diferente, sacando a personas con rasgos inusuales que les hacen especiales. El hombre era antinaturalmente guapo, no como Aren, su cazador tenía un atractivo humano, este era extraño, y si no estuviera tan agotada pensaría que a lo mejor no era del todo humano. No obstante, no estaba segura de si era amigo o enemigo, así que reunió toda su fuerza para prepararse de nuevo para un ataque cuando Han entró atropelladamente.

—¿Qué diablos pensaba dejándonos fuera de esto? —preguntó Han cogiendo al bebé.

—Supongo que en una locura —dijo Angelica dejándose caer en el suelo.

—Dígame que toda esa sangre no es suya —dijo Han consciente de que Aren le mataría.

—Me temo que sí. Lo siento...

El hombre extraño se acercó a ella y comprobó sus heridas sin presentarse si quiera.

—No ha muerto por alguna extraña magia —dijo el hombre a Han.

—Una luz, proveniente de la magia blanca me ha salvado dos veces, pero solo me ha curado las heridas mortales, aún estoy para que me vendan en un rastrillo.

—Mi nombre es Arnau. Soy uno de los cazadores —dijo el recién llegado.

Angelica sonrió débilmente. Claro que sí, quién si no un cazador podía haber hecho eso con los dos brujos. Había escuchado hablar del cátar, Arnau, que era capaz de matar a un brujo incinerándolo en una especie de pira propia. Esperaba que no le quedara combustible para ella.

—¿Dónde está Aren? —preguntó Arnau llevándola cuidadosamente a la cama y llamando a uno de los hombres que era médico.

—¡Aren! —casi gritó Angelica—. Tengo que ir con él, podría perderse a donde está. Hay que ayudarlo.

Angelica trató de levantarse, pero tan solo cayó de nuevo entre dolores sobre la cama.

—Cálmate —dijo Arnau—. Ezequiel viene hacia aquí también. Resolveremos esto.

—Necesito mi móvil —dijo Angelica señalando su bolso.

Han se lo acercó y Angelica sacó el móvil comprobando que tenía varias llamadas perdidas de Brigit. Le devolvió la llamada y esperó a que cogiera el teléfono.

—Angelica, hay respuesta. No te lo vas a creer. ¿Por qué diablos no cogías el teléfono?

—Dime qué han dicho —respondió Angelica con ansiedad.

—Las ancianas no solo nos permiten ayudar en este asunto, sino que el clan de los eruditos abandona el aquelarre oscuro. En este momento todos están recogiendo sus cosas, sus recursos y buscando cómo desaparecer el radar del aquelarre.

—¿Habéis perdido el juicio? No solo estaréis expuesto con el aquelarre, también con los cazadores —dijo Angelica mirando a Arnau de soslayo cuando dijo eso último.

—Es lo que quieren las ancianas, y además, lo hemos votado. Sabemos a lo que nos enfrentamos. Dile a tu chico que colaboraremos con él para cerrar ese portal, porque dudo que ellos puedan hacer eso. Voy hacia el hotel

Arengelica, estoy llegando.

—No, espera —dijo Angelica antes de poderle advertir que había un cazador que no conocía y el Inquisidor negro iba a llegar en breve.

Angelica se puso la mano en la cabeza, ahora tenía que explicar a un cazador todo lo que había ocurrido, rezar para que no matara ni a ella ni a su clan, y fuera colaborador.

—No te preocupes, Ezequiel sabrá si mientes o no —dijo Arnau casi leyéndole el pensamiento, pero al escuchar el nombre del Inquisidor sacándole información se estremeció. Había oído hablar de su poder para romper cerebros y almas.

Capítulo 22

Angelica estaba llorando copiosamente tratando de calmarse sin mucho éxito. El hombre que tenía en frente era sumamente inquietante, y había revuelto hasta el último rincón de su alma. Sus ojos negros le penetraban y le sugerían que con él no había mentira posible. Brigit estaba echada en un sillón con las piernas colgando por uno de los respaldos descuidadamente, casi como si tuviera quince años. No esperaba encontrarse con dos cazadores que no conocía. Ya había contado la historia completa desde que salió de España, y no pudo evitar esconder ningún detalle, ni siquiera los de su historia con Aren, lo cual, le hacía sentir muy abochornada. El inquisidor no necesitaba decir una sola palabra para que toda la verdad fluyera por sus labios como si le hubieran dado pentotal sódico, el famoso suero de la verdad. Se sentía maltrecha y echaba de menos a Aren, que podía estar perdido o algo peor en el lugar en el que estaba. Lo más irritante fue cuando sin saber por qué o cómo, comenzó a contar lo enamorada que estaba de Aren, lo mucho que le echaba de menos y que iba a morir si este se perdía dentro del plano en el que se había metido. Ni ella misma sospechaba una parte de todos los sentimientos que le había cantado al Inquisidor, era realmente bueno, y tan solo había usado un pequeño don contra ella.

—Nunca he matado a nadie —dijo Angelica llorando—. No sé cómo voy a perdonarme esto, pero si no lo hacía habría sacrificado un bebé.

—¿Y por qué entregaste a Violeta a un cazador para que la mataran? ¿Pretendía que yo hiciera tu trabajo sucio y de tu aquelarre? —la voz del inquisidor era profunda, y aunque mostraba calma y casi amabilidad, había un matiz de dureza digna de un diamante de alguna estrella de cine.

—No, yo no sabía que eras un cazador. No imaginaba que había uno en el pueblo, rumores, corren siempre, porque aterráis a todo el mundo. Yo le di la poción para que despertara sus poderes y pudiera huir, la querían matar.

—¿Y cómo esperabas que una bruja sin conocimientos acerca de la brujería usara esos poderes para protegerse?

—Los poderes que se manifiestan por primera vez en una bruja son tremendos, y yo podía sintonizar con ella, si estaba receptiva a la magia, y protegerla, sacarla de los líos en los que se metiera. Ese vínculo se rompió en cuánto la “cazaste”, no pude ayudarla más. Pero yo no hablé de ella al aquelarre, ni la delaté, tampoco a ti. Si lo hubiera hecho, ni tú habrías podido sacar viva a Violeta de ese pueblo.

—¡Ya basta, Ezequiel! —dijo Arnau en tono autoritario—. Tú menos que nadie matarías a un inocente. La encontré acurrucada con el bebé medio muerta, y aún así no lo cedía, habrían tenido que quitarle al niño estando muerta. La maldad no es innata, no sé cuánto vamos a discutir sobre ese tema.

—Chicos, ¿qué tal si dejamos esas apasionadas discusiones sobre el bien, el mal, la divinidad, para otro momento, y vamos a por él gatito perdido de mi amiga y a cerrar ese portal de los cojones? —dijo Brigit que ya estaba harta de sentirse en un juicio de la inquisición.

—Tiene razón —dijo Arnau—. Ya sabemos todo lo que necesitamos, hay que cerrar eso cómo sea, pero iremos nosotros solos.

—¡Genial! ¿Y cuál es vuestro brillante plan para cerrar eso? Vuestros conocimientos sobre la necromancia o el grimorio de los tormentos deben ser elevados —dijo Brigit en tono casi de burla—. No jodáis más y llevadme hasta ese puñetero portal que yo haga mi trabajo. No nos hemos salido del Aquelarre oscuro, traicionado a la reina, y a todos para ahora no cumplir con el cometido por el que nos hemos revelado.

—Brigit tiene razón —respondió una voz que salía del aire—. Esto es muy importante, no tenéis ni idea de lo que puede pasar si dejamos abierta esa puerta.

—¿Qué diablos es esa voz? —preguntó Arnau.

—Es Goblin, uno de nuestro clan. Nos hemos salido del aquelarre porque esto ha llegado demasiado lejos —dijo Angelica mirando a Ezequiel a los ojos.

—Sí, no estamos de acuerdo con la política de la empresa sobre las relaciones interprofesionales con los demonios, la limpieza de efectivos, los nuevos métodos pedagógicos para tratar bebés o la apertura de portales de energía contraria a nuestro mundo que pueden destruir todo. Nuestro team manager deja mucho que desear. Nos hemos ido, somos proscritos, piratas de la magia —dijo Brigit que estaba poniéndose de pie para dirigirse a la puerta—. ¿Qué tal si unos chicos fuertes me escoltan hasta el portal?

—¿Habéis abandonado el Aquelarre oscuro? —preguntó Arnau incrédulo.

—Sí, dicen la verdad —respondió Ezequiel que se puso a andar para seguir a Brigit colocándose la espada en la espalda.

—Esperad. Yo tengo que ir —dijo Angelica tratándo de ponerse de pie casi dando un grito de dolor.

—No, tú no puedes ni moverte. Te quedas con el bebé al cuidado de los amigos estos raros que has traído— dijo Arnau refiriéndose a Nidia y a Rafael.

—Si no me llevas no vais a poder encontrar jamás a Aren y traerlo.

—Angelica tiene razón. Allí no hay direcciones, yo os puedo guiar porque conozco el inframundo y esos planos, pero el vikingo no va a salir jamás de ahí. No hay forma de encontrarle.

—¡Maldita sea! Claro que la hay —dijo Angelica desesperada—. Estamos conectados, yo le percibo.

—¿Lo suficiente como para encontrarle con la garra de la bruja interfiriendo? —preguntó una de las voces que acompañaban a Brigit.

—Puedo quitársela incluso a distancia cuando esté dentro del portal —explicó Angelica.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Goblin.

—No, pero tengo que creer en ello —dijo Angelica desesperada—. No voy a perder a Aren.

—Está bien, Angelica. Yo creo que llegado el momento puedo ayudarte —dijo Goblin—. Encontraremos a tu “gatito”

—El “gatito” va a aparecer cabreado si llevamos a su “gatita” herida a un problema como ese —respondió Arnau que no parecía convencido—. ¿Soy al único que le perturban todas esas voces alrededor de la gótica?

—Prefiero a Aren enfadado que perdido en el infierno —dijo Ezequiel que cogió a Angelica en brazos con cuidado—. Yo la protegeré y tú abres camino, Arnau. Mejor que nos vayamos ya.

—No sé qué decirte, nos va a dar una paliza tremenda a los dos —dijo Arnau mientras llamaba al ascensor para bajar al garaje.

Los cuatro se dirigieron hacia el coche que les llevaría hasta la casa capitular. Ezequiel colocó a Angelica en la parte trasera y se sentó delante junto Arnau.

—Poneros los cinturones —dijo Arnau con una sonrisa divertida.

—¿Eres un cazador o mi abuelita? —preguntó Brigit sorprendida por la recomendación de Arnau.

—Tú, cariño, ponte el cinturón —dijo Arnau a Angelica tras guiñarle un ojo—. No quiero que Aren me mantenga un siglo decapitado en algún sótano.

Angelica observó la mirada fría de Ezequiel afirmando escuetamente con la cabeza a la observación de Arnau. Cuando vio que Angelica estaba bien sujeta, puso el coche en marcha pasando rápidamente a una velocidad que sobrepasaba por mucho el límite de velocidad. Brigit cayó sobre el respaldo

casi tragándose el asiento que tenía delante cuando Arnau cambió de dirección.

—¡Joder! ¡Estáis locos! —gritó Brigit que se ponía con dificultad el cinturón —Sois más peligrosos como aliados que como enemigos.

—No te creas, preciosa muñequita de tienda gótica —dijo Arnau con una sonrisa aumentando la velocidad—. Somos peores como enemigos, pero aún no has visto nada.

El cazador conducía a una velocidad que no era normal en un coche, posiblemente ese coche no lo fuera. Esquivaba vehículos con una maestría que cualquier piloto de carrera profesional envidiaría. No tardaron en llegar cerca de la casa capitular, que estaba cerrada.

—Quizás pueda hacer algo por que abran la reja de la casa —se ofreció Brigit sin que por ello el cazador se detuviera, tan solo aceleró mucho más y derribó la reja llevándosela consigo—. O podemos hacer eso también, acabando con cualquier oportunidad de sigilo que tuviéramos.

—Con la pinta de chica mala que te gastas pensaba que serías más atrevida, Brigvampi —dijo Arnau que seguía sin desacelerar.

—Y yo que el más loco de los cazadores era Aren. Podías haber dejado a tu amigo el religioso en el volante.

—Ezequiel es peor que yo, tan solo es más silencioso. Deja de lloriquear que aún no hemos comenzado la fiesta gore.

—Genial, ¿tendremos que soportar durante mucho tiempo este duelo de ingenio? —dijo finalmente Ezequiel que se sujetaba misteriosamente al coche.

Brigit al verlo hizo exactamente lo mismo, no pensaba dejar que le pillaran otra vez por sorpresa, y puso la otra mano sobre Angelica para protegerla. En breve se dio cuenta que tenía razón, porque el cazador aumentó la velocidad hasta un límite que Brigit no creía posible estrellando el coche contra la puerta de la entrada arrancando los goznes de la misma y frenando de un golpe cuando estaban prácticamente dentro de la casa con el coche. Unos airbags se abrieron protegiendo a los de dentro, y se desinflaron justo cuando el coche frenó. Brigit juraría que los cazadores gastaban tecnología de otro planeta. Sin esperar las recriminaciones de las chicas, ambos salieron con rapidez. Arnau con un arma semiautomática disparando a los guardias de la entrada que tuvieron que cubrirse en la esquina para no caer muertos. Mientras le cubría, Ezequiel abrió la puerta donde estaban las chicas y tomó a Angelica con cuidado y miró a Brigit.

—Tú quédate detrás de mí —le ordenó Ezequiel a Brigit.

Arnau dejó caer las armas que ya no tenían munición y cogió otro par sin molestarse en cambiarla. El cazador del cabello rojizo se adelantó disparando sin parar, como si estuviera en una fiesta de balas, luego miró ligeramente hacia arriba viendo que aparecían más hombres desde la parte superior de la escalera, y sin molestarse en cambiar el ángulo de las armas dio un chasquido y una columna de fuego bordeó la barandilla de la escalera obligando a los hombres de arriba a buscar otra forma de salir de allí.

—¿Estás segura que no somos peores como enemigos? —dijo Arnau que ya comenzaba a moverse hacia la puerta donde se atrincheraban los primeros guardias.

—Sois mejor si no os hubiera conocido de ninguna manera. Pero está claro que tengo una perra suerte, de irme del aquelarre, tocar las narices a mi ex reina y conoceros a vosotros, todo en el mismo día.

—Mira el lado bueno, ya solo puedes ir a mejor —respondió Arnau mientras remodelaba la puerta detrás de la cual estaban los hombres, con las balas

—Yo no estaría tan segura. Parad cuando no queden enemigos, tengo que localizar a Aren y romper la garra —dijo Angelica que se la veía silenciosa afectada por el dolor.

—¿Te duele mucho? —preguntó Ezequiel a Angelica.

—Como el infierno, pero ya me he tomado varios calmantes, no puedo excederme, necesito la mente clara para que localicemos a Aren.

Arnau pasó por la puerta matando a los guardias que estaban disparando. Brigit se paró un segundo a contemplar la nueva remodelación de la puerta y se giró hacia Angelica.

—¿Sabes esa maldición china, que vivas tiempos interesantes? Pues a ti de eso te espera mucha dosis —dijo Brigit a Angelica cuya tensión le impedía mantenerse callada—. Porque creo que el pirómano es un ángelito en comparación con el tuyo.

—Menos mal que Aren se ha enamorado de ti y no de ella —le dijo Ezequiel a Angelica—. Porque ya es malo que sea una bruja oscura, pero que encima hable por los codos sin que yo tenga que usar ninguno de mis poderes para eso...

—No me juzgues, estoy muy nerviosa —se disculpó Brigit—. Es la primera vez que asisto a una juerga como esta. En la universidad lo que hacíamos es beber hasta caernos, o fumar marihuana.

—Bueno nena, en breve de toca hacer aquello de lo que presumes, cerrar portales, así que ve tranquilizándote, si necesitas marihuana podemos ver qué hacemos —le dijo Arnau mientras abría camino a tiros y fuego.

—Ezequiel, estoy demasiado agotada para romper la garra. Necesito que me ayudes. A ti te lo han hecho y puedes conectar con mi mente, tienes que mantenerme concentrada y evitar que me duerma de cualquier forma.

—¿Quieres que entre en tu mente? —preguntó Ezequiel sorprendido.

—No, pero quiero salvar a Aren.

—Está bien, nunca se lo he hecho a alguien que quisiera voluntariamente. Cierra los ojos y concéntrate en mi voz. Ignora el sonido de fondo, deja que Arnau se ocupe de todo, tú tan solo ábrete a mi voz y deja que yo te guíe.

Angelica cerró los ojos y dejó que la voz del inquisidor le guiara por un mar de confusión y dolor que era su mente en ese instante.

—Ya no sientes dolor, ni miedo, tan solo lo que yo te diga —continuó el cazador.

Angelica liberada del dolor comenzó a acumular energía alrededor suya hasta visualizar el hilo que la unía a Aren.

—Le siento —dijo Angelica en un tono de alivio.

—Céntrate en eso hasta sobresaturarlo, pon todo tu empeño. Rompe la garra —dijo Ezequiel con un tono de voz que habría convencido a quién quisiera de que se pegara un tiro.

Angelica se concentró en la voz de Ezequiel hasta notar como toda su energía iba hasta Aren como un río y en medio hubiera una presa que impedía que el agua fluyera. Aumentó el caudal hasta que la presa quedó destruida y la energía fluía libremente. Un estallido de eléctrico brotó de Angelica y esta abrió los ojos sonriente.

—Creo que sé dónde está —dijo Angelica y luego miró a Ezequiel a la cara.

—Sí, nos vamos a casar —respondió Ezequiel a Angelica—. He leído la pregunta en tu mente cuando has visto mi anillo de compromiso. Y no, no le hice daño, al menos no más que los inconvenientes de que un cazador vaya detrás de ti.

—Estupendo, porque a mí me encantan las bodas; comida y bebida gratis —dijo Brigit que se acercó al portal cuando Arnau dejó el suelo lleno de cadáveres—. Ahora, recordad que no podéis alejaros de mí, yo soy vuestra guía, el perro lazarillo, la luz en la noche más oscura que...

—Lo hemos pillado —le interrumpió Arnau que entró el primero.

Angelica ya no sentía dolor, el Inquisidor estaba controlando sus emociones, como el miedo o el dolor. Nunca había creído que un don que servía para hacer daño también podría servir para un caso como este. El paisaje era como si estuvieran en otro planeta, la luz mortecina apenas permitía tener una visión detallada del lugar, salvo por los ríos de lava que se movían lentamente por el lugar. En el suelo había todo tipo de cadáveres; algunos semienterrados en la tierra como si se los hubiera tragado, muchos estaban decapitados o mutilados. Había tantos cadáveres en el suelo que pareciera que el mismo dios de la muerte hubiera estado aburrido.

—Sin duda, por aquí ha pasado Aren —dijo Arnau mirando la estela de sangre y cuerpos fragmentados.

—Este sitio es siniestro —dijo Angelica que se sentía como si hubiera atravesado el portal hacia el infierno.

—Como en casa —dijo Arnau mostrando una llama de fuego en su mano. Angelica juraría que incluso el color de sus ojos cambiaban en este lugar, realmente parecía que estuviera en casa.

—No te desconcentres y siente por dónde se ha ido Aren —dijo Ezequiel con voz relajada.

Angelica se concentró con los ojos cerrados.

—Está en un estado mental muy confuso. Ya no le quedan enemigos a la vista, aún así, quiere seguir golpeando.

—No hay duda de que es Aren —dijo Ezequiel calmando la mente de Angelica que se sintonizaba con la del vikingo—. ¿Puedes guiarnos hasta él?

—Sí, sigue recto hasta que te avise —dijo Angelica a Ezequiel que la llevaba en brazos mientras los otros le seguían.

—¿Qué era esa luz blanca? —preguntó Brigit tras un rato de andar en un paisaje monocorde, recordando la descripción de Angelica sobre algo que le tenía intrigada.

—No lo sé, era magia blanca, como la que se supone que ya no queda. Usaba el quinto elemento, la esencia de todo. Me protegió cuando me proyectaron una esfera de energía que debería haberme matado. También me curó las heridas mortales, si no hubiera estado esa luz ahí, o no hubiera llegado Arnau, yo estaría muerta y el bebé sacrificado.

—Debiste haberme llamado como te dije. Entre las dos habríamos acabado con esa escoria, o entre los cuatro, seguro que Nidia y Rafael se habrían apuntado. Eres una mala jugadora de equipo.

—Eso no es lo único que nos ha pasado. Una hechicera roja me ha

desafiado a un duelo. No lo conté porque ni lo recordaba cuando me interrogaban.

—¿Un hechicera roja como pelirroja o como qué?

—Del Aquelarre rojo. Me envió un pendrive con un video al hotel en el que me alojaba, matando a una bruja en un duelo, ¿Recuerdas a esa tramposa de Adeli? —preguntó Angelica haciendo una breve pausa hasta ver una respuesta afirmativa en Brigit —Pues salía en el video muriendo a manos de la otra. El video venía acompañado por un desafío.

—¿Te ha desafiado? —preguntó Brigit con sorpresa —¿No sabe a quién se enfrenta?

—No has visto lo salvaje que es —respondió Angelica—. Su magia era del estilo combativa. Es como Violeta.

—No creo que Aren te permita acercarte a ella. Ni yo que se acerque a Violeta —dijo Ezequiel cuando oyó el nombre de su prometida—. Es la mujer que se rumoreaba que cazaba brujos, pero yo tenía razón, era una bruja más.

—Esto parece muy grande —dijo Arnau—. ¿Sabes cuánto más queda para encontrar a Aren? No puede haber destruido este mundo, plano, o lo que sea, entero.

—Es Aren, sí que puede —dijo Ezequiel observando los restos de destrucción—. Es una fuerza de la naturaleza para castigar el mal.

—Ya lo siento cerca —dijo Angelica con una sonrisa—. Sigue los restos de esas criaturas, está muy cerca.

Durante un rato más estuvieron siguiendo una estela de sangre y cuerpos. No sabrían cuánto tiempo llevaban en ese lugar. La luz era siempre igual de intensa, y ni los relojes o los sistemas de medición del tiempo o del espacio funcionaban, como si allí nada de eso tuviera sentido. Angelica estaba inquieta, percibía a Aren cerca pero no lograba verlo aún, y aunque pareciera extraño, la presencia de los dos cazadores le reconfortaba en un sitio tan peligroso como parecía ese. Durante un rato en la caminata, Brigit había estado tratando de encontrar tema de conversación, ya fuera sobre algo místico, sobre lo que le había ocurrido a Angelica, incluso repitiéndose en las preguntas, o tratando de meterse con Arnau, que parecía inmune a sus puyas y este le respondía con otra. Ezequiel era taciturno, frío e impassible, no disfrutaba del sentido del humor como su compañero. A Angelica le costaba imaginárselo en una relación sentimental con nadie, parecía inmune a todo, pero cuando nombró a Violeta reaccionó de manera protectora; sería capaz de

matar a la bruja roja si se acercara a Violeta con intenciones poco claras. Ahora entendía varios detalles. Cuando Angelica vio a Violeta durante el casting de modelos, en el que Ezequiel era fotógrafo, esta parecía destrozada, tuvo que arreglarle el maquillaje. Ella le dijo que lloraba a causa de un hombre, por el que se sentía engañada, luego los dos desaparecieron de la zona donde se hacían las pruebas. No podía dejar de comparar a ambos cazadores; Ezequiel tranquilo y controlado, y Aren, su cazador, era un espíritu explosivo, intuitivo, impulsivo, y pura pasión en la cama, tuvo que reconocer Angelica. Le echaba de menos y tenía miedo de perderle. También temía que todo fuera una quimera, y tan solo se hubiera acostado con ella porque la tenía cerca, y cuando acabara volvieran a ser enemigos. Si era así, Angelica no sabía cómo iba a superar esa experiencia, porque además, no podía hacerle daño, ni ahora ni nunca, no podía enfrentarse a él como lo hizo con los brujos. Sentía un agradable cosquilleo cada vez que sentía su presencia, y se repetía a sí misma que lo de ellos era místico, una unión que transcendía lo natural, le sentía como parte de su alma.

—Aren está enamorado de ti, para mi disgusto —dijo Ezequiel que parecía leerle el pensamiento o intuirlo, lo cual, inquietaba a Angelica.

—¿Cómo...?

—Lo sé porque he recibido demasiadas confesiones. Entiendo de asuntos del alma. Y está enamorado porque no te habría dejado vivir de no ser así. Él no es como yo, que se plantea si su presa es inocente, él tan solo la ejecuta.

—No lo ha hecho porque yo llegué a un acuerdo con él, y cuando acabáramos concluiría la tregua.

—Aren no es un jugador de equipo. Te habría matado y habría ido a salvar al bebé sembrando todo de caos, sin ninguna diplomacia o sigilo —insistió Ezequiel.

—Ez tiene razón —dijo Arnau apoyando la opinión del otro cazador—. Aren no es un romántico. Si le dicen que mate a alguien lo hace, si se acuesta con una mujer, lo hace y luego la deja en cuanto acaba, sin más complicaciones. No le importa si la mujer se enamora de él, Aren te diría que no es problema suyo si se enamora de un cabrón en una sola cita. Deja muy claro que lo único que quiere de ellas es sexo y que cuándo se harte o lo diga, ella desaparecerán sin más preguntas o recriminaciones. Aren es cristalino en todo. Cuando le dijo a Han que si te pasaba algo le mataba, siendo uno de sus hombres de confianza, dejó muy clara su situación contigo.

—Pues yo, no la veo tan clara —dijo Angelica para la que todo había ido

muy rápido.

—Mira es el equivalente de Ezequiel de buscar al padre de la novia y pedirle su mano. Aren te mete en su cueva de vikingo, arranca la cabeza a quién te mire mal, y no sabes cómo, bailas al son de ese torbellino nórdico. Seguir el ritmo a Aren es una locura, actúa por instinto o por impulsos, y no tenemos ni idea de cómo las cosas le salen bien a pesar de que no suele planear nada ni tiene intenciones de ello. Si te ocurre algo, nos enterrará vivos a Ez y a mí.

—Calla —ordenó Ezequiel casi en un susurró y señaló a una figura que no estaba muy alejada de ellos.

Angelica reconoció la figura en cuanto la vio, era Aren. Estuvo a punto de dar un grito de júbilo cuando Ezequiel le susurró al oído que se callara. No se acercó más, ni tampoco Arnau que miraba a Aren pronunciando un escueto “mierda”

—Poneros detrás de mí y recorred el camino inverso lentamente —dijo Arnau en un susurro—. Tú llévatelas, Ezequiel, yo le entretendré lo que pueda, pero en ese estado me va a cuartear.

—¿Qué pasa? —preguntó Angelica preocupada mientras Brigit se daba la vuelta.

—Aren no está en sus cabales, se encuentra en ese estado suyo en el que ataca a amigos y enemigos por igual —susurró Ezequiel mientras esperaba que Brigit se diera la vuelta.

—A ese novio tuyo vas a tener que ponerle una correa o dejarlo de Cancerbero en este plano —dijo Brigit mientras se iba apartando poco a poco.

Aren estaba a lo lejos mirando algo que Angelica no lograba discernir, no tardó mucho en darse cuenta, a pesar de los intentos que hicieron por pasar desapercibidos, de que estaban allí, y sin pensarlo comenzó a andar hacia ellos, y cuando vio que los otros se movían más rápido dio una carrera hacia ellos. Arnau se puso delante cubriendo a las chicas para que no les atacara. Aren tenía los ojos completamente rojos, el hacha llena de un líquido negro y viscoso que parecía una especie de sangre de las criaturas que había matado y un gesto de destruir cuánto se encontrara por su camino. Angelica no pudo evitar estremecerse al verlo en ese estado, no solo daba miedo, emitía una especie de aura de terror antinatural, que presuponía que era parte del don del cazador, no solo era un horror en el combate, además emitía un miedo paralizante. Trató de repetirse varias veces que era su cazador para combatir

esa emoción, que poseía una sonrisa cautivadora que producía deseos de besarle, no solo en ella, sino en cuantas le miraban. La situación no era fácil, a pesar de ello, y entendió lo que debían sufrir los brujos que él había matado. Deseó que saliera de ese estado, y de alguna forma, pensó su mera presencia haría que volviera a la normalidad por el vínculo que los unía, pero nada más lejos de la realidad, el vikingo no salía de ese estado y Arnau le trataba con suma cautela, hasta ellos te temían cuando estaba así.

—Aren, tienes que calmarte —repitió Arnau varias veces.

Aren miro a Arnau sin darse por enterado y luego a Ezequiel. Su gesto de furia aumentó cuando vio a este, y apartó de un empujón a Arnau para acercarse a ellos. Angelica estaba aterrorizada en ese instante, si no fuera por la frialdad de Ezequiel, que parecía inmune a cualquier efecto que repercutiera en su ánimo, no podrían moverse.

—Agárrate todo lo que puedas a mí —susurró Ezequiel que la sostuvo con el brazo izquierdo mientras ella se abraza a él para no caerse y el cazador puso la mano en la espada que llevaba a su espalda.

—¿Qué mierda le has hecho? —le gritó Aren a Ezequiel sorprendiendo a todos por su elocuencia en el estado en el que se encontraba —¡Te voy a matar con o sin él cuchillito que llevas a tu espalda!

Arnau se puso de pie con una agilidad digna de un acróbata y corrió a interponerse entre ambos, colocando la mano en el pecho de Aren. Este no lo pensó, la cogió con la mano izquierda, porque en la derecha esgrimía el hacha y la retorció casi a punto de romperla, pero sin llegar a hacerlo.

—Yo la encontré así ya. Le atacaron unos brujos y le hicieron esas heridas —dijo Arnau tratando de dar explicaciones atropelladamente.

—¿Y la traes a este infierno, herida? —dijo Aren haciendo que el brazo de Arnau crujiera un poco.

—Arnau me ha salvado la vida. Si no llega a ser por él habría muerto —le explicó Angelica con determinación.

—Si ella no hubiera venido no habríamos podido encontrarte, quizás nunca habrías salido de aquí —le dijo Arnau tratando de mantener la calma.

—¡Eso me importa una mierda! ¡Lo único que debías hacer es ponerla a salvo, como yo habría hecho con tu puta chica de tener una que te aguantara! —bramó Aren de muy mal humor.

—Aren, ellos no querían traerme, pero sabían que si me dejaban al margen yo vendría sola como fuera a por ti —dijo Angelica tratando de hacerle razonar.

—Aren, no me hagas enfadarme y actuar —le dijo Arnau que ya comenzaba a sentirse molesto por la actitud agresiva del vikingo, aún así, estaba agradecido de que hablara y razonara en el estado en el que estaba, al menos que pareciera hacerlo.

Aren soltó bruscamente a Arnau y se acercó más a Ezequiel y Angelica, luego le dedicó una mirada salvaje a Ezequiel, y miró las heridas de Angelica arrugando el ceño.

—Debería enterraros en este plano hasta el fin de los tiempo por traerla en ese estado. Dámela —exigió Aren a Ezequiel.

—Será mejor que no —dijo Ezequiel en un tono frío e inmune a cualquier amenaza del vikingo—. Estás lleno de sangre de demonio, o lo que sea eso, ella está asustada por tu estados y si nos encontramos con cientos de esas criaturas, con las dos manos libres la vas a proteger mejor.

—Ella no me tiene miedo, sabe que jamás le haría daño, ni en este estado —bramó Aren que parecía no rendirse.

—Lo siento vikingo, pero tu novia se queda conmigo hasta que salgamos de este infierno —dijo Ezequiel lanzándole una mirada helada y desafiante a Aren—. No creo que ni tú sepas cuánto tiempo vas a mantener la cordura intacta en ese estado, ¿o sí?

—Vale, pero si veo que le pones las manos encima más de la cuenta te trocearé —dijo Aren mirándolo con gesto adusto.

—Oh vamos, es Ezequiel, aún no sé si se acuesta con la novia ambos vestidos y sin tocarse mucho —bromeó Arnau con una sonrisa cínica que provocó una mirada de “métete en tus asuntos” en Ezequiel—. Si hay que dejarle la custodia de tu hija hermosa como una diosa y desnuda a alguien, yo se la dejaría a Ez. No solo la respeta y la protege, sino que probablemente te la meta a monja o la convierta en una mujer virtuosa.

—Si eso es así, yo tengo un par de amigas que le vendría bien un seminario con él —dijo Brigit tratando de salir de su estado de inquietud.

—Brigvampi, a tus amigas del aquelarre el inquisidor no las lleva por el buen camino, las considera caso perdido. No se pasa de orgías con demonios con trajes de licra negro a monja en tan poco tiempo, pero con lo que come el tarro les suele dejar el cerebro como Bob esponja.

—¿Te quedan muchas gracias que soltar? —dijo Aren con un humor pésimo tras darle un beso a Angelica y acariciarle la mejilla —Porque tengo algo que enseñaros.

—Tú guías, vikingo —dijo Arnau en un gesto desenfadado.

Aren les guió hacia el lugar donde estaba cuando lo encontraron. El lugar era ligeramente diferente al resto de plano. Unos tentáculos de luz rotos por algunas partes giraban en una forma casi espectral. El suelo no era desierto o lava, era un torbellino de oscuridad que se arremolinaba ante un cuerpo inerte, el de Benedicto. Angelica enfocó los ojos sorprendida, parecía como un trozo de otro lugar en este y producía una sensación de opresión que invitaba a no acercarse. Escuchó un ruido y giró la cabeza, era el aleteo de unas alas, a lo lejos, en el cielo creyó ver un ser de luz con unas alas desplegadas como pájaro de plumas doradas.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Angelica que ya no veía la figura.

—¿El qué? —preguntó Brigit que buscaba confusa junto al resto en la dirección en la que ella miraba.

—Nada, quizás me lo he imaginado —claudicó Angelica un poco confusa.

—Está vivo aún —dijo Aren refiriéndose a Benedicto, aunque a duras penas, no dice nada coherente.

—¿Y desde cuándo tú dejas gente viva en ese estado? —preguntó Arnau con curiosidad.

—Desde que noté un estallido eléctrico y la garra de la bruja desapareció, desde entonces controlo el estado, aunque mi furia es muy grande.

—Angelica te quitó la garra para poderte localizar —explicó Brigit—. Es posible que ahora que tu energía fluya bien encuentre que manejas mejor tus dones, o que tienes alguno que desconoces.

—Coge a Angelica un instante —dijo Ezequiel a Arnau acercándose.

—Oh estupendo, ahora os la pasáis de uno a otro en vez de dármela a mí —dijo Aren molesto—. ¿El salido de Arnau también es un virtuoso?

—Al salido de Arnau no hay nada que se la ponga dura, en este momento, en este lugar tan siniestro, aunque Britvampi debe estar extasiada en el ambiente gótico festivo —dijo Arnau mientras cogía con cuidado a Angelica.

—No te creas, le falta música —dijo Brigit observando a Ezequiel.

Ezequiel se acercó a Benedicto, enfocó sus ojos hacia los del diácono que parecían perdidos en algún mundo y comenzó a recitar algunas palabras en latín mientras se concentraba.

—No tiene alma —comenzó a decir Ezequiel—. Eso de ahí es una especie de jaula, tenían a algo encerrado. Este incauto lo liberó, pero no tenía las almas necesarias para alimentarlo y devoró la suya de alguna forma.

—La caja con los cabellos —dijo Aren pensativo.

—¿Qué caja? —preguntó Ezequiel.

—Una que encontró, eran almas. Un conjuro que atabas el alma a un cabello. Aren encontró la caja y se la llevó —explicó Angelica—. Probablemente eran las almas con las que iban a alimentar a eso.

—Pues lo que sea que le diera no era suficiente para saciar su sed y devoró su alma— continuó Ezequiel con la explicación—. Hiciste bien llevándotelas, Aren, salvaste muchas almas, y no sabemos qué podría hacer ese demonio de estar en pleno poder.

—Con esas ataduras no podría ser cualquier criatura normal —opinó Brigit.

—¿Podríamos devolverlo a su encierro? —pregunto Arnau tratando de buscar una solución al problema.

—El que hizo esas cadenas no era humano —respondió Brigit con admiración—. Nosotros no, el que hizo esas ataduras, quizás.

—¿Y quién fue? —preguntó Aren.

—Estamos en esferas distintas a las humanas, solo sabemos una parte muy pequeña de todo esto. Somos una mota en... —dijo Brigit pensativa.

—Vamos que no tienes ni puta idea —dijo Arnau.

—Sí, exacto —se sinceró Brigit.

—Lo que sí sé —dijo Ezequiel—. Es que eso no puede salir al mundo por el portal que está abierto, y dudo que lo que sea que pusierais de protección le frene cuando haya recuperado todo su poder.

—Es cierto, ni cerrando el portal podríamos frenarle —dijo Brigit completando la información de Ezequiel.

—¿Y cuál es el plan? ¿Lo matamos? ¿Buscamos al que hizo las cadenas? —preguntó Aren.

—Matarlo no podemos. No tengo ni idea. Ni con todo el poder de los eruditos y los cazadores podríamos con este problema —dijo Brigit.

—Ella tiene razón —se escuchó una voz de fondo.

Todo se giró sorprendidos al no haberle escuchado llegar. Angelica observó al hombre, que aún le quedaba una leve resonancia de luz a su alrededor, y que posiblemente tan solo ella podía captar por sus capacidades mágicas. Era alto, como los cazadores y llevaba una gabardina negra que guardaba una amplia espalda. Los cazadores no parecían sorprendidos al verlo, ni se habían puesto en guardia, estaban relajados ante su presencia. Angelica no pudo evitar pensar en el ser de luz que vio volando hacia unos minutos. Se fijó mejor en el hombre, que parecía tener una buena cantidad de

cicatrices, posiblemente hechas en combate, aún así, no extinguía el albor y la belleza de su rostro, o la perfección de su cuerpo, y aunque trataba de ocultarlo, no podía apagar la luminosidad de su aura. Angelica trató de no quedarse extasiada mirándole, sabía que ocultaba de alguna forma toda su belleza espiritual, que el resto, salvo quizás Brigit, tan solo veían un hombre.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Arnau.

—Os seguí —explicó el extraño hombre acercándose a Angelica—. Permíteme.

El hombre puso la mano en las heridas de Angelica, cerró los ojos y un haz de luz dorada la inundó curando todas sus heridas y haciéndola sentir como si hubiera renacido.

—¿Cómo lo has hecho? —acertó a preguntar Angelica.

—Yo también tengo mis dones de cazador —dijo el hombre en un tono armonioso y suave.

—¿Un cazador? —preguntó Brigit que por su tono de sorpresa estaba viendo lo mismo que ella.

—Él es Jacques, el cazador más blandito, por eso le dejamos que sea el líder —dijo Aren que ya había vuelto a su estado normal.

—¿Fuiste el que me curó cuando estuvieron a punto de matarme? —preguntó Angelica que volvía a ponerse en pie.

—Sí, no estaba tan cerca, pero podía ver lo que pasaba con las cámaras del hotel desde que te encerraste allí —dijo Jacques—. Me cuesta usar dones por mis problemas con la garra, así que tan solo pude hacerlo cuando estabas realmente en peligro real.

—¿Había cámaras ahí? —preguntó Angelica preocupada porque le hubieran visto situaciones sexualmente activas con Aren.

—No te preocupes por eso, yo sé dónde están todas las cámaras —dijo Aren guiñándole un ojo.

—No creas. Jacques estaba muy harto de que hicieras las cosas a tu manera y puso cámara por dónde ni sabías que pudieran estar, ¿por qué si no te crees que llegamos tan rápido para salvar a Angelica?

—Si no fuera porque la habéis salvado os mataría a todos —dijo Aren indignado.

Jacques dejó de intervenir en las conversaciones de los demás y se acercó a mirar los hilos dorados de energía rotas. Su rostro parecía sereno pero un leve gesto delataba preocupación.

—Es peor de lo que imaginaba —dijo Jacques en un susurro haciendo

que todos callaran.

—¿Sabes lo que ha ocurrido aquí? —preguntó Brigit acercándose a Jacques sin temor, a pesar de sus rarezas y que era un cazador.

—Sí, si lo sé —confesó Jacques—. Y no sé si lo podemos solucionar.

—¿Sabes lo que ha escapado de ahí? ¿O si va a venir a nuestro mundo?

—Me temo que sí a las dos preguntas —respondió Jacques sin mirar a Brigit, tan solo observaba el lugar, como si lo conociera bien.

—¿Y supongo que tú tienes alguna idea? —preguntó Brigit insistiendo.

Jacques dejó de mirar el lugar y se giró hacia Brigit con gesto pensativo.

—¿Cuál es vuestro plan ahora? —preguntó Jacques sin responder a Brigit—. Los de tu clan, como los has llamado varias veces, ahora que sois enemigos del aquelarre.

—Huir como ratas escondiéndonos en escondrijo, para evitar al aquelarre y a vosotros —resumió Brigit con un poco de cinismo.

—¿Y todo esto por un portal que realmente no os incumbe? —dijo Jacques en un tono suave, casi como si acariciara alguna idea.

—Yo creo que nos incumbe a todos, y tú lo sabes.

—Sí, es lo que yo creo. Pienso que este asunto ha cambiado todo, es el motivo por el que os habéis salido del aquelarre, también creo que deberíais estar dentro de los cazadores en vez de fuera huyendo como ratas. Seríais una gran ayuda en lo que está por venir, y nosotros os protegeríamos. ¿Qué opináis el resto? —dijo Jacques dirigiéndose a los otros cazadores.

—Por mi sí —dijo Aren tras mirar a Angelica.

—Yo voto que sí —dijo Arnau sin pensarlo mucho—. Ya sabéis que opino que no todos deben ser malos por ser brujos, y supongo que nuestro quinto cazador diría que sí encantado.

—Pero no está aquí —dijo Aren—. Aunque si el resto opinamos que sí, no habría que preguntarle.

Ezequiel se mantuvo un rato silencioso. De los cazadores era el más estricto con el aquelarre y los brujos, del tipo que fuera. Angelica sintió alegría cuando Jacques hizo ese ofrecimiento, era una salida y protección para su clan, ahora que dejaban el aquelarre, pero si Ezequiel no lo aceptaba podrían no tener esa protección y tendrían que huir de todos. Angelica estaría en un aprieto, aunque no del mismo estilo que su clan que estaba en ese lío por ella. Ella tendría que elegir estar con su clan o con Aren.

—Está bien —dijo Ezequiel finalmente—. Si Jacques opina que necesitamos toda la ayuda que podamos obtener, pueden unirse a los

cazadores.

—¡Fantástico! Le comunico ahora mismo estas noticias a Goblin —dijo Brigit con el móvil en la mano hablando en voz alta lo que estaba escribiendo—. Eruditos se unen a grupo @cazadores. No retwittear a la reina oscura.

—¿No se debería votar eso? —preguntó Angelica a Brigit.

—No, quién no quiera venirse a los cazadores que se pierdan. Nos hemos salido del aquelarre por voluntad de las ancianas que hace tiempo que no están de acuerdo con la política de la reina. Ahora que hay un problema, por el que nos hemos salido, vamos a llegar hasta el final, aunque tengamos que desaparecer o morir.

—¿Cómo tienes conexión aquí? —preguntó Arnau que en un principio pensó que la bruja fanfarroneaba o bromeaba.

—Goblin y yo hicimos un conjuro antes de venir, una forma de conectar internet a través de este móvil.

—Sí que pueden ser útiles —dijo Arnau con una amplia sonrisa.

—Aún así, no tenemos aliados suficientes para combatir lo que viene, y debemos hacerlo aquí, en su territorio, porque una vez crucen todo estará perdido. Cuando los hayamos expulsado no quedará mucho que salvar del mundo —dijo Jacques que aún parecía dar vueltas al asunto.

—Podemos mantener las barreras cerradas, al menos de momento. Eso nos dará tiempo a buscar más aliados —explicó Brigit.

—También está el asunto de la luna de sangre, quizás todo esté relacionado —dijo Angelica pensativa. Ya andaba de pie por sí misma. La heridas se había curado del todo.

—No hay nada más que podamos hacer aquí. Os escoltaremos hasta afuera para que pongáis las barreras necesarias, pero no durarán para siempre. Cuando él tenga todo su poder no podremos evitar que atraviese la puerta entre los dos mundo —dijo Jacques poniéndose en marcha.

Aren se acercó a Angelica y la besó apasionadamente sin importarle que pudiera llenarla de sangre negra.

—No vuelvas a darme más sustos como este, Angelica —dijo Aren que iba abrazado a ella mientras volvían.

—Nunca te dejaría perdido ahí dentro.

—Yo sé cuidarme solito, y tarde o temprano acabaría encontrando el camino hacia ti. Es imposible que no termine llegando a tu lado.

—¿Eso pretende ser romántico o fanfarrón? —preguntó Angelica con una sonrisa.

—Ambas cosas, obviamente.

Capítulo 23

Angelica iba en el avión abrazada a Aren, apoyando la cabeza sobre su pecho adormilada. La noche fue larga. Cuando salieron del plano estuvieron cerrando el portal. No fue fácil, ni definitivo, Jacques les dijo que cuando lo que sea que escapara de ese lugar hubiera recuperado todo su poder y energía, no tendría problemas para atravesar cualquier cerradura que pusieran. No les contó qué era lo que andaba suelto libre de sus ataduras, ni nada que diera luz a muchas de sus incógnitas, especialmente las que se referían a sí mismo. Ese cazador era un misterio, al igual que Arnau, pero si tuviera que medir la rareza del uno al diez, Jacques tendría un cien y Arnau un diez. Tras cerrar el portal todo fue muy rápido. Ezequiel se quedó junto a Arnau para interrogar a los supervivientes de la masacre de la casa capitular de Milán, y los demás, incluidos Brigit, Nidia y Rafael cogieron el avión hacia un destino incierto. Durante un buen rato Aren y Jacques estuvieron hablando a solas, posiblemente sobre la misión y todo lo ocurrido en Milán, luego, el líder habló, uno a uno, con los demás, incluidos los eruditos que volaban en el mismo avión. Angelica observó a Aren que estaba echado a su lado. Se tuvo que dar una ducha de casi dos horas para poderse quitar toda la sangre negra que llevaba encima. Cuando escuchó hablar de los cazadores en alguna ocasión, no imaginó que fueran tan terribles.

—¿A dónde vamos, Aren? —preguntó Angelica.

—No lo sé aún. Es el protocolo. Saben dónde estaba el hotel y ahora han descubierto mi identidad, así que tenemos que hacer limpieza a fondo y deshacernos del hotel —respondió Aren mientras jugaba con un mechón de pelo de Angelica y la besaba ocasionalmente.

—¿No tienes casa propia? Pensaba que ese hotel lo era.

Aren se rió a carcajadas y le dio otro beso.

—No, cariño. No tengo casa propia, pero si muchos rincones en ciudades distintas que pertenecen a los cazadores o a mí, personalmente. ¿Quieres una casa? —preguntó Aren con curiosidad.

—No especialmente, ya te tengo a ti.

—Noté raro a Arnau —dijo Angelica esperando averiguar algo más del extraño cazador—. Muy taciturno por el camino.

—Es normal, no debe estar pasándolo bien, es por lo que se le ve tan ingenioso. Arnau estuvo casado y muy enamorado de su esposa, antes de todo, y la perdió por culpa del Aquelarre oscuro. Vernos a nosotros así, debe

ser muy duro para él. Yo antes no lo entendía, pensaba que le daba mucha importancia a la tragedia, pero ahora que te tengo sé que si te pasa algo, mejor que el culpable se mude a otro planeta o plano, y ni eso me detendría.

—¿Estuvo casado? ¿Cuándo?

—No creas que yo presto mucha atención a la vida pasada de los demás, procuro enterrar la mía y vivir el presente. Tampoco cuenta mucho Arnau, con quién más habla es con Jacques, y a veces se le ve taciturno o melancólico.

—Si lo que pensamos de la luna de sangre es cierto, cada uno de ellos tendrían una bruja como Ezequiel o tú.

—Tuve una conversación con él antes de subirnos al avión, porque va a cometer una gran equivocación y le conté eso mismo, pero me dijo que él ya había tenido a su esposa y nunca iba a olvidarla o sustituirla por otra.

—¿Qué equivocación? —preguntó Angelica mientras Aren trataba de esquivar hablar más el tema —Vamos, contesta.

—Está bien. Se ha prometido y se va a casar, y si lo hace, no importa que apareciera su venerada esposa resucitada que no incumplirá su palabra, después de todo, si alguno de nosotros es un caballero, es él.

—¿Se ha enamorado? ¿Es una bruja? —indagó Angelica sorprendida.

—¿Enamorarse? Ni de broma, y mucho menos es una bruja, pero es una buena chica y no merece estar con un hombre que no la quiere como debería, pero eso Arnau no lo entiende. He tratado de hacerle entrar en razón.

—No me gusta meterme en estos asuntos, pero hay que boicotear esa boda por el bien de todos, incluida la novia.

—No, no nos vamos a meter en nada. No es nuestro asunto. Yo ya he cumplido, le he advertido de todo, luego no podrá decir que no sabía nada.

—Veremos, a lo mejor su bruja es Brigit, parecía que congeniaran bien.

—¿Brigvampi? —dijo Aren usando el apodo que le había puesto Arnau— Espero que no, porque los dos juntos deben ser tremendos. Pero deja ese tema, no nos vamos a meter, y si los demás tienen una bruja ya la encontrarán como nos ha pasado a Ezequiel o a mí. Te juro que lo último que imaginaría es a Ezequiel enamorado, el hombre incorruptible. Si eso le ha ocurrido a Ezequiel, cuando le pase a Arnau, que no es ni la mitad de contenido que el inquisidor, la novia actual se queda en el altar.

—Está bien, hay otro asunto sobre el que quiero saber, ¿y el bebé? —preguntó Angelica preocupada.

—No tiene ya padres, y no podemos darlo en adopción a cualquiera, por

sus peculiaridades. Podían seguir buscándolo y a alguien ocurrírsele un plan tan genial como el de Benedicto. Es un problema, pero alguien de los que trabajan para nosotros podría querer adoptarlo.

—¿Por qué no...? —sugirió Angelica arrepintiéndose de lo que iba a decir.

—¿Por qué no, nosotros? —concluyó Aren su frase.

—¿Cómo sabes que iba a decir eso?

—Porque veo que le has cogido mucho cariño y porque casi te matan por él. No me parece mal que quieras adoptarlo, después de todo yo quiero quince hijos, este puede ser el primero —contestó Aren con una sonrisa traviesa.

—¿Quince? —gritó Angelica mirándole sorprendida mientras Aren se reía —¿Has perdido el juicio?

—Si quieres empecemos por este —dijo Aren dándole otro beso —Y se me ocurre que podemos comenzar con el segundo en...

Brigit hizo un sonido para que se dieran cuenta de que estaba ahí. Ambos la miraron con cara de pocos amigos.

—Angelica, el gran jefe cazador quiere hablar contigo. Y portaros bien, que estamos en un avión y hay niños a bordo, y no me refiero al bebé —dijo Brigit buscando un buen asiento tras pedirle a uno de los camareros que le trajeran el cóctel más raro que supieran hacer.

Angelica sonrió a Brigit, le dio un beso a Aren y se dirigió hacia el fondo del avión donde estaba Jacques mirando por la ventana. Cuando estaba cerca le costaba dejar de mirar el borde dorado o a veces blanco puro que emanaba, tan solo era una visión fugaz, porque él trataba de esconder su aura y todo lo que era. Esperó un instante de pie a su lado hasta que él le pidió que se sentara a su derecha. Era fácil saber por qué era el líder, el hombre, si es que lo era, hacía que te sintieras a su lado como si te encontraras en paz con todo, y era difícil llevarle la contraria o no hacer lo que te pedía... Angelica se sentó a su lado.

—Aren me contó que tuviste un extraño sueño en el que escuchabas hablar a la reina del Aquelarre oscuro, pero no me quiso dar detalles al respecto, porque dice que eso es cosa tuya —dijo Jacques nada más sentarse a su lado.

—He investigado un poco después de aquello. La garra de la bruja tan solo es un paso en un conjuro más amplio, el círculo de la bruja. Inicialmente fue creado para unir el poder de varios brujos en uno solo y hacer algo de

mayor nivel, para ellos, primero se hace un conjuro que se llama la atadura del brujo, que consiste en unirse místicamente, luego, la persona que va a recibir el poder de todos crea la garra de la bruja en cada uno de ellos, finalmente, con el círculo de la bruja haces que todos los que tienen la garra, sean esclavos del que se la pone. Esa parte final, no estaba prevista por el que creó el conjuro, la idea era usar el poder de muchos para que uno solo lo focalizara y hacer un conjuro que no podría ser realizado de otra forma. En vuestro caso, el primer conjuro, que es la atadura de la bruja no lo necesitáis, ya estáis místicamente atados. El segundo, la garra, es lo que os ha puesto para robaros energía, pero si consigue ponerle la garra al quinto cazador que cierra el círculo, todos seréis sus esclavos, y por consiguiente vuestras brujas. Ya no lucharéis en su contra, moriréis por cumplir sus deseos. Así que ella busca al quinto cazador, porque el tiempo se le agota.

—¿Aunque ya haya dos que no tengan la garra? —preguntó Jacques que parecía muy atento a todo lo que decía.

—Eso ya da igual, tiene la energía de los cuatro, aunque se liberen. La única forma de ser verdaderamente libre, es que ella misma destruya la energía que tiene vuestra o que muera.

—¿Y existe alguna forma de matarla?

—Sí, con la luna de sangre. El poder de cinco brujas conectadas entre ellas: dos negras, dos rojas y una blanca. Sabré si yo soy una de ellas cuando toque el collar que tiene Aren guardado.

—¿Qué collar? —preguntó Jacques sorprendido. Parecía que era la primera vez que escuchaba hablar del tema.

—Bueno, Aren no debió darle mucha importancia al asunto, tan solo lo guardó. Ese collar sirve para canalizar la energía de la bruja que lo lleve, y solo acepta a su dueña.

—¿Eso quiere decir que tendremos que buscar cuatro brujas y cuatro collares más para destruir a la reina?

—Tan solo a una negra. Sabemos que hay dos brujas rojas, a menos que aparezcan más deben ser ellas. Una es Violeta y tiene su sentido, dado que le quitó la garra a Ezequiel, la otra es la que está en este pendrive —dijo Angelica dándole la memoria al cazador que la cogió con curiosidad—. Solo sabemos de una única blanca que siga viva, al menos hay el mito que cuenta que existe. Ella es la que realmente debe desafiar y acabar con la reina, con la ayuda de las otras. Las otras cuatro deberían ser elementalista, y tiene sentido, porque yo lo soy, y mi elemento es la tierra, como Aren. Según me

han contado, los primeros coqueteos de Violeta con la brujería fueron a través del agua, con la que Ezequiel está ligado. La bruja que sale en ese video usaba poderes de aire, y dado que Arnau tiene todas las papeletas para estar ligado al fuego, solo puede ser la bruja del nuevo cazador. Solo hay una bruja blanca, y un cazador que use poderes de sanación o de magia primaria — concluyó Angelica deteniendo los ojos sobre Jacques indicando su sospecha de esa forma.

—Eso último es imposible, somos enteramente incompatible, en más sentidos de los que puedas pensar —dijo Jacques, lo cual sonó en la cabeza de Angelica como, no puede ser porque ella es humana y yo otra cosa.

—¿Imposible? ¿Una bruja que ha estado siglos encerrada y torturada en una burbuja resistiendo los ataques de todo un aquelarre? Porque la reina oscura saca su energía de vosotros y los que mata, pero ella solo soporta, con su voluntad, todo eso. Júrame que te da igual que le torturen, o que la tengan prisionera luchando sola contra todos los oscuros.

—Esa injusticia no le puede dar igual a nadie.

—Ya, pero a ti te hace sufrir, aunque lo quieras negar, porque supongo que ya la conoces, por lo que has dicho. Si queremos evitar lo que va a pasar tenemos que salvar a la bruja blanca, porque ya no debe quedarle muchas fuerzas, y cuando se derrumbe, nada podrá parar a los corruptos y el mundo se convertirá en un lugar desolado sin necesidad de que lo que haya escapado de la prisión aquella venga. Cuando la blanca caiga, la profanarán de todas las maneras que se les ocurran, mancillando su candor. Y si me dices que ese pensamiento no te vuelve loco de dolor creeré lo que me dices sobre que ella no repercute en ti de ninguna forma, o que es imposible. No importa lo que nos cueste, tenemos que salvar a tu bruja.

—Aunque tuvieras razón y me volviera loco de dolor su situación, no hay nada que yo pueda hacer. Si salgo de los sitios donde tengo mis defensas la reina me absorbe hasta dejarme sin sentido.

—Cada elemento nuevo que viene trae consigo sus recursos. No sé si te lo dijo Ezequiel, pero el pueblo de Violeta no es normal, quizás él no se percatara de algunas cosas porque miraba con ojos de cazador y no de brujo, pero hay sucesos y personas de las que se podría sospechar un toque sobrenatural.

—Sí, ya tenía pensando ir yo mismo a hablar con la gente del pueblo, pero no he tenido tiempo. Había muchos hecho extraños, y uno de ellos es que nadie, salvo Ezequiel o Violeta pueden llegar al pueblo. Cuando otro lo

intenta sin ellos se pierden, o no encuentran el camino, ni con un GPS.

—Es muy curioso. Yo vengo con el apoyo de los eruditos y las ancianas. Si quieres poder actuar sin problemas, estoy segura de que algún erudito podrá hacerte protecciones o buscarte un arreglo para que la reina no pueda extraerte energía —propuso Angelica pensativa—. Fue un gran acierto por tu parte permitirnos entrar en los cazadores, porque nosotros no estamos de acuerdo con la corrupción.

—No soy tan irracional como algunos me creen —dijo Jacques—. Yo juzgo a las personas por lo que realmente son. Estabas protegiendo a un bebé con tu vida, y los de tu grupo decidieron arriesgar las suyas para ayudar con lo del portal, a pesar de que la reina les iba a perseguir, y creo que todos ellos saben las consecuencias de esa traición. Tenéis méritos propios para ser parte de los nuestros.

—No has visto aún a la roja que sale en el video, pero nadie va matando brujos de mi aquelarre tan alegremente, si como vosotros no tiene un buen apoyo logístico. La roja no trabaja sola, tiene muchos recursos de todo tipo que desconocemos aún. El tiempo nos hace más fuertes y a la reina más débil.

—Eres muy optimista, pero realmente no sabes a lo que nos enfrentamos.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Angelica con curiosidad.

—Vamos a Francia, a una de las casas de Arnau. Allí llegarán Violeta y, más adelante, cuando hayan terminado todo, Ezequiel y Arnau. Arnau tiene que recoger todo lo que le ha encargado Brigit, hacer limpieza, interrogar a algunos. Ezequiel tratará de recuperar la mente de Benedicto, porque alma ya no tiene. Tenemos que saber cuáles son sus planes. También tenemos que haceros hueco en algún lado. Supongo que necesitaréis vuestras bibliotecas, libros, estudios.

—¿Qué podemos hacer para ayudar?

—Hablaré con todos los de tu clan personalmente, pero de ti necesito que hagas algo. Debes ir con Aren a por el collar del que me hablas, y averiguar todo lo posible acerca del mismo, y sobre todo, cómo destruir a la reina de una vez por todas —dijo Jacques mirándola fijamente.

—De acuerdo.

Capítulo 24

Angelica le daba el biberón al bebé mientras se ponía al día con Violeta. Al principio fue un poco violento, porque la conoció como Alba y le dio una pócima que inició toda una serie de problemas para Violeta, pero el resultado final fue que se prometió con Ezequiel. Había investigado un poco sobre las brujas rojas, y aunque la experta en el tema era Nidia, podía explicarle un poco sobre las situaciones en la que se podía encontrar.

—De los cazadores tan solo conozco a Jacques y a Bram —dijo Violeta mientras observaba al bebé—. He oído a Ezequiel hablar de Aren y Arnau, por supuesto, no tengo la misma impresión de ellos que tú puedas tener, porque cuando Ezequiel me dijo que era inquisidor y cazador de brujas, pensaba que me tomaba el pelo y luego, que estaba loco.

—Entonces cuando te dijo que era el Inquisidor no temblaste de miedo como yo hice cuando Aren me dijo que me iba a cazar.

—Y lo ha hecho, según veo, ahora tienes un novio y un bebé, prácticamente la familia entera en unos pocos días —dijo Violeta riéndose.

—¿Vas a aprender magia al final? —preguntó Angelica con curiosidad.

—Sí, Nidia se ha ofrecido a enseñarme lo que pueda, pero ya me dijo que mi magia era distinta a la vuestra.

—A lo mejor al final tienes una maestra que usa tu magia, si no estamos desencaminados en nuestras conclusiones —opinión Angelica mientras colocaba al bebé en otra posición.

—Es muy mono —dijo Violeta acercándose a acariciar al bebé.

—Mona, resulta que es niña. No lo supimos hasta que tuvimos que cambiarle el pañal. Imagínate la pobrecita el mal día que debió pasar.

—El tuyo fue peor. Ya me contó Ezequiel todo lo que pasaste, y el viaje a ese otro plano. Si algo debo decir es que con él no me aburriré.

—No me imagino al silencioso Ezequiel contándote todas sus batallas.

—Bueno, tengo que sonsacarle, no creas. Sentarme a su lado y preguntarle todo tipo de cuestiones, como dónde has estado, qué hiciste, al final habla. Lo incómodo es que cuando él quiere saber algo solo tiene que mirarme y canto como si fuera un canario.

Angelica soltó una carcajada.

—Sí, esa es la de las pesadillas de los brujos de mi aquelarre, que el Inquisidor te mire a los ojos e indague en tu alma —dijo Angelica tras dejar de reírse.

—Menos mal que yo no sabía nada de eso cuando me dijo quién y lo que era. Porque después de que me dieras esa poción y te fueras todo se convirtió en una locura, estaba aterrada, no necesitaba añadir más leña al fuego.

Angelica y Violeta dejaron de hablar cuando vieron a Aren y a una señora de una considerable edad llegar a la sala.

—¿Ves ese rubio tan guapo? Es Aren —dijo Angelica dándole el bebé tras darle un beso.

—Sí, tú eres Violeta. Ella es la señora Fevre. Trabaja para los cazadores desde siempre —dijo Aren presentándoles a la señora Fevre.

—Encantada —dijo Violetas después de que Angelica se presentara.

—Ella se va a quedar con el bebé mientras vamos a por el collar. Puedes darle todo tipo de instrucciones, pero estoy seguro de que la señora Fevre, lo hará muy bien, aún no sé qué hace mal. A Violeta le espera Nidia para explicarle algo, y yo me llevó a la bebé a dar una vuelta, luego nos vemos —dijo Aren dándole un beso y saliendo de la sala con la niña y Violeta que iba a buscar a Nidia.

—Nunca me habría imaginado al bárbaro de Aren haciendo de padre —dijo la señor Fevre sonriendo a Angelica.

—Yo tampoco con un bebé, ni con un novio. En mi aquelarre las cosas ya eran muy difíciles para complicarlas con todo eso.

—Imagino que las cosas no debían ser fáciles, pero nosotras nos sentimos muy orgullosas de ti. Actúas ya como una verdadera anciana y estás lista para formar parte de las nuestras —dijo la señora Fevre ante el asombro de Angelica.

Durante un rato le estuvo inspeccionando detenidamente, a veces las ancianas usaban a otras personas para hablar a través de ellas sin que ni se enterasen de lo que hacía, pero la señora Fevre parecía estar en un perfecto estado de vigilia y ser ella la que hablaba.

—¿Cómo sabe usted quiénes son las ancianas? —atinó a preguntar Angelica.

—Porque yo soy una de ellas —dijo la señora Fevre con tono amable y cordial.

—Pero, usted no pertenece al Aquelarre oscuro, está con los cazadores y no habita en la oscuridad absoluta.

—¿Ciega y comiendo carne humana o de alimañas? —la señora Fevre comenzó a reírse.

—Sí, más o menos. Es el destino que pensaba que me aguardaba.

—No, la Madre oscura nos elige para servirla, pero no nos impone vivir una vida tan miserable. El lugar del que hablas es donde nos reunimos para discutir entre nosotras o hablar con los que invocamos, ni siquiera vamos físicamente como has comprobado por tí misma cuando estuviste ahí.

—¿Y pertenecer a su aquelarre? —preguntó Angelica fascinada.

—A ella le da igual, lo que pretende es que se le sirva con sabiduría. Jacques me contó que le diste una buena perspectiva del problema, ya comienzas a adquirir sapiencia.

—Hablando de Jacques, ¿qué es exactamente? —trató Angelica de indagar con extrema curiosidad.

La señora Fevre sonrió y se dirigió a la puerta.

—Tengo que preparar la comida. No te preocupes por la bebé, conmigo estará a salvo. Trae ese collar y averigua cómo encontrar los otros cuatro.

Angelica observó cómo la señora Fevre se fue de la habitación dejándola con todas sus incógnitas. Comenzaba a sentir que desde que estaba con los cazadores recibía más órdenes que en al aquelarre. Salió de allí y se dirigió al jardín, donde Aren estaba jugando con el bebé. La señora Fevre tenía razón, ella tampoco se habría imaginado al vikingo haciendo de padre, y tan cariñoso. Quizás era una perspectiva que te daba la inmortalidad, acabas deseando una familia y un lugar que sea un ancla para tí. Era muy probable que ahora que le había deshecho la garra de la bruja a Aren, ella también fuera inmortal, y le dolía pensar que quizás tuviera que perder a su hija algún día, pero le consolaba saber que tendría a Are para consolarla, sin embargo, durante siglos, él estuvo solo. También le habían contado que Ezequiel era mucho más silencioso y frío antes de conocer a Violeta, que ella en alguna forma le humanizó. Miró a su familia con una sonrisa. No importaba lo que les deparara el futuro, o lo efímera que fuera la vida, ahora se sentía feliz, y nunca pensó que podría llegar a serlo. Bajó la cabeza con una sonrisa cuando un chorro de agua le dio en la cara.

—Espabílate —dijo Brigit con una sonrisa.

—¡Maldita! —dijo Angelica persiguiendo a Brigit hasta atraparla y caer en medio del chorro de agua de la manguera que había dejado caer su amiga.

—Peleáis como unas nenas —dijo Aren que estaba echado en el césped con el bebé encima—. Tengo que enseñarte a pelear, Angelica.

Angelica se puso de pie, colocó al bebé en el carrito y se arrojó sobre Aren llenándole de barro, y tierra.

—No, aquí no —le interrumpió Aren guiñándole un ojo—. Además,

tenemos que volar a Dinamarca a por el collar. Podemos dejar a Eva con su tía gótica y darnos una ducha antes de irnos.

—Me parece bien —respondió Angelica en un tono sensual.

—No, eso sí que no. Yo solo soy la tía guai, la que lo malcría, no la que le cambia los pañales —dijo Brigit mientras Aren desaparecía con Angelica en brazos—. Pero nada, vosotros a la vuestro, y abusaré quien se haga cargo del bebé.

Angelica dejó que el agua caliente cayera por su cuerpo mientras besaba a Aren casi sin descanso, pasando la mano por el pecho del cazador recordando la primera vez que le vio desnudo y aún no sabía que estaban ligados. Ahora ya no conservaba las inhibiciones que tenía al principio, y tocaba sin ningún tipo de pudor el cuerpo de su cazador. Ella le besó una y otra vez mientras los dos se enjabonaban y dejaban que el agua se llevara la espuma. Se acercó mucho a él y notó que no era la única que ardía de deseos, cuando bajó la mano la puerta sonó.

—Chicos, lamento interrumpir la fiesta, pero vuestro avión se va en un rato —dijo Brigit desde la puerta.

—Dile a Han que espere cinco minutos —dijo Aren que tuvo que concentrarse en mantener la voz normal—. Espero que no hayas abandonado a mi bebé o te colgaré de la espalda a uno de esos árboles.

—No te preocupes, la señora Fevre me la ha quitado tras yo quejarme amargamente de que era mi responsabilidad —dijo Brigit en un tono de falsa desilusión.

—¡Lárgate! —bramó Aren que mientras besaba a Angelica.

No tenían mucho tiempo y ambos dejaron todo tipo de preliminares para terminar los dos tan rápido que apenas dejaron de jadear cuando Aren le alargaba la toalla a Angelica.

—Necesitamos unas vacaciones, cariño —dijo Aren mientras salía de la ducha y comenzaba a vestirse.

—Quizás cuando Eva vaya a la universidad —ironizó Angelica que recordaba las noches de desvelo que les daba el bebé.

—También podemos contratar a Brigit de canguro —dijo Aren bromeando.

—Sí la contratas, la niña no llegará a la universidad —respondió Angelica mientras se vestía rápidamente.

—¿Por qué vamos tan rápido? Han me debe unas cuantas después de dejarte sola con aquellos brujos, podría esperar una hora o más —dijo Aren

que pensaba en desvestirse de nuevo.

—Porque viene Jacques, y nadie quiere hacerle esperar, ¿tú sí?

—¿Cómo que viene? —preguntó Aren vistiéndose aún más rápido —Eso se dice antes.

Angelica soltó una carcajada y salió de la habitación corriendo hacia la zona donde estaba el avión, seguida por Aren.. Cuando vieron a Jacques esperando frenaron los dos y comenzaron a andar casualmente hasta él de la mano. Jacques no dijo nada, tan solo subió al avión y tomó un lugar mientras Aren se acercaba a Angelica para hablar en voz baja.

—¿Por qué viene con nosotros? —preguntó Aren en voz muy suave tratando de no ser escuchado salvo por Angelica.

—Quiere ver el collar en persona —dijo Angelica antes de alejarse para subir la escalera.

Aren se encogió de hombros y subió al avión tomando sitio al lado de Angelica. Angelica observó al misterioso líder de los cazadores, se sentó en el lugar apartado que le gustaba y miraba por la ventanilla ajeno a todo lo demás. Ya no lograba vislumbrar el leve aura dorada que percibía al principio, quizás se dio cuenta de que con tanto brujo entre los cazadores debía ser más cuidadoso con ello y cubrirla mejor. Angelica adivinaba un semblante melancólico en el armonioso rostro del líder de los cazadores. Llevaba siglos casi sin poder salir de los lugares protegidos en los que se refugiaba, limitado hasta un punto insospechado. Ahora habían logrado entre varios de su clan, hacerle una serie de protecciones, que aunque no eran una solución definitiva le permitían más autonomía. Angelica desconocía qué era Jacques exactamente, pero estaba segura de que le iban a necesitar sin la maldita garra, en su pleno poder para lo que se avecinaba. Él también lo supo cuando vio el lugar donde escapó aquello de lo que él no quiso hablar, y comprendió que se necesitaban mutuamente como aliados. Angelica tenía la impresión de que Jacques ya conocía a la bruja blanca, de alguna forma, y que había una gran animadversión, al menos por parte de él hacia ella. Había tratado de explicarle a Jacques lo importante que era esa bruja, y la necesidad de liberarla, pero él parecía que deseaba ignorarla o simular que no le importaba. Quizás estaba equivocada y no tenía que existir un lazo como el suyo con Aren, o el de Violeta con Ezequiel con los otros cazadores. Ellos ni querían oír hablar del tema, es como si les dijera que el sol dejaría de salir mañana, se mantenían escepticos. Arnau iba a casarse con una mujer que no quería por un motivo de honor que desconocía, Jacques parecía sentir

antipatía por la bruja blanca que se supone que le correspondía, y Bram, ese debería ser el play boy más famoso de la costa de California, o al menos del aquelarre. Quizás estaba equivocada y había querido buscar el romanticismo en una situación que tan solo era unas meras condiciones para un ritual, sin más misticismos entre sus participantes. O podría ser que necesitara esa idea para glorificar su relación con Aren, y convencerse de que su cazador la adoraba. No debería sentirse tan insegura, ni necesitar ninguna explicación paranormal para justificar su enamoramiento como algo real, la gente se enamora continuamente sin más explicación que el amor, y eso debía ser suficiente. Angelica se echó sobre Aren y este pasó el brazo alrededor de ella mientras se mantenían silenciosos, parecía que los dos tenían mucho en lo que pensar.

Cuando llegaron al banco donde Aren tenía guardado el collar, este sacó la caja con los huesos y el collar. Jacques se acercó a mirar ambas cosas. Acariciaba los huesos como si estuviera estudiando algo en ellos, luego trató de tocar el collar y este reaccionó rechazado a Jacques con una leve explosión. El líder de los cazadores miró su mano herida, produjo una luz blanca y se curó casi milagrosamente. Angelica se acercó a tocar el collar y Jacques le cogió la mano.

—Te podría doler —le informó Jacques que ya lo había experimentado.

—No importa —respondió Angelica cogiendo el collar tras apartar la mano de la de Jacques.

El collar resplandecía cuando Angelica lo toco, y cuando se lo puso hubo un destello aún más grande. Angelica cerró los ojos y se vio en otro lugar. Era de noche, la Luna estaba alta en el cielo, redonda, perfecta y completamente roja. Las cinco mujeres, desconocidas para Angelica ocupaban un lugar en la estrella de cinco puntas, y tras ellas, cinco hombres fuertemente armados aguardaban. Estaba viendo el ritual, escuchaba las palabras que recitaban y trataba de memorizarlas pronunciándolas en voz alta. Cuando la Luna se tornó completamente roja, un haz de luz incidió sobre el centro de la estrella que formaban las cinco brujas, y luego, también se tiñó de escarlata.



Brigit se miró de nuevo en el espejo y unas hebras blancas más aparecieron. No eran canas, eran de un blanco mortecino. Estaba asustada,

aterrada y no sabía cómo escapar de ese callejón sin salida en el que se había metido. Había pasado una semana entera sin moverse de la cama, languideciendo sin apenas comer. Quería morir y si supiera que la muerte la iba a salvar de su destino lo haría, se quitaría la vida. No sabía cómo consolarse, ni tenía la mente clara como para intentar solucionar el problema, pero le quedaba poco tiempo antes del desastre. Se puso de pie, y con la misma ropa que llevaba durante días y sin mirar si le quedaba restos del maquillaje que no se quitó, sacó un billete de avión y pidió un taxi hacia el aeropuerto. Si ocurría lo peor tendría que dejar muchas instrucciones, pero eso ya lo leerían cuando no hubiera otra solución. Pasó el tiempo en el avión mirando por la ventanilla calmando la mente. No iba a lograrlo, y el tiempo se le acababa, en breve todo su cabello estaría completamente blanco y ya no habría nada que hacer. Tomó otro taxi cuando llegó al aeropuerto y pagó cuando estaba en frente de la casa de Aren y Angelica. No había avisado de que iba, y eso que tuvo tiempo de escribirles de varias formas

Salió del taxi y llamó a la puerta, No tuvo que esperar mucho antes de que Aren abriera la puerta. Iba tan solo con un pantalón de deporte y el bebé en los brazos. La miró de arriba a abajo y se apartó para que entrara.

—¿Qué te trae por aquí, Brigit? —preguntó Aren mientras esta entraba en la casa.

—Buscó a Angelica, ¿no está?

—Está a punto de llegar, pero cuéntame, ¿qué te pasa? Tienes pintas de haber escapado de un infierno. Desarreglada, sin asear, y ¿te has pintado mechas blancas?

—No, estoy metida en un buen lio, y estoy muy asustada —dijo Brigit desmoronándose en un sillón.

—¿Y lo dices ahora? —preguntó Aren con el bebé sujeto en uno de sus brazos —Ahora estáis con nosotros, si te metes en un lio te sacamos de él.

—No es posible, no me puedes ayudar, ni tú ni nadie. No es algo que se pueda arreglar pegando al tipo que me ha jodido.

—Yo no diría lo mismo. No creo que no haya nada que no se pueda arreglar con la violencia, al menos cuando usas la suficiente —dijo Aren mirando a Brigit.

—No es alguien que esté exactamente vivo, pero no como tú, sino de una forma más extraña. Y es más viejo que vosotros, incluso.

—Aunque de mal gusto has dicho la palabra clave, somos viejos, bastante más que tú. Si tienes un problema a lo mejor sabemos cómo sacarte.

—De acuerdo —dijo Brigit asintiendo y sacando un diario de su bolso—. No pensaba que lo recibiráis hasta que fuera demasiado tarde. Leedlo cuando me haya ido y llamadme si tenéis una ayuda para mí.

—Vale, pero vete a la ducha porque ya no es solo que te gusten los muertos, es que hueles como uno, y luego cenas con nosotros. Mañana ya te piensas que haces.

—De acuerdo —aceptó Brigit con deseos de descansar aunque fuera un día y estar con su amiga Angelica.

Subió a la planta de arriba y se dio una larga ducha, dejando caer el agua como si eso pudiera limpiarle de todos los problemas. Luego salió afuera y vio ropa encima de la cama, y la suya ya no estaba. Probablemente había sido Angelica, que había echado a lavar la suya. Se puso la ropa, se peinó y bajó a la planta de abajo. Se paró un instante a ver a Angelica y Aren leyendo su diario con el bebé dormida sobre el cazador. Eran una familia tan encantadora que daban asco, pero Brigit los quería.

—Dije que lo leyerais cuando ya me hubiera ido

—¿De veras, Brigit? —preguntó Angelica señalando lo que estaba leyendo en el diario —¿Se te ocurrió hacer un trato con él?

—En aquel momento necesitábamos frenar lo que nos venía encima. Si no lo hubiera hecho, Aren no habría podido evitar que las criaturas que estaban agolpadas contra la barrera llegaran.

—Hiciste un trato con el mismo barquero del inframundo sin saber lo que le estabas ofreciendo. Al menos debiste haber consultado con alguien antes de sufrir estas consecuencias —dijo Angelica con el diario en la mano.

—En aquel momento era lo mejor que pude hacer y ahora, bueno, Caronte ha resultado ser un cabrón de manual. Cuando todo mi cabello esté blanco ya no habrá nada que hacer.

—Nunca nos rendiremos —dijo Angelica con un gesto de empeño.

—Pero yo estoy limitada, y cada vez lo estoy más —dijo Brigit sentándose en el sillón que estaba cerca del sofá en el que ellos estaban sentados.

—¿Y Ezequiel? ¿No te valdría? El conoce las almas, los pecados y las culpas, y este Caronte debe tener mucho de eso —dijo Aren que leía el diario con Angelica mientras acariciaba la cabecita del bebé.

—No lo había pensado —dijo Brigit pensativa—. Necesito saber todas sus debilidades, porque físicamente no te puedes ni acercar a él mientras tenga su remo encima, mucho menos hacerle daño, y aunque pudiéramos, ni

debemos, porque alguien debe hacer ese trabajo. Ese es el maldito problema.

—Dices en el diario que una vez fue humano, y que aún lo es, que no ha muerto. Si fue humano debemos saber quién fue y qué hizo y de ahí quizás podamos averiguar cómo solucionar tu problema. De esta parte me encargo yo.

—Invitaré a Ezequiel y a Violeta a venir a casa para que hables con él. Es mejor que descanses un poco. En ese estado de espectro desaliñado no vas a resolver nada —dijo Aren mirándola detenidamente.

—Gracias chicos. Os quiero mucho. Di algún día, cuando resuelva todo esto necesitáis una canguro para cuidar a Eva, me lo decis. Yo soy un desastre cuidando bebés, pero tengo mucha mano en que otros lo hagan por mí.

—Lo tendremos en cuenta cuando tengamos doce hijos —dijo Aren ante la mirada de horror de Angelica y Brigit—. Ahora ve a comer antes de que te quedes en los huesos.

—Está bien —dijo Brigit levantándose y sentándose en la mesa donde Angelica le habría puesto algo de cena.

Epílogo

Arnau se levantó de la mesa mientras la señora Fevre recogía los platos. La contempló unos breves instantes, aún recordaba cuando era una niña, es más, aún la veía como si lo fuera. Su niña se había hecho demasiado mayor, y algún día tendría que enfrentarse al hecho de que la perdería. Arnau no había hecho como los otros cazadores, aislarse emocionalmente de cuántos les rodeaban para evitar el sufrimiento de perder lo que quieres, él siempre se había implicado porque creía que era lo que le hacía humano. Ahora Ezequiel y Aren habían encontrado una compañera, parecía una epidemia, y si era verdad lo que decían, era una compañera inmortal, dado que compartían el mismo vínculo que les otorgaba esa prerrogativa y cuya energía robada le daba a la reina oscura tantos años de vida. Él no quería una compañera, ya había tenido la suya, amado más que a su alma y perdido, y cuando eso ocurrió, dejó de estar completo. No deseaba que nadie la sustituyera, ni una compañera inmortal ni nadie, y si se iba a prometer esa misma noche en matrimonio era por una promesa, por su honor. Aún mantenía sus votos y condición de caballero, era algo que el tiempo no se llevaba, tu propia esencia, aunque a veces creías que la retorció hasta que dejabas de conocerte a tí mismo, pero cuando menos te lo esperaba, ahí estaba, tu antigua conciencia, tus viejos hábitos, todos los valores que pensabas que habías perdido. Sonrió a la señora Fevre y se dirigió hacia su habitación privada que mantenía bajo llave y a la que tan solo la señora Fevre podía acceder para mantenerla limpia. Entró en el altar a su esposa. Con posterioridad contrató a pintores para que recreara el retrato marchito que tenía de ella y con sus indicaciones lo hicieran con el mayor realismo posible. Cada época, un pintor famoso en aquel momento hasta que la habitación parecía una galería de arte de pinturas inéditas cuyos autores hoy en día se podrían ver en un museo, como Rafael, Velazques, más actualmente Picasso. Era lo que le mantenía unido a ella, y su forma de conservarla viva. La amaba más allá del tiempo, el espacio o la muerte. Miró varios cuadros, en algunos recreaba una vida feliz, su amada aparecía en cada época rodeada de circunstancias felices: disfrutando en fiestas, riendo en un campo lleno de flores, disfrutando de una vida que le fue arrebatada cuando aún era demasiado joven, dejando a Arnau en una eterna desdicha de la que no podía escapar. Sacó el mechón de cabello y uno de sus pañuelo de la vitrina en la que guardaba muchas de sus cosas y se los llevó a la mejilla para disfrutar de su suavidad e imaginarse que ella

estaba cerca. Debía disculparse con ella por lo que iba a hacer, tomar una esposa que no deseaba, pero no tenía otra opción. Estuvo un buen rato observando cada objeto de su amada hasta perderse en sus recuerdos que atesoraba como si fueran diamantes en su memoria. Recogió todo cuidadosamente y salió de la habitación casi tropezándose con la señora Fevre.

—Necesito que me recomiendes el mejor pintor que me pueda recrear a Isabel. La quiero vestida con un traje de noche disfrutando de una fiesta. Quiero imaginármela en esta época, lo que sería si estuviera aquí, ahora, con nosotros.

—Está bien, Arnau. Tú al principio eras como un padre para mí, y ahora, eres como un hijo, paradójicamente. Te quiero como a un padre y a un hijo a la vez, por eso te pido que pienses bien lo que vas a hacer —dijo la señora Fevre a Arnau que estaba vestido con un traje y arreglado para salir.

—No voy a retractarme.

—Si los otros chicos tienen razón y existe una compañera mística, ¿qué harás cuando aparezca y tú estés casado y con un hijo de camino? —le increpó la señora Fevre a Arnau.

—Aunque eso sea cierto, yo no deseo a ninguna compañera mística, inmortal o la diosa del amor y la belleza en persona, yo tan solo quiero a mi Isabel.

—Lo entiendo, pero eso es otro motivo para que no te cases, ninguna de las dos merece eso.

—Isabel está muerta, y aunque yo la quiera traer a la vida eso no es posible de ninguna forma, y Carla sabe todo y lo ha aceptado.

—Carla haría cualquier cosa por estar contigo, y supongo que se hace ilusiones con que un día te enamores de ella, y con Isabel, sabes tú mejor que nadie, que la muerte no es el final.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Arnau en un tono serio.

—Que no lo hagas.

—Encárgate de todos los preparativos —dijo Arnau cambiando de tema y simulando que no le había puesto ninguna queja al respecto—. La boda continua. La quiero sencilla, tan solo los cazadores, y los más allegados, después de todo, como bien apuntas, no lo hago por amor.

Salió de la casa y fue al restaurante donde había quedado con Carla. No era una mujer especialmente hermosa, como lo fue Isabel, pero tenía ese encanto de mujer cándida que cautivaba a cuantos la miraban y sentías deseos

de protegerla. El no se sentía bien, aún así le sonrió, coqueteó con ella, incluso le contó alguna broma. Arnau poseía esa mezcla de caballero cortés, con golfo desenfadado que hacía las delicias de una dama en muchos sentidos. La cena fue agradable, después del postre le pidió matrimonio y le puso el anillo, luego le ayudó a salir del restaurante y tuvo que abandonar el plan de llevarla a un lugar bonito a escuchar música porque se encontraba mal. No había nada de lo que preocuparse que no fuera normal en los meses de embarazo. La dejó en su casa y volvió más temprano de lo que pensaba. Cuando atravesó la puerta de su casa escuchó el sonido de un móvil. Mientras se sentaba en un sillón y se quitaba la pajarita del smoking, volvió a sonar varias veces. Miró la hora, cerca de las once de la noche. Molesto se levantó y se dirigió al cuarto donde se quedaba Bram cuando venía a entrenar. Bram estaba tendido en la cama adormilado y su teléfono sonaba sin cesar.

—Apaga el teléfono, esa maldita zorra me tiene harto. Lleva todo el día llamándome, y ahora me jode a esta hora.

Arnau se acercó al móvil y contempló la foto que aparecía asociado al móvil que llamaba a Bram quedándose petrificado. Sin pensarlo mucho cogió el teléfono aceptando la llamada.

—Maldita sea Bram, tenemos que hablar, es muy importante. No puedes dejarme tirada de esta forma —la voz de la mujer denotaba que se encontraba al borde de las lágrimas y Arnau cayó hundido al suelo en cuanto la escuchó hablar.

—¡Te he dicho que no me interesan tus lios de arpia! —le gritó Bram desde la cama al escuchar la voz de la mujer —Y si insistes seré yo el que te mate, pero antes te torturaré.

Arnau se guardó el móvil de Bram en la chaqueta y luego se puso de pie cuando escuchó a Bram amenazar a la mujer, sin mediar palabra lo arrancó de la cama pillándolo desprevenido y lo arrojó contra una pared haciendo un buen destrozo. Dio un grito de rabia y comenzó a quemar la habitación ante la mirada sorprendida de Bram que nunca había visto a su maestro en ese estado.